

SANTOS VEGA

6

LOS MELLIZOS DE LA FLOR



HILARIO ASCASUBI

---

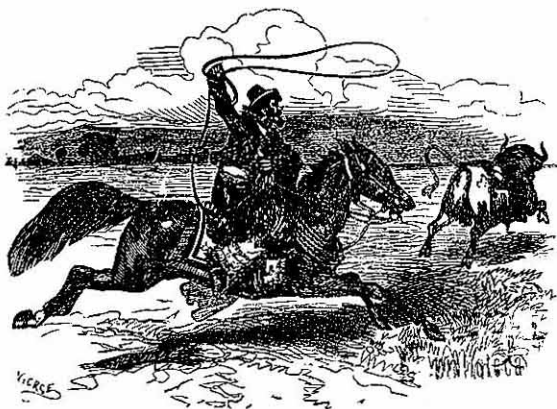
SANTOS VEGA  
ó  
LOS MELLIZOS DE LA FLOR

---

RASGOS DRAMÁTICOS DE LA VIDA  
DEL GAUCHO EN LAS CAMPAÑAS Y PRADERAS DE LA  
REPÚBLICA ARGENTINA (1778 á 1808)

---

2ª Edición



Propiedad de la Casa Editora de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES                      LA PLATA  
Esq. San Martín y Cangallo      Boulev. Independencia, esq. 53

ROSARIO  
522 — San Martín — 524

1893



## PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN

---

Si salvar del olvido páginas brillantes de la literatura de un pueblo, es tarea grata á todo editor que guste de rendir culto al arte, este placer sube de punto al reimprimir obras que, como la presente, brotaron de la pluma de un excelente poeta, y tienen con más, el privilegio de retratar á toda una época.

Ascasubi, el Beranger del Río de la Plata, merece ser conocido de todo aquel que busque un rato de solaz, despues de las diurnas fatigas: él pinta de mano maestra, y describe como pocos, escenas y costumbres que el paso de la moderna civilización va borrando; y si bien la crítica severa, de corte académico, puede encontrar ligeros defectos en la forma, esa misma crítica y el público todo, reconocerá en Ascasubi, al popular poeta de rica imaginación y exuberante fantasía.

La edición de las obras de Ascasubi, hecha en París en 1872, estaba agotada, y fué su precio tan excesivo, que su adquisición resultaba difícil. Para popularizar esta obra y rendir un tributo de admiración á su autor, se reimprime económicamente, bien persuadido el editor de que el público ha de acogerla con benevolencia y cariño.

Un pueblo se honra honrando á sus grandes hombres y á sus inmortales autores; y si la presente edición logra avivar en la memoria de todos la simpática figura del cantor de *Santos Vega*; si ella logra que el público se deleite de nuevo saboreando las brillantes composiciones del pintor del gaucho, se verán colmados con creces los deseos de

EL EDITOR.



*Al Sr. D. Jorge Atucha:*

*A Vd., mi compatriota, mi contemporáneo y amigo de los años juveniles, desde que siempre fué intachable patriota argentino, sin transigir nunca con los tiranos del país ni con los esbirros del sanguinario Rosas, exponiendo su vida y su fortuna por salvar á muchos de los que ellos ferozmente persiguieron;*

*A Vd., que tanto ha contribuido á embellecer la ciudad de Buenos Aires alzando espléndidos edificios, y á poblar con vastos establecimientos de campaña nuestras dilatadas pampas, siendo el generoso protector de los paisanos que le labran sus tierras y apacientan sus numerosos rebaños;*

*A Vd., mi consolador despues de los sinsabores é infortunios que pasé en el tremendo sitio de París, y durante los luctuosos días*

*que siguieron en Buenos Aires á la mortífera epidemia, cuando me repuse en su albergue y su compañía;*

*A Vd., que sabrá apreciar cuanto, á mi regreso otra vez á París, me habrá distraído y aliviado en algo las horas de quebranto el ocuparme en dar término á mi poema de*  
LOS MELLIZOS;

*A Vd., el sagaz conocedor de nuestra campaña como del carácter y costumbres de los gauchos argentinos;*

*A Vd., pues, que sabe comprender y podrá disimular los defectos de una obra escrita con ánimo conturbado y tan lejos de nuestras praderas queridas y sus característicos habitantes, á usted le dedico este libro, rogándole se sirva aceptarlo con mi ardiente deseo de que le sea agradable su lectura ó lo distraiga al menos en los padeceres de su salud quebrantada, y le anime el recuerdo de este su antiguo y reconocido compatriota y amigo,*

HILARIO ASCASUBI.

## PRÓLOGO DEL EDITOR

(DE LA PRIMERA EDICIÓN)

---

Las poesías que damos al público son una verdadera novedad del nuevo mundo, y una pintura al natural del estado íntimo de una sociedad no estudiada, pintoresca, llena de vida, que siente y se expresa en un lenguaje peculiar. Esas poesías son más bien la poesía (si la gramática lo permite) de todo un pueblo, el pueblo ARGENTINO, pero no el que se asila en las ciudades y remeda los usos y costumbres de la Europa, sino del que habita las campañas y deja volar independiente su imaginación, ya al hacer surcos con el arado en una tierra virgen, ó ya apacentando los rebaños bravíos montado en potros indómitos.

La originalidad del teatro, de los hábitos y de los tipos que constituyen el movimiento dramático de la obra, ha aconsejado al autor el poner al pie de cada página las notas que explican el sentido técnico, por decirlo así, de cada una de las voces de los gauchos algo civilizados ya, como presumía serlo SANTOS VEGA, el recitador en este poema. El uso de este lenguaje, ageno en muchas voces y modismos al idioma de la literatura española, es indispensable y requerido para revelar los secretos y los hábitos de la vida de las campañas argentinas, que el autor se ha propuesto sacar al conocimiento

y examen de la CRÍTICA; porque en los pueblos, lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte más profunda, más homogénea, más explicativa de su ser. Los inconvenientes que esta circunstancia puede ofrecer á los que no estén familiarizados con esos modismos del lenguaje del gaucho serán salvados por las notas que hallarán en cada página de la obra, las que contendrán la acepción analítica y práctica de todas las palabras que vayan en bastardilla en el cuerpo del poema; y aun de todas las que sean ajenas al diccionario español.

El gaucho es conocido nada más que de nombre, ó por relaciones imperfectas. Hay de él un tipo convencional, pero no un verdadero retrato de su naturaleza altanera, libre, arrojada y generosa á la vez. Actor principal en la lucha de la independencia y en las guerras civiles subsiguientes, es soldado y pastor; y, como que pertenece á un pueblo democrático, se interesa y toma parte en las cuestiones sociales, y se alista, segun sus instintos, bajo las banderas que le son simpáticas. La patria es antes que todo la pasión dominante del gaucho argentino, y con ella se dividen su amor al caballo y la mujer, á quienes él poetiza sin saberlo.

Esta personalidad es la que se revela toda entera *intus et in ente* en las poesías del Sr. Ascasubi, que tenemos la fortuna de dar á luz. Ellas no son bien conocidas todavía, debido á la falta de una edición económica como la que ofrecemos hoy al público; sin embargo de ser muy populares y de haber llamado la atención de literatos americanos.

En 1848, la prensa periódica de Chile, llevó á lo largo del litoral del Pacífico una de las composiciones de nuestro poeta, y el periódico de Bogotá, titulado el NEO-GRANADINO, le consagró al Sr. Ascasubi el artículo siguiente, apoyándose en el juicio emitido por el COMERCIO de Valparaiso, redactado por el Dr. D. Juan María Gutierrez.

## POESÍA AMERICANA

Muchas veces nos hemos preguntado ¿por qué nuestros vates no cantan los interesantes episodios de la guerra de la Independencia, ó las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo? Hasta hoy, con señaladas excepciones, no hemos visto sino poesías amatorias, tiernamente triviales, que constituyen un anacronismo literario, si vale la expresión, en esta época de grandes trabajos sociales y de pensamientos graves para la América. Nuestra poesía no es nacional: es un remedo frío de la poesía del viejo mundo, ó una parodia de las desesperaciones rimadas de la escuela de Byron, cuyas tristuras y arrebatos ningún eco pueden tener en esta parte del mundo, en que todo es nuevo, todo vigoroso y lleno de esperanzas. Por eso mismo causa pesar el desperdicio que hacen nuestros poetas del don divino con que han sido favorecidos; por eso dura poco tiempo en nuestras manos un libro de versos; el espíritu no encuentra allí lo que buscaba, ni halla la expresión de las necesidades sociales, ni un fin social y nacional como naturalmente se espera del vate, es decir, del inspirado sacerdote de una civilización recién nacida, llena de libertad y de porvenir.

El Sr. Ascasubi, ha entendido sus deberes como poeta, y en consecuencia consagra su número á la pintura fiel de lo que pasa á su rededor y de los episodios de la interesante lucha trabada en la República Argentina entre la barbarie de las Pampas y la civilización de las ciudades, desde la aparición del famoso gaucho Juan Manuel Rosas. Como una muestra de esta poesía social transcribimos el siguiente artículo del *Comercio* de Valparaíso conservando el breve juicio que hacen de Ascasubi los Editores.

«En los poetas es en quienes se realizan aquellas hermosas palabras de Jesucristo: — En mi reino los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. — Los que han comprendido el sentido de estas palabras, y han imitado á aquel que se bajaba hasta los pobres y los pescadores, han subido como él á la cumbre de la gloria. — Esopo se inmortaliza abatiéndose hasta la inteligencia de la niñez. Teócrito pasa á la posteridad en boca de sus sencillos pastores, y Beranger llena el mundo con su nombre al son de sus modestas canciones, mientras que otros, que han querido remontarse hasta el cielo ardiente de la poesía de Homero, han caído como Icaro entre las ondas frías del olvido.

«En nuestra América tenemos también algunos ejemplos que comprueban esta verdad.

«Tanto cuanto ha querido descender un poeta hasta la inteligencia del pueblo, tanto más se ha elevado, porque hablando con su buen sentido, haciendo vibrar las cuerdas más armoniosas del corazón, presentando en imágenes poéticas, aunque sencillas, las ideas y los sentimientos de la comunidad se labraba voluntariamente un pedestal de gloria. Son raros sin embargo los que sobresalen en este género, porque para ello se necesita poseer *aquella difícil facilidad*, que hace exclamar:

Eso yo también me lo diría,

y que sin embargo es solo el patrimonio de los genios superiores, que rozan la tierra con sus alas, porque pueden enrumbar su vuelo á las esferas.

«Entre los varios ejemplos que podríamos presentar en América, citaremos el nombre de D. Bartolomé Hidalgo, quien hablando el lenguaje tosco y pintoresco de los *gauchos* de la República Argentina, ha sido el creador de un nuevo género de poesía, y ha

puesto la piedra fundamental de lo que propiamente se puede llamar la Egloga americana, y que cada sección de nuestro continente puede aclimatar bajo su cielo, poniéndola en armonía con el modo de decir tan nuevo y tan vigoroso de los pueblos americanos, teniendo además el recurso de la originalidad de sus costumbres y de la novedad de los países en que viven. Hasta el presente este género es lo único original que tenemos, lo único que puede llamarse americano: todo lo demás es una imitación más ó ménos feliz de la poesía europea.

« Hay muchos que han procurado imitar á Hidalgo, pero como lo dice el ilustrado editor de la América poética, todos han quedado muy lejos del maestro. Uno solo de sus imitadores ha conseguido llamar sobre sí la atención: este es D. Hilario Ascasubi, bien conocido por varias composiciones del género de que hemos hablado, las cuales han sido reproducidas en casi todos los diarios americanos, y muy especialmente en los de Chile. »

Personas muy caracterizadas han publicado espontáneamente juicios favorables y elogios á la belleza de los cuadros poéticos del Sr. Ascasubi. El Dr. D. Valentín Alsina, Gobernador que fué de Buenos Aires y uno de los publicistas mas conocidos, escribió llamando la atención sobre el alcance social de las producciones de nuestro poeta, y diciendo en el periódico el COMERCIO DEL PLATA del 12 de Agosto de 1848, lo que sigue :

#### LA ENCUHETADA <sup>1</sup>

Se ha publicado en estos últimos días la *Encuhetada*, obra poética del Sr. Ascasubi y escrita en un género desconocido en la literatura de todos los países. El es producción exclusiva de las márgenes del PLATA, y es también exclusivo el cetro que en él empuña el Sr. Ascasubi hace ya muchos años.

Tiene este género la desventaja de que lo que es hermoso en un país, quizá no lo sea en los otros; sus bellezas son locales, y no pueden percibirse por quién ignora las habitudes de nuestros campesinos, y el idioma *sui generis* que les es peculiar. Pero tiene á su vez la ventaja de adaptarse á toda clase de asuntos. Lo chistoso y lo serio, la crítica y la moral, las costumbres y la política, todo puede ser tratado en este género. Esta observación, cuya verdad está prácticamente demostrada por el Sr. Ascasubi en *La Encuhetada* y en todas sus anteriores producciones, es muy digna de atención: porque, como este género tiene tanta aceptación en cierta clase inculca de nuestras sociedades, puede ser un vehículo que una administración sagaz sabría utilizar para instruir á esas masas y transmitirles sucesos é ideas de las que de otro modo nada nada saben ni nada se les importa.

Hacer hablar á nuestra gente de campo de política ó de lo que

<sup>1</sup> Encuhetada: encohetada, de cohete.

se quiera, pero en su mismo lenguaje, á la manera que en la *égloga* se hace hablar á los pastores el lenguaje de los pastores; hacerles hablar con sus mismos modismos, con sus metáforas y alegorías, con sus voces habituales que á veces son tan fuertemente expresivas, mezclar hábilmente lo jocoso con lo formal, proponerse siempre una idea ú objeto moral ó instructivo, saber aprovechar el auxilio de la rima y emplear siempre el metro que es favorito en esas gentes, y que parece fuera natural en el hombre, el romance ú octosílabo, tal juzgamos que es el carácter distintivo de este apreciable género, que, lo repetimos, es exclusivamente nacional y en cuya importancia quizá no se ha fijado aun bastante la atención.

Esas dotes reúne sin duda *La Encuchetada*; por cuyo acertado desempeño felicitamos á su festivo autor. No queremos perjudicarle: y por esto nos ceñiremos á dar una idea de su objeto, y á presentar una muestra de su desempeño.

Su folleto de 34 páginas de 4.º menor y con dos láminas, es la introducción de un trabajo que tiene por objeto la *Intervención* europea, especialmente en su relación con la Inglaterra, sin que por eso el autor y...

sin que dentre en sus deseos  
ni un *remoto* pensamiento  
de hacer en el fundamento  
agravio á los *uropeos*.

Después de una corta dedicatoria á Lord Palmerston en que le dice...

Señor conde *Palmelón*:  
á usted, por lo *bien-portao*,  
y el haberse acreditao  
¡tan lindo en su *Intervención!*  
Callejas, de refilón,  
á nombre de la *gauchada*,  
le dedica esta *enflautada*,<sup>1</sup>  
celebrando entre otras cosas,  
que en ancas le largue Rosas  
por el *Harpy* <sup>2</sup> una ensilgada.  
¿Sabe lo que es *ensilgada*?...

Supone el autor que su paisano Olivera llega á casa de su amigo Marcelo, y como aquél perteneciese á la guarnición de *Maldonado* que fué traída en *Vapor* de guerra, y acaba de desembarcar en Montevideo, ésto presenta naturalmente al poeta la ocasión de hablar de lo sufrido en aquél punto, del viaje que hizo para acá, del estado del país, de política, y en fin de la *Intervención*, y además ha interpolado incidentes ó episodios que contribuyen á la variedad y al chiste.

En todo esto hay rasgos muy notables: pero en nuestro sentir, donde sobresale sin mancha ni defecto alguno, la propiedad y la gracia, es en la descripción del embarque de la guarnición de *Maldonado* y en la descripción del *Vapor*... cuando dice así:

<sup>1</sup> Enflautada: chafalda, burla, lo mismo que ensilgada.

<sup>2</sup> Harpy: vapor de guerra inglés en el cual Rosas le mandó una nota desatenta á lord Palmerston.

¡Por vida!... Y ¿cómo les ha ido  
en tanto apuro ó redota?

.....  
.....

El ilustre fundador del periódico adonde hemos tomado esas apreciaciones, el doctor don Florencio Varela, dos años antes que el señor Alsina (su sucesor en la prensa), había pronunciado ya los siguientes juicios críticos:

#### LA MEDIA CAÑA DEL CAMPO

Con muchísimo gusto damos hoy un lugar preferente en las columnas de nuestro diario á varias estrofas de una bella composición, que en un folleto suelto ha publicado el señor Ascasubi, á quien felicitamos sincera y mercedamente, como acostumbramos y es nuestro deber hacerlo, siempre que por la prensa se publican versos tan bellos y floridos como los que recomendamos al público, pues respecto á los malos y empalagosos, demasiado hacemos con guardar silencio después de leerlos.

.....

#### LOS MISTERIOS DEL PARANÁ

Inútil sería ocultar el nombre del autor de esa preciosa composición que se publica hoy por la imprenta de este diario. Los versos de señor Ascasubi son como los cuadros de Murillo ó de Rubens; el que los ha visto una vez reconoce el colorido, el *estilo*, donde quiera que encuentra otros y esto sin necesidad de que le digan el autor. Leyendo los *Misterios del Paraná*, es imposible no recordar á la *Isidora*; pintura movediza, viva, completamente fiel, de una de nuestras guarangas de fandango.

En la composición que hoy anunciamos campean las dotes que el señor Ascasubi ha mostrado otras veces en este género de poesía: suma viveza y propiedad en las descripciones; movimiento realmente dramático en la narración; versificación fluidísima, y sobre todo, una verdad de colorido y una propiedad de lenguaje y estilo, que hace de sus composiciones el más perfecto retrato del gaucho del Río de la Plata.

La pieza de que hablamos, es una carta en que *Vicente* refiere á su *querida Estanislada* lo que ocurrió en el combate de OBLIGADO las quejas del paisanaje contra Rosas; y los anuncios, que le ha hecho el cura, de la prosperidad que la libre navegación del Paraná ofrece á las provincias ribereñas. Sentimos que las inflexibles condiciones de espacio á que tienen que sujetarse artículos de diarios, que no se pueden postergar, nos hayan forzado á suprimir los trozos que habíamos elegido para muestra de la composición del señor Ascasubi, privando á nuestros lectores del buen rato que con ellos les daríamos.

Cerramos este artículo, recomendando este nuevo trabajo del señor Ascasubi que será buscado y estimado en las costas del Paraná á donde parece que lo destina especialmente.

Finalmente, nos hemos propuesto en estos renglones cederle la palabra á personas á quienes no se puede (como á un editor) tachar de parcialidad. Y llevando esta mira hasta el fin, transcribimos algunos artículos de ilustrados escritores americanos.

## Literatura Latino-Americana

Del «Correo de Ultramar», Paris 24 Julio 1861

### POESÍAS

DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL HILARIO ASCASUBI

Si la poesía, en un sentido más lato, es la apreciación exacta y la fiel reproducción de la naturaleza, el señor Ascasubi es poeta; pero en su poesía no se deben buscar las concepciones trágicas, los sueños sentimentales y voluptuosos, ni la ternura apasionada de los antiguos poemas alemanes; tampoco la exposición pintoresca, el brillo, la acción, el nervio de los viejos cuentos españoles, ni menos la salvaje energía, la lúgubre profundidad de los himnos sajones.

El señor Ascasubi no pertenece á la categoría de poetas que Taine, Morin y otros han bautizado con el nombre de *lakistes*, pálidos imitadores de Chateaubriand, que solo saben vibrar una nota vaga, tierna y plañidera; está distante de seguir la escuela de los que á todo trance quieren aparecer escépticos, abrumados por el tedio como Byron, sin poseer las sublimes cualidades del autor de Lara y de Manfredo, sin haber sufrido sus padecimientos, sin estar atormentados por el genio «de ese ángel ó demonio»; tampoco sigue á los afiliados en el gremio de la fantasía, como Banville, Baudelaire, Pommier, etc. No; el poeta porteño ha aspirado á enrolarse bajo otra bandera, y en esas filas ha obtenido un rango superior.

El señor Ascasubi ha comprendido que en este siglo, el poeta debe elevarse á otras esferas, ser el sacerdote de la idea, servir la causa de la libertad y del progreso, emplear un acento viril para alzarlo en las luchas de la humanidad que se esfuerza por hacer triunfar el derecho y la justicia.

En su género, y aun cuando dista mucho en cuanto á la forma, ha emprendido el camino que llevan De Laprade, Dupontavice, De Heussey, Carlos Alexandre, Esteban Arago y otros pocos que se empeñan en salvar de su ruina la poesía francesa.

El señor Ascasubi, por la originalidad, tiene muchos puntos de contacto con el célebre Jasmin, cuyos cantos, en una lengua que tiende á desaparecer, han arrancado estrepitosos aplausos á las grandes ilustraciones literarias de la capital de la Francia. Por su buen sentido y su naturalidad podría decirse que ha bebido en las mejores obras del buen La Fontaine. Por su robusta entonación en defensa de la patria y de la libertad, tiene grande analogía con el amable Beranger, el bardo popular de Francia, tan amado por los hijos de las clases trabajadoras y tan injustamente calumniado

después de su muerte, aun por algunos que se llaman liberales y que han dado algunas pruebas de verdadero liberalismo, entre los cuales se cuenta Pelletan.

El señor Ascasubi ha sabido separarse de esa trillada senda que han recorrido muchos poetas americanos, que no han tenido en mira fundar una literatura propiamente nacional, y que han empleado sus robustas facultades en imitar el lenguaje, las formas, los sentimientos y aun asimilarse las enfermedades del corazón de los escritores desesperados ó desesperanzados de las viejas sociedades europeas.

El señor Ascasubi ha comprendido que el poeta debe servir prácticamente al pueblo, y ha cantado la libertad, ha tronado contra la tiranía, ha seguido paso á paso los terribles episodios, las tremendas escenas que se han desarrollado en las dos riberas del Plata; para dar á sus agradables é interesantes descripciones un tinte original y algo de color local, ha empleado el lenguaje animado, expresivo, varonil hasta en su misma falta de cultura, de los *gauchos*, de esos habitantes de las Pampas que, acostumbrados á vivir dueños de sí mismos, han defendido con brío la libertad y la independencia, cuando ellas han estado amenazadas ó próximas á sucumbir.

En los versos del señor Ascasubi, aun en sus cóleras y sus indignaciones patrióticas, en sus lides políticas, muestra siempre ese buen humor que indica la necesidad de reír y de hacer reír, sin ser enfadoso ni pobre de espíritu; pues no siempre es justa la máxima de Vauvenargues:

La moquerie est souvent indigence d'esprit.

El bardo argentino se exhibe las más de las veces burlón y tumbador; pero no es cruel en sus sátiras, ni mordaz en sus epigramas: «pica como una abeja sin veneno.» Sin embargo, en más de una ocasión sus rimas han debido causar escozor al prójimo.

Aun cuando muchas composiciones del Sr. Ascasubi presentan hermosos versos que pudiéramos citar como modelos en su género nos abstenemos de hacer transcripciones, una vez que pensamos reproducir muchas de las poesías contenidas en los dos tomos de obras completas del autor, como en su romance «Los dos Mellizos,» y en su periódico titulado «Aniceto el Gallo.»

Antes de terminar este artículo nos permitiremos trazar algunas líneas acerca de la biografía del autor.

Hilario Ascasubi nació en la provincia de Córdoba, el año de 1807, de camino su familia para Buenos Aires, en cuya ciudad hizo sus primeros estudios. En 1819 emprendió un viaje por la América del Norte y la Guayana francesa. Embarcóse el señor Ascasubi en la barca llamada la *Rosa Argentina*, primera que atravesó la línea equinoccial, llevando orgullosa el pabellón mercante de la República Argentina: 1822.

En 1822 regresó á Buenos Aires; después se encaminó á Bolivia, y tres años más tarde bajó á la provincia de Salta, en la República Argentina. A la sazón se organizaba en esa provincia un cuerpo de infantería con el noble objeto de libertar á la República Oriental del Uruguay, de la dominación de los brasileros, á quienes venció el ejército argentino en la batalla de Ituzaingó, el 20 de Febrero de 1827. Ascasubi sirvió bajo las órdenes del bizarro coronel José María Paz, y luego á las del general Lavalle.

En 1828 quedó consolidada la independencia del Uruguay, y Ascasubi volvió á Buenos Aires, afiliándose en el partido que el sanguinario Rosas llamaba «de los salvajes unitarios».

Rosas, con sus instintos de lieña, persiguió á todos los buenos patriotas; Ascasubi no podía dejar de figurar entre las víctimas de ese tirano, y fué aherrojado en un oscuro calabozo, donde permaneció 23 meses. De tan agradable morada fué trasladado á otra hermosa residencia, á bordo de un pontón, *El Cacique*; y allí empezó el bardo á extender sobre el papel sus primeros versos *gauchos*.

Pero Rosas no se limitó á hacer esas caricias y tales agasajos al poeta porteño; hizo algo más: ordenó que le fusilasen por pronta providencia; pero uno de los gobernadores delegados del famoso restaurador y federalista, don Tomás Manuel de Anchorena, tuvo el buen gusto de no cumplir esa orden, caso raro de desobediencia en aquella época bendita de la *mashorca*.

El benigno y civilizado Rosas se hallaba á la sazón en campaña. Al regresar á Buenos Aires supo que Ascasubi no había sido fusilado, y lo mandó prender de nuevo: hizo que le encerrasen en una fortaleza, teniendo el propósito de hacerle emprender luego el viaje de donde no se vuelve; y á fé que así habría sucedido, si el *gaucho* cantor no hubiera tenido la idea de trepar sobre la muralla y dejarse caer en un foso que estaba á 15 metros más abajo. En tal ejercicio gimnástico pudo haberse roto la cabeza; pero más seguro era que Rosas se la mandara cortar: el cálculo del bardo fué, pues, muy acertado. De su salto peligroso salió bien Ascasubi, y pudo ponerlas en polvorosa y asilarse en el territorio de la República Oriental.

Desde Montevideo, donde se habían refugiado centenares de argentinos perseguidos por Rosas, Ascasubi declaró guerra abierta al tirano, poniendo al servicio de la buena causa su espada, su pluma y sus recursos pecuniarios.

En 1843, después de tantos años de luchas, en que Ascasubi perdió dos hermanos y muchos amigos, Rosas envió á su igual, el cruel Oribe, á que conquistase la Banda Oriental. Fué entonces que intervinieron la Francia y la Inglaterra con sus escuadras y más de 4.000 hombres de desembarco, fuerzas que permanecieron en Montevideo.

En 1851, el general don Justo José de Urquiza se pronunció contra Rosas, batió á Oribe y engrosó sus filas con los soldados de ese sanguinario militar. Aliado más tarde con los brasileros, emprendió su campaña contra el tirano, á quien puso en vengonzosa derrota en Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852.

En aquella memorable y gloriosa campaña, Ascasubi figuró como ayudante de campo del general Urquiza.

Desde que la República Argentina recobró su libertad, Ascasubi le ha seguido prestando sus útiles servicios. En el deplorable conflicto que surgió entre Buenos Aires y las trece provincias, Ascasubi tomó parte por la provincia disidente.

El poeta argentino acaba de hacer un viaje á Europa, y no dudamos que al regresar á su patria se esforzará por excitar el patriotismo de los argentinos, á fin de que pongan término á esas querelas de familia que impiden el adelanto del país en el interior, quitándole prestigio en el exterior. Esa es la misión de un buen ciudadano y del poeta de la moderna escuela — que es la sostenedora del Derecho y la Justicia.

## POESÍAS DE ASCASUBI

«*La Tribuna*» de Buenos Aires, (redactada por el señor Héctor Florencio Varela) 5 de Setiembre de 1861.

Si en alguna parte se reconoce el mérito, y se aplaude el talento en el seno de la vieja Europa.

Ascasubi, á quien alguno llamó con razón, por la popularidad de sus cantos, el Beranger argentino; Ascasubi, de quien Florencio Varela, y todos los hombres distinguidos del Río de la Plata, han hecho el mayor elogio que pueda tributarse á uno de esos seres á quienes la Providencia regala una chispa de su divina inspiración; Ascasubi, que con la sencillez y naturalidad de sus cantos ha infundido, en gran parte, el amor á la libertad en el corazón de nuestras masas, acaba de recibir en París una ovación merecida á su genio y á su talento de poeta.

*El Correo de Ultramar*, cuya importancia como periódico conocen todos, le ha consagrado el bello artículo que hoy reproducimos en la primer página de *La Tribuna*.

Lo firma el Sr. Caicedo, uno de los redactores de aquel diario, á quien, aunque de carrera, tuvimos el placer de apretar la mano en una de las veces que, de paso, estuvimos en ese *inmenso salón* de lujo, encantos y delicias, á que se llama París.

El Sr. Caicedo, distinguido escritor americano, es, como se verá por su escrito, una persona competente y caracterizada, para juzgar las poesías de Ascasubi, y que al elogiarlas reproduce en *El Correo de Ultramar*.

Como argentinos, nos felicitamos de los elogios tributados al famoso *Aniceto el Gallo*, por uno de los órganos más caracterizados de la prensa europea, y como amigos suyos, le felicitamos á él por el honor que le hace esa manifestación, tan justa como merecida.

## EL POETA ASCASUBI

«*El Nacional*» de Buenos Aires, 6 Setiembre de 1861

El mérito verdadero no se oculta nunca, ni pierde en su esencia por más olvidado que permanezca, por algun tiempo.

El brillante oculto en un terreno cualquiera, sale á fascinar con sus rayos á las más elevadas cortesanas; la perla escondida en su concha, solo tiene valor cuando es conocida del vulgo, mientras que nadie se ocupaba de su mérito verdadero antes de la publicación de su valor.

Como el brillante, como el oro, como las perlas ocultas en las entrañas del globo, estaban para la Europa las obras de nuestro célebre Aniceto el Gallo.—El Sr. Torres Caicedo, toma hoy con la punta de su brillante pluma el nombre de Hilario Ascasubi y lo pone en exhibición, y le corona con una aureola de gloria para que la Europa sepa que también aquí, entre estos bosques americanos donde nos crecen salvajes todavía, hay talento, hay imaginación, hay genio.

El Sr. Caicedo es poeta, y poeta de corazón; sus palabras sobre las obras del coronel Ascasubi le honran, y por ellas felicitamos á nuestro amigo á quien antes que Caicedo hemos rendido nuestro tributo.

PAULINO LUCERO

*«La Regeneración del Uruguay (escrito por D. Marcos Sastre)  
6 de Julio de 1851.»*

Nos es sumamente grato publicar en nuestras columnas el bellísimo poema «Paulino Lucero», dedicado por su distinguido autor al heroico general Urquiza, tan expectable hoy por resumir en su noble política y generosa personificación la gran cuestión de las libertades del Plata, ahogadas hace 21 años por Rosas, tirano detestable. «Paulino Lucero», compuesto hace cinco años y publicado en Montevideo, ha sido refundido y adaptado á la situación de nuestra actualidad, que con una previsión que habria derecho de apellidar profética, entrevió y anunció desde su primera aparición. Hoy que providencialmente vemos convertido en una prestigiosa realidad, aquello mismo que en la primera aparición del poema fué clasificado, por muchos, de meros ensueños de poeta; hoy que la Patria levanta su noble cabeza, y muestra con santo orgullo que la raza de hombres grandes que tanto han ilustrado sus fastos, y que tan encarnizadamente ha perseguido con el exterminio el bárbaro Rosas, renace llena de noble vigor en la persona del magnánimo general Urquiza, para reivindicar sus derechos y sus glorias, y colocarse definitivamente en el rango de nación libre y civilizada, creemos con entera convicción que la publicación del poema será de completa aceptación, no solo por el fin político que envuelve, sino también por el relevante mérito que lo distingue y coloca en el repertorio de nuestras naciones glorias literarias.

«Paulino Lucero» como todas las composiciones de su autor, toma una dirección verdaderamente grande, y cual otro Beranger, marcha tras la Patria, la libertad, el pueblo; que es su Musa y su Parnaso.

URQUIZA EN LA PATRIA NUEVA

*«El Comercio del Plata» de Montevideo (por el Dr. D. Vicente  
Fidel Lopez) 26 de Agosto 1851.»*

Pocos días hace que recibimos de Entre-Ríos una nueva obra del Sr. Ascasubi que juzgamos muy digna de llamar la atención de los amantes de la bella literatura, como lo es siempre todo talento verdaderamente original y fuente. El Sr. Ascasubi es un poeta dotado de una admirable fecundidad en la concepción y en los detalles de sus cuadros. Parece que para hallar el encanto con que sabe hechizar á sus lectores, le basta tender sobre el vasto y magnifico suelo bañado por el Plata la vista sagaz con que fué dotado por la naturaleza; tal es la precisión de sus pinturas y el amenísimo y verídico colorido con que hace resaltar los personajes y los hábitos nacionales que idealiza.

No es nuestro ánimo, por supuesto, usurpar aquí el lugar de críticos para apreciar en su conjunto y en un sentido el talento especial del Sr. Ascasubi, ó para investigar las infinitas bellezas de detalle con que tanto sobresalen las bellas obras que ha escrito.

El autor de *Los Mellizos* está ya juzgado por el mundo Sud Americano: su palma será— nos complacemos en creerlo — eterna como la historia y la naturaleza de nuestros países; y á este respecto solo le deseamos sosiego de espíritu y protección para que

cumpla las bellas promesas de su talento, y pueda dotar á la literatura nacional de ese carácter distintivo que solo él ha sabido dar, y que solo él aparece hasta aquí como capaz de consagrar con lijeza y brillantez.

Cuando nuevas razas y nuevas cosas hayan cubierto nuestro territorio, cuando los tipos poéticos de nuestra vida actual hayan desaparecido por la superposición de nuevas entidades y por la invasión de los hábitos é intereses de la vida civil é industrial, cuando nuestros desiertos y el hombre de nuestros desiertos, como los cazadores y los tramperos de *Cooper* hayan cedido su lugar á la actividad acompasada y material de nuestra grandeza futura, los cuadros y las creaciones del Sr. Ascasubi serán sin disputa la fuente, los antecedentes *homéricos* de nuestra futura literatura, y en este concepto es inmenso el valor histórico á que creemos está reservado ese nombre reducido hoy entre nosotros á un valor modesto tal vez. ¡Pluguiera al Cielo que la noble aspiración de merecer tan bello destino le alentase para el trabajo hoy: y para concebir y ejecutar obras de meditación y de paciencia.

Sin poderlo remediar íbamos ya á extraviarnos del objeto circunscrito que nos habíamos propuesto al comenzar.

*El general Urquiza en la Patria Nueva*, es á nuestro juicio una de las mas bellas producciones del poeta argentino que nos ocupa. No era extraño tampoco que así fuera. La inspiración producida por el campeón que ha tomado sobre sí la magnífica empresa de nuestra regeneración, la resurrección de una patria por tantos años envilecida, y arrastrada en el lodo por la más espantosa de las tiranías; que en los momentos del más fatal y desvaldido desaliento levanta repentinamente su voz para decirnos: «¡Ea, hijos del suelo argentino y oriental, levantad frente del sucio polvo, que aquí tenéis todavía un brazo fuerte para daros patria y un corazón que la sabe comprender grande y vigorosa para el bien de todos!» la inspiración, decíamos, producida por tan sublime revolución, no podía menos que hacer vibrar en el poeta las cuerdas más delicadas y armoniosas de su feliz talento.

Y en efecto: las bellezas de esta producción del Sr. Ascasubi son eminentes. Nos guardaremos por cierto de obedecer á la tentación de extraerlas aquí para mostrarlas: cualquiera que las tome en las páginas salidas de la prensa de Entre-Ríos, conocerá que no excedemos en un ápice los límites de la justicia al darle al autor nuestros aplausos.

Aunque la pintura del *Río Uruguay* es en el poema que nos ocupa un trozo singular de sencillez y de vigor poético, reducidos por los límites que nos estrechan, tenemos que dejarla para concluir con una observación capital. El Sr. Ascasubi pertenece como talento al género de *Cervantes*; sus personajes se elevan al tono poético, como tipos del buen sentido popular; y siempre ardoroso enemigo de los gérmenes del mal y de las preocupaciones atrasadas que nos han alligido durante todas nuestras luchas y desgracias civiles, mantiene, por decirlo así, y propaga en nuestras masas la doctrina del orden, de la moral y de la civilización. En este sentido las obras del Sr. Ascasubi tienen un inmenso valor social, porque unen á la más sana tendencia en política y en moral toda la fascinación de las narraciones y de los cuadros artísticos de la poesía.

Nos complacemos en esperar que el autor y sus trabajos están destinados á recibir una eficaz protección y fomento en la *Patria Nueva* que alborca para nuestra tierra por tantos años desgraciada. Concluimos pues rogando al cielo que las dulces promesas que tiene hoy pendientes sobre la frente del hombre y de la patria, se cumplan todas y formen la imperecedera bendición del uno y de la otra.

## LITERATURA NACIONAL

«El Nacional» de Buenos Aires, (redactado por el Dr. Palermón Huergo) 22 de Mayo 1853.

En épocas como la actual, en que la civilización cunde con la rapidez del rayo, por medio del vapor y la electricidad, difícil es sin duda que una nación pueda conservar un carácter tan especial y exclusivo en sus obras, que poniéndolas fuera del alcance de las demás pueda crearse un título de originalidad, y mostrarlo al mundo como una hoja privada de su corona literaria.

Las producciones en estilo *gauchi-poético* que de algunos años á esta parte ha producido la pluma hábil del Sr. Ascasubi, nos han venido á probar esta verdad, y resuelto por la afirmativa la cuestión que por tantos años fuera decidida de un modo negativo.

La vida errante, sin traba alguna de las conocidas en los círculos de las sociedades civilizadas, del gauchito argentino, que nacido, criado y educado, entre la vasta pampa que forma su campaña, ha aprendido desde los primeros días á luchar con los elementos, á vencer las fieras, á despreciar la vida, á hacerse superior á todo ser y á toda cosa humana; las faenas del pastoreo, acostumbrado á desempeñarlas según el método admitido de los indígenas, sin más instrumentos, tanto para ellas, cuanto para todas sus exigencias, que el cuchillo, el lazo y el potro, con que ha conseguido vencerlas y héchose superior, satisfaciendo todas las necesidades de su vida, errante por costumbre, por necesidad, por gusto ó por inclinación; sus hábitos, usos y costumbres, necesariamente excepcionales, como lo son todas las demás escenas de su vida, escenas desconocidas hasta hoy al viejo mundo, su lenguaje figurado, enérgico, entusiasta, siempre abrumado de imágenes y comparaciones; todos estos cuadros nuevos producidos por la particularidad é inmensa despoblación de tan vastos territorios en que nuestros primeros padres confundiendo su raza con la de los indígenas, dieron origen á una clase intermedia entre el europeo civilizado y el indio salvaje, produjo necesariamente el gauchito, que nacido en esas vastas soledades, nació, creció y murió sin conocer más mundo, ni más escena, que el horizonte de la pampa, los ganados, su caballo, su lazo; que no reconoció más autoridad que la suya, ni más propiedad que el comunismo: todo esto pues, sufriendo las modificaciones, que el tiempo ha debido ir produciendo gradualmente, ha dado por resultado el gauchito criollo de las pampas argentinas, algo más civilizado, con una imaginación ardiente y una inteligencia viva; y que, viviendo en el mismo teatro que dejamos descrito, ha adquirido hábitos especiales y desconocidos en sus formas y en su expresión á todo el resto del mundo.

Todo esto vino á ser desde luego un gran material de originalidad, reservado para revelarse algún día al mundo civilizado. Esas escenas en todas sus varias y complicadísimas formas debían ser una novedad, y para que ellas pudiesen llamar la atención del hombre inteligente ó del filósofo, preciso era también que sus cuadros fueran dados á luz por el pincel de un poeta, igualmente *original* é interiorizado á fondo de la vida íntima del espíritu, tendencia, recursos, medios de vida, lenguaje y modismos del gauchito argentino.

Aquella sociedad, cuyos colores no habían sido antes revelados, ni de los que el mundo europeo puede formar idea por la simple imaginación, no podía ser diseñada con verdad, sino por un poeta privilegiado que, intérprete de ella, la hiciese palpable en sus diversas fases; y era esto tanto más necesario cuanto que sus inspira-

ciones debían amoldarse á un género de poesía, cuyo original solo hallaría por el estudio científico y la meditación profunda y detenida, desentrañando el secreto de esas escenas que se presentaban á sus ojos, hasta encontrar en ellas, como el cirujano que con el escalpelo en mano sorprende los secretos de la vitalidad, los resortes íntimos que las animan.

Varios poetas han intentado pintarnos el cuadro de la vida del gaucho argentino. Entre ellos se cuenta don Bartolomé Hidalgo, á quien debe considerarse como el creador de este nuevo género de poesía; y á quien nadie negará las cualidades de un hábil y experto versificador, y perfecto conocedor de la sociedad íntima de los libres habitantes de la extendida pampa. Pero sus cuadros descriptivos, pocos en número y deducidos en el límite de su extensión, no alcanzaron á llenar todos los requisitos que exige el arte para colocar el estilo gauchi-poético en que se ejercitó su florida imaginación, ni elevaronle á la altura que él requiere para que pudiera colocarse entre el catálogo de las bellas letras.

El Sr. Ascasubi, dominando en globo el vasto espacio del horizonte que su producción no había alcanzado á salvar, sobreponiéndose á todas las dificultades que ofrece siempre un género nuevo, dando expansión á su imaginación imagotable, llevó su pensamiento por todos los intrincados y caprichosos laberintos que ofrecen sus hábitos, sus costumbres y su lenguaje, sorprendiéndolos y revelándolos al mundo en todas sus fases diversas, realzando este género de poesía hasta adquirir esa regularidad necesaria para ocupar un lugar entre ellas.

El bardo argentino ha cantado en este estilo gauchi-poético, jocoso, florido, lleno de imágenes vivas y graciosísimas, recorriendo todas sus notas severas y profundas, suaves y melancólicas, entusiastas ó arrebataadoras, casi todos los sucesos que forman parte de la vida de nuestros paisanos de la campaña. El ha descrito nuestras fiestas, nuestras discusiones políticas, nuestras esperanzas, nuestros infortunios; han vibrado en sus cuerdas nuestros recuerdos del pasado y nuestras esperanzas del porvenir. En una palabra el Sr. Ascasubi ha sido el único que hasta ahora ha abrazado todo el horizonte que á su viva imaginación ofrecía aquella nueva fuente de poesía, y es por esta razón que opinamos que él será el primero á quien la literatura ceñirá la corona del *gauchi-poeta*.

El día llegará sin duda en que, pobladas y cruzadas por caminos de hierro nuestras extensas campañas, fatigadas las tierras por la mano incansable y laboriosa del agricultor, cercadas y ceñidas á círculos estrechos las propiedades, atravesados los ríos por vapores, los canales por puentes ó acueductos, el hombre pensador buscará un vestigio que le revele los secretos de esa vida errante que llevaron sus ascendientes, esa misma vida que llevan hoy los paisanos de nuestra campaña, y en vano se fatigará en el estudio por descubrir entre las nuevas creaciones del arte y de la industria, un vestigio que testifique la existencia de estos tiempos. — Todo habrá desaparecido — y el gaucho argentino será solo un recuerdo entre la historia de los pueblos Americanos.

La historia, que desdeña estampar en sus páginas las escenas vulgarizadas y habituales de la época, no ofrecerá entonces sino uno que otro rasgo de su vida, por los que será imposible al filósofo crear en su imaginación el cuadro retrospectivo de la vida del gaucho.

Entonces, no trepidamos decirlo, el Sr. Ascasubi será el bardo privilegiado en cuyas páginas irán á buscar la representación fiel de las escenas de estos tiempos, las que por más naturalmente que ellas hayan sido trazadas, apenas comprenderán con media-

na exactitud los venideros. Allí irán á sorprender los secretos de esa vida, que el tiempo habrá borrado de la faz de la América, y guiados por el genio y las felices descripciones del bardo argentino, asistirán como con él hasta el seno del hogar doméstico á desenterrar los secretos de su vida, fiestas, tareas, luchas, aspiraciones é inteligencia.

Al terminar esta breve reseña en que hemos creído hacer justicia al mérito adquirido por el Sr. Ascasubi en sus producciones gaucho-poéticas, queremos hacer presente algunos trozos de sus trabajos, pues desearíamos justificar algún tanto nuestras opiniones, remitiendo á las fuentes que vamos á citar á los que quieran verificar nuestra imparcialidad ó justa apreciación de sus obras.

El Sr. Ascasubi ha publicado infinidad de producciones en que están representados gran parte de los principales sucesos que de veinte años á esta parte han tenido lugar en nuestras disensiones políticas, todo lo que anda diseminado en folietos sueltos, pero solo de diez años á esta parte es que puede decirse que este poeta ha conseguido crearse su reputación. Sus producciones más recientes han sido efectivamente muy apreciadas, y oportunas siempre, pues que han figurado en ella los sucesos más notables, que han tenido lugar desde el bloqueo francés. Entre ellas citaremos su «Carta ensilgada» á Mr. Thiers, «Los Misterios del Paraná» un tomo titulado «Composiciones poéticas por el gaucho argentino Paulino Lucero,» lleno de bellísimas descripciones, pensamientos jocosísimos, y ocurrencias chistosas y originales, que revelan en su autor una imaginación feliz, un conocimiento profundo de la vida de campaña, y un talento sobresaliente para la reproducción de escenas dramáticas; «Los dos Mellizos» es un romance que por sí solo creemos que, una vez concluido por su autor, valdrá por todas sus obras. Allí se vé fielmente reproducida la naturaleza, el campo, las escenas todas de esa vida errante, sus habitaciones, payadores, amores, y en una palabra todas las peripecias de la vida del gaucho. . .

## LA TARTAMUDA

«El Nacional» de Buenos Aires, 16 de Febrero 1853.

El Sr. Ascasubi, el poeta verdaderamente original del Plata, cuyas bellísimas composiciones han llamado la atención de los literatos y pensadores de ambas riberas, acaba de dar á luz una nueva y originalísima composición, como son generalmente todas las que produce su pluma.

La Tartamuda, ó la «Media caña que cantó un corneta Porteño etc.» es una producción, en la que el bardo ha derramado toda la sabrosa sal de su fecunda vena. Los que han repetido con entusiasmo los versos del Sr. Ascasubi, sin conocer las circunstancias á que se refieren, no han podido jamás formar una idea del *á propos* de sus chistes. Es por esta razón que felicitamos al Sr. Ascasubi, por su nueva producción, porque ella habilitará, por la primera vez, á sus compatriotas, á valorar ese torrente de poesía burlesca, juguetona y traviesa que respira cada una de sus estrofas, y llevan al lector de una á otra escena en el arrebató de aplausos que necesariamente arrancan, en medio de la hilaridad que despiertan en el espíritu ocurrencias tan inesperadas cuanto bellísimamente dichas.

DE «LA DEMOCRACIA» DE MONTEVIDEO

Gloria al digno sucesor  
de Hidalgo, al vate argentino  
que en estilo campesino  
no tiene igual en valor.

Si, Ascasubi, ¿quién no acata  
tus poéticos encantos?  
tú embelzas con tus cantos  
las dos márgenes del Plata.

Salúdote, amigo fiel,  
y te pido aquí obsecuente  
me des para ornar mi frente  
una hoja de tu laurel.

F. A. DE FIGUEROA

Allá en la argentina orilla,  
entre los nombres mas bellos  
lanzando vivos destellos  
el tuyo, Ascasubi, brilla;  
y aquí en el Patria Oriental,  
nuestro mas ilustre Bardo  
ciñe á tu frente gallardo  
una corona inmortal.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

ANASTASIO Á ANICETO

«La Tribuna» del 26 de Febrero 1859.

Sr. D. Hilario Ascasubi.

Febrero 26 de 1859.

Mi querido amigo:

Si en los reglones que me dirige Vd. por *La Tribuna* de hoy, hubiera hallado solamente la aprobación del maestro para los trabajos del discípulo, la habría aceptado tal vez, no porque en tal caso abrigase yo la creencia de merecerla, sino porque en el juicio favorable de su inteligencia para mis pobres versos, habría visto un germen de estímulo para muchos de nuestros jóvenes compatriotas, que poseyendo una rica inteligencia y una brillante y natural disposición para cultivar el género de literatura tan útil en nuestro país, y que el renombrado Hidalgo y Vd. han inmortalizado, se abstienen de ejercitar esas dotes por un temor indisculpable bajo cualquier punto de vista.

Pero no es solamente la aprobación para mis humildes versos la que Vd. me envía en el diario de hoy.

Vd., generoso amigo, hace una transmisión en favor mío de los justos elogios que á sus bellas é ingeniosas producciones tributó el ilustre y malogrado Dr. Varela.

Vd. arranca de sus hombros las doradas charreteras del viejo general, para adornar con ellas los juveniles y débiles del cadete.

Vd. arranca de la sien laurçada del *Vate de la Pampa* la rica corona que la ciñó el genio, para adornar con ella la humilde frente del pobre versista.

Mas bien dicho: — Vd. ofrece al débil y deslucido *Pollo*, las agudas *piñas* y el elegante plumage del arrogante *Gallo*.

No, querido amigo: no puedo ni debo aceptar las palabras de Varela, que Vd. me transiere.

Queden ellas en *La Tribuna* de hoy despertando en la imaginación de dos Repúblicas el mal dormido recuerdo de las anchas brechas, que la batería gloriosa de *Paulino Lucero* abrió en los baluartes que la tiranía levantó en ambas márgenes del Plata.

Al citar las palabras del Dr. Varela, y con aquella chispa que brilla siempre en sus producciones me dice usted:

Antes digo yo que, si  
Varela hoy resucitara,  
otro gallo nos cantara  
á usted Del Campo y á mí.

Comprendo perfectamente, querido amigo, el amargo sentimiento que ha tenido Vd. el capricho de retratar con el pincel del chiste, y permítame decir á mi turno:

Yo creo también que, si  
resucitara Varela,  
hoy alumbrara otra vela  
á usted, amigo, no á mí.

Antes de cerrar estas líneas, diré á Vd., querido amigo, que al bajar á la arena de la literatura *gauchesca*, no llevo otra mira que la de sembrar en el árido desierto de mi inteligencia la semilla que he recogido de sus hermosos trabajos, por ver si consigo colocar, aunque sea una sola flor, sobre el altar de la Patria. Su affmo. etc.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

---

En la inmensa colección que tenemos á mano de elogios y apreciaciones sobre nuestro autor, vamos ahora á escoger al acaso algunas cartas que le han sido dirigidas por notabilidades eminentes.

#### CONTESTACION Á PAULINO LUCERO

Pues acérquese, *señor*,  
que eso no es *atreuimiento*,  
y yo acepto el *argumento*  
de tan lindo *payador*.

Y déle cuando la *lope*  
un *duro* por su *versada*:  
llévelo ya, si le *agrada*,  
y evítese otro *galope*.

Y con lo que él le ha de dar,  
por esta *contestación*,  
échese, por su *patrón*,  
un trago antes de *sestiar*.

D. VALENTÍN ALSINA.

¡VIVA LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA!

*Sr. D. Hilario Ascasubi.*

Conchillas, Octubre 28 de 1851.

Mi distinguido compatriota.

Vd. no debía dudar por un momento de mi aprobación al honor con que me favorece, dedicándome su bello original poema «Los Veteranos.»

Persuádase Vd. que siento una verdadera satisfacción al significarle mi reconocimiento por haber elegido mi nombre, para ponerlo al frente de su obra; pues estando ella destinada á figurar entre las producciones de más mérito en nuestra literatura nacional, ha querido Vd. así asociarme en cierto modo á la inmortalidad que le está reservada.

Vd. Sr. Ascasubi, con las sublimes creaciones de su genio hace tantos servicios á la Patria como á las letras, y créame que estos títulos serán ya bastantes para que fuese Vd. uno de mis compatriotas á quien más estimo y respeto, sin que añadiera un motivo más á la profunda gratitud y alta estima con que soy de Vd. affino, compatriota y seguro servidor, Q. S. M. B.

BENJAMÍN VIRASORO. (1)

*Sr. D. Hilario Ascasubi.*

Setiembre 26 de 1853.

Muy señor mío.

Deberá Vd. hacerme la justicia de creer, que la colección que he tenido el honor de recibir hoy de sus trabajos poéticos, habrá sido por mi familia y por mi mirada con el más pronunciado aprecio, porque sin duda no es posible borrar de la memoria todas las gracias, toda la inteligencia de nuestro compatriota Aniceto. La interesada en tan preciosa producción, da á usted por ella las más expresivas gracias, á que añade con sumo gusto el ofrecimiento de su amistad y servicios, su más afectuoso compatriota, Q. S. M. B.

JUAN MANUEL DE LUCA.

(1) Gobernador y Capitán General de la provincia de Corrientes.

Sr. D. Hilario Ascasubi.

Río Janciro, Noviembre 14 de 1854.

Mi estimado señor:

Agradezco á Vd. las poesías que ha tenido la bondad de enviarme y la promesa de los Mellizos, pues tengo en muy grande y merecida estimación las composiciones del género que Vd. ha ilustrado, conquistando distinguidísimo lugar para su nombre en la historia literaria del Río de la Plata.

Me parece que ya manifesté á Vd. en otra ocasión el deseo de tener algunos apuntes biográficos suyos, escritos en el género de sus composiciones poéticas. Es tan vivo este deseo que, á pesar de cuanto tiene de impertinente mi exigencia, no puedo dejar de reiterarla.

Creo que Vd. podría hacer una composición interesantísima, bosquejando, á grandes rasgos, las guerras y las convulsiones de que ha sido actor, espectador ó víctima — delineando la figura de los principales caudillos, — describiendo localidades, — narrando aventuras que den idea de las costumbres de las poblaciones y de las especialidades de la composición de nuestras tropas, de su manera de batallar, etc.

Déme Vd. ocasiones de ocuparme en su servicio y crea siempre en el sincerísimo aprecio que le profesa su amigo y servidor, q. b. s. m

ANDRÉS LAMAS. (1)

El ministro francés residente en Montevideo cerca de la República del Uruguay, M. Maillefer, además de una carta muy honorífica dirigida al autor de *Aniceto el Gallo*, le escribió de su propio puño y letra los dos versos que siguen, para ponerlos debajo del retrato de D. Hilario Ascasubi, *alias* Aniceto el Gallo:

Rival de l'aigle, ainsi que le vieux coq gaulois,  
Il sut lancer la foudre et défendre les lois.

M. MAILLEFER.

Montevideo, 24 Juin 18.0.

(1) Ministro plenipotenciario del Uruguay cerca de la Corte del Brasil.



## Notas biográficas de Hilario Ascasubi

---

¿Adónde están los elementos que puedan constituir una literatura en el Río de la Plata? nos hemos preguntado sendas veces al oír encarecer la necesidad de fundar esa literatura.

La literatura debe ser la expresión de la sociedad: es un axioma universal. Ahora bien, ¿qué sociedad es la nuestra, y qué tipos originales nos presenta, para que podamos basar en ellos la originalidad de nuestra literatura?

Si se exceptúa el *Gaicho* y el Indio pampa, todo lo demás está calcado en el modelo europeo. Y así debía suceder, porque la sangre europea circula en las arterias de los que nos llamamos *americanos*, siendo tan solo la prole más ó menos inmediata de los usurpadores del nuevo continente.

Nuestras costumbres, nuestra historia, nuestra sociedad en suma, no son más que un remedo muy imperfecto todavía de las costumbres, de la historia, de la sociedad de allende el océano. ¿Adónde, pues, buscar las fuentes originales de una literatura propia?...

Hemos dicho que nada tenemos *propio* [más que el *Gaicho* y el Indio pampa. En sus usos y costumbres, en su lenguaje sobre todo, había una mina inagotable de riquezas literarias enteramente *originales* é inexploradas todavía á principios de este siglo.

Pero para explorar esa mina y expresar aquellos usos y costumbres, era preciso, indispensable, asimilarse, emplear el lenguaje peculiar de nuestros gauchos, sus locuciones y modismos.

De aquí, solo de aquí debía nacer una literatura *nuestra*, una poesía del Río de la Plata, que aunque solo ejerciera influencia en las riberas que este baña, no perdería por eso en su importancia absoluta, y ganaría al contrario en el sentido de que sería la única capaz de inocular la idea en el seno de las masas ignorantes que poblaban esas riberas.

Las obras de Ascasubi, como el *Quijote* de Cervantes, no se pueden traducir. Para admirar sus bellezas, es necesario estar versado en el idioma pintoresco, en el lenguaje *imagé*, metafórico y lleno de poesía natural de nuestros gauchos; en sus faenas y en sus hábitos.

Pero ese idioma intraducible es precisamente lo que ha hecho que esas obras hayan podido ejercer una benéfica propaganda patriótica y civilizadora: era el único inteligible para nuestras masas, despejadas pero incultas.

Inculcar en el espíritu de esas masas las nociones ignoradas de los deberes y los derechos del hombre; fomentar el instintivo amor patrio, difundir los principios que forman la base de nuestro modo de ser político, el amor á la libertad, el odio á la tiranía, y destruir las preocupaciones de localismo inherentes al estado de atraso de los pueblos, — ha sido y es el fin moral y utilitario de las obras de Ascasubi.

Bajo este punto de vista bien merece ser llamado el Beranger del Río de la Plata: nadie como él ha merecido ese nombre y esa gloria.

En un sentido absoluto, Ascasubi es un gran poeta. Su imaginación es prodigiosa y prismática, y solo tiene una rival en su patria: la de Cuenca.

*Los delirios del corazón* y *Los Mellizos*, están llamados á ser los dos primeros poemas que habrá producido la literatura del Plata en la mitad de este siglo, — idénticos en valer, aunque distintos en género.

Ascasubi es el poeta de la imaginación, el inspi-

rado cantor de las ásperas y poéticas regiones del Uruguay; de las sabanas inmensas de la Pampa, el fotógrafo de sus tipos, el pintor de sus cuadros llenos de originalidad y animación, como Cuenca es el poeta del corazón, el bardo del sentimiento.

Dos genios que se valen.

Cada verso del primero es una pincelada maestra; cada décima es un cuadro en que resaltan hasta los gestos y movimientos peculiarísimos del gaucho,—los mínimos incidentes de la vida de los campos.

En 1824 escribió el segundo sus primeros versos, que publicó en Salta, donde fundó la primera imprenta que allí se estableció: esos versos fueron hechos con motivo del triunfo de Ayacucho, y Ascasubi los ha perdido junto con todos los de esa época. Se ve, pues, que el primer astro de nuestro vate fué la patria.

Ascasubi permaneció en Montevideo, durante el memorable asedio de aquella heroica Troya americana, sirviendo la buena causa con su espada, con su fortuna y con su pluma.

En esa época es que escribió y publicó la mayor parte de las obras que le han dado celebridad bajo distintos seudónimos.

Todos los ayes de la patria han hallado repercusión en el corazón del vate cuya biografía esbozamos. Lo que Beranger con sus canciones, Ascasubi ha hecho en el Plata con sus patrióticas trovas.

En 1853 coleccionáronse éstas por primera vez en dos tomos en 8º, conteniendo 600 paginas, bajo el título de *Trovas de Paulino Lucero*, que es uno de los diversos seudónimos con que ha escrito Ascasubi. Pero no figura en esa colección su obra capital, el poema de *Los Mellizos*, inacabado todavía y del que solo ha dado á luz los primeros cantos.

Las confidencias amistosas del autor, nos han puesto en conocimiento del plan de la obra, que

abrazo el cuadro general de las costumbres de nuestros campos, un argumento de lo más dramático y palpitante de originalidad y de interés: en fin, un vastísimo terreno donde esplayar las riquezas de la fecunda imaginación del poeta americano por excelencia. Este poema, como hemos dicho más arriba, está destinado á ser de las muy pocas obras poéticas que pasarán á la posteridad de cuantas ha producido la literatura de estos países en la mitad trascurrida del siglo actual.

Llenaríamos muchas páginas con el catálogo de las producciones de Ascasubi de más ó menos aliento. Solo diremos que en todas ellas campea un acendrado amor patrio, un espíritu liberal y un sano raciocinio al alcance de nuestras masas, que esas producciones han ilustrado y dirigido en las contiendas civiles porque hemos atravesado de treinta años á esta parte. Domina en todas ellas igualmente el tono festivo y agudo, impregnado algunas veces de un dejo de tristísima amargura, como en la composición en que da cuenta del fusilamiento de Camila O'Gorman, y una abundancia de chispa epigramática y satírica, capaz de hacer desplegar el más severo entrecejo.

La popularidad de Ascasubi no tiene rival en el Río de la Plata: otro punto de contacto con Beranger en Francia.

Todos los hombres de más saber é idoneidad en estos países le han tributado testimonios espontáneos de admiración entusiasta: nuestro poeta conserva la mayor parte de ellos en un álbum que es un tesoro de gloria y que tenemos á la vista. Su nombre y sus producciones han resonado con aplauso hasta en el seno de la civilización europea.

Y sin embargo, Ascasubi no puede tomar á lo serio el título de poeta: cree no pasar de un verista de circunstancias que sucumbirá con su época.

Se engaña, — porque precisamente su época es la menos á propósito para discernirle el rango á que sus obras lo encumbrarán en tiempos más lite-

rarios y reposados que los nuestros. Cuando las letras hayan asumido la categoría que les corresponde y que aun no tienen en estos países, recojerán las obras de Ascasubi como un legado precioso, donde hallarán diseñados, fotografiados fielmente tipos originalísimos y esencialmente americanos, que quizá habrán ya desaparecido, al par que cuadros de costumbres y paisajes admirables, que la más remota posteridad confrontará edificada con el eterno é indestructible modelo.

El pobre ciego de Chio, tampoco se había imaginado que los versos que daba al viento en aquella isla, diez siglos antes de nuestra era, serían la Iliada y la Odisea que admiramos y admirarán las generaciones venideras.

Ascasubi es modesto sin afectación.

Su carácter, su trato personal es de lo más agradable y ameno. En su conversación como en sus versos, salta la chispa y el epigrama. Un ejemplo:

Veníamos un día en su compañía por la plaza de la Victoria.

—¿Qué significa eso que están haciendo en el frontis de la catedral? nos preguntó aludiendo al bajo relieve que aun estaba en embrión.

— Parece que es *La Cena*, le contestamos refiriéndonos á la de los doce apóstoles y su divino maestro.

—¡Qué *lacena* ni que petaca! nos replicó *Aniceto*; será *armario* en todo caso.

Improvisa sus más hermosas composiciones con la misma facilidad que sus respuestas.

Pero Ascasubi no es solo el poeta y el soldado de la idea: es igualmente el obrero del progreso material, y este le debe en su patria el sacrificio de su fortuna particular, absorbida enteramente en la erección del teatro de Colón, su más bello monumento.

Ascasubi se sacrificó; más Buenos Aires tuvo un teatro digno de la Capital, en cuyos cimientos guarda muchos miles de pesos del poeta.

Una de las cualidades más acreditadas de éste, es su acendrado amor al extranjero; sentimiento que en el mayor número de sus composiciones se ha empeñado en infundir á nuestras masas, combatiendo sus preocupaciones de localismo, ese mezquino espíritu inherente á todo pueblo, visón.

Esa cualidad del hombre y del poeta del progreso le ha merecido á Ascasubi, en su reciente viaje á Europa, testimonios de aprecio y estimación general, que han ensanchado su corazón y le han hecho apasionarse por el viejo continente.

Hoy vuelve de nuevo á Europa, donde se propone hacer una edición completa é ilustrada de sus obras.

Se aleja de su país, acompañado de la estimación de todos los hombres de inteligencia y corazón que hay en él; se aleja de su país donde esperamos volverle á ver muy pronto.

Pero aunque esto no sucediera, vaya Ascasubi seguro de que desde el Cabo de Hornos hasta la cresta de los Andes, y de ésta al Cabo Santa María queda el surco triangular y luminoso de su gloria, que ha de brillar eternamente en los anales literarios de su patria.

HERACLIO C. FAJARDO.

Buenos Aires, Marzo 15 de 1862.

---

# AL LECTOR

(DE LA PRIMERA EDICIÓN HECHA EN PARÍS, 1872)

---

París, no es para todos los hombres el paraíso de la tierra; no lo creáis así, aun cuando lo repitan sin cansarse aquellos que en París han vivido y saboreado los encantos de una vida activa, donde los placeres del espíritu disputan las horas, que aquí son cortas, á los placeres del sensualismo que trasmite y absorbe las impresiones del ser humano.

No: el paraíso de cada hombre está en la tierra natal; y si ella le falta, y si ella está lejos, ese paraíso lo encuentra en los recuerdos de esa tierra querida y tan solo en aquellas horas de profunda reconcentración en que el espíritu viaja, atraviesa los mares, recuenta los tiempos, los hombres y las cosas, y por el sentimiento del amor más puro vive en una idealidad que no es dable describir, pero que se siente, que existe para cada hombre, y que solo puede nacer del amor á la tierra patria. Yo he sentido esas horas.

Este libro que para muchos será solo el eco de los cantos del Gaucho, y que para otros será una violación de las reglas literarias de su lenguaje, y que para no pocos, lo espero, será el pasatiempo de horas monótonas, este libro ha crecido y se ha formado en esas horas de sublime reconcentración que el espíritu no halla en París; si es que París es el sinónimo del paraíso; pero que las encuentra en

el recuerdo de todo lo que significa esa bella palabra: la Patria.

Viejo ya, fatigado mi espíritu por golpes morales, llevado á pesar mío hacia una vida cuasi sedentaria, tal vez no hubiera resistido á la pesadumbre, si no hubiera sentido reanimarse mi vejez al deseo de completar en el último tercio de mi vida, una obra comenzada hace 20 años, y que ha sido desde entonces como el lazo de unión de todos mis recuerdos.

¿Es que la vejez, al consagrarme á ella, sentía también como si el aire de mi juventud y de mis bellos días se infiltraran en mi ser para alimentarle?

SANTOS VEGA ó *los Mellizos de la Flor*, que tal es el nombre que le he dado al libro, que forma el primer volumen de mis obras, fué comenzado en el año de 1850, no habiendo en aquella época de vicisitudes, tenido tiempo para hacer otra cosa que las dos entregas publicadas en 1851, las que constaban solo de diez cuadros con mil ochenta versos, mientras que hoy el volumen ó sea el poema entero consta de sesenta y cinco cuadros y más de trece mil versos.

Entonces, á pesar de los muy honorables y liasonjeros artículos, con que fuéron aplaudidas mis composiciones por jueces muy competentes, cuyos juicios críticos se hallan en el prólogo de este volumen, entonces, repito, no me envanecí ni pensé que mis pobres producciones merecieran todos esos elogios.

Mis versos nacen de mi espíritu, cuyo consorcio ha sido siempre con la naturaleza de esas pampas sin fin, la índole de sus habitantes, sus paisajes especiales que se han fotografiado en mi mente por la observación que me domina.

Mi ideal y mi tipo favorito es el *gaucho*, más ó menos como fué antes de perder mucho de su faz primitiva por el contacto con las ciudades y tal cual hoy se encuentra en algunos rincones de nuestro país argentino.

Ese tipo es más desconocido actualmente de lo que en generalidad puede creerse, pues no considero que sean muchos los hombres que han podido establecer comparación sobre cuanto ha cambiado el carácter del habitante de nuestra campaña, por su incesante participación en las guerras civiles, y por la constante invasión en sus moradas de los hábitos y tendencias de la vida peculiar de las ciudades.

El *canevas* ó red de los *Mellizos de la Flor*, es un tema favorito de los gauchos argentinos, es la historia de un *malevo* capaz de cometer todos los crímenes, y que dió mucho que hacer á la justicia. Al referir sus hechos y su vida criminal por medio del payador Santos Vega, especie de *mito* de los paisanos que también he querido consagrar, se une felizmente la oportunidad de bosquejar la vida íntima de la *Estancia* y de sus habitantes y describir también las costumbres más peculiares á la campaña, con alguno que otro rasgo de la vida de la ciudad.

En esta mi historia, poema ó cuento, como se le quiera llamar, los indios tienen más de una vez una parte prominente, porque, á mi juicio, no retrataría al habitante legítimo de las campañas y praderas argentinas el que olvidara al primer enemigo y constante zozobra del gaucho.

Por último, como creo no equivocarme al pensar que es difícil hallar índole mejor que la de los paisanos de nuestra campaña, he buscado siempre el hacer resaltar, junto á las malas cualidades y tendencias del *malevo*, las buenas condiciones que adornan por lo general al carácter del gaucho.

No tengo pretensiones de ningún género al presentar este libro. Amo á mis versos como se ama á los hijos que consuelan en las horas de pesar; y si de joven, cuando los publiqué como arma de guerra contra los opresores de la Patria, pude tener la vanidad de creer que fueron de alguna utilidad á ese objeto, hoy que marchó al ocaso de

mis días, los miro solo como el conjunto de mis recuerdos juveniles y queridos; y, aunque me cuesta decirlo, al imprimirlos coleccionados, busco también en ellos, un solaz á mi espíritu contristado.

Preceden á estas mis advertencias, puestos por el editor de mis obras, los honrosos artículos que á mis versos les han consagrado personas muy ilustradas en las letras, cuyos elogios me enaltecen demasiado. Esos apreciables juicios constituyen mi única vanidad y constituirán siempre, es mi creencia, el mejor legado de lo que llamo yo mi vida literaria.

HILARIO ASCASUBI.

SANTOS VEGA

EL PAYADOR





Santos Vega el Payador en traje de gaucho del siglo pasado.




# SANTOS VEGA

## EL PAYADOR

### I

LA TAPERA.<sup>1</sup>—SANTOS VEGA EL PAYADOR.<sup>2</sup>—RUFO EL CURANDERO.  
—EL SOLAZO.—EL MIRAJE.—EL RABICANO.

UANDO era al sur cosa extraña,  
por ahí junto á la laguna  
que llaman de la *Espadaña*,  
poder encontrar alguna,  
pulpería de campaña:

Como caso sucedido,  
y muy cierto *de una vez*,<sup>3</sup>  
cuenta un flaire<sup>4</sup> cordovés  
en un proceso *imprimido*,  
que, el día de san Andrés,

Casualmente se toparon,  
al llegar á una *tapera*,  
dos paisanos que se *apiaron*<sup>5</sup>  
juntos, y desensillaron  
á la sombra de una higuera.

1—Tapera: ruina de una casa de campo.

2—Payador: poeta improvisador campestre en la República Argentina.

3—De una vez: del todo, completamente.

4—Flaire: fraile.

5—Se apiaron: se apearon, desmontaron.

Porque un sol abrasador  
á esa hora se desplomaba,  
tal que la *hacienda* <sup>1</sup> bramaba  
y juyendo del calor  
entre un *fachinal* <sup>2</sup> estaba.

Ansí, la *Pampa* <sup>3</sup> y el monte  
á la hora del medio dia  
un *disierto* parecia,  
pues del uno al otro horizonte  
ni un pajarito se via.

Pues tan quemante era el viento  
que del naciente soplabá,  
que al pasto verde tostaba;  
y en aquel mesmo momento  
la higuera se deshojaba.

Y una ilusion singular  
de los vapores nacia;  
pues, talmente, parecia  
la inmensa llanura un mar  
que haciendo olas se mecia.

Y en aquella inundacion  
ilusoria, se miraban  
los árboles que boyaban,  
allá medio en confusion  
con las lomas que asomaban.

Allí, pues, los dos paisanos  
por primera vez se vieron;  
y ansí que se conocieron,  
despues de darse las manos,  
uno al otro se ofrecieron.

1—La hacienda: el conjunto del ganado vacuno.

2—Fachinal: pajonal alto.

3—Pampa. Aunque toda la campaña de la provincia de Buenos Aires es una extensísima llanura, propiamente hablando no és la *pampa* lo que el gaucho llama la pampa: es el territorio desierto que queda mas allá de las fronteras guarnecidas, donde no hay propiedad y donde las tribus indígenas vagan y viven segun su estado salvaje.

El mas viejo se llamaba  
Santos Vega el *payador*,  
gaucho <sup>1</sup> el mas *concertador*,  
que en ese tiempo privaba  
de *escrebido* y de *letor*; <sup>2</sup>

El cual iba *peto á pelo* <sup>3</sup>  
en un potrillo *bragao*,  
*flete* <sup>4</sup> lindo como un *dao* <sup>5</sup>  
que apenas pisaba el suelo  
de livianito y *delgao*.

El otro era un Santiaguero  
llamado Rufo Tolosa;  
casado con una moza  
de las caidas del *Taqueño*, <sup>6</sup>  
muy cantora y muy donosa

Rufo ese dia montaba  
un redomon <sup>7</sup> *entre-riano*,  
muy *coludo* el rabicano, <sup>8</sup>  
y del cabestro llevaba  
otro rosillo *orejano*. <sup>9</sup>

1—Gaucho. El gaucho es el habitante de los campos argentinos: es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios del pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre é independiente, á causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades; es hospitalario en su rancho, lleno de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse á los extraños, de un tinte muy poético y supersticioso en sus creencias y lenguaje, y extraordinariamente diestro para viajar solo por los inmensos desiertos del país, procurándose alimentos, caballos y demás con solo su *lazo* y las *botas*.

2—Lettor: hombre lector y letrado.

3—Pelo á pelo: andar en un solo caballo, ya sea en viaje, ó de pasco.

4—Flete: caballo ligero é infatigable para galopar.

5—Dao: dado de jugar, de hierro, marfil ó metal.

6—Taqueño: nombre de un arroyo.

7—Redomon: caballo recién amansado.

8—Rabicano: caballo que tiene cerdas blancas á la raíz de la cola.

9—Orejano: caballo sin marca ni seña artificial.

Ello es que allí se juntaron  
de pura casualidá,  
pero, muy de voluntá,  
lo que medio se trataron,  
hicieron una amistá.

Conviniendo en que se *apiaban*  
por la calor *apuraos*,  
y en que *traiban*<sup>1</sup> *fatigaos*  
los *pingos*,<sup>2</sup> como que estaban  
enteramente *sudaos*;

Así es que desensillaron,  
y, á fin que no se *asoliasen*  
los *fletes* y se pasmasen,  
á la sombra los ataron  
para que se refrescasen.

Luego, al *rasparle* el sudor<sup>3</sup>  
*Santos Vega* á su bragao,  
reparó que á su costao  
estaba en el *maniador*<sup>4</sup>  
el *rabicano* enredao.

Y al *dir* á desenredarlo,  
cuando la *marca*<sup>5</sup> le vió,  
tan fiero se sorprendió,  
que sin poder ocultarlo  
ahí mismo se santiguó.

Tolosa luego tambien  
se asustó de Vega al verlo  
triste, y por entretenerlo,  
haciéndose como quien  
suponia conocerlo:

1—Traiban: traian.

2—Pingo: caballo de linda forma y presencia.

3—Raspar: limpiar el sudor del lomo y costillares.

4—Maniador: tira de cuero crudo y larga hasta de 15 varas,  
que se soba hasta ablandarla, y sirve para atar los caballos al  
pasto.

5—Marca: cierto signo ó letra con que los hacendados marcan  
sus ganados, quemándoles un jamon con un hierro á propósito.

— ¿No es usted el amigo Ortega?  
Tolosa le preguntó;  
y el viejo, así que le oyó:  
— No, amigo; soy Santos Vega  
su servidor, respondió.

A esta oferta el Santiagueño  
se quitó el sombrero atento,  
y con todo acatamiento  
se le ofreció con empeño  
á servirlo al pensamiento.

Tal merece un *payador*  
*mentao*<sup>1</sup> como Santos Vega,  
que, á cualquier *pago*<sup>2</sup> que llega,  
el *parejero*<sup>3</sup> mejor  
*gaucho* ninguno le niega.

*De ahí* Rufo picó tabaco  
y dos cigarros armó;  
que en apuros se encontró  
para armarlos, porque el *naco*<sup>4</sup>  
medio apenas le alcanzó.

Largóle á Vega el primero,  
y, á los avíos<sup>5</sup> luego  
echando mano, ahí mesmito  
sacó fuego en el yesquero  
con un solo golpecito.

El viejo, inmediatamente  
que su cigarro encendió,  
á Tolosa le largó  
un chifle<sup>6</sup> con aguardiente,  
y Rufo se le afirmó.

1—Mentao: renombrado, famoso.

2—Pago: distrito, lugar, pueblecillo.

3—Parejero: caballo de correr carreras.

4—Naco: último resto de una cuerda de tabaco negro del Brasil.

5—Avíos: útiles para sacar fuego en el yesquero.

6—Chifle: botella hecha de un cuerno de buey.

Luego, los dos á pitar  
frente á frente se sentaron;  
y, lo que se acomodaron  
al ponerse á platicar,  
de lo siguiente trataron.


## II

EL DIÁLOGO. -- LA MARCA FATAL. -- LA AMISTAD. -- EL  
CHIFLE. -- LAS OFERTAS.

SANTOS VEGA

**A**MIGO, me ha contristao  
haber visto en su caballo  
una memoria funesta  
de ahora muchísimos años,  
y que hoy me la representa  
la marca del rabicano.  
¿No me dirá de quién es?

RUFO TOLOSA

—Es marca nueva en el *pago*,  
del uso de un tal Ludueña,  
y hace poco há que la trajo.  
Digo, si es esta, *velahí*:  
una Y con flor en el cabo...  
Y en el suelo rayó así:  Y  
con un *alfajor*<sup>I</sup> tamaño.

I—Alfajor: cuchillo.

VEGA

—La mesma es sin diferencia,  
y asimesmo ya no extraño  
verla de nuevo en el mundo;  
pero sépase, paisano,  
que de esa marca fatal  
hubo un *malevo*<sup>1</sup> *cristiano*,  
tan ladrón, tan asesino,  
y en suma tan desalmado,  
que en el tiempo en que vivió  
era el terror de estos *pagos*,  
donde hizo llorar á muchos  
inocentes desgraciados,  
y burlaba la justicia  
de este mundo *matreriando*,<sup>2</sup>  
hasta que al fin lo alcanzó  
la mano de Dios, y al cabo  
dióle un castigo terrible  
del modo menos pensado.

Quisiera tener lugar  
hoy para contarle el caso,  
pero ya no tengo tiempo,  
porque es argumento largo.  
De manera que otra vez,  
si por suerte nos topamos,  
ó la fortuna me *arronja*  
algún dia por su *pago*,  
lo que no será difícil  
porque yo vivo *gauchando*...<sup>3</sup>  
entónces si le prometo  
hacerle el cuento despacio.

TOLOSA

—Pues yo quisiera, aparcero,  
que hoy mesmo, si es de su agrado,  
se viniera en mi compañía

1—Malevo: malévolo, bandido.

2—Matreriando: huyendo, escondiéndose.

3—Gauchando: andar sin paradero fijo.

á saber en donde paro;  
y alvierta que, sin lisonja,  
yo seria *afurtunado*  
haciéndole conocer  
á mi *chinita*<sup>1</sup> y mi *rancho*,<sup>2</sup>  
adonde entre la pobreza  
sobresale el agasajo,  
con el cual allí le ofrezco,  
un *cimarron*<sup>3</sup> y un *churrasco*,<sup>4</sup>  
y cuatro pesos tambien,  
si usted gusta disfrutarlos.

VEGA

—Amigo, un cariño tal  
no es posible despreciarlo;  
así ya de agradecido  
me resuelvo á acompañarlo,  
por conocer su patrona.  
y ponerme á su mandado.  
Con que, si gusta, ensillemos,  
ya que el sol se va *ladiando*.

TOLOSA

—Al instante; deje estar,  
le arrimaré su caballo,  
y en el momento...

1—Chinita, china: mujer jóven de la campaña.

2—Rancho: casa rústica de tapial, adobe crudo, ó varas embarradas y con techo de paja.

3—Cimarron. La yerba-mate del l'araguay es un artículo demasiado conocido en el mundo para que nos detengamos á definirlo. Como es sabido tambien, con esta yerba tostada y molida se hace una infusión, que con el nombre *mate* constituye entre los gauchos una bebida diaria á manera del té y del café; se toma esta bebida por medio de bombillas ó tubitos de metal colocados en una calabaza seca, que contiene la *yerba* y el agua caliente, aspirándola ó chupando á sorbos. Como su gusto es amargo, las clases acomodadas la usan con azúcar; pero en la campaña este renglon ha sido antes muy caro, y por eso los gauchos se han acostumbrado á tomar *mate amargo*, es decir, sin azúcar. Esta falta del ingrediente usado por la gente de los pueblos, ha producido la clasificación de *cimarron* (silvestre) con que se designa por antonomasia el *mate amargo*, que es de uso general en la campaña.

4—Churrasco: pedazo de carne que se asa poniéndolo sobre las brasas, y así se revuelca en la ceniza.

VEGA

—... No, amigo;  
yo soy viejito fortacho.  
Lárguemelo á mi potrillo;  
vaya no mas ensillando.

---

III

SAN BOROMBON. — JUANA PETRONA. — EL RANCHO. — CARNE  
CON CUERO. — EL FOGON.

**L**UEGO, despues de ensillar,  
al *chifte*, lo que montaron,  
otro *beso* le pegaron,  
y salieron á la par;  
y, despues de caminar  
cinco leguas de un tiron,  
cruzaron un *cañadon*,<sup>1</sup>  
y por último llegaron  
á un rancho donde se apiaron,  
cerca de San Borombon.<sup>2</sup>

Aunque de facha tristona  
era el rancho, en la *ramada*<sup>3</sup>  
*con cuero*<sup>4</sup> estaba colgada  
media res de *vaquillona*;<sup>4</sup>

1—Cañadon: espacio de campo bajo, situado entre dos terrenos mas altos.

2—San Borombon: nombre de un distrito de la campaña de Buenos Aires.

3—Ramada: cobertizo que con r amas de  rboles verdes se construye sobre cuatro palos, para tener sombra cerca del rancho.

4—Con cuero: la carne de becerra   de vaca, que se asa sin sacarle la piel, ech ndola sobre las brasas de grandes fogatas en el campo, hasta que se carboniza la superficie de la carne; entonces se descostra, y se come un rico asado jugoso, y mejor cuando se come fiambre.

4—Vaquillona: becerra   vaca nueva.

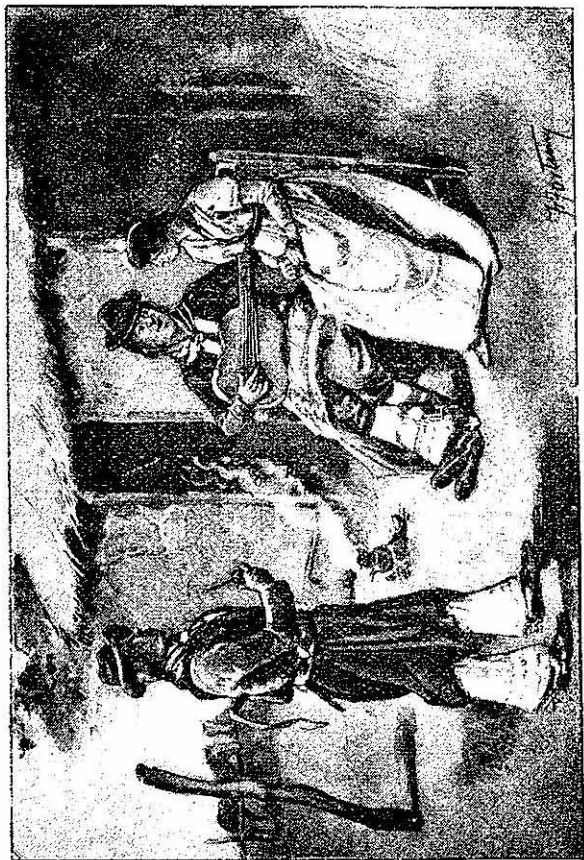
porque la Juana Petrona  
era algo regaloncita,  
y desde esa mañanita  
esperaba á su marido,  
que con el recién venido  
cayeron de tardecita.

Desensilló el forastero,  
y del *palenque* al *bragao*  
Rufo lo echó *acollarao*  
al campo con un *obero*;  
de ahí le acomodó el *apero*<sup>1</sup>  
del cantor en un rincón;  
y luego para el fogón  
á la caldera acudieron,  
y, así que hirvió, se pusieron  
á tomar un *cimarrón*.

Un rato largo despues,  
Rufo, Juana y el cantor,  
al frente del asador,  
*cimarroneaban* los tres;  
mientras el *chifle* otra vez  
andaba de *lao á lao*,  
dándole tiempo á un *asao*  
de *entrepierna* como un cielo,  
que sin quemarle ni un pelo  
salió del fuego *dorao*.

Cuando la ocasion llegó,  
cenaron á lo divino,  
con dos *limetas* de vino  
que la patrona sacó;  
y, en cuanto Rufo lo vió  
á Vega medio alegrón,  
le dijo: — Con su perdón,  
paisano, le haré cantar,  
si lo quiere *destapar*,  
mi *chinita* en la ocasion.

1—Apero: la montura del gaúcho para ensillar su caballo.



En seguida el Payador  
con tierna voz amorosa,



Bajo del bien entendido  
que usted también cantará,  
y luego se acordará  
que es deuda lo prometido;  
razón por la que le pido  
que no se vaya á olvidar,  
y acabando de cantar,  
si no tiene inconveniente,  
por mucho favor nos cuente  
lo que me ofreció contar.'

— Amigo, á su *merecer*,  
díjole Vega á Tolosa,  
me pide muy poca cosa  
con tan poco pretender.  
¿Qué inconveniente ha de haber  
que mi palabra quebrante?  
Ninguno; así que me cante  
su patrona, como es justo,  
luego yo con mucho gusto  
los complaceré al instante.

— Yo de cantora no privo,  
la moza á Vega le dijo;  
mientras que de usted colijo  
que es cantor facultativo.  
Así mesmo no me esquivo,  
antes lo voy á obligar. —  
Y acabando de templar  
la guitarra, por el tres  
cantó una *cifra* despues,  
que á Vega lo hizo llorar.

En seguida el *payador*,  
con tierna voz amorosa,  
cantó en tonada quejosa  
unas décimas de amor;  
y á los trinos del cantor,  
que hasta el alma penetraban,  
Rufo y su mujer estaban  
tan de veras conmovidos,

que en silencio enternecidos  
de hilo en hilo lagrimaban.


Recien entonces la moza  
al *payador* conoció,  
y nunca se demostró  
con *naidas* mas cariñosa;  
así le rogó empeñosa  
tambien que contara el cuento,  
y Santos Vega al momento  
se *vido* en la obligación  
de pedirles atencion  
para entrar en argumento.


A escucharle atentamente  
Rufo se determinó,  
para lo cual atizó  
los tizones diligente.  
Su mujercita igualmente  
se aprontó, pues de carrera  
llenó de agua la caldera;  
sentóse, la puso al fuego...  
y Vega su cuento luego  
empezó de esta manera.

---

## IV

LA LAGUNA.—EL PAJONAL.—LOS MIRASOLES.—LAS CIGÜEÑAS.—  
LAS NUTRIAS.

OMO treinta años hará  
que en la costa del *Salado*,<sup>1</sup>  
del *Paso* de la Postrera  
un poco mas rio abajo,

1—Salado: río caudaloso al sur  Buenos Aires.

en la banda que hace al norte,  
no muy lejos de un *bañado*,<sup>1</sup>  
que rodea á una laguna,  
con su pajonal dotado  
de filosa *cortadera*<sup>2</sup>  
coronada de penachos;  
donde el agua cristalina  
y raudalosa manando  
cubre el junco y la *tatora*,  
y un cardúmen de pescado  
que los *zamaragullones*,<sup>3</sup>  
constantemente buceando,  
bajan al fondo y se comen  
el mas tierno y delicado;  
mientras, en varios islotes  
de raíces que andan boyando,  
flacones los *mirasoles*,<sup>4</sup>  
y tristes y corcovados,  
se pasan de sol á sol  
mirando al cielo embobados;  
en tanto que altas cigüeñas  
con el pescuezo estirado,  
plantadas en la *masiega*,  
allí se están atorando  
con una víbora entera  
de cinco cuartas de largo...  
víboras que desde chicas  
se tragan vivos los sapos;  
y donde los *patos-riales*,  
entre otros distintos patos,  
se anidan y se confunden  
con los cisnes y los gansos,  
y las gallinetas negras

1—Bañado: terreno anegadizo en el campo, y que siempre es pantanoso.

2—Cortadera: paja silvestre de hojas largas como espadas y muy cortadoras por el filo que tienen.

3—Zamaragullones: aves acuáticas del tamaño de los cuervos, pero que vuelan muy poco.

4—Mirasoles: aves grandes como cuervos, pero jorobadas, tristes y raquíticas, que casi pasan el día entero mirando al sol.

y los flamencos rosados...  
aves todas que matizan  
el centro limpio del lago  
y desde que nace el día  
nadan allí retozando  
sobre las nutrias miedosas,  
que asoman de cuando en cuando,  
y zambullen, y se escuenden  
de la luz, porque *aguaitando*  
esperan la nocecita  
para salir hasta el pasto;  
donde el altivo *chajá*,<sup>1</sup>  
en vez de tomar descanso  
después que por las regiones  
del aire se ha remontado,  
baja allí á pasar la noche  
de centinela del campo,  
y con sus gritos está  
en la oscuridá *alertiando*,  
cerca pues de esa laguna,  
ó manantial encantado,  
hay una loma elevada  
que domina todo el campo,  
á la cual *trebo* de olor  
sumamente delicado  
y tierna y fresca gramilla  
la cubren de un alfombrado,  
que verdea reluciente  
tres cuartas partes del año,  
entre lindas margaritas  
de brillante colorado,

1—Chajá ó Yajá. El *Yajá*, dice el Padre Guevara en su Historia del Paraguay, puede ser llamado el volador y centinela. Es grande en cuerpo, de color ceniciento, tiene un collarin de plumas blancas, y un espolon colorado y fuerte en el doblez de las alas con que pelea. Al cantar, repite *Yahá! Yahá!* que en guaraní significa *¡vamos, vamos!* lo que ha motivado su nombre. Es pájaro que anda en bandadas, que vela de noche y que grita, como se ha dicho, al sentir el menor ruido que altere la quietud de la campaña. Los que saben esta propiedad del *chajá* se ponen en vela luego que oyen su canto, porque deducen alguna novedad.

y florida manzanilla  
de que está el suelo estrellado...  
fué allí donde sucedió  
lo siguiente: oigan el caso.

V

EL NATALICIO.— LA ESTANCIA DE LA FLOR.— LOS FORASTEROS.—  
LOS APRESTOS.— EL VECINDARIO.— LOS PARABIENES.

**E**N la cima de esa loma,  
y en un tiempo afortunado,  
paraba en su *Estancia*<sup>1</sup> *grande*  
don Faustino Bejarano,  
andaluz rico, rumboso,  
y en general estimado,  
porque fué sin duda alguna  
el hombre mas *bien portado*.

Con él vivía su esposa,  
siendo el adorno del *pago*,  
doña Estrella, la porteña  
mas donosa y de mas garbo,  
que en esos tiempos pisaba  
en el suelo americano;  
dama la mas respetosa  
y apreciable por su agrado,  
con que allí favorecía  
á todo el género humano;  
así es que á la *Estancia grande*  
el gaucho mas desgraciado,  
aunque fuese forastero,  
podía llegar confiado

1—Estancia: casa de campo, criadero de ganados.

que de sus necesidades  
sería allí remediado  
por la señora en persona  
ó su esposo idolatrado.

Con todo, aquel matrimonio,  
que vivía en un estado  
de riqueza y abundancia,  
no se *creiba*<sup>1</sup> afortunado,  
porque no tuvieron hijos  
en una *máquina*<sup>2</sup> de años.  
Así es que se lamentaban,  
hasta que el cielo apiadado  
le concedió á doña Estrella  
aquel *ojeto desiado*,  
en un hijo que parió  
el día de Todos Santos.

¡Qué festejos, qué alegría,  
en la estancia y en el *pago*  
orijinó un nacimiento  
tan feliz é inesperado!

Corrió luego la noticia  
con la prontitú del rayo,  
y á ver al recién nacido  
se descolgó el vecindario,  
trayéndole parabienes  
al señor don Bejarano,  
que á todos los *recebia*  
agradecido y ufano.

Luego, mientras doña Estrella  
se restableció del parto,  
para cristianar al niño  
en *Chascomús*,<sup>3</sup> se aprontaron  
en la estancia y en la villa,  
con un lujo temerario,

1—Se creiba: se creía.

2—En una máquina: en una porcion ó multitud.

3—Chascomús: pueblo de Campaña al Sur de Buenos Aires.

todas las cosas precisas,  
sin reparar en los gastos.

Algunos días despues,  
de Buenos Aires llegaron  
dos coches con dos familias,  
y una *punta* de soldados  
de escolta de los viajeros,  
que todos eran foráneos,  
y que á la cuenta serian  
personas de mucho rango,  
pues las damas y galanes  
*traiban* copete empolvado.

Cayeron de tardecita  
y dos días descansaron,  
hasta el tercero en que todos  
para la villa *rumbiaron*,  
en el coche de la Estancia  
y los otros mencionados.

A los tres se les prendieron  
doce caballos *platiados*<sup>1</sup>  
del crédito del patron,  
y otra tropilla de *bayos*  
*arriaba* yo de reserva  
sin que fueran necesarios,  
porque los *fletes* de tiro  
eran *pingos* soberanos,  
tanto que sobre la rienda  
y *pelo á pelo* cincharon  
hasta llegar á la villa,  
donde recien sujetaron.

Doña Estrella y su marido  
tambien nos acompañaron,  
y una porcion de sirvientes,  
además de los soldados  
de la escolta y los vecinos

1—Platiados: blancos, color de plata.

mas conocidos del *pago*,  
sin contar los que en la villa  
ya se hallaban de antemano,  
á las mentas del bautismo  
las funciones esperando,  
y á las cuales asistieron  
lo mejor *acacharpados*.<sup>1</sup>

---

## VI

EL BAUTISMO. — CHASCOMÚS. — LOS PADRINOS. — LAS DAMAS DE  
COPETE. — LOS CABALLEROS GALANES. — EL PATRONCITO.

**P**OR supuesto, á Chascomús  
con felicidad llegamos  
en la misma tardecita  
que de la *estancia* marchamos;  
y, como la nochecitá  
se nos venia acercando,  
ya se hallaba de la iglesia  
todo el frente iluminado  
con mas de mil candilejas  
y otros faroles pintados.

Yo, como era muchachito,  
luego que encerré *los bayos*,  
volví corriendo á la iglesia,  
y anduve allí curiosando,  
á fin de mirarlo todo  
con muchísimo cuidado.

<sup>1</sup>—Acacharpados: vestidos lujosamente, y con ricas monturas en sus caballos.

Por eso hasta ahora me acuerdo  
de lo que me embelesaron  
los vestidos de esas gentes,  
por lindos y currutacos.  
¡Qué relumbrar esas ropas!  
¡Qué maravilla y encanto!

Ya dije antes que las damas  
*traiban* copete empolvado,  
y esa tarde del bautismo  
mucho mejor se lo armaron,  
en distintos envoltorios  
sujetos á un enrejado  
de puros hilos de plata  
por la cabeza ligados,  
y despues en las orejas  
unos grandes zarcillazos,  
tan sumamente lucidos  
que deslumbraba el mirarlos.

Luego *traiban* las *polleras*  
de terciopelo encarnado,  
con dibujos de *antejuela*  
desde el pescuezo hasta abajo,  
y por el pecho y las mangas  
todas llenas de volados  
de encajes, como una nieve  
de blancos y almidonados;  
y de ahí primorosamente  
tenian todas las manos,  
desde el codo hasta los dedos,  
cubiertas de un aforrado  
ó tejido de hilo de oro  
muy lindamente cribado.

Ahora, de los caballeros  
tampoco estoy olvidado,  
pues, como si en este *istante*  
los estuviese mirando  
me acuerdo de sus golillas

con unos grandes moñazos,  
y luego su calzon corto  
(por supuesto que de raso),  
un justillo hasta el *encuentro* <sup>1</sup>  
por todas partes *floriado*.

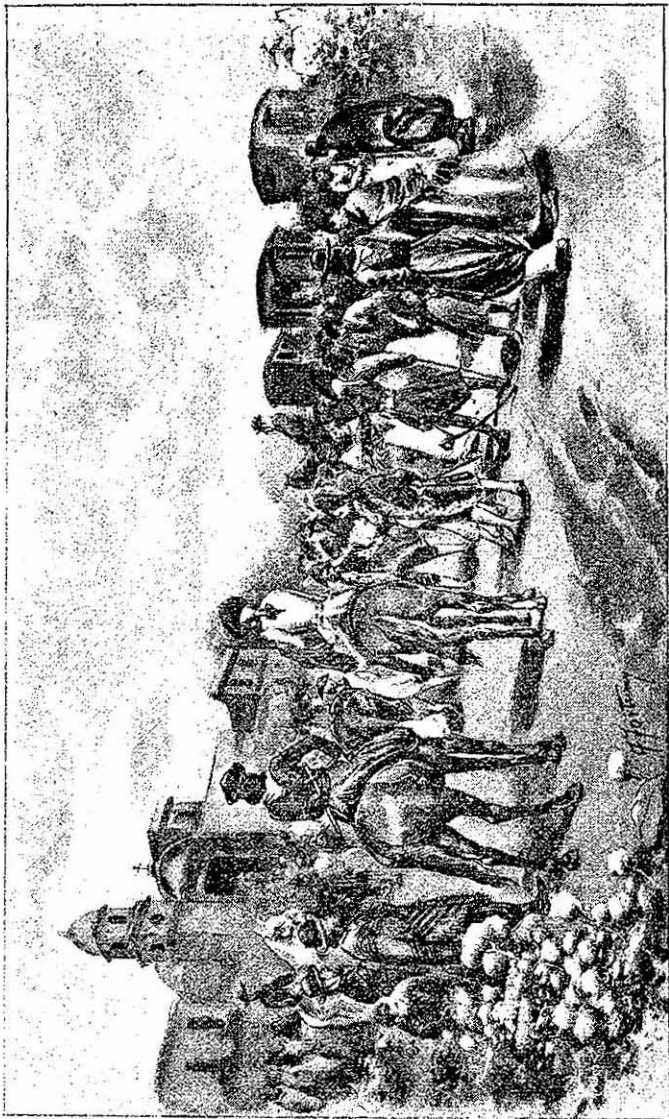
De ahí, un casacon terrible  
con alamares bordados;  
despues, sus medias de seda  
rayadas de azul y blanco;  
y por último, en los *pieses*,  
encima de los zapatos,  
tamañas hebillas de oro  
*ribetiadas* de topacios;  
y al cinto sus espadines  
con vainas de cuero blanco;  
una bolsa con la trenza,  
y un sombrero todo *arquiado*.

Vestidos de esa manera  
aquellos caballeros,  
cuando *pasiaban* á pié  
daba temor el mirarlos,  
tan serios y tan formales,  
lo mesmo que los *caranchos* <sup>2</sup>  
que al redor de una osamenta,  
con las alas arrastrando  
y la mayor fantasia,  
marchan tiesos paso á paso,  
como si fueran alcaldes  
con el copete parado.

Cuando damas y galanes  
de los coches se bajaron,  
en yuntas de par en par  
á la iglesia se colaron,

1—Encuentro: la entrepierna.

2—Caranchos: grandes aves de rapiña que devoran los cadáveres del campo, y son muy graves al marchar en derredor de un caballo ó buey muerto.



21 yuntas de par en par  
á la iglesia se colaron,



y entre música y repiques  
los *olios* se comenzaron;  
en los que al niño en la pila,  
al tiempo de cristianarlo,  
Angel le dieron por nombre...  
nombre en el que le acertaron,  
porque fué luego en la tierra  
todo un ángel humanado,  
cautivándose el cariño  
de toditos los paisanos,  
que, el nombre de *patroncito*  
en seguida le agregaron.

---

## VII

EL BAILE. — LA COLA DE LA MADRINA. — EL PASPIÉ.

**E**N el momento despues  
que los *olios* terminaron,  
ya salieron los padrinos,  
á la salud del ahijado  
desde la iglesia á las casas  
tirando plata á puñados,  
del coche de más atrás,  
donde llevaban un saco  
grande con temeridá,  
y así mesmo lo vaciaron;  
de suerte que en la *marchancha*  
esa noche hubo muchacho  
que hasta seis pesos alzó  
en puros *riales cortados*.  
Yo tambien en la volada  
salí mas que remediado,

pues con los *medios* que alcé  
compré un poncho currutaco,  
un sombrero, un ceñidor;  
y once riales me sobraron.

De ahí, los padres y padrinos,  
como les iba contando,  
esa noche en una casa  
de la villa se quedaron,  
donde el cura y el alcalde  
un gran baile les armaron,  
el más alegre y rumboso  
que he visto en todos mis años;  
al cual también asistieron  
otros muchos convidados,  
entre ellos el comendante  
que era un *porteño* bizarro,  
que por ser muy narigón  
le llamaban Cárlos cuarto.

Para esa fiesta las damas  
los vestidos se trocaron  
por otros más relucientes.  
¡Y entonces si le largaron  
todo el valor las puebleras  
en las polleras que echaron!

Así que los caballeros  
y madamas se juntaron,  
rompió la *musiquería*  
á tocar, y yo de un salto  
me trepé en una ventana,  
porque estaba lleno el patio  
de mirones, que no daban  
lugar á ningún muchacho.  
Pero yo sobre la reja  
prendido estuve mirando,  
sin perder una pisada  
de todos los que danzaron.

Al pararse la madrina  
á bailar, largó del brazo  
como seis varas de cola  
del vestido, y relumbrando  
atrás de ella la llevaba  
por los suelos arrastrando,  
mientras seguía el paspié  
(nombre de un baile antiguo),  
haciéndole cortesías  
á un galán, y reculando  
con donaire desdeñoso,  
y sin *trabarse* en el paso.  
Más ó menos de igual suerte  
las otras damas bailaron;  
y á la mas linda de todas  
le *vide* hasta los zapatos,  
que eran de estambre lustroso  
con unos taquitos altos,  
moños encima, y despues  
puntiagudos y enroscados.

---

## VIII

LA CENA.--LOS MANJARES.--LOS ALEGRONES -- LOS  
MOSQUETEROS.

**B**AILARON duro y parejo,  
y al primer canto de gallos  
salieron los bailarines  
de á pares hembras y machos,  
y se fueron á otra sala  
á cenar juntos, sentados  
en rueda de una gran mesa

toda orillada de platos,  
y llena de punta á punta  
de diferentes guisados,  
y de muñecos de dulce  
en distintos enjaulados,  
en forma de castillitos  
con flores y embanderados.

Despues, había pasteles  
de toda clase y tamaño,  
como igualmente un tendal  
de gallinas y de pavos,  
y multitud de limetas  
de vino superiorazo,  
del mesmo que yo esa noche  
siempre logré echar un trago,  
que me lo largó un sirviente  
de los que allí se *apedaron*,  
despues que los *gamonales* <sup>1</sup>  
solamente se alegraron.

Antes de la madrugada  
salió el cura cabeciendo,  
y mas atrás el alcalde  
*divertido* y trompezando.  
Y así que *hicieron lá punta*  
esos dos, ya *cabrestiaron* <sup>2</sup>  
todos los demás; y al fin  
barrigones se largaron  
los *tragaldabas* que al baile  
solo á tragar se costiaron,  
sigun dijeron allí  
los que andaban criticando,  
ya porque habría de qué,  
ó ya por andar *galguiando*; <sup>3</sup>  
pues de ambas gentes presumo  
que no falta en tales casos.

1.— Gamonales: hombres ricos.

2.— Cabrestiaron: siguieron por detrás.

3.— Galguiando: con hambre de galgos.

Finalmente, los padrinos, luego que se retiraron, toda esta mañana entera durmiendo se la pasaron; y de ahí, á la tardecita, á la estancia regresaron, donde luego los festejos cuatro dias continuaron, en los que se divertieron lindamente los paisanos; pues, solo para los *piones*,<sup>1</sup> me acuerdo que se *carriaron* seis *vaquillonas* con cuero; las que se les entregaron con dos hornadas de pan y un barril de vino blanco, muchas limetas de caña, y güena yerba y tabaco.

Por último, los padrinos despues que allí *voraciaron*,<sup>2</sup> y que á todos los sirvientes les hicieron un regalo de tres pesos por cabeza, y cinco á cada soldado, entre ¡vivas! y algazara de la estancia se largaron, otra vez á Buenos Aires donde eran avecindados.

1—Piones: los hombres de servicio, de labor.

2--Voraciar: gastar el dinero con derroche.

---

## IX

LA ESTANCIA DE LA FLOR. — EL OMBÚ. — EL PAMPERO. —  
EL RIO SALADO.

**A**HORA un camino distinto  
tomará mi relacion,  
supuesto que de la estancia  
tan solo la situacion  
he dicho, y nada tocante  
á su linda poblacion;  
que al fin la Indiada salvaje  
á sangre y fuego arrasó,  
un dia què felizmente  
doña Estrella y el *patron*,  
por hallarse en otra parte,  
no perecieron los dos.

Coronaba aquella loma,  
referida en lo anterior,  
un *ombú*,<sup>1</sup> del cual decian  
hombres mas viejos que yo,  
que mas de cien primaveras  
florido reverdeció,  
desafiando tempestades  
con altiva presuncion,  
hasta que, cuando mas fuerte  
y arraigado se creyó,  
un huracan del pampero<sup>2</sup>

1 — Ombú: nada describe mejor este árbol como la nota con que lo caracteriza nuestro amigo el Sr. Echeverría en su bello poema LA CAUTIVA: «Árbol corpulento, espeso y de vistoso follaje, que descuella solitario en las llauuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruta brinda al hombre, pero si fresca y regalada sombra en los ardores del estío».

2 — Pampero: es el viento sudoeste, que llega á la parte habitada de la provincia atravesando toda la *pampa* ó desierto. Es un viento violentísimo, muy seco, muy tónico y muy frio; porque, viniendo de las regiones polares, arrastra consigo algo de las

de la loma lo arrancó,  
y hasta el rio del *Salao*  
rebramando lo arrastró,  
y ese rio torrentoso  
en la mar lo sepultó.  
Pues ese ombú, el mas soberbio  
que en esos campos se vió,  
erguido se interponia  
entre la tierra y el sol,  
cubriendo de fresca sombra  
á un inmenso caseron  
de ochenta varas en cuadro,  
trabajado con primor,  
de adobe crudo, tejado,  
y madera superior.

Todo el frente que habitaba  
la familia del *patron*,  
del lado que hácia al campo  
y de la banda exterior,  
con arcos de largo á largo  
lo ceñia un corredor,  
y tambien á un oratorio,  
de lo lindo lo mejor.  
Despues, en los otros puntos  
tenian colocacion.  
una *tahona*, dos cocinas,  
el granero y el *galpon*<sup>1</sup>  
del uso de la *pionada*; <sup>2</sup>  
y en seguida otro mayor  
para apilar el *cuerambre*, <sup>3</sup>

condiciones atmosféricas que rigen en las alturas de los Andes. Este viento es infaliblemente el que restablece el equilibrio de la atmósfera en todo el país. Luego que los habitantes lo perciben despues del tiempo lluvioso, establecen ya que el buen tiempo les llega con él. El pampero tiene una influencia especialísima sobre los hijos del país, les aviva las potencias, les inspira alegría de ánimo y cierta energía de vida que no se puede describir.

1 — Galpon: se llama así en las estancias á una pieza larga y aislada de las que sirven para habitar.

2 — Pionada: los peones de la estancia.

3 — Cuerambre: la multitud de cueros ó pieles.

y en cierta separacion  
el sebo, la cerda y lana,  
con toda ventilacion.  
De ahí, palomar y cochera,  
y despues la habitacion  
que ocupaba el mayordomo;  
y al lado un cuarto menor  
que guardaba un armamento  
nuevito y de lo mejor.  
Luego, otras piezas *asiadas* <sup>1</sup>  
donde metia el *patron*  
á las gentes de su agrado,  
cuando era de precision.

Además de eso, á la casa,  
por si acaso, á precaucion,  
la rodeaba toda un foso  
de cinco varas de anchor,  
y profundo, de manera  
que agua nunca le faltó.

Ansí, del lado de adentro,  
de la zanja al rededor,  
sauces coposos y eternos  
ostentaban su verdor ;  
y álamos que hasta las nubes  
se elevan por su altor,  
hacian de aquella estancia  
un palacio encantador.

Despues de eso, una estacada  
de *nandubay* <sup>2</sup> de *mi flor*, <sup>3</sup>  
tan pareja y tan fornida

1 — *Asiadas* : ascadas, limpias.

2 — *Nandubay* : es un árbol de las provincias del norte y no-roeste, extremadamente duro, tan grueso como para dar tablas, pero sus troncos proporcionan palos de regular altura. Estos palos son de una ventaja incalculable para hacer los corrales para el ganado, ó palizadas circulares en que se le encierra cuando es preciso. Tiene esta madera la ventaja de endurecerse mas á medida que mas tiempo están enterradas las extremidades de cada palo de los que forman la palizada.

3 — De *mi flor* : de todo mi gusto, lo mejor que puede darse.

que el poste mas delgadon  
no lo arrastraba una cuadra  
el *pingo* mas cinchador,  
á todito el caserio  
le servia de cordon,  
dejando entre la estacada  
y la *paré* un callejon  
para andar holgadamente,  
y pelear en la ocasion ;  
pues para eso en cada esquina  
arriba de un albardon  
como triángulo empedrao,  
estaba listo un cañon ;  
y en la de junto al *potrero*  
en vez de uno habia dos,  
defendiéndole la entrada.  
Así no habia temor,  
encerrando allí la hacienda  
en caso de una invasion  
de los Pampas ó Ranqueles,  
que entonces daban terror,  
pues en cada luna llena  
*caiban* como nubarron  
á robar en las estancias,  
y matar sin compasion,  
quemando las poblaciones  
entre algazara y furor.  
Pero no facilitaban  
en la estancia de la Flor,  
donde, si se aparecian,  
en levantando un porton  
que hacia de puente al foso,  
con toda *satisfaicion*  
se les peleaba de adentro  
como del fuerte mejor.

Afuera estaba la *chacra*,  
en tan linda situacion,  
que un arroyo la cercaba  
para regarla mejor.

Luego, habia tres corrales  
de suficiente grandor:  
dos para hacienda vacuna,  
en los que sin opresion  
cabia todo un *rodeo*<sup>1</sup>  
mansito y resuperior.  
Despues, el tercer corral  
tan solo se destinó  
para encerrar las manadas,  
que eran una bendicion,  
mucho mas la de *retajo*,<sup>2</sup>  
del esmero del patron,  
por la multitud de mulas  
que esa manada le dió;  
de modo que, año por año,  
remitia una porcion  
para los pueblos de *arriba*:  
*trajin* que lo enriqueció.  
Luego, para la majada,  
al ladito de un galpon  
que cubria seis carretas,  
un bote y un carreton,  
dejando el *chiquero*<sup>3</sup> aparte,  
el corral se les formó;  
y para cuidarla bien  
ahí mesmo á la *imediacion*  
dormian los ovejeros,<sup>4</sup>  
cada perro como un *lion*  
que *toriaban*<sup>5</sup> al sentir  
el mas pequeño rumor.

Tal era la estancia grande  
que don Faustino pobló,  
conocida allá en su tiempo  
por la Estancia de la Flor,  
en cuyo sitio, hace poco,

1— Rodeo: el conjunto de vacas, toros y becerros.

2— Manada de retajo: las yeguas que paren y crían las mulas.

3— Chiquero: el corral de los cerdos.

4— Ovejeros: los perros que cuidan de las ovejas.

5— Toriaban: ladraban los mastines.

há que un dia estuve yo  
contemplando una *tapera*  
en triste desolacion,  
y un *cardal* sobre la loma,  
de las *raices* al redor.  
de aquel *ombú* portentoso  
que el huracan derribó . . .

Allí, donde la riqueza,  
y la amistad, y el amor  
hizo dichosos á tantos  
que don Faustino estimó ;  
y allí donde la fortuna  
recompensaba el sudor  
del pobre que trabajaba  
con buena comportacion ;  
pues don Faustino tenia  
la excelente condicion,  
que al conocerle á cualquiera  
una buena inclinacion,  
y un rigular proceder,  
le franquiaba el corazon,  
sin más interés ninguno  
que el gusto de hacer favor . . .  
últimamente, un ingrato  
llenó al fin de sinsabor.  
los dias de la vejez  
de aquel hombre bienhechor :  
siendo el caso que allí mesmo  
en la estancia de la Flor,  
de dos huerfanos mellizos,  
que chiquitos recojió  
y con el mayor esmero  
hasta mocitos los crió,  
una de ellos ; Virgen santa !  
tan desalmado salió,  
y tan de malas entrañas,  
que los campos aterró,  
y él solo con sus delitos  
una cadena formó

de sucesos, que parecen  
*increíbles* á la razón,  
del modo que sucedieron;  
pero que evidentes son,  
como lo demostraré  
al fin de esta relacion,  
para que *admiren* ustedes  
¡ la Providencia de Dios!

.....

Ahora me permitirán  
hacer una suspension  
de este cuento, hasta mañana,  
que con el favor de Dios  
espero poder seguirlo  
hasta darle conclusion;  
pues ya la hora es avanzada,  
y hoy he dado un madrugon  
que me tiene soñoliento.

Siendo así, con el perdon  
de ustedes me voy á echar.

— Con toda *satisfacion*  
puede, *amigazo*, le dijo  
Tolosa en contestacion,  
*anidarse* cuando guste.  
*Velay*, en ese rincon.

— Muchas gracias, dijo Vega;  
y al instante se paró  
á recibir un *hijar* <sup>1</sup>  
que la moza le alcanzó,  
sobre el cual con su *recao* <sup>2</sup>  
su pobre cama tendió;  
y dando las buenas noches  
él tambien las recibió,

1 — Hijar: cuero entero de vaca que sirve para sentarse encima ó acostarse.

2 — Recao: recado, el conjunto de piezas de que se compone la montura de un gaucho.

y antes de echarse á dormir  
bajo del poncho rezó.

Luego, en los brazos del sueño  
los sentidos entregó;  
y en cuanto sobre el *lomillo* <sup>1</sup>  
la cabeza reclinó,  
batiendo el gallo las alas  
la media noche cantó.

---

## X

LA MADRUGADA.—LA RAMADA.—EL SOL NACIENTE.—LOS GAUCHOS RECOGEDORES.—EL RODEO.—EL VENTEEVO.—EL CHIMANGO.

**C**OMO no era dormilona,  
antes del alba siguiente,  
bien peinada y diligente  
se hallaba Juana Petrona,  
cuando ya lucidamente

Venia *clariando* al cielo  
la luz de la madrugada,  
y las gallinas al vuelo  
se dejaban *cair* al suelo  
de encima de la *ramada*.

Al tiempo que la naciente  
rosada aurora del día,  
así que su luz subia,  
la noche oscura al poniente  
tenebroso descendia.

1—Lomillo: la principal pieza del recajo que sirve de silla para sentarse el jinete á caballo.

Y como antorcha lejana  
de brillante reverbero,  
alumbrando al campo entero,  
nacía con la mañana  
brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte  
por San Borombon cruzaba  
sahumado, porque llegaba  
de Buenos Aires, la corte  
que entre dormida dejaba.

Ya tambien las golondrinas,  
los cardenales y *hormeros*  
calandrias y *carpinteros*,  
cotorras y becasinas  
y mil loros *barranqueros*;

Los mas alborotadores  
de aquella inmensa bandada  
en la Espadaña rociada  
festejaban los albores  
de la nueva madrugada;

Y cantando sin cesar  
todo el *pago* alborotaban,  
mientras los gansos nadaban  
con su grupo singular  
de gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia  
toda la *pampa* brotaba,  
al tiempo que coronaba  
los montes á la distancia  
un resplandor que encantaba:

Luz brillante que allí asoma,  
el sol antes de nacer;  
y entonces da gozo el ver



y entre los recogedores  
tambien los perros se veian,



los gauchos sobre la loma  
al campiar y recoger; <sup>1</sup>

Y se veían alegrones  
por varios rumbos cantando,  
y sus caballos saltando  
fogosos los albardones,  
al galope y *escarciendo*;

Y entre los recogedores  
también sus perros se veían,  
que retozando corrían  
festivos y ladradores,  
que á las vacas aturdían.

Y embelesaba el *ganao* <sup>2</sup>  
*lerdiando* <sup>3</sup> para el *rodeo*,  
como era un lindo recreo  
ver sobre un toro *plantao*  
*dir* cantando un *venteveo*; <sup>4</sup>

En cuyo canto la fiera  
parece que se gozara,  
porque las orejas para  
mansita, cual si quisiera  
que el ave no se asustara.

Ansí, á la orilla del fango  
del bañado, la mas blanca  
y cosquillosa potranca <sup>5</sup>  
ni mosquea, si un *chimango* <sup>6</sup>  
se le deja *cair* en la anca.

1—Campiar y recoger: todas las mañanas en la estancia, salen los peones á recoger el ganado vacuno y traerlo á un punto que se llama *playa* del rodeo.

2—Ganao: ganado, el conjunto de la hacienda vacuna.

3—Lerdiando: al paso, marchando lentamente.

4—Venteveo: pájaro que acostumbra posarse sobre el lomo de los toros, aunque marchen.

5—Potranca: yegua joven.

6—Chimango: ave de rapiña que abunda en el campo de Buenos Aires.

Solos, pues, sin *albeldrío*,  
estaban los *ovejeros*  
cuidando de los *chiqueros*,  
mientras se alzaba el rocío  
para largar los corderos. <sup>1</sup>

Después, en San Borombon  
todo á esa hora embelesaba,  
hasta el aire que zumbaba,  
al salir del cañadon  
la bandada que volaba;

Y la sombra que de aquella  
sobre el pastizal refleja,  
tan rápida que asemeja  
un relámpago ó centella,  
y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban  
entre las yeguas *mezclaos*;  
y allá lejos *enzelaos* <sup>2</sup>  
los *baguales* <sup>3</sup> contestaban  
todos *desasosegaos*.

Así los ñacurutuces <sup>4</sup>  
con cara fiera miraban  
que esponjados *gambetiaban*,  
*juyendo* los avestruces  
que los perros acosaban,

Al concluir la recojida,  
cuando entran á corretiarlos;  
y que al tiempo de alcanzarlos

1—Largar los corderos: no se sueltan hasta que no se evapora el rocío, porque les hace daño comer el pasto mojado.

2—Enzelaos: zelosos.

3—Baguales; los potros salvajes que nunca han sido apresados por el hombre.

4—Ñacurutuces: aves de la familia de las luchuzas, pero mas chicas y que viven en cuevas en el campo de Buenos Aires.

aquellos de una tendida  
se divierten en *cociarlos*. <sup>1</sup>

Y de ahí, los perros trotiando  
con tanta lengua estirada  
se vienen á la *carniada*, <sup>2</sup>  
y allí se tienden *jadiando*  
con la cabeza *ladiada*:

Para que las *criaturas*  
que andan por allí al *redor*,  
ó algun mozo *carniador*,  
les larguen unas *achuras* <sup>3</sup>  
que es bocado de mi flor.

Tal fué por San Borombon  
la madrugada del día,  
en que el *payador* debia  
hacer la continuacion  
del cuento aquel que sabía.

## XI

EL SANTIAGUENO. — A TRAJINAR. — LAS CARRERAS. — LA ENANCADA.

**R**UFO tambien era un *crudo* <sup>4</sup>  
para eso de madrugar,  
pero se dejó atrasar  
del sueño, y medio desnudo  
vino al fin á *yerbatiar*. <sup>5</sup>

1—Cociarlos: los avestruces tiran coces como los burros y caballos, y á veces un avestruz con darle una coz le quiebra una pata al caballo.

2—Carniada: el acto de matar una res en el campo y desuartizarla.

3—Achuras: los carneadores les llaman así á los intestinos de la res, como son el hígado, los riñones, las tripas, la panza, y hasta la lengua y los sesos.

4—Crudo: guapo, trabajador, infatigable.

5—Yerbatiar: tomar mate en su correspondiente calabaza.

Y mas que Rufo, *lerdoñ*  
Vega anduvo al levantarse;  
de modo que al recordarse  
bostezando, un *cimarron*  
tomó al *dir* á persignarse.

Y al punto que sus devotas  
oraciones concluyó,  
todo se desperezó,  
y *entresobando* <sup>1</sup> las botas  
al fogon enderezó;

En donde otros buenos dias  
los dos paisanos se dieron,  
y *matiando* se estuvieron;  
y entre varias gollorias  
hasta la *mañana hicieron* <sup>2</sup>.

De ahí, Tolosa en calzoncillos  
y con la cabeza atada,  
salió á darle una *vichada*  
al campo y vido al potrillo  
del cantor en la cañala.

Luego, Rufo alzó la mano,  
y, dándose redepente  
una palmada en la frente,  
dijo: ¡Por Cristo! paisano,  
que con su cuento, caliente,

Ya olvidaba la *carrera*  
que hoy juega el amigo Ramos;  
y será *güeno* que vamos  
á ver de alguna manera  
si por allá *trajinamos*.

1 - Entresobando: las botas que usan los gauchos, las hacen sacándoles entera la piel de las patas hasta mas arriba de los garrones á los potros y yeguas, y esa piel la usan como medias, ó botas de cuero crudo, que las soban todos los dias para suavizarlas más.

2—Hacer la mañana: beber algun aguardiente.

—¿Qué *decís*? dijo la moza.  
¿Ya te lo *querés* llevar  
para hacerlo *trajinar*  
á ese hombre? ¡Miren qué cosa!  
¡Y á mí me *pensás* dejar! . . .

—Yo iré con la condicion,  
dijo Vega, que permita  
la *miente* á la patroncita  
en *ancas*, con su perdon.

—Pues no? dijo la mocita;  
quiero el *envite* y consiento,  
teniendo á gala y placer  
en *dir* con usté, y volver  
á oírle proseguir el cuento,  
si acaso pudiera ser.

—¡Ah, china! Si es un encanto  
para un decir: ¡Oíganle!  
¡Y tan humilde! Ya ve;  
por eso la quiero tanto:  
dijo Tolosa y se fué.

—*Sali, calandria, sali,*  
Juana dijo; y te prevengo,  
que á tu cariño me atengo  
cuando te ausentas de mí,  
y de pena *volvés* renego.

Rufo se desentendió,  
como que estaba enfrenando  
un *mancarron*,<sup>1</sup> y saltando  
*en pelos*<sup>2</sup> enderezó  
á la cañada rumbiando.

Volvió pronto, y almorzaron  
un *churrasco* á la ligera,

1—Mancarron: caballo viejo y manso.

2—En pelos; sin montura, sobre el lomo limpio del caballo.

y despues á la carrera  
con hembra y todo *surquiaron* ;  
y á la oracion regresaron :

*Platudos* y complacidos  
y hasta medio *divertidos*,<sup>1</sup>  
pero en muy linda armonía,  
habiendo *pasao* el dia  
alegres y bien comidos.

Con todo eso, un costillar  
en el asador clavaron,  
y cuasi se lo acabaron  
despues de *cimarroniar*.  
Luego, sin mas esperar,  
el payador muy contento,  
recorriendo el pensamiento,  
dijo: — Voy á continuar,  
si desean escuchar  
que prosiga mi argumento.

---

## XII

LOS MELLIZOS.—EL NIÑO PERVERSO.—EL MORDISCON.  
-- EL DESCUADRILLADO.—LA FUGA.

**U**N tal Bruno Salvador  
*porteñazo lenguaraz*,<sup>2</sup>  
era entonces capataz  
de la Estancia de la Flor.  
Por mozo trabajador  
don Faustino lo queria,

1—Divertidos: borrachos.

2—Lenguaraz: intérprete para los Indios, ó todo el que habla otro idioma distinto del suyo.

y á boca llena decia  
que Bruno era sin igual,  
*honrao* á carta cabal  
y *terne* <sup>1</sup> si se ofrecia.

Bruno era recien *casao*  
con una rubia preciosa ;  
ansí queria á su esposa  
con un cariño *extremao* ;  
pero fué tan *desgraciao*  
que al primer año enviudó,  
pues la moza se murió  
en un parto de mellizos,  
tan grandes y tan rollizos  
que al parirlos sucumbió.

Esa fatal desventura  
á Salvador en seguida  
tambien le costó la vida,  
y lo echó á la sepultura.  
Luego, llenos de tristura  
doña Estrella y el *patron*,  
movidos de compasion  
por la *yunta* de *guachitos*, <sup>2</sup>  
tomaron los mellicitos  
bajo de su proteccion.

Allí en la Estancia se criaron  
con Angelito á la vez,  
y muchos dias los tres  
de un mesmo pecho mamaron ;  
y al instante que asomaron  
(como quien dice) la espuela  
de gallitos, á la escuela  
allí se les destinó,  
donde cada uno empezó  
á demostrar su *entretela* :

1—Terne: valiente, bueno para un lance.

2—Guacho: huérfano de padre y madre expósito, sin padres conocidos.

O aquella disposicion,  
con que á poco de nacer  
da un muchacho á conocer  
su buen ó mal corazon.  
Así, desde *charabon*,<sup>1</sup>  
el mellizo mas *flauchin*  
descubrió un alma tan ruin,  
y perversa de tal modo,  
que con buena crianza y todo  
salió un saltador al fin.

Este se llamaba Luis,  
y el otro hermano Jacinto,  
criatura de un *istinto*  
humilde como *perdis*;  
así, á ser hombre feliz  
trabajando consiguíó,  
porque el *patron* lo estimó  
y doña Estrella tambien,  
y el *patroncito* con quien  
como hermano se trató.

Pero Luis, un *cuchillero*  
fué á los siete años no mas,  
y *mal pegador* de *atrás*,  
vengativo y camorrero;  
y era su gusto á un cordero,  
todavía mamoncito,  
enlazarlo y maniadito  
echarlo vivo al fogon;  
y en verlo hacer chicharron  
se gozaba el muchachito.

Una tarde, á un pobre ciego  
limosnero lo llevó,  
y por gusto lo sentó  
sobre unas brasas de fuego;  
y otra ocasion á un Gallego,

1--Charabon: pichon de avestrue.

que le enseñó la doctrina,  
le *trujo* de la cocina  
un *cimarron* de *humorada*  
con la bombilla *caldiada*,  
y le quemó la *bocina*.

Yo no he visto travesuras  
como las de ese maldito,  
pues cuasi mató á Angelito  
en una de sus diabluras,  
llevándolo medio á oscuras  
á un galpon, sin mas asunto  
que darle un susto por junto.  
Así, en cuanto lo metió,  
sobre un borracho lo echó,  
diciéndole: «¡Es un difunto!»

Tan espantoso alarido  
de susto el niño pegó,  
que al grito el padre salió  
corriendo y despavorido.  
Entonces Luis, aturdido,  
quiso *juirle*, y tropezó;  
de manera que rodó  
á los piés de don Faustino,  
que encima del *guacho* vino  
y medio se desnucó.

Doña Estrella, cuasi muerta  
de susto del alarido,  
corrió atrás de su marido  
con tamaña boca abierta,  
y tambien junto á la puerta  
sobre un mastin se cayó;  
el cual la desconoció,  
pues, en *ancas* del porrazo,  
de un *mordiscon* un pedazo  
de las nalgas le arrancó.

Alzaron luego en seguida  
al niño Angel *desmayao*,  
al patron *descuadrillao*,  
y á la señora mordida;  
y de ahí principió la vida  
delincuente de Luisito;  
añadiendo á su delito  
que esa noche se *juyó*,  
y á su hermano le robó  
el poncho y un puñalito.

Ahora, ocho años pasarán  
desde que Luis se *juyó*  
hasta el tiempo en que ocurrió  
lo que ustedes no sabrán;  
y, aun cuando no *inorarán*  
lo primero que refiera,  
en lo que sigue pudiera  
que no se hallen al corriente,  
pues de entonces al presente  
van treinta años como quiera.

---

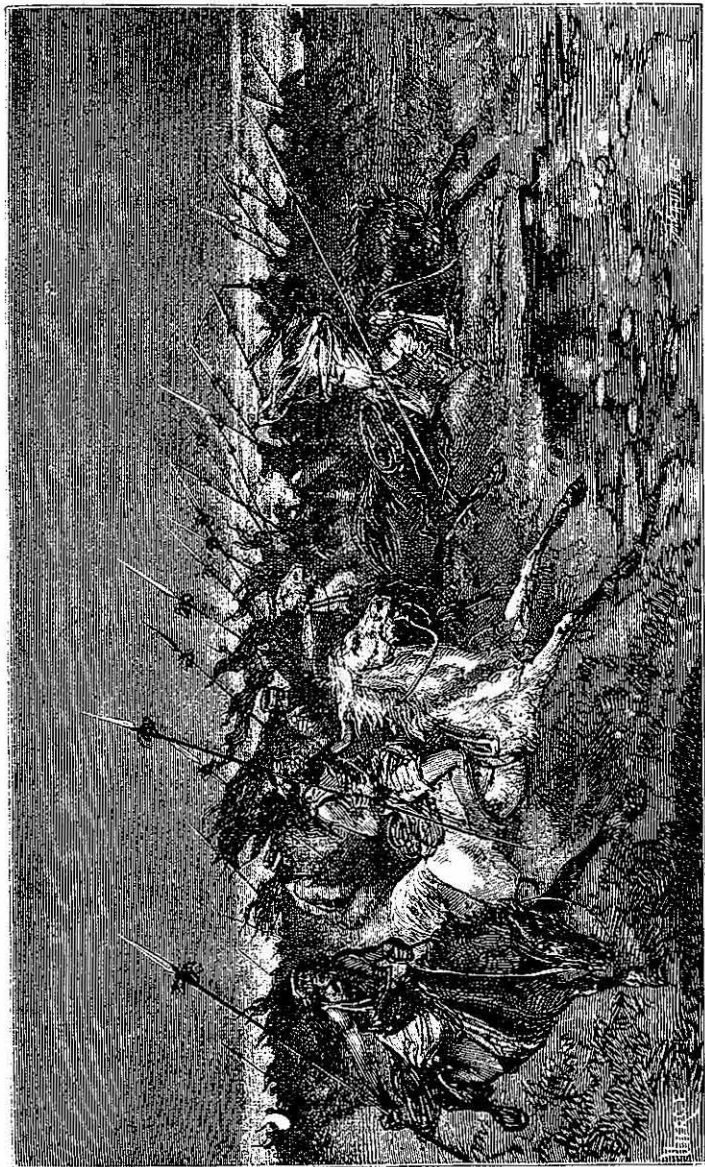
## XIII

LA INDIADA. — EL MALON. — EL ADIVINO. — LOS PICHIGOTONES.  
— LAS REPARTICIONES. — LAS CAUTIVAS.

**S**IEMPRE al ponerse en camino  
á dar un *malon*<sup>1</sup> la Indiada  
se junta á la madrugada  
al *redor* de su adivino;<sup>2</sup>

1—Malon: ataque brusco de los Indios.

2—Adivino: los Indios traen en efecto entre ellos un individuo á quien reputan adivino, y le oyen sumisamente lo que les anuncia todas las madrugadas cuando hacen alguna expedicion.



El Malon de la Indiadá salvaje.



quien el mas feliz destino  
á todos les *asigura*,  
y los anima y apura  
á que marchen persuadidos  
de que no serán vencidos  
y harán la *buen ventura*.

Pero, al invadir la Indiada  
se siente, porque á *la fija* <sup>1</sup>  
del campo la sabandija  
*juye* adelante asustada,  
y envueltos en la *manguiada* <sup>2</sup>  
vienen perros *cimarrones*, <sup>3</sup>  
zorros, avestruces, lions,  
gamas, liebres y venaos,  
y cruzan *atribulaos*  
por entre las poblaciones.

Entonces los *ovejeros*  
*coliendo* <sup>4</sup> bravos *torean*, <sup>5</sup>  
y tambien revoletean  
gritando los teruteros; <sup>6</sup>  
pero, eso sí, los primeros  
que anuncian la *novedá*  
con toda seguridad,  
cuando los Indios avanzan,  
son los *chajases* que lanzan  
volando: ¡chajá! ¡chajá!

Y atrás de esas madrigueras  
que los salvajes espantan,  
*campo ajuera* se levantan,  
como nubes, *polvaderas*  
preñadas todas enteras

1—A la fija: infaliblemente, sin falta.

2—Manguiada: la arreada para acorrallar y cazar bestias.

3—Cimarrones: silvestres.

4—Coliendo: meneando la cola.

5—Torean: ladran bravíos.

6—Teruteros: aves del campo muy grironas y noveleras por cuanto ven y oyen.

de *Pampas*<sup>1</sup> desmelenaos,  
que al trote largo apuraos,  
sobre sus potros tendidos,  
cargan pegando alaridos,  
y en media luna formaos.

Desnudos de cuerpo entero  
traen solo encima del lomo  
prendidos, ó no sé cómo,  
sus quillapices<sup>2</sup> de cuero  
y unas tiras de plumero  
por las canillas y brazos;  
de ahí grandes cascabelazos  
del caballo en la testera;  
y se pintan de manera  
que horrorizan de *fierazos*.<sup>3</sup>

Y como ecos del infierno  
suenan roncadas y confusas,  
entre un enjambre de chuzas,  
rudas trompetas de cuerno;  
y luego atrás en lo externo,  
del arco que hace la Indiada,  
viene la *mancarronada*<sup>4</sup>  
cargando la *toldería*,  
y también la *chinería*<sup>5</sup>  
hasta de á tres *enancada*.<sup>6</sup>

Ansí es que cuando pelean  
con los cristianos, que acaso  
en el primer cañonazo  
tres ó cuatro Indios voltean,  
en cuanto remolinean  
*juyen* como exhalaciones;

1—Pampas: Indios de las pampas.

2—Quillapices: mantas de cuero de huanaco.

3—Fierazos: feísimos.

4—Mancarronada: caballos viejos, estropeados.

5—Chinería: la chusma de mujeres.

6—Enancada: tres en un solo caballo.

y, al ruido de los latones,<sup>1</sup>  
las chinas al disparar  
empiezan luego á tirar  
al suelo *pichigotones*.<sup>2</sup>

Pero, cuando vencedores  
salen ellos de la empresa,  
los pueblos hechos pavesa  
dejan entre otros horrores;  
y no entienden de clamores,  
porque ciegos atropellan,  
y así forzan<sup>3</sup> y degüellan  
niños, ancianos y mozos;  
pues como tigres rabiosos  
en *ferocidad* descuellan.

*De ahí*, borrachos, en contiendas  
entran los mas mocetones  
para las reparticiones  
de las cautivas y prendas;  
y por fin con las *haciendas*  
de todo el *pago* se arrean;  
y, cuando rasas humean  
las casas de los cristianos,  
los Indios pampas ufanos  
para el *disierto trotean*...

Sin dejar vieja con vida;  
pero de las *cotorronas*,<sup>4</sup>  
mocitas y muchachonas  
hacen completa barrida;  
y luego á la repartida  
ningun cacique atropella;  
y á la mas linda doncella  
aparta y la sirve en todo,  
hasta que luego, á su modo,  
tambien se casa con ella.

1—Latones: sables que tienen la vaina de hierro.

2—Pichigotones: indiecitos de pecho ó niños mayorcitos.

3—Forzan: violan, *estupran*.

4—Cotorronas: mujeres que tienen de treinta á cuarenta años.

Y, desdichada mujer  
la que despues de casada  
comete alguna *falsiada* <sup>1</sup>  
que el Indio llegue á saber,  
porque con ella ha de hacer  
herejías, de manera  
que á la hembra mejor le fuera  
caer en las garras de un moro  
ó entre las *aspas* de un toro  
que con un Indio cualquiera.

En fin, á la retirada  
nunca salen reunidos,  
sino en trozos extendidos  
por la campaña asolada;  
y, en toda la atravesada,  
*mamaos* <sup>2</sup> atrás van llorando  
los que *cautiva faltando*,  
es decir, los que no tienen  
mujer, desgracia que vienen  
con la *tranca* <sup>3</sup> lamentando.

Y hay cautiva que ha vivido  
quince años entre la Indiada,  
de donde al fin escapada  
con un hijo se ha venido,  
el cual, despues de crecido,  
de que era indio se acordó  
y á los suyos se *largó*;  
y vino otra vez con ellos,  
y en uno de esos degüellos  
á su madre libertó.

Como ha habido desgraciada  
que, escapada del desierto,  
sus propios hijos la han muerto  
despues en una avanzada,

1—Falsiada: infidelidad conyugal.

2—Mamao, mamado: embriagado, borracho.

3—Tranca: borrachera.

por hallarla *avejentada*,<sup>1</sup>  
ó haberla desconocido;  
y otros casos han habido  
que luego referiré;  
y antes de eso *pitare*  
porque estoy medio rendido.

---

## XIV

LA TRISTONA.—LA GAUCHADA.—EL INDIO BORRACHO.—LA VIEJA  
CAUTIVA.—EL ESPANTADO.—LA VIZCACHERA.<sup>2</sup>

**O**YENDO la relacion  
de Vega, Juana Petrona  
con una cara tristona  
demostraba su *aflicion*;  
y Rufo, con la intencion  
de alegrarle el pensamiento,  
le cortó al cantor el cuento,  
metiéndose á la colada  
con la siguiente gauchada<sup>3</sup>  
que correspondió á su intento.

### TOLOSA

— Ya que habló de retirada,  
voy á contarle un pasaje  
(y perdone que le ataje  
su palabra tan honrada)  
de una mujer muy *mentada*  
por linda como un primor,

1—Avejentada: envejecida,

2—Viscachera: cueva grande y profunda que hacen en el campo  
las vizcachas, que son una especie de gatos salvajes y viven en  
esas cuevas.

3—Gauchada: chiste, historieta, improvisacion de gauchito.

con un Indio *mamador*<sup>1</sup>  
que por la casualidá  
*topó* con una *deidá*  
una noche.—Pues, señor...

Sucedió en una ocasion,  
que los Indios atacaron  
al Salto<sup>2</sup> y se retiraron  
muy cerca de la oracion,  
que un Indio algo vejancon  
medio *mamao* se metió  
entre un *cardal* y topó  
á una mujer escondida,  
cuasi á oscuras, y en seguida  
en *ancas*<sup>3</sup> se la montó.

La hembra se dejó cargar  
mas callada que un difunto,  
y el Pampa con ella al punto  
alegre echó á caminar;  
y á cada rato al marchar,  
pedia el Indio: «da beso»,<sup>4</sup>  
y dando vuelta el pescuezo  
á su cautiva besaba,  
la cual al Indio pensaba  
enternecerlo con eso.

Seguia el Pampa y seguia  
á besos que se pelaba,  
mientras la marcha duraba,  
hasta que allá al ser de día  
se dió *güelta*... y ¡Virgen mia!  
con una vieja se halló,  
tan fiera, que se espantó,  
pues, sin volverla á mirar,  
el Indio por disparar  
hasta la *chuza* largó.

1—Mamador: borrachon, borracho inveterado.

2—El Salto: pueblo de la provincia de Buenos Aires.

3—En *ancas*: á la grupa del caballo.

4—Da beso: así pide un Indio un beso.

La vieja despatarrada  
por los garrones salió  
del *pingo* que la solfió,  
largándole una patada,  
siendo tan afortunada  
que ni el pelo le tocó,  
y felizmente cayó  
al pié de una vizcachera,  
donde mas que de carrera  
de cabeza se metió.

Metida allí en lo profundo  
de la covacha, rezando  
se aguantaba, no pensando  
salir ese dia al mundo;  
pero, á la siesta, iracundo  
un vizcachon <sup>1</sup> la mordió,  
y echando diablos salió  
la vieja toda embarrada,  
y así *descuajaringada* <sup>2</sup>  
para el Salto enderezó.

Dos dias tardó en llegar,  
pero en cuanto entró á la villa  
derechita á la capilla  
fué y se puso á confesar;  
y luego entró á cavilar  
sobre el susto con afan,  
hasta que se fué á Lujan <sup>3</sup>  
y de allí al pueblo bajó,  
*aonde* de lega se entró  
en las monjas de San Juan. —

De oirle á Rufo la gaucha  
se riyeron fuerte y mucho,  
pues cuasi se tragó el *pucho* <sup>4</sup>  
Vega en una carcajada;

1—Vizcachon: el macho de la vizcacha.

2—Descuajaringada: desaliñada, descompuesta, andrajosa.

3—Lujan: pueblo de campaña á 12 leguas de Buenos Aires.

4—Pucho: El resto del cigarro que se ha fumado.

pero largó la mascada,  
sin tragarla, felizmente;  
y, cuando estuvo al corriente  
para platicar, siguió,  
y al Santiagueño le habló  
de la manera siguiente.

---

XV

ROSA LA LUNAREJA. — LOS PARECIDOS.

**D**E esos lances *aparceño*,  
dijo Vega, una porcion  
yo tambien en la ocasion  
podria contarle al caso;  
pero, si lo hago, un atraso  
en mi cuento sufriré:  
cosa sensible, ahora que  
voy en el hilo <sup>1</sup> preciso.  
Siendó así, con su permiso,  
en ese hilo seguiré.

Porque es larga la madeja  
que debo desenredar,  
y no me podré ocupar  
de ninguna bruja vieja,  
quando de la Lunareja,  
tan renombrada por bella,  
debo hablarles ya, pues ella  
se liga mucho á mi cuento;  
*ansí*, es preciso al momento  
hacerla *cair*, á la *güella* <sup>2</sup>.

1—En el hilo: en la marcha, en el asunto del cuento.

2—Güella: la huella que señala el camino.

Esa fué una linda moza  
que la Indiada cautivó,  
y diez y ocho años vivió  
en cautividad penosa,  
y, aunque se llamaba Rosa,  
le decían *Lunareja*,  
porque, junto de una oreja  
un lunar negro tenia  
de forma que se le unia  
con el arco de la ceja.

Ansí mesmo era preciosa,  
y tanto se parecia  
á un hermano que tenia,  
que eran idéntica cosa  
el hermano con la moza:  
en la cara, en el lunar,  
en el pelo, en el hablar,  
y en los ojos sobre todo,  
que eran azules de un modo  
precioso y particular.

Y por esa identidad,  
que, sin duda fué evidente,  
vendrá un caso en lo siguiente,  
en que bien se explicará  
el lance ó casualidá,  
que á un mozo le sucedió  
cierto día que se halló  
apurado casualmente;  
y ese mozo es un teniente  
del cual he de tratar yo.

---

## XVI

EL TIGRERO MONSALBO.—EL CADÁVER.—LOS CUERVOS Y CARANCHOS.—LOS MASTINES FIELES.—GAUCHOS ANTIGUALLOS.—EL BAUTISMO DE LAS LAGUNAS.

**C**UANDO de la Lunareja  
contó Vega los trabajos,  
ya Tolosa y el cantor,  
sin sentir, de trago en trago,  
medio frasco de aguardiente  
cuasi se habian tomado,  
de manera que los dos  
estaban algo *apedados*.<sup>1</sup>

Así, en *chaucha*,<sup>2</sup> el Santiaguero  
á Vega le hizo el agravio,  
no de intencion pudo ser,  
sino de gaucho mal criado,  
pues le cortó la palabra  
pasándole el *medio frasco*  
y diciéndole:

TOLOSA

—¡Por Cristo!

¡Calle, amigo! Recien caigo  
en que esa tal Lunareja  
es de juro,<sup>3</sup> á no dudarlo,  
cierta viuda, de la cual  
hace cosa de dos años  
há que, en este mesmo sitio,  
nos hizo un triste relato

1—Apedado: bebido, borracho.

2—En *chaucha*: ebrio, achispado.

3—De juro: precisamente.

un hombre tan memorista,  
tan *escrebido* y letrado,  
y tan cantor como usted  
que presume de afamado!

Al oír esto Santos Vega,  
se quedó allí *estupeflato*,<sup>1</sup>  
como que era en su amor propio  
mas puntilloso que el diablo;  
pero dijo: «Aguantaré  
de este animal el *guascazo*». <sup>2</sup>

El Santiagueño siguió  
diciéndole al viejo Santos.

#### TOLOSA

Ese hombre, sepaseló,  
ese cantor de quien le hablo,  
ese versista *sin par*  
es mi compadre Monsalbo,  
hijo, el único que tuvo,  
allá en el siglo pasado,  
en las lagunas del *Tala*  
el gaucho mas antiguallo.

En esos campos del sur,  
adonde se hizo afamado,  
porque fué el mas *corajudo*,<sup>3</sup>  
como el mas ejercitado  
en matar tigres y *liones*,  
desde que tuvo quince años,  
hasta que para *cueriar*<sup>4</sup>  
las fuerzas lo abandonaron;  
por fin, de la vida el peso  
al hombre lo fué encorvando,

1—Estupeflato: estupefacto.

2—Guascazo: latigazo.

3—Corajudo: valiente, animoso.

4—Cueriar: sacarles la piel á los cuadrúpedos.

hasta que naturalmente  
*clavó el pico* de viejazo,  
sin mas achaques, dijeron,  
porque andaba vivo y sano.

VEGA

¡Mire eso! y ¡morirse *al rñudo!*<sup>1</sup>  
Pero, alcánceme otro trago.

— ¡Pues no! dijo el Santiagueño;  
y él tambien empinó el frasco.

TOLOSA

Pues, como le iba diciendo,  
la tal muerte de Monsalbo  
decían que era castigo,  
porque andaba vivo y sano.  
Mas, como para morirse,  
es achaque necesario  
y principal estar vivo,  
de vivo... muerto á Monsalbo  
dos gauchos por un *casual*  
entre las pajas lo hallaron.

Ese casual fué debido  
á que esos mismos dos gauchos,  
aunque el tigrero vivia  
en un *bañao* solitario,  
como escondido, porque era  
de carácter muy huraño,  
tan de una vez se perdió  
de vista, que sospecharon  
que el viejo se habria muerto;  
cosa de que no dudaron  
por el indicio infalible  
que allí ciertos pajarracos  
dieron, dejándose ver

1—Al rñudo: sin motivo.

tres dias revoletiendo  
al aire sobre el *pajal*  
mas tupido del bañado,  
donde el tigrero vivia  
solito en su pobre rancho.

VEGA

¡Pero allí, su triste vida  
se la pasaria á *tragos*,  
á los que, sigun sus *mentas*,<sup>1</sup>  
era muy aficionado!

En fin, que Dios lo perdone  
y lo tenga en su descanso,  
mientras nosotros aquí  
seguimos besando el frasco  
á salú de su compadre,  
¡ese profundo Monsalbo  
sin pareja! . . .

TOLOSA

Sí, señor;  
y, como le iba contando,  
diz que sobre ese *pajal*  
los cuervos y los garanchos<sup>2</sup>  
andaban dando graznidos  
al viento desde muy alto,  
luego que al *dijunto* viejo  
le sintieron el olfato.

¡Ya se ve! era peliagudo  
y mucho mas que *arriejado*  
bajar á echarle las garras  
al muerto, porque ni el diablo,  
con todo su poderío,  
se habria determinado

1—Menta: memoria, recuerdo.

2—Caranchos: grandes aves de rapia.

á acercarse á la osamenta  
del *dijunto*, sin embargo  
de que el tigrero murió,  
sigun dicen, condenado.

Pero ¡Cristo! ¿Qué demonios,  
qué cuervos, ni qué caranchos  
se arrimaban á un cadáver,  
que estaba tan escoltado  
como se hallaba el tigrero,  
piadosamente rodiado  
de sus perros doloridos?...  
que allí despues de enterrado,  
al pié de la sepultura,  
donde solo le plantaron  
una cruz de duraznillo,<sup>1</sup>  
los mastines se quedaron  
inmóviles dia y noche  
lastimosamente aullando;  
hasta que de hambre y flacura  
indefensos y postrados,  
de á uno por uno los tigres  
á todos los devoraron.

Luego desde el mismo dia  
que allí al viejo sepultaron,  
á las legunas del Tala,  
en memoria del finado,  
todo bicho<sup>2</sup> hasta hoy las llama  
las lagunas de Monsalbo.

Ese nombre mi compadre,  
que está muy bien informado  
de las cosas de aquel tiempo  
y de nada se ha olvidado,  
dice que se lo pusieron,  
en el sur, aquellos gauchos  
Rojas, Morales, Colman,

1—Duraznillo: arbusto silvestre.

2—Todo bicho: todo el mundo.

el viejo Nutria, Orellano,  
Góngora, Baez, Lechuza,  
hombres todos antiguallos  
nutrieros, pero *diablon*...  
ninguno como Monsalbo.

Luego tocante á cantores,  
mi compadre dijo claro  
que no ha salido hasta el día,  
ni saldrá entre muchos años,  
un cantor como *Lechuza*,  
que nació y murió *payando*,  
de contrapunto, con todos  
de improviso concertando; <sup>1</sup>  
sin que á ningun *payador*,  
de todos los afamados  
le reculara *Lechuza*  
la pisada de un *chimango*. <sup>2</sup>

¡Santa Bárbara! ¡Que truco  
para alguno, háganse cargo!

Santos Vega que pensaba  
que, de Salomon abajo,  
en la redondez del mundo  
jamás había pisado  
un payador de su laya,  
pues que habría revolcado  
no solo á Santa Cecilia,  
sino al diablo coronado,  
se le hizo el sordo á Tolosa,  
y le aguantó el *lechuzazo*;  
pero dijo en sus adentros:  
«Ahora lo verás, bellaco,  
si no te hago relinchar  
como bagual encelado.»  
Así, *con sangre en el ojo*,

1—Concertando: diciendo versos, cantando coplas.

2—Chimango: ave de rapiña del tamaño de una paloma y de color canela.

pretextó echar otro trago,  
y al punto díjole á Rufo:

—Amigo, se va explicando  
muy lindamente en su cuento,  
aunque es un *triste relato*,  
como dijo usted, y por eso  
yo estaba ya apichonado <sup>1</sup>  
y á punto de *lagrimiar*,  
á no haberme consolado  
el verle á su patroncita  
de la pantorrilla abajo;  
aunque se la habia visto  
cuando la monté...

TOLOSA

¡Barajo!  
¿Cómo cuando la montó?  
A ver, explíquese claro.

VEGA

Sí, pues, cuando la *monté*  
*en ancas de mi caballo*,  
y entonces por un descuido,  
ó de presumida acaso,  
me *amostró esa preciosura*.  
Y eso ¿qué tiene de raro?  
¡Si *ansí* son todas las hembras!...  
porque, al fin, Dios les ha dado  
lo lindo para lucirlo.  
Así, al verle lo de abajo,  
dije yo por un deseo:  
¡Ah, *pieses!* ¡para un *malambo* <sup>2</sup>  
connigo, que todavía  
no estoy del todo olvidado!  
¿Qué me dice, patroncita?

1—Apichonado: triste, conmovido.

2—Malambo: baile rústico de la campaña.

¿No me hará un *escobillado*,<sup>1</sup>  
al pedirle este favor,  
desde que la estimo tanto?

JUANA

¡Cómo no, si se lo haré!  
aunque *ruempa* mis zapatos,  
que es todo lo que me ha visto  
al montarme en su bragado.  
Lo demás de alabancioso  
creo que usted lo ha inventado;  
pero, como lo *apreceo*,  
de sus *bromas* no hago caso;  
y, siendo así, bailaremos  
cuando sea de su agrado.

TOLOSA

¡La pu... cha! ¿qué *decís*, Juana?  
Y mi cuento... ¡voto al diablo!  
¿no me lo dejan concluir  
por echar un *zapatado*?

VEGA

Escuche, amigo Tolosa;  
usted nos hace un agravio,  
si cree que su mujercita,  
ni yo mesmo, *preferamos*  
otro placer á su cuento,  
en el que usted ha demostrado,  
con cacúmen y memoria,  
que no es un hombre negado.  
Para bailar sobra tiempo;  
siga no mas su relato,  
que es lindo, aunque no *contrista*.  
Así luego, en acabando,  
usted debe permitirme

1—Escobillado: zapateado.

el que yo, con el *changango*,<sup>1</sup>  
acá con la patroncita  
*echemos penas á un lado.*  
Con que ansí, amigo Tolosa,  
siga el cuento de Monsalbo.

TOLOSA

Bueno, amigo, le haré el gusto,  
seguiré luego; entre tanto  
refrescaré la memoria  
mientras que pito un cigarro.

JUANA

Justamente, dijo Juana;  
*descansá*, Rufo, pitando;  
y usté, don Vega, si gusta  
que bailemos de aquí á un rato,  
cánteme alguna cosita  
antes de nuestro *malambo*.

VEGA

¡Pues no, cielo! ¡en el momento!  
dijo el cantor; y templando  
la guitarra, se dispuso  
á darle un *picon* amargo  
al Santiagueño, en desquite  
de aquel brutal *lechuzazo*.

Á este fin, cantó en seguida  
las coplas de mas abajo.

VEGA

«Si para explicarte aquí  
el amor que te reservo,  
faltan á mi lengua voces,  
ojos elocuentes tengo».

1—Changango: guitarra vieja.

(Y Santos la miró á Juana  
y á él lo miró el Santiagueño).

« Mis ojos pueden decirte  
lo que oculta mi silencio,  
sin que una muda expresion  
pueda ofender tus respetos ».

(Volvió Vega á ver á Juana,  
y á él lo vido el Santiagueño).

« Puertas son por donde el alma,  
con distintos movimientos,  
publica del corazon  
los mas ocultos secretos;

Y, aunque en las voces no explique  
los sentimientos del pecho,  
te estoy diciendo mi amor  
solo con estarte viendo ».

(Y Vega miraba á Juana;  
y á él lo miró el Santiagueño,  
mostrándole á la evidencia  
la comezon de los celos).

#### JUANA

¡Ay! señor, qué preciosa,  
y qué expresivos los versos!  
¿No te parece, marido?

#### TOLOSA

Que te gustan, ya lo veo;  
solo quisiera saber  
de quién son esos compuestos. <sup>1</sup>

VEGA

De Lechuza, el afamado,  
de quien dijo usted, aparcero,  
el que á *nai*des le cedia  
cuando cantaba, en su tiempo,  
la pisada de un chimango  
á payador ni á copiero.

TOLOSA

Ansí dijo mi compadre  
Monsalbo, al que me refiero.  
Y, pues que ya he descansao,  
voy á dar fin á mi cuento...  
digo, si me lo permiten.

VEGA

¡Cómo no! Siga, aparcero;  
pero no se *precitripe*,<sup>1</sup>  
ni se turbe, se lo ruego.

Ahora verán la malicia  
con que siguió el Santiagueño.

---

XVII

DE GAUCHO Á GAUCHO.—LA BORRACHERA.—¡ADIOS DIABLOS!—  
LOS DICHARACHOS.—EL CONTRAPUNTO.—LA MALICIA.

**E**s cosa cierta y sabida  
que al juntarse dos paisanos,  
para tomar la *mañana*  
ó hacer las *once*<sup>2</sup> en el campo;

1—Precitripe: precipite.

2—Hacer las once: tomar algun licor antes de mediodia.



El Santiagueño Rufo Tolosa en traje de gaucho del siglo pasado.



por mas amigos que sean,  
cuando apuran mucho el trago  
y se les va la bebida  
á la cabeza, ¡adios, diablos!  
la amistad y el parentesco,  
el respeto al *compadrazgo*,  
las promesas de cariño,  
todo eso lo echan á un lado,  
y solo á *contrapuntiar*  
se sienten ya preparados.

Así fué que esa mañana  
muy formales se sentaron  
Rufo y Vega á platicar;  
mas, luego que se vaciaron  
de aguardiente una limeta,  
al punto que se *templaron*  
ya les entró el *hormigueo*;  
y como estaba *encelado*  
por el canto el Santiagueño,  
así como el gaucho Santos,  
ofendido en su amor propio,  
se hallaba mas que picado  
por las muchas *indirentas*  
que ya le habia soltado  
Rufo, en las ponderaciones  
con que le pintó á Monsalbo  
y á Lechuza el payador...  
Vega y Rufo principiaron  
con malicia entre uno y otro  
á decirse dicharachos,  
y á mirarse haciendo gestos,  
torciendo la boca á un lado,  
con los demás ademanes  
que saben hacer los gauchos,  
desde luego que se ponen  
de la cabeza *pesados*...  
lo que llaman divertirse.  
*Velay* pues, en ese estado  
se pusieron ese día

Tolosa y el viejo Santos:  
inquietos y *cosquillosos*,  
y mas que todo *desiando*,  
retrucarse el uno al otro,  
al menor *equivocado*.  
Pero, á decir la verdá,  
Vega estaba mas *pesado*  
de la cabeza al instante  
en que Rufo, continuando  
de la Lunareja el cuento,  
soltó en chaucha <sup>1</sup> un dicharacho,  
que verán mas adelante;  
y oigan cómo vino el caso.

Despues de que el Santiagueño  
antes descansó pitando,  
y que Vega le pidió,  
finjiéndose interesado,  
en que prosiguiera el cuento  
del memorista Monsalbo;  
Tolosa, tambien finjiendo  
seguirlo de buen agrado,  
díjoles á Vega y Juana:  
Prosigo pues... Y echó un trago.

#### TOLOSA

Como les iba diciendo  
en ese triste relato,  
mi compadre nos contó  
que, adonde la cautivaron  
á la Lunareja, fué  
en la villa de los Ranchos;  
y diz que, ese mesmo dia,  
los Pampas le *difuntiaron*  
alli mesmo sin piedá  
al marido, que era un guapo  
capitan de los dragones;  
pero al infeliz lo hallaron

1--En chaucha: medio ebrio.

con una pierna quebrada,  
y en la cama lo mataron.  
Luego, allí mesmo los indios  
á su madre 'la chuciaron...

VEGA

¡A la suya chuciarían!  
porque á la mia, ¡barajo!  
no la cojieron los Indios  
ni á cien leguas de los Ranchos,  
porque era santafecina;<sup>1</sup>  
y sin salir de su *pago*,  
que fué la mesma ciudá,  
al cumplir ventidos años,  
cuando era yo tan chiquito  
que me dejaba *gatiando*  
por irse á sus devociones,  
murió moza, de un empacho  
de un choclo<sup>2</sup> con requeson,  
que un bendito franciscano  
al confesarla una siesta  
le dió en el *confisionario*.

TOLOSA

¡La gran punta y truco al choclo,  
al requeson y al empacho!  
Pero, amigo, por las dudas,  
dígame: ¿usté es Paraguayo, ó  
Tarijeño?<sup>3</sup>

VEGA

Soy Puntano.<sup>4</sup>

1—Santa Fé es una ciudad de la República Argentina.

2—Choclo: la espiga del maíz tierno.

3—Los Tarijeños y Paraguayos son muy decidores y maliciosos en su modo de decir.

4—Puntano: natural de la Punta de San Luis, provincia argentina.

TOLOSA

Por eso tan puntiagudas  
cuchufletas me ha soltado  
*endenantes*, cuando quise  
decirle, derecho y claro,  
que á la madre de la viuda  
á chuzazos la mataron;  
no á la suya ni á la mia.  
¡Ah, viejito *vivaracho!*

VEGA

¡*Diaónde* he de ser, si no tengo  
ni cosquillas! Pero, veamos  
si tiene usted fundamento  
al darme ese titulado,  
mientras yo veo que usted  
sabe largarse á lo gaucho;  
pues, cuando menos pensé,  
me soltó ese *chaguarazo*  
de la «chuciada á su madre  
en la villa de los Ranchos»,  
por lo que yo *corcovié*  
con fundamento sobrado.

TOLOSA

Corcovió de cosquilloso.

VEGA

¡Qué cosquillas, ni qué diablos!  
Lo mismo habria hecho usted,  
si hubiese estao en mi caso,  
ó habria hecho otro cualquiera;  
y sino, escuche, paisano,  
le haré una comparacion.

Si usted *muenta*<sup>1</sup> en un caballo,  
en el cual tiene confianza  
por ser de *su silla* y manso,  
como aquel en que lo vide  
el otro día montado,  
ó en cualesquier mancarron;  
si usted *muenta* y sale al tranco  
á pasiar con un amigo,  
con el cual va platicando  
formalmente y de manera  
que sigue usted paso á paso,  
de modo que el mancarron  
'va tranquilo *morronguiando*...<sup>2</sup>  
dígame: si de improviso  
le pega usted un rebencazo  
y le cruza las *verijas*,<sup>3</sup>  
¿el pingo mas aporriado,  
mas humilde y sufridor,  
no *mosquea*, y de un colazo  
le retruca?... y, si es coludo  
como usted...

TOLOSA

¡Como yo!

VEGA

Déjeme hablar, ¡voto al diablo!  
coludo, iba yo á decir,  
como usted sabe montarlos,  
porque la cola le he visto...

TOLOSA

¡A mí, cola!

1—Muenta: monta.

2—Morronguiando: dormitando como los gatos.

3—Verijas: la parte baja de la barriga del caballo cerca de la entrepierna.

VEGA

Al rabicano  
se la vide en la *tapera*,  
allá adonde nos *apiamos* ;  
y adonde del *maniador*  
me acerqué á desenredarlo,  
y vide que le pasaba  
de las *ranillas* <sup>1</sup> abajo.  
¡Qué cola! Ansí al caminar,  
como una reja de arado  
surcos hacia en el suelo,  
y hasta ábrojos vino alzando,  
que usté se los arrancó  
luego, aquí al desensillarlo.  
¿No es verdad? Respuéndame.

TOLOSA

Es verdá; pero, entre tanto,  
más cierto es y más notorio  
que usté se va *destapando* <sup>2</sup>  
en vivezas, las que yo  
se las he de ir *retrucando*,  
*pico á pico*, y *tiro á tiro*,  
á la fija, sin embargo  
de que usté, ya se lo dije,  
es viejito vivaracho,  
y me lleva la ventaja  
de que, siendo veterano,  
*á pelo* le ha de venir  
aquel refran antiguillo,  
que de un modo incontestable  
dice, corto, lindo y claro,  
de que, « el diablo sabe mas  
por viejo, que por ser diablo ».

1—Ranillas: en los caballos la parte cerca de los vasos de las patas, donde tambien tienen algunos mechones de cerda.

2—Destapando: descubriendo, manifestando.

VEGA

Salga, amigo, no *eche pelos*  
*en la leche*, deje á un lado  
todas esas aprensiones  
*al ñudo*; vamos al grano.  
¿Qué se propone decirme  
con todo ese preludiado?

TOLOSA

Á eso voy; pero, ¡por Cristo!  
no me salga usted *chuliando*  
si me turbo en algun dicho,  
como hizo hace poco rato,  
cuando en su comparacion,  
aquella del pingo manso,  
me prendió muy suavemente  
la cola del rabicano:  
gauchada que le agradezco,  
porque el salir de un engaño  
me hizo; y le voy á decir  
del error que me ha sacado  
con respecto á *livandades*.  
Escúcheme, pues, paisano.

Ayer sobre una alcachofa  
de cardo seco en el campo  
yo vide, sobre sus *guevos*,  
dejarse *cair* un carancho  
como usted...

VEGA

¡Como su agüelo!

TOLOSA

¡Otra *guelta*, voto al diablo!  
Como usted debe haber visto,  
no digo uno, sino varios

Bueno, pues; todos sabemos  
muy bien que esos pajarracos  
no pesan lo que un *chingolo*,<sup>1</sup>  
sino que son muy pesados,  
lo mesmo que sus nidadas;  
ansí, no sé como diablos  
á esa doble pesadez  
la apuntala un solo tallo,  
débil, güeco, quebradizo;  
y de *yapa*<sup>2</sup> coronado  
de la rueda de alcachofas  
donde se anida el carancho.  
Pues alli se deja *cair*  
de golpe, desde muy alto,  
con tal maña y suavidad  
que apenas se *duebla*<sup>3</sup> el cardo.

¿Ha visto, amigo, una cosa  
mas *almirable* en el campo?  
Y dígame: ¿le parece  
esa suavidad un milagro?  
Pues á mi no me parece  
tan admirable ese caso,  
Porque, como antes le dije,  
he salido de un engaño,  
y estoy mas que convencido  
que no es tan suave un carancho,  
al echarse en su nidada,  
al vuelo, de lo mas alto,  
como usted cuando á lo zorro  
se le echa encima á un cristiano.

VEGA

¡Ja, ja, ja! Ríase, amigo,  
no haga en adelante caso  
de palabras que yo suelte

1—Chingolo: pajarito como jilguero.

2—De *yapa*: además.

3—Se *duebla*: se dobla, se arquea.

sin intencion de agraviarlo...  
Y permítame, si gusta,  
continuar mi preguntado,  
aquel que usted me cortó  
con sus güevos de carancho.

TOLOSA

Corriente, amigo, prosiga,  
como fuere de su agrado.

VEGA

Pues, señor, yo iba diciendo...  
¿Por dónde ibas, viejo Santos?  
¡Ah! y, si es coludo el rocin  
y en la cola ha levantado,  
ó la *trai* sucia por sí,  
de aquella especie de emplasto  
de trébol fresco y purgante  
con que se *aguacha*<sup>1</sup> el ganado,  
hasta que como aguacero  
de tortillas cubre el campo,  
¿qué sucede?... Claro está:  
sucede que del colazo  
le echa el pingo una rociada  
que lo deja á usted sahumado,  
y sin ganas de pegarle  
de improviso otro *guascazo*,  
como aquel de la chuciada  
de los Indios en los Ranchos.

Con que, basta con lo dicho;  
ya nos hemos *retrucado*.  
Vámonos, pues, *á baraja*,  
y, como güenos paisanos,  
acábese el tiroteo,  
y quedémonos *á mano*.

1—Aguachar: opilarse, ponerse barrigon.

Eso sí, me hará el favor  
de proseguir su relato,  
aquel de la Lunareja,  
porque es lindo y de mi agrado.

TOLOSA

Bueno, pues; proseguiré  
por el tenor de Monsalbo,  
y, como le iba diciendo,  
á chuzazos le mataron  
la madre á la Lunareja,  
el marido y el cuñado:  
como quisieron matarle  
á un hijito de dos años,  
al tiempo que felizmente  
como del cielo bajado  
el cacique Cocomel,  
Indio poderoso y guapo,  
y á quien *naiides* lo tachó  
de cruel ni sanguinario,  
llegóse; y, viendo á la viuda  
que la *traiban* arrastrando  
dos Indios por arrancarle  
el chiquito de los brazos,  
como un tigre Cocomel  
saltó al suelo del caballo,  
echó mano á la cintura,  
y alzando veloz el brazo  
con una bola perdida <sup>1</sup>  
al Indio mas emperrado  
junto al mesmito cogote  
le dió tan feroz bolazo,  
que allí lo dejó en el suelo  
redondo como *mataco*. <sup>2</sup>

1—Bola perdida: arma de los Indios, que consiste en una bola del tamaño de una naranja pequeña, la cual se retoba en cuero, dejándole una cuerda de una vara de largo para rebolearla y lanzarla.

2—Mataco: especie de tortuga cuya concha se forma de anillos angostos, de modo que el mataco se hace una bola uniendo la cabeza á la concha junto con la cola.



junto al mesmito cogote  
le dió tan feroz bolazo



El otro Indio, por supuesto,  
largó á la viuda espantado,  
despues que hasta la cintura  
ya la habian desnudado.

Al verla así Cocomel  
desprendióse del *quillango*,<sup>1</sup>  
acercóse á la infeliz  
que se habia desmayado;  
la tapó compadecido,  
y de su beldá prendado  
la miró contemplativo.

De ahí, como venia al mando  
de toda la Indiada, altivo,  
á todos amenazando,  
les ordenó respetar  
á la cautiva, y que cuando  
se alentara, con su hijito  
la llevasen á su lado;  
porque ya esos dos cautivos  
quedaban bajo su amparo:  
orden que un capitanejo  
de cumplir quedó encargado.

Luego, en esa mesma tarde  
los Indios se retiraron;  
y el cacique á su cautiva  
se la llevó muy prendado  
para casarse con ella,  
á lo Pampa enamorado;  
de manera que á sus toldos  
llegó Cocomel casado.

De la viuda, desde entonces,  
dice el amigo Monsalbo,  
que no sabe si han habido  
noticias por estos *pagos*;

1—Quillango: manta de piel de guanaco.

pero, de su hijo el cautivo,  
al cumplir diez y seis años,  
diz que allá entre los salvajes  
fué el cacique *renegado* ;  
y eso, dice mi compadre,  
que de dizque no ha pasado,  
pues ni de la Lunareja,  
desde que la cautivaron,  
hasta hoy no han vuelto á tener  
mas noticias en los Ranchos.

Ahora deseo saber,  
por curiosidá, paisano,  
si es esta la Lunareja  
de que usted iba á decir algo.

VEGA

Es la mesma; y diré solo  
que su compadre Monsalbo  
del fin que tuvo esa viuda  
y su hijo no está informado,  
siendo ese fin lo mas lindo  
que aquí debió haber contado;  
pero yo les contaré  
eso, cuando llegue el caso,  
y verán que Dios es grande  
y asombroso en sus milagros.

Antes de eso, me parece  
que...

TOLOSA

Tomemos un *amargo*,  
porque á mí ya como á loro  
la lengua se me ha secado;  
y usted, para proseguir,  
necesita algun descanso.

En *efecto*; luego allí  
una caldera *secaron*,  
y acabada, el payador  
dijo: — pues, señor, sigamos.

---

## XVIII

JUANA PETRONA. — SU DISGUSTO. — SUS COMPARACIONES. — LOS  
BURROS. — GENARO BERDUN. — EL FORZUDO. — LOS BLAN-  
DENGUES.

**D**ESPUES que cimarroniaron  
Santos Vega y sus oyentes,  
allí en el fogon sentados,  
Juana Petrona les dijo  
á Rufo y al viejo Santos:

— Señores, voy á pedirles  
un favor, y es necesario  
que me lo hagan, porque yo  
con disgusto he reparado  
*endenantes*, que los dos  
ensillaron *el picazo*,<sup>1</sup>  
retrucándose<sup>2</sup> muy fieros  
á fuerza de dicharachos,  
y eso me da pena y rabia:  
velay, se lo digo claro.

Luego, vos, marido mio,  
de alegador y pesado,  
por causa de la bebida,  
le cortás á cada rato

1—Ensillar el picazo: picarse, enojarse repentinamente por simplezas.

2—Retrucándose: reprochándose.

á don Vega la palabra,  
á lo mejor que contando  
sigue el hombre su argumento.  
No, Rufo; en silencio oigamos  
en adelante la historia,  
y dejémoslo á don Santos  
que el solo se desenriede;  
y, cuando platique, hagamos  
lo mesmo que hacen los burros,  
como vos' habrás notado  
que cuando rebuzna alguno  
los demás oyen callados.

— Ahora sí, dijo el cantor,  
que usted nos ha traginado,  
tanto á mí como á su esposo;  
pues, al fin nos ha tratado  
como burros á los dos.

— ¡Es posible! No hagan caso,  
respondió Juana Petrona;  
dispénsenme; no he pensado,  
ni nunca podré pensar  
hacerles ningun agravio  
á ninguno de los dos;  
y por fin, haciendo barro,  
de puro yegua he salido.  
Dispensen, pues; ya me callo.

Así ya, en lo sucesivo,  
notarán que muy callados  
el Santiagueño y su china  
van á seguir escuchando  
la historia de los Mellizos,  
que es asunto lindo y largo.

Bajo esa conformidá  
Santos Vega prosiguió  
de la manera que dijo  
en seguida; oigamoslo.

—Hasta ahora suena la fama  
del sargento *Vencedor*,  
sobrenombre que por terne  
la paisanada le dió  
á un tal Genaro Berdun,  
el mozo mas guapeton  
y *forzudo* en ese tiempo.  
¡Qué temeridá, señor!  
Un dia, por la culata  
Genaro se le prendió  
á una carreta tirada  
por dos yuntas, y apostó  
á que no la dejaria  
rodar; y no la dejó.  
Debalde los *picaniaron* <sup>I</sup>  
á los bueyes con rigor;  
al contrario, para atrás,  
Berdun allí se arrastró  
la carreta y las dos yuntas  
de bueyes, y los dejó  
con la boca abierta á todos,  
de miedo ó de admiracion.

Otro dia en las carreras  
un gaucho lo amenazó  
á pegarle un rebencazo;  
y en cuanto el rebenque alzó  
Genaro muy suavemente,  
al parecer, abrazó  
al gaucho por la cintura,  
nada mas, y lo soltó  
hecho una bolsa de güesos,  
*boquiando* como un pichon.

Vean pues, si era forzudo  
el sargento Vencedor,  
que en los Blandengues de entonces

I—Picaniaron: picanearon, derivado de picana, nalga.

con ese cargo empezó  
su carrera, y que despues  
hasta capitan subió.

Yo lo conocí sargento  
en tiempo muy anterior,  
porque, la primera vez  
que el mellizo se juyó  
de la estancia, á la Chis-chis <sup>1</sup>  
vino á dar, y allí paró  
en el ranchito infeliz  
de un Portugués pescador;  
el cual le dió de comer,  
hasta que al fin descubrió,  
á costa de sus *riálitos*,  
que el muchacho era ladron,  
ingrato, provocativo  
y de perversa intencion;  
pues, el día en que enojao,  
el Portugués le quitó  
la plata que le robaba,  
el muchacho le tiró  
de atrás una puñalada  
que cuasi lo *dijuntió* <sup>2</sup>

Ofendido el Portugués,  
se dió güelta y le acertó  
á pegar, no sé con qué,  
un golpe que lo *voltió*,  
*azonzao*, y allí en el suelo  
codo con codo lo ató.  
Y luego, ese mesmo día,  
en persona él lo llevó  
á Chascomun, y al alcalde  
don Valdés se lo entregó;  
quien, despues de castigarlo,  
en seguida lo mandó

1—La Chis-chis: nombre de una laguna.

2—Dijuntió: mató, dejó muerto.

con Berdun, que lo entregase  
en la Estancia de la Flor.

Entonces yo conocí  
al sargento Vencedor,  
el mesmo día que trajo  
á Luis, y se lo entregó  
á don Faustino en persona;  
y en secreto le contó  
las diabluras que en la *juida*  
el mellizo cometió.  
A la cuenta, cosas fieras  
debió contarle, en razón  
de que al oirlas don Faustino  
mucho enojo demostró;  
y en seguida que de todo  
el mensaje se informó,  
á presencia del sargento,  
severamente el patron  
reconvino allí al mellizo,  
y ahí mesmo lo sentenció  
á recibir veinte azotes  
por primera reprension.

Con todo eso, á poco rato  
la mitá le perdonó,  
atendiendo á que Jacinto  
y el patroncito, los dos,  
intercedieron llorando  
por lástima del *juidor*;  
pero este, de la sentencia  
*retobado*,<sup>1</sup> se mofó,  
y maldiciendo á Berdun,  
como víbora salió  
al patio, y los calzoncillos  
y el *chiripá*<sup>2</sup> se bajó,

1—Retobado: ensoberbecido, colérico.

2—Chiripá: pieza de paño ó bayeta, tejido del país, con que los gauchos se envuelven desde la cintura hasta las rodillas, en forma de calzones bombachos.

al punto que el capataz  
refalárselos <sup>1</sup> mandó.

De ahí, boca abajo en el suelo  
largo á largo se tiró,  
y en la picana <sup>2</sup> desnuda  
diez lazazos aguantó,  
sin dar un solo quejido,  
ni tampoco se encojió;  
pero, luego que el muchacho  
del suelo se levantó,  
y apenas los calzoncillos  
medio, medio se prendió,  
como balazo, á Genaro,  
renegando enderezó  
tirándose los cabellos,  
y en cuanto se le arrimó:  
¡Ahi-juna! <sup>3</sup> ¿cómo *se llama?*  
le dijo; y se la juró.

Genaro, de esa amenaza,  
por supuesto, se riyó,  
y, bien lejos de agraviarse,  
con bondá le aconsejó  
no tuviera en adelante  
tan mala comportacion,  
porque...

—¡Vaya á la gran pu...  
el guacho le replicó:  
y al tiempo de darse güelta  
*esta letra* <sup>4</sup> le largó:  
—¡Algun dia... con el tiempo...  
deje estar... que espero en Dios!

Pero Berdun, ni por esas <sup>5</sup>  
por agraviado se dió;

1—Refalárselos: bajárselos, quitárselos.

2—Picana: la nalga.

3—¡Ah, hijuna!: ¡ah, hijo de una prostituta!

4—Esta letra: esta sentencia ó amenaza.

5—Ni por esas: á pesar de todo eso.

al contrario, muy tranquilo  
sonriyendo se quedó,  
y al otro día temprano  
del patron se despidió;  
y don Faustino del mozo  
tan de veras se prendó,  
que cuando estuvo á caballo  
al estribo le alcanzó  
un ceñidor de regalo,  
y de nuevo le ofreció  
sin reserva sus servicios,  
y completa estimacion.

Agradecido Genaro,  
al poco tiempo volvió  
así como de paseo,  
y hasta hizo noche <sup>I</sup> en la Flor;  
en donde de los patrones  
tanto agrado recibió  
que, en la confianza, despues  
las venidas menudió,  
hasta que el mozo en la estancia  
del todo se *aquerenció*;  
y así que *el lao de las casas*  
á los viejos les ganó,  
cuando ya se le hizo güeno,  
á quejársele empezó  
á una tal Isabelita,  
que allí en la estancia se crió  
al cargo de doña Estrella,  
que en cuidarla se esmeró.

Quince años no mas tendria  
la mocita á la sazón,  
siendo un dije en esa edá  
de hermosura y de primor,  
á extremos que Don Faustino,  
por tan linda, le añadió

I—Hizo noche: durmió allí, pasó la noche en la casa.

al nombre de Isabelita  
el de Azucena; y bastó  
que con ese sobrenombre  
la llamase una ocasion,  
para que ya el paisanaje  
siguiera dandoseló;  
de manera que Azucena  
de firme se le quedó,  
y en adelante así mesmo  
tendré que nombrarla yo.

Pues, amigo, de esa perla  
Genaro se aficionó,  
y hallándola por fortuna  
blandita de corazon,  
luego que de su cariño  
*perfecto se asiguro,*  
una mañana Genaro  
ciego de amor se estrelló,  
y á la señora y su esposo  
la muchacha les pidió.

Los patrones le ofrecieron  
darle una contestacion  
poniéndole solo el conque  
de tomar informacion,  
con respecto á la *conducta*  
de Genaro, que *almitió,*  
bien siguro como estaba  
que de la averiguacion  
deberia resultarle  
lo mesmo que resultó;  
pues toditos los informes  
fueron á satisfacion,  
como que el mozo gozaba  
la mejor reputacion,  
de manera que el asunto  
muy pronto se terminó,  
y al colmo de su deseo  
la respuesta recibió.

Cinco semanas despues  
con su *prenda* se casó,  
sirviéndoles de padrinos  
doña Estrella y el patron,  
y Azucena la preciosa  
muy feliz se contempló,  
entregándose á un marido  
como al que se le entregó.

Es verdá que, á buena moza,  
muy poco le aventajó  
á Genaro, que tambien  
era, sin ponderacion,  
mozo lindo, en cualquier parte,  
y por tal merecedor  
de que la mas presumida  
le dispensara un favor;  
porque era alto, bien formao,  
blanco y rubio como el sol,  
y de unos ojos celestes  
de un mirar encantador.

De ahí, en la mejilla izquierda  
era su adorno mejor  
un lunar crespo y retinto,  
y de una forma y grandor  
tan sumamente visible,  
que de lejos, viendoló,  
al golpe lo conocian  
por aquella distincion;  
y la fama que tenia  
de ser el mas guapeton  
de toda la *Blandengada* <sup>1</sup>  
que en ese tiempo existió.  
En fin, se hizo el casamiento  
y todo el *pago* asistió  
á la fiesta de esa boda.  
en la cual nada faltó:

1—La Blandengada: el regimiento de Blandengues.

de modo que el paisanaje  
á gusto se divirtió;  
y en medio del *beberaje*,  
me acuerdo que canté yo  
unos *compuestos* al caso;  
y al fin, una relacion,  
cosa linda, les eché  
en' el baile que se armó.

Finalmente, en esa fiesta  
el padrino se portó;  
así fué que el paisanaje  
hasta el día fandanguió,  
sin tener mas desagrado  
que el disgusto que causó  
el mellizo, que esa noche  
á la novia le robó  
unas prendas de su aprecio;  
y de nuevo se juyó  
en el caballo ensillao  
que á Berdun le *manotió*.<sup>1</sup>  
Desde entonces por el sur  
ni su rastro se encontró,  
hasta los años despues  
que ya mozo apareció,  
tan *matrero*<sup>2</sup> y vengativo,  
como asesino y ladron,  
y tan perverso, que fué  
de estos campos el terror.  
Así fué que la justicia  
hasta un premio prometió  
para aquel que lo agarrara  
vivo ó muerto al saltiador.

1—Manotió: robó.

2—Matrero: el que huye de la gente y se esconde en los montes.

## XIX

LA CITACION.—LOS PRESAJIOS DE UN MALON.—LA TRISTEZA DE AZUCENA.—LA DESPEDIDA.—EL CABALLO DORADILLO.

**L**UEGO que con Azucena Genaro se desposó don Faustino á protegerlo del todo se resolvió; y como era un *hacendao* tan de una vez ricachon, su ahijao ya no precisaba ninguna otra proteccion, porque, seis dias despues de casarse, lo llamó su padrino, y muy afable en su cuarto le soltó una escritura formal, haciéndole donacion de legua y media de campo, muy lindo y á inmediacion de la Laguna del *Burro*, aonde Berdun se pobló, llevando á su mujercita que contenta lo siguió.

De Azucena doña Estrella tampoco se descuidó, pues ciento cincuenta vacas de un golpe le regaló. De ahí, con las yeguas y ovejas que de otro las *agenció*, Genaro entre sus amigos á trabajar se agachó, con esmero infatigable,

y sin más aspiracion  
que hacer feliz á su esposa,  
como se lo prometió.

Pero á pesar de ese empeño,  
el mozo no adelantó,  
en los primeros seis años  
de balde se describió;  
porque la maldita Indiada  
tantas veces lo asaltó,  
que acosado el infeliz  
por tanto golpe empezó  
á desconfiar de la suerte,  
con fundamento y razon,  
desde que seis años largos  
de trabajos y teson  
poca ventaja le dieron  
en sus tareas, sino  
el tener continuamente  
sobresalto y sinsabor.

Un dia á la madrugada  
Azucena reparó,  
que al levantarse Berdun  
tristemente suspiró.

La muchacha, por supuesto,  
ya tambien se acongojó,  
y como amaba á Genaro  
con todo su corazon,  
un pesar que aquel tuviera  
lo sentía ella mayor.

Por esta pena afligida,  
ni un momento vaciló  
en suplicarle á su esposo,  
con la ternura mayor,  
el que le manifestase  
por qué causa suspiró.

En el *istante* Genaro  
Un abrazo le *soltó*,  
y deseando complacerla  
al punto, sin dilacion,  
de la manera siguiente  
hablaron entre los dos.

GENARO

Mi alma, aunque he disimulao,  
ya veo que has conocido,  
y ocultarte no he podido  
el que estoy *apensionao*.

Porque ayer muy de mañana,  
platicando en el palenque,  
me hizo acordar Albarenque  
de mi desdichada hermana;  
y despues de ese momento,  
de veras ando triston,  
teniendo en el corazon  
no sé qué presentimiento.

Anoche, ya iba á decirte  
que sentia alguna pena,  
pero no lo hice, Azucena,  
porque no quise afligirte.

¡Pobre Rosa! ya sabés  
que vive tan desgraciada  
ó quién sabe si olvidada  
del mundo estará tal vez.

¡Quince años, temeridá!  
¡Una cristiana cautiva,  
cómo es posible que viva  
entre Pampas! ¿No es verdá?

Aunque, como Dios es grande,  
por su bondad todavía  
espero de que algun dia  
por estos *pagos* la mandé.

Sí; Dios nos permitirá  
que la volvamos á ver;  
¡y sino, qué hemos de hacer!  
cúmplase su voluntá.

Hasta hoy mi hermana no ha muerto,  
porque un cautivo escapao,  
alentada la ha dejao  
hace poco en el Disierto. . .

Sin más hijo que Manuel,  
el chiquito que llevó  
cuando cautiva cayó  
del cacique Cocomel.

Y no hace mucho há que un viejo,  
que del Disierto se vino,  
me dijo que mi sobrino  
es allá un capitanejo. . .

Que de puro guapeton,  
con los Indios por acá  
ha venido, y volverá  
á darnos algun *malon*.

¡Pues sería cosa cruel  
que me llevase el destino  
á matar á mi sobrino,  
ó hacerme matar por él!

Pero, Dios nos librará  
á uno y otro de esa pena;  
y si no es así, Azucena,  
cúmplase su voluntá.

Velay, tenés la razon  
por que suspiré endenantes,  
cabalmente en los istantes  
que *alvertiste* mi pensión.

No niego, estoy pensativo;  
y, á decirte la *verdá*,  
temo alguna *noveda*  
por el siguiente motivo:

Hoy al alba, entre dos luces,  
como nunca he reparao  
el campo todo sembrao  
de gamas y de avestruces;

Y vichos de todas layas  
tambien he visto cruzar,  
y eso me hace recelar,  
algun *malon*. ¡Ah, malhaya!

Hoy que está la Blandengada  
en Chascomun reunida,  
y como nunca crecida,  
lo mesmo que bien montada...

¿No te parece, Azucena,  
que si viniere la Indiada  
el pegarle una *sabliada*  
seria cosa muy güena?

#### AZUCENA

Calláte por Dios, Genaro,  
mirá que estoy asustada;  
y ya sabés que la Indiada  
nos ha costado tan caro.

Con que así, no la anunciés,  
porque aquí tengo aprension,  
y ojalá de poblacion  
mudásemos de una vez.

Azucena esta expresion  
de pronunciar acababa,  
cuando un Blandengue se apiaba  
de *garabina* y laton;

Y *maniando* su caballo,  
*rienda arriba* lo dejó  
al tiempo que le gritó

GENARO

Pase adelante, Ramallo,  
diga, ¿cómo le va *yendo*?

RAMALLO

Lindamente, ya lo ve.

GENARO

Entre pues, y sientesé;  
¿*diónde* sale, qué anda haciendo?

RAMALLO

Vengo, porque el comendante  
á decirle me ha mandao  
que se le apresente armao,  
pues lo precisa al istante.

GENARO

Vea eso, y apenas son  
las siete de la mañana;  
de suerte que don Quintana  
habrá dao un madrugon,  
para mandarme citar  
con tanto apuro,

RAMALLO.

¡Pues no!  
él en persona me dió  
esta órden al aclarar,  
hoy mesmita.

GENARO

Ya lo veo.  
¡ Voto - alante, qué quedará!  
¿ No lo ha colegido usted?

RAMALLO

No, señor, tan solo sé  
de que en la *villa* se están  
las *milicias* reuniendo,  
desde ayer, que va cayendo  
gente con temeridá.

Lo mesmo una caballada  
crecida ayer *vide* entrar;  
dicen que para montar  
á toda la Blandengada. . .

Que de Lujan, al Sanjon,  
y el Salto, ya en Chascomun  
se han reunido al run-run  
de que se espera un *malon*.

Además de estos rumores,  
suenan allá infinidades  
de robos y atrocidades,  
que han hecho unos saltiadores. . .

Por la Viuda y la Salada,<sup>1</sup>  
*diaonde* esa mesma gavilla  
ha caido por la Tablilla  
y por las Encadenadas.

Ansí, no será imposible  
que á usted lo quieran mandar  
con partida, á escarmentar  
á esa gavilla terrible. . .

1—La Viuda y la Salada: nombre de dos lagunas de la campaña del sur.

Que viené capitaniada  
por un gaucho muchachon,  
que en lugar de corazon  
tiene el alma endemoniada.

GENARO

Pues por acá no ha llegao  
semejante foragido;  
á la cuenta habrá sabido;  
que no se ha *dir* muy holgao.

RAMALLO

¡Cuándo! . . . teniendo noticia  
de lo terne que es usté,  
¿á qué á de venir, á qué?  
¿á prender á la justicia?

Pero, escuche, le diré  
que suena como rumor  
que el muchacho saltador  
habla muy fiero de usté.

GENARO

¡La pu . . . janza! Es cosa extraña,  
y no sé cómo me toca  
andar al *ñudo* en la boca  
de semejante lagaña.  
Aunque . . . mire . . . estoy pensando  
que ese malevo muchacho,  
si no es un maldito guacho,  
cerquita le va raspando;

Y si él fuere, deje estar,  
que iré por gusto á rastriarlo,  
solo por desagaviarlo  
aonde lo llegue á topar.

AZUCENA

¡Ay! ¡Genaro, que disgusto  
me causa esta citacion!  
Te digo de corazon  
que ya no puedo de susto.

GENARO

No, hijita, no te asustés,  
Albarenque ahora vendrá,  
y si hay cualquier novedá,  
lo que has de hacer, ya sabés;

En derechura á la villa  
de un galope te largás,  
con tu ropa, y nada mas  
que Albarenque <sup>1</sup> y mi tropilla

Eso en caso que la Indiada  
hoy se dejase sentir,  
pues yo pretendo venir  
por acá, á la madrugada;

Y si no, de tardecita  
mañana, no te aflijás,  
he de volver, lo verás,  
á darte un vistazo, hijita.

AZUCENA

Bueno, mi rubio, te espero  
sin falta, no me engañés.

GENARO

No, mi alma, ni lo pensés.  
Con que, vamos, Baldomero.

1—Albarenque: nombre de un peon.

RAMALLO

Vamos, señor, al momento.  
Y ¿usted va en su doradillo?  
¡Ah, pingo! en ese potrillo  
yo le jugaría al viento.

GENARO

Sí, Ramallo, es cosa buena,  
como usted ya lo verá  
después... Vamos por acá...  
Con que, ¡adiosito, Azucena!

La mocita respondió  
llorando á esa despedida,  
y su marido en seguida  
Con Ramallo se largó.

Y al instante que salieron,  
*á la par, ya galoparon*  
hasta que se traslomaron  
y de vista se perdieron.

Aquí, Vega nuevamente  
su argumento suspendió  
y proseguirlo ofreció  
á la mañana siguiente;

Porque le era de rigor,  
para seguir adelante,  
el hablar del estudiante  
de la Estancia de la Flor.

De ahí, los tizones del fuego  
con la ceniza cubrieron;  
las buenas noches se dieron  
y al *duerme*<sup>1</sup> se fueron luego.

I—Al duerme: á dormir.

## XX

EL ESTUDIANTE. — EL CONVENTO. — EL SEMINARIO. — LOS CURSOS.  
— LA TEOLOJIA.

**E**N la Estancia de la Flor,  
tendria Angelito ya  
sus catorce años de edá,  
y era *rigular letor* :  
cuando un dia, á lo mejor,  
el padre y la parentela  
lo sacaron de la escuela  
para hacerlo cantar misa :  
carrera ilustre y precisa  
en tiempo de la *pajuela* . . . I

Cuando cualquier casquivana  
familia creiba á noblezã  
tener su monja profesã  
ó un pariente de sotana ;  
y esa idea veterana  
la familia del patron  
la sostuvo con tezon,  
hasta salir con la suya,  
plantándole la casulla  
al niño al ser moceton.

Pero, siendo necesario  
désde el campo trasportarlo  
á la ciudá y entregarlo  
al colegio *Simenario*,  
para que allí en el *brevario*  
la *toleojia* cursiara :

I—Pajuela: mecha ó cordon bañado de azufre.

como el mocito inorara  
del colegio el tratamiento,  
pidió que antes á un *convento*  
á cursiar se le mandara.

Pidió eso, porque en verdá  
el mocito no *inoraba*  
la *vidorria* que pasaba  
cualquier lego en la ciudá,  
adonde antes de eso ya  
su padre don Bejarano  
lo trujo á ver á su hermano,  
que era un flaire gamonal,  
regalon, y provincial  
del convento franciscano.

Allí, el mocito *las botas* <sup>I</sup>  
al almorzar se *calzaba*;  
y en seguida se largaba  
al bajo á *boliar* gaviotas.  
Luego en juegos y chacotas  
se pasaba todo el día,  
y como el niño queria  
ser en su gusto *albritario*,  
mas *ganga* que el Simenario  
San Francisco le ofrecia.

A esa idea extravagante  
la madre se resistió;  
y que entrara le mandó  
de monigote estudiante,  
como entró, y como al instante  
á todos aventajó;  
porque en el latin salió  
tan hábil el colegial,  
que en cuatro años el *misal*  
de memoria lo aprendió.

I—Ponerse las botas : disfrutar mucho sin gastar ni trabajar.

Por supuesto, lo ordenaron  
el día de San Faustino ;  
y cura del Pergamino <sup>1</sup>  
poco despues lo nombraron ;  
y allí cuantos le escucharon  
los sermones en latin,  
confesaron de que al fin  
era en lo predicador  
mas *profundo* y mas dotor  
que el mesmo San Agustin.

## XXI

El. ALMUERZÓ GAUCHO. — El. COMEDIDO. — El. ATRACON. — LA CUA-  
JADA. — El. DESENGRASE.

**C**ON los cuentos cavilando  
esa noche el Santiagueño  
no pudo cojer el sueño,  
y se lo pasó pitando ;  
tan desvelado que, cuando  
la aurora empezó á rayar,  
se tuvo que levantár ;  
y desvelao de remate,  
calentó agua, tomó mate,  
y luego salió á campiar.

Sol alto, á ver á su china  
de sus tragines volvió ;  
y á su placer la encontró,  
afanada en la cocina  
en guisar una gallina,

1—El Pergamino : pueblo de campaña

á tiempo que el payador,  
como gaucho vividor  
que á todo se comedia,  
junto al fogon le prendia  
un cordero al asador.

Luego, los tres almorzaron,  
de gallina bien guisada,  
cordero asao y cuajada. . .  
con lo que desengrasaron;  
y tanto, que se limpiaron  
hasta aguacharse <sup>1</sup> un librillo,  
por lo que Rufo el justillo <sup>2</sup>  
entró á desabotonarse,  
y Vega empezó á escarbarse  
los dientes con el cuchillo.

Se hubiera echao á sestiar <sup>3</sup>  
Tolosa con su mujer  
de buena gana, á no ser  
lo ganosos que á la par  
estaban de oir continuar  
el misterioso argumento,  
sin moverse del asiento;  
y Vega que coligió  
tal deseo, principió  
á darle seguida al cuento. . .

Cuando ¡socorro! ¡socorro!  
desde atrás de la cocina,  
al llegar, una vecina  
pidió á gritos, viendo á un zorro  
que arrastraba una gallina.

Vega y Tolosa salieron  
medio atropellandósé,

1—Aguacharon: aguachinaron, se opilaron.

2—Justillo: chaleco, armador.

3—Sestiar: dormir la siesta.

pero el zorro viejo ¡qué!  
cuándo pillarlo creyeron  
iba ya por Santa - Fé.

Por fin, hasta la vecina,  
dejando al bicho largarse,  
llevándose la gallina,  
entraron á la cocina  
y volvieron á sentarse...

Riyéndose junto al fuego;  
aonde, aun cuando el payador  
vido á la gente en sosiégo,  
suspendió su cuento luego,  
diciéndoles: — Pues, señor...

El tal zorro, ó la tal zorra,  
me ha trabucao de manera  
que si ya el cuento siguiera,  
haria una *mazamorra*...

Saliéndome del tenor  
en que lo debo llevar.  
Voy, pues, un rato á pensar,  
para seguirlo mejor:

Volviéndome á Chascomun,  
*aonde* sabrán que llegó  
y qué órdenes recibió  
allí el teniente Berdun.

---

## XXII

LA COMISION MILITAR.—LOS SALTEADORES.—LAS DUDAS.—LA  
PARTIDA DE BLANDENGUES.—EL PESCADOR ASESINADO.

**S**IN demorarse llegó  
Berdun á la citacion,  
pues antes de la oración  
á la *comendancia* entró,  
adonde lo recibió  
el comendante al momento,  
diciéndole muy atento :  
—Lo esperaba á usted al instante,  
teniente ; pase adelante,  
acérquese, tome asiento.  
Pues, lo he mandado llamar  
para que inmediatamente  
una comision urgente  
salga usted á desempeñar.  
Quince hombres va usted á llevar  
por vía de precaucion ;  
pues marcha usted en situacion  
en que aquí nos preparamos,  
como que aguardando estamos  
de los Indios un *malon*.

Pero, puede usted contar  
que si esa chusma viniese,  
sea el número que fuese,  
la vamos á escarmentar.  
Sin embargo, usted al marchar  
ponga esta noche cuidao,  
porque estoy bien informao  
que hoy mesmo á la madrugada

se ha dejado ver la Indiada  
por el paso del Venao. <sup>1</sup>

Esta advertencia le echó,  
muy afable el comendante,  
al teniente que al instante  
por advertido se dió ;  
y, en seguida recibió  
la orden escrita en su pase,  
para que se le auxiliase  
de todo cuanto pudiera  
necesitar donde quiera  
que con su gente se apiase.

Luego, el principal asunto  
que se le encargó á Berdun,  
fué salir de Chascomun  
á las ánimas en punto ;  
porque el dia antes, dijunto  
fresco y muerto á puñaladas,  
allá en las Encadenadas, <sup>2</sup>  
al pobre viejo Machao  
diz que lo habia encontrao  
un gaucho de la Salada.

Machao pescando vivió  
veinte años en las lagunas  
del Chis-chis, en donde algunas  
*tarariras* <sup>3</sup> comí yo ;  
y él mesmo me las asó  
como á gusto las asaba  
para todo el que llegaba  
á su rancho al mediodía ;  
por eso la gaucheria  
en general lo apreciaba.

1—Paso del Venao : lugar por donde se pasa á caballo el río Salado.

2—Encadenadas: varias lagunas reunidas al sur de Buenos Aires.

3—Tarariras: pescados con escama, y de esas lagunas.

Esa muerte, el comprobante  
fué de que dos malhechores  
por allá hacian horrores,  
sigun supo el comendante  
y el alcalde, que al istante  
resolvieron la medida  
de mandar una partida  
atrás de un buen rastriador,<sup>1</sup>  
para que al mas saltiador  
le buscara la guarida.

Ansí pues, se le previno  
á Berdun, que no extrañase  
que en el campo lo buscase  
el rastriador San-Juanino,  
para ponerlo en camino  
de *prender* por malhechores,  
primero que al tuerto Lores,  
conocido por *Vizcacho*,  
al Tigre<sup>2</sup> que era un muchacho  
saltador de saltadores.

—En cuanto á Lores le alvierto,  
tambien el jefe le dijo,  
que aquí se suena de fijo  
que otro saltador lo ha muerto;  
y me dicen como cierto,  
que su matador ha sido  
el *Tigre*, ese foragido,  
que es capaz de asesinar  
á un ministro del altar,  
*cuanti-más* á otro bandido.

Por fin, si fuere verdá  
de que lo han muerto á *Vizcacho*  
desde que usté *prienda* al *guacho*,  
su comision llenará;

1—Rastriador: campesino que le sigue la pista á todo prófugo hasta encontrarlo, por mas que ande y se oculte.

2—Tigre: apodo ó sobrenombre del mellizo Luis.

y desde entonces podrá  
venirse usted en retirada;  
pero, ¡cuidao con la Indiada!  
pues nada extraño seria  
que mañana antes del dia  
nos pegue acá una avanzada.

Con esta órden, en seguida  
Genaro al cuartel marchó,  
donde á recibir entró  
junto con la *bien-venida*  
el mando de la partida;  
y en cuanto se hizo presente  
y lo conoció su gente,  
los soldados se *palmeaban*  
de gusto, porque marchaban  
con el querido teniente.

Luego, este mandó *ensillar*,  
y él solo *desensilló*  
su *doradillo*, y pidió  
lo dejasen *revolcar*,  
porque se lo iba á llevar  
*de tiro*, por de contao:  
para en el caso apurao  
de *apariársele* á cualquiera,  
aunque al infierno *juyera*,  
tener caballo *sobrao*.

Despues, inmediatamente  
que acabaron de ensillar,  
hizo á la tropa formar,  
y les dijo puesto al frente:  
— Muchachos, *naidés* se ausente  
de aquí, porque una *merienda*  
he *pagao* en la trastienda  
de la... ¿No la ven entrar?  
Vamos pues á merendar,  
con el *pingo* de la rienda.

Mesmamente: allí trujeron *gutifarras*, pan y queso; y los soldaos de todo eso apenas medio mordieron, cuando justamente dieron las *ánimas*; y el teniente se acordó precisamente de la órden del comendante, porque en ese mesmo instante mandó montar á su gente.

— Ahora, dijo el payador, debo otra vez recular y de Chascomum saltar á la Estancia de la Flor.

---

## XXIII

EL VIAGE DE DON FAUSTINO. — LA PASCANA EN LA SALADA. <sup>1</sup> —  
DON FAUSTO BARCELÓ.

**D**ICIEMBRE estaba al concluir el dia que don Faustino con su familia en camino para el pueblo salió en coche.

Pero, no pudo salir, sino tarde esa mañana; así, á su primer pascana llegó cuasi al ser de noche.

Paró junto á la *Salada* en una estancia rumbosa,

1—La Salada: nombre de una laguna.

donde la mas cariñosa  
acogida recibió.

Con todo, á la madrugada  
volvió su viage á emprender,  
sin quererlo detener  
por mas que se le rogó.

Don Faustino, ya se vé,  
era hombre que no podia  
faltar á lo que ofrecia,  
por súplicas, ni por nada:

*Virtú* por la cual le fué,  
no falta de voluntá,  
sino una necesidá  
largarse de madrugada;

Pues para ese mesmo día,  
víspera de Navidá,  
don Faustino habia ya  
escrito á la Magalena...<sup>1</sup>

Á un *cuñao* que allá tenia  
para que se preparase,  
y sin falta lo aguardase  
á pasar la noche *güena*.

De la Salada el patron,  
al decir don Bejarano.  
que habia ya de antemano  
escrebido de la *Flor*,

Le encontró causa y razon  
en que se *juera apurao*,  
habiéndolo allí *tratao*  
de lo lindo lo mejor.

De esa Estancia era el *patron*,  
otro andaluz que se vino  
por gusto con don Faustino  
desde la *ciudad* de España,

Habiendo hecho la intencion  
allá *mesmo de largarse*  
á la América, y poblarse  
en el *sur* de esta campaña.

Así es que don Bejarano  
con don Fausto Barceló,  
en cuya estancia paró  
tenia grande amistá.

Primero por ser *paisano*,  
luego porque *se largaron*  
juntos, y acá *trajeron*  
plata con *temeridá*.

¡Qué cena le presentaron  
de pavos y de gallinas,  
pasteles y golosinas!  
¡y qué sabroso *atracon*

De manjares se pegaron!  
y ¡qué *pedo á lo divino*  
con *mistela* y rico vino!  
¡Y al último, qué *alegron*

Tuvieron la noche aquella,  
en medio de la jarana  
de esa dichosa *pascana*,  
cuando llenos de alborozo;

Don Faustino y doña Estrella,  
vieron entrar por acaso  
y le dieron un abrazo  
al teniente valeroso!

Ahora me falta explicar  
cómo desde *Chascomun*,  
en la Salada Berdun  
á sus padrinos *topó*.

Pero déjenme *pitár*,  
y después de esa *topada*  
sabrán á la madrugada  
todo lo que sucedió.

---

## XXIV

EL MADRUGON DE LAS ÁNIMAS.—LOS SACRISTANES.—LA PARTIDA  
EN MARCHA.—LOS NUTRIEROS.

**E**N los pueblos de campaña  
las ánimas (si se dan),  
es cuando allá al sacristan  
se le antoja, ó se dá maña.

Y, aun cuando tocarlas debe,  
segun el uso cristiano,  
en las noches de verano  
precisamente á las nueve;

Solia en el *Baradero*<sup>1</sup>  
al sacristan cierta *china*  
decirle: «*ché*, en la cocina  
á las ánimas te espero».

Y el hombre tal se apuraba,  
que apenas oscurecia  
á las guascas<sup>2</sup> se prendia  
y las ánimas tocaba,

1—Baradero: pueblito de campaña.

2—Guascas: las cuerdas de cuero de las campanas.

Como sabia olvidarlas,  
cuando de alguna jarana  
á la una de la mañana  
recien venia á tocarlas.

Pero, las más ocasiones,  
un sacristan por sus *citas*  
á las ánimas benditas  
les pega unos madrugones,

Como el que pegó á Berdun,  
que á las nueve no se fué,  
sino á las siete, porque  
esa tarde en Chascomun,

El sacristan se mamó,  
y por equivocacion  
vino á tocar la oracion,  
y las ánimas tocó...

De modo que al oír tocar  
las campanas el teniente,  
hizo montar á su gente  
y al tranco mandó marchar.

Luego, del cuartel, algunas  
siete cuabras solo anduvo,  
cuando ya noticias tuvo  
del sur y de esas lagunas.

Al *topar* con dos *nutrieros*<sup>1</sup>  
de *pajuera*,<sup>2</sup> que venian  
al pueblo, como solian  
bajar á vender sus cueros,

Mandólos llamar; y al punto  
que Berdun los *espulgó*  
á preguntas, se informó  
que esos *nutrieros*, por junto,

1—Nutrieros: los que sacan las pieles á las nutrias.

2—Pajuera: para afuera, campo afuera.

Esa siesta, una *topada*  
desagradable y casual  
tuvieron junto á un *pajal*  
de la laguna Salada,

Con un gauchó *desgreñado*,  
de tal facha, que luego  
dijeron: « Este maldito  
debe ser un desalmao; »<sup>I</sup>

Pues, cuanto los *devisó*  
el gauchó, ya de soslayo  
hizo trotiar su caballo  
y en el pajonal se entró;

Pero, que iba tan *bebido*  
que nada extraño sería  
que estuviera todavía  
en ese pajal dormido...

— ¡Ahi-juna! ¡si otra *topada*  
me diera ese gauchó á mí!  
dijo Berdun: y de allí  
*rumbió* al trote á su *Salada*.

---

## XXV

LA SALADA.—LOS AUXILIOS.—EL CHURRASQUEO.—LOS PADRINOS.—  
EL AHIJADO BERDUN.—LA DESPEDIDA.

**E**N la Estancia iban á dar  
la cena por terminada,  
cuando toda la *perrada*<sup>I</sup>  
de la Estancia entró á *toriar*,

I—Desalmao: sin corazón, sin alma.

I—La perrada: todos los perros mastines.

al sentir cuasi al llegar  
un grupo de hombres *armaos*;  
y estos eran los soldaos  
de Berdun, que allí venian  
á *mudar*, porque sentian  
á sus caballos *pesaos*.

La tropa desensilló  
del corral no muy distante;  
y de ahí Genaro al *istante*  
á las casas se allegó,  
y del patio le mandó  
su pasaporte al patron;  
que siendo algo cegaton  
le dijo á don Bejarano:  
—Lea, y dígame, paisano,  
que dice ese *papelon*...

—Dice así: «Pasa el teniente  
don Gena... » ¡Qué veo yo!  
¡él es!... Y ya se salió  
de la sala *red repente*  
tan apresuradamente,  
que se llevó por delante  
á Berdun, en el instante  
que á la sala, muy ufano,  
lo hacia entrar de la mano  
su amiguito el Estudiante.

¡Viesen que alegría aquella  
la que esa noche mostró,  
cuando á su ahijado miró  
la señora doña Estrella!  
pues lo llamó cerca de ella  
y á su lado lo sentó,  
y despues que lo abrazó,  
con placer enternecida,  
de su Azucena querida  
nada más le platicó.

Entre tanto, don Faustino  
hablaba con el *patron*  
de la Estancia, á quien sin duda  
lindamente lo informó  
de las prendas de su *ahijao*,  
y se lo recomendó;  
pues luego de allí don Fausto  
al teniente se acercó,  
y le dijo afablemente:  
—Vengo á decirle, señor,  
que esta casa y mi persona  
está á su disposicion:  
con que así, mande y ordene  
con toda satisfacion.

—Mil gracias, dijo Genaro;  
solo le ruego, señor,  
me dispense haber *llegao*  
á pedirle por favor  
unos cuantos *mancarrones*.

—Eso ya se hizo, señor,  
afablemente á Berdun  
don Fausto le contestó:  
ya mandé que se le dieran  
caballos, y ya *mudó*  
su tropa, pues justamente  
en el corral encontró  
la *manada*, y enlazaron  
de lo bueno lo mejor;  
y ya ensillaron tambien:  
pero antes les mandé yo  
buena carne y mucha leña;  
así es que han hecho un fogon  
adonde están *churrasquiando*  
muy contentos: crealó.

Solo falta, caballero,  
el que usted me haga el honor  
de tomár algo en la casa

de su amigo Barceló,  
porque ya desde esta noche  
su amigo quiero ser yo.

Y usted, señora madrina,  
á este hombre cuidemelo.

—Sí, sí, dijo doña Estrella,  
tome, *ahijao*: y le arrimó  
nada menos que un relleno  
de pavo, ó de qué sé yo,  
una limeta de vino  
y un pedazo de alfajor.

A esa friolera Genaro  
de firme se le *agachó*  
pues no venía *cansao*,  
pero sí muy *delgadon*.<sup>1</sup>

Por supuesto, á lo *soldao*  
de prisa el *buche llenó*,  
tan á tiempo, que ni bien  
el último trago echó,  
cuando á la casa un *soldao*  
vino, y desde el corredor  
le hizo decir al teniente,  
que estaba esperandoló  
en el patio el San-Juanino.

Genaro, luego que oyó  
decir que allí lo esperaba  
tal hombre, se levantó  
muy cortés á despedirse,  
como que se despidió  
primero de sus padrinos,  
y en seguida del señor  
don Fausto y de su familia,  
á quienes manifestó

1--Delgadon: débil por falta de alimento.

el pesar con que dejaba tan pronto esa reunion de gente tan honorable, y tan de su estimacion; pero que debia al punto marchar sin mas dilacion, encontrándose en el caso de cumplir su obligacion.

Finalmente, á sus padrinos, á don Angel, y al *patron* de la casa, con cariño la mano les apretó, y dando las buenas noches les dijo el último adios.

---

## XXVI

EL RASTREADOR. — EL DIFUNTO. — LA LAGUNA TABLILLA. —  
LA PISTA DEL ASESINO.

**L**AS once estaban colgando en el reló del patron, al instante que su asiento dejó Berdun y salió desde la sala hasta el patio, donde luego se encontró con Anselmo el San-Juanino y afamado rastrador; quien, sacándose el sombrero, á pié á la par caminó con Genaro, que al instante risueño le preguntó:  
— ¿Qué dice, señor Anselmo?

Ya estaba esperandoló,  
para que me diga, si  
lo hallaremos.

ANSELMO

¡Cómo no!  
¡si ayer desde la Chis-chis,  
ya salí *pisandoló*;  
y ya sé más que el alcalde,  
tocante á ese saltiador!

BERDUN

¿Cómo así? ¿Quien lo ha informao?

ANSELMO

Mis ojos no más, señor.

BERDUN

¿Luego usted ha visto al malevo?

ANSELMO

No he precisado, señor,  
verlo para asiguarle  
donde estuvo ese ladron  
hará como doce días,  
y lo que allí se robó;  
y, ese robo quien lo tiene,  
ya sé tambien: créalo;  
y sepa que lo tenemos  
cerquita, tocandoló.

BERDUN

¡De veras! ¿Y no se irá?

ANSELMO

¡Aónde *se-mia-dir*, que yo <sup>1</sup>  
no se lo encuentre!

BERDUN

Veremos.

ANSELMO

Vamos á verlo, señor;  
no se ha de morir de antojo.

BERDUN

Bueno, Anselmo, vamonós  
al instante si el caballo  
de usté se halla....

ANSELMO

Superior!

BERDUN

Entonces, no hay que esperar,  
dijo el teniente; y llamó  
al Blandengue que atrás de él  
se vino del corredor;  
y le dijo sériamente:  
«Vaya, cabo Centurion,  
mande que carguen las armas,  
lo que apaguen el fogon;  
y haga montar á caballo.  
Vaya pues, que allá voy yo.»

Así lo hizo; pues, en cuanto  
su *doradillo* montó,  
al frente de la partida  
al tranco suave marchó,

1—Aónde *se-mia-dir*: ¿adónde podrá írseme.ya?

á la par y platicando,  
con Anselmo el rastriador;<sup>1</sup>  
el cual, desde que salieron  
de la pascaña, tomó  
el mismo rastro que trujo  
cuando á la estancia llegó.

Como marchaban despacio,  
el teniente precisó  
de tomar otras noticias  
que necesarias creyó,  
y por eso al San-Juanino  
marchando le preguntó:  
— Con que, Anselmo, digamé:  
¿á qué horas fué que salió  
usted ayer de Chascomun?

#### ANSELMO

Antes de nacer el sol;  
porque, muy de mañanita,  
el alcalde me llamó  
y me dijo: «Ahora mesmito,  
*de juro* y de obligacion,  
es que salga usted á *rastriar*  
á un *malevo* moceton  
que ayer tarde en la Chis-chis  
alevemente mató  
á Machao en su ranchito,  
donde muerto lo encontró  
un *nutriero* que allí mismo  
como pudo lo enterró.

#### BERDUN

¿Pero, que nombre, ó que señas  
del asesino le dió?

1—Rastreador: no solo el que rastrea sino el que lo hace por encargo de la justicia.

ANSELMO

Con siguranza <sup>1</sup> ningunas,  
pues el alcalde me habló  
apurao por despedirme,  
y á dizques se refirió  
diciéndome: «Ese malevo  
es un guacho moceton  
que, ahora cosa de siete años,  
diz que juido se escapó  
de la costa del Salao;  
y que entonces, por diablon,  
don Blas el finaio alcalde  
(que esté gozando de Dios)  
diz que acá, en la mesma villa,  
lo hizo agarrar, y mandó  
que le *pelaran la cola*; <sup>2</sup>  
y que luego se perdió  
el muchacho de estos *pagos*,  
hasta hoy, que corre el rumor,  
que por la guardia del *Monte*  
ha vuelto á cair moceton,  
y diz que completamente  
hecho un bandido feroz,  
que anda robando y matando  
por el sur, donde mató  
ayer mesmo en la Chis-chis  
á Machao el pescador;  
lo que es cierto. Con que así  
vaya pues; busqueseló  
á Berdun, que prevenido,  
atrás de usted, á la oracion,  
ó un poco mas tardesito  
va á salir sin dilacion  
con una buena partida,  
y en la mesma direcion  
por donde va usted á *rastriar*  
á ese asesino ladron,

1—Siguranza: seguridad.

2—Pelar la cola: azotar, castigar.

que es, dicen, un *yesquerudo*  
de los de marca mayor.»

Velay tiene, mi teniente,  
lo poco que supe yo,  
por boca del mismo alcalde  
al darme esta comision.

BERDUN

Pues, Anselmo, no es tan poco  
á mi entender; sepaló.

Ahora, dígame: y despues  
de eso, ¿qué le sucedió?

ANSELMO

Que al ranchito de *Machao*,  
hoy llegué como á las dos  
de la tarde, y al istante  
de apiarme ya vide yo,  
que un gaucho de bota fuerte  
habia el dia anterior  
llegao allí, y cuando el viejo  
á recibirlo salió,  
en la puerta, de *parao*  
ese gaucho lo mató.

BERDUN

¿Y, al dijunto, usted lo ha visto?

ANSELMO

Medio ansí, de refilon;  
pues estaba junto al rancho  
mal enterrao; pero yo,  
cuando lo iba á ver de cerca,

á ese tiempo mi atencion  
la fijé en unas pisadas  
de un caballo *tranquiador*,  
que las conocí al momento;  
y dije: — gracias á Dios,  
que agarrar me facilita  
dos pájaros de un tiron:  
es decir, al asesino,  
y al parejero mejor  
que ahora poco le robaron  
en el *Monte*<sup>1</sup> á mi patron,  
que fué don Roque Valdés:  
robo que lo supe yo  
estando enfermo hace poco,  
cuando el *patron* me llamó;  
y, no pudiendo ir de pronto,  
sin duda el hombre mandó  
que *rastriaran* su caballo  
á alguno otro *rastrador*;  
y hasta ahora no lo ha *encontrao*  
sin duda, porque sinó  
el *rastro* de ese *alazan*  
no lo habria visto yo,  
esta tarde en la *Chis-chis*,  
ni tampoco un *saltador*  
vendria *montao* en él;  
pues no hay duda que se *apio*  
allí de ese parejero,  
y que á montarlo volvió  
en la *Chis-chis*, porque junto  
al *rastro del mancarron*,  
*pegao* está el de las botas;  
y, como allí no ví yo  
mas *rastro* que aquel del gaucho  
que al pescador enterró,  
con el que ví de las botas  
y el caballo me bastó;  
y ya dije: — anda *calandria*,

1—El Monte: nombre de un pueblito.

que yo sigo atrás de vos  
hasta hacerte enchalecar: <sup>1</sup>  
andá no mas, *saltador*.

---

## XXVII

EL SALTEADOR.—EL PAJONAL.—EL BRAMIDO DE UN TIGRE.—LAS  
PRECAUCIONES.—EL ENCUENTRO CON EL BANDIDO.—LAS BO-  
LEADORAS.—LA RENDICION.

**L**EGUA y media habria andao  
Berdun desde que salió  
de la estancia, platicando  
con Anselmo el rastriador,  
cuando este le dijo:—Aquí,  
si usted permite, señor,  
haremos alto un ratito;  
y, luego, con precaucion  
y silencio seguiremos;  
pues por aquí el saltador  
esta noche muy borracho  
en ese pajal se entró:  
velay, junto á ese hormiguero.

### BERDUN

Bueno pues, paremonós...  
Y en el instante *hacer alto*  
á la partida mandó.  
Luego, ahí mesmo al San-Juanino

1—Enchalecar: á los grandes criminales, cuando los agarran en el campo, los retoban con un cinto de cuero fresco, que á manera de chaleco les oprime los brazos hasta la cintura, y cuando el cuero se seca, el hombre queda inmóvil de los brazos y sufre mucho.

de nuevo le preguntó,  
si habia visto borracho  
al malevo, cuando entró  
esa noche al pajonal.

ANSELMO

No lo he visto, no, señor;  
pero, por el rastro, digo  
que venia pesadon, <sup>I</sup>  
y mucho; pues su caballo  
ha *trotiao* sin direcion  
fija, porque al *bamboliarse*  
de un *lao* á otro el saltiador,  
el movimiento del cuerpo  
le ha seguido el *mancarron*,  
dando á la *zurda* dos trancos,  
y á la derecha otros dos.  
Y, al ver ese *culebreo*,  
por supuesto, me bastó  
para decir entre mí,  
va *mamao* ese ladron:  
juicio en que me confirmé,  
cuando á eso de la oracion  
sobre el *rastro* alcé estos chifles.  
Velay, pues, por el olor  
se ve que son de aguardiente,  
y que están secos los dos:  
lo que dice claramente,  
que ese diablo los secó  
hasta *mamarse*, y que luego  
con la *tranca* los perdió,  
por supuesto, sin sentir;  
y, por eso digo yo,  
que á eso de las nueve y media  
esta noche se metió <sup>\*</sup>  
borracho en ese pajal;  
y ahí debe estar...

I—Pesadon : ebrio.

BERDUN

¿Qué horas son?

ANSELMO

Voy á decirle al instante;  
déjeme ver mi reló...  
y mirando á las estrellas,  
son las doce, respondió.

Serena estaba la noche,  
y en tal silencio, que no  
se sentia en aquel punto  
ni volar un moscardon.

A esa mesma hora la luna,  
llena y pura como el sol,  
en el centro de los cielos  
brillaba con resplandor,  
aunque á veces la tapaba  
uno que otro nubarron,  
para dejarla salir  
luego con mas esplendor.

Eran las doce cabales,  
como dijo el rastrador,  
cuando al dar allí el teniente  
de ¡Alto y pié á tierra! la voz,  
la partida allí mesmito  
hizo alto y se desmontó.

Desenfrenen los caballos:  
volvió á decir, y ordenó  
que amarrasen los *coscojos* <sup>1</sup>  
de los frenos, pues notó  
que hacian ruido en la marcha:  
y para mas precaucion,

1—Coscojos: piezas de hierro que se ponen en los bocados de los frenos y que con ellas hacen ruido los caballos.

como *traiban* los soldaos.  
sables vainas de laton,  
adónde *cascabeliaban*  
las argollas, les mandó  
que las ataran *con tientos*:<sup>1</sup>  
todo lo que se cumplió  
hasta entrenar los caballos.

Cuando ya pronta quedó  
para volver á montar  
la partida, sucedió  
que á toda la luna entera  
una nube la tapó  
de manera, que en tinieblas  
todo el campo se quedó.

A ese mesmo tiempo un tigre  
allí muy cerca bramó,  
tan fiero, que á los caballos  
tal inquietó les entró,  
que estaban por disparar,  
cuando el teniente mandó  
que montaran al instante:  
lo que al vuelo se cumplió,  
porque, de un salto en su flete  
cada soldao se *horquetió*.

Iban á marchar de allí,  
cuando en esa situacion,  
mirando Genaro al rumbo  
*diadonde* el bramido salió,  
vido á una cierta distancia  
varias chispas, y alvirtió  
que el *lince* aquel San-Juanino  
al mesmo tiempo las vió;  
porque, le dijo al instante  
al teniente, á media voz...  
— Velay, luce el *yesquerudo*

1—Tientos: tiras finas de cuero crudo.

de la Chis-chis su eslabon;  
ó será algun *tuco-tuco*...<sup>1</sup>  
¿Qué le parece, señor?

BERDUN

Me parece que el yesquero  
se lo voy á romper yo  
solito... Déjense estar;  
no se muevan.—Y se apió;  
y echándose sobre el pasto,  
de medio lao, afirmó  
la oreja izquierda en el suelo,  
y la otra se la tapó  
con la mano, un instantito  
nada más, porque volvió  
á montar apresurao,  
y de nuevo en baja voz  
dijo:—Es un jinete solo;  
viene al paso, dejenlo.

¡Ah, Cristo! si por fortuna  
fuese quien presumo yo,  
aunque pájaro se vuelva  
no se me va. Creanlo!  
Déjenme *dir* adelante  
solito; y, por si ó por no,  
vénganse ustedes atrás  
en *línea* de á dos en dos  
tendidos como en guerrilla.  
Y usted, Anselmo, sigalós  
en el centro, siempre al paso,  
hasta que los llame yo,  
ó hasta que le pegue el grito  
á ese diablo saltador.

Y afirmándose el *trabuco*  
por delante, desató

1—Tuco-tuco: bichos nocturnos ó sean luciérnagas que hacen lucecitas al vuelo.

aprieta las *boliadoras*,  
y á toparse enderezó  
con el gaucho que vendria  
soñoliento, ó qué sé yo;  
porque, como á veinte varas  
del teniente se acercó,  
cuando este le pegó el grito:  
¡Quién vive! y lo atropelló.

¡Qué contestarle el malevo!  
sin duda se le trabó  
la lengua en ese momento,  
pues apenas atinó  
á dar güelta como un trompo  
su caballo, y disparó.  
¡Qué pingo traeria el gaucho,  
entre las piernas, señor!  
que apenas lo hizo dar güelta  
como centella rompió  
y atrás más de media cuadra  
á Genaro lo dejó!  
Pero ¡ay, mi alma! el doradillo,  
cuando Berdun le aflojó,  
luego se le puso á *tiro*,  
cuando el *matrero* salió  
del centro del pajonal,  
á un medio *limpio*, y creyó  
cruzarlo en la disparada;  
pero ahí mesmo *lo midió*  
*medio del lao de enlazar*<sup>1</sup>  
el teniente, y le soltó  
las *bolás* con tal certeza,  
que al *tiro* se las ató  
en las manos al rocin,  
de suerte que allí rodó,  
y al gaucho, haciendo cabriolas,  
por la orejas lo *echó*.

1--Lao de enlazar: los campesinos enlazadores, solo lanzan el lazo poniéndosele al costado izquierdo del animal que quieren enlazar.

De *parao* salió el malevo,  
como que era *parador*,  
y creyendo resistirse  
á su pistola acudió;  
pero, al *dir* á martillarla,  
ahi mesmo se le cayó  
el *pié de gato* del arma;  
y entonces, quiso el *facon*<sup>1</sup>  
pelar de entre las caronas,  
pero tiempo no le dió  
Genaro que se le vino  
listo encima, y le *abocó*  
el *naranjero*,<sup>2</sup> y le dijo:  
¡Echate al suelo, ladron!  
boca abajo; echate ya,  
ligero, porque si no,  
ni *para enfermo* te dejo  
de un trabucazo... ¡Por Dios!

Al oír Anselmo el ¡quién vive!  
con seis hombres se lanzó  
sobre el rastro de Genaro;  
y, justamente llegó  
á rodiar al asesino  
cuando Berdun lo postró.

Entonces para amarrarlo  
tambien Anselmo se *apió*,  
pegadito á la cabeza  
del malevo, y se agachó  
para atarlo tan de firme,  
que no lo descoyuntó,  
porque ahi mesmo al San-Juanino,  
mas arriba del talon,  
el prisionero iracundo  
tal mordiscón le prendió,

1—Facon: arma blanca ó especie de espada corta que usan los gauchos y la llevan entre las caronas de sus monturas para ensillar el caballo.

2—Naranjero: arma de chispa llamada trabuco naranjero, el cual se carga hasta con ocho ó diez balas de á onza.

que cuasi *desgarretao*,<sup>1</sup>  
renguiando Anselmo salió;  
porque, la bota de *potro*  
y los *niervos* le aujerió.

Finalmente, allí el malevo,  
como un cristo se dejó  
amarrar codo con codo;  
y de allí no se menió  
hasta que lo levantaron,  
y un *Blandengue* lo paró  
de modo que le asentase  
en la cara el resplandor  
de la luna... Entonces fué  
que, al verlo, reconoció  
Berdun á LUIS EL MELLIZO,  
de la Estancia de la Flor.

---

## XVIII

LA CONFESION DEL BANDIDO.—EL ALCALDE FINGIDO.—LAS ASTUCIAS.—LA COMISION CUMPLIDA.—LA ENTREGA EN CHASCOMÚS.

**D**E un guapo no hay que esperar  
que tiranice á un vencido:  
vean pues cómo al bandido  
lo hizo Genaro tratar  
despues de haberlo rendido.

Se opuso serio el teniente  
á que á Luis lo *enchalecaran*  
ni de grillos lo cargaran;  
con esposas solamente,  
dijo que lo aprisionaran.

I -Desgarretao: con los tendones cortados.

Eso sí, le hizo quitar  
el caballo parejero  
(por ser *robao*), lo primero,  
y le mandó registrar  
las *maletas* y el *apero*.

Esta maniobra se hacia  
allí en la misma parada  
adonde fué la *apretada*  
de Luis, y cuando seria  
la una de la madrugada,

Genaro estaba paciente  
viendo hacer la operacion;  
mientras... queria el ladron  
con los ojos al teniente  
abrasarle el corazon.

Del registro resultó  
que, habiéndosele encontrao  
varias prendas de Machao,  
ya el Mellizo confesó  
que él lo *habia dijuntiao*.

Luego, aparte, al rastriador  
el teniente dijolé:  
«Anselmo, preguntelé  
en qué dia al pescador  
lo mató, dónde, y por qué.

Y... oiga, me parece bien  
que usted que es tan *vivaracho*  
le dé á entender á ese *guacho*,  
el que sabemos tambien  
que él mesmo mató á *Vizcacho*.»

Al instante el *San-Juanino*  
la engañifla <sup>I</sup> penetró,

y dijo: «Dejemeló,  
mi teniente, al asesino;  
yo voy á espulgarseló.»

Anselmo era viejo *asiao* <sup>1</sup>  
por las *prendas* que lucia,  
y, desde que no venia  
vestido como soldao,  
luego dijo: «Aquí es la mia.»

Finjióse, pues, ser alcalde  
*del partido*, y de improviso  
serio le dijo al Mellizo:  
—Ché, gauchon, aquí *es de balde*  
el que te *hagás el petizo*; <sup>2</sup>

Porque desde ayer sabemos  
que vos mataste á Machao;  
solo el *por qué* has *reservao*:  
y saber tambien queremos  
á quién más has *dijuntiao*.

#### EL MELLIZO

¡Cómo es eso!... Digamé,  
por mas alcalde que sea:  
¿por qué me gruñe y tutea?  
¿acaso es porque me ve  
aprisionao con *manea*?

#### ANSELMO

Es porque así merecés  
de justicia ser *tratao*  
por malevo consumao;  
ansí, no te retobés  
y aguanta, guacho mal criaio.

1—Asiao: bien vestido.

2—Hacerse el petizo: hacer el inocente ó ignorante.

A Luis se le conocía  
que la cólera lo *ahugaba*  
cuando Anselmo lo miraba,  
pues de rabia se mordía  
y á dos manos se rascaba.

Al ver eso el San-Juanino,  
volvió á decirle *taimoso*:  
—Yo soy alcalde cargoso;  
respondé, pronto, asesino,  
y no te hagás el *sarnoso*.

Hablá pues, que no tenés  
ni frenillo ni mordaza,  
ni yo he de tener cachaza;  
y si no me *respondés*,  
ya verás lo que te pasa.

#### EL MELLIZO

; Amenazas!... riasé  
como yo me rio aquí;  
aunque presumo, esó sí,  
el que amenazas á usté  
no lo harán reir como á mí.

Y escuche, señor alcalde,  
á güenas preguntemé,  
y á todo responderé;  
pero, á rigor *es de balde*,  
ni á balazos hablaré.

#### ANSELMO

Velay tiene; así me gusta,  
se lo digo sin malicia,  
que es para mí una delicia  
ver que á un hombre no lo asusta  
ni el rigor de la justicia...

Vamos á ver pues, señor,  
si *sós quiebra*<sup>1</sup> verdadero  
ó *sós un maula* embustero.  
¿Por qué has muerto al pescador?  
respondé, *gaucho coquero*.<sup>2</sup>

--Porque me agravió Machao  
hace tiempo, dijo Luis,  
cuando yo era un infeliz;  
por eso ayer me he vengao  
de esa ofensa en la *Chis-chis*.

—Ya sé qué á eso te costiaсте,  
dijo Anselmo, y sé de cierto,  
que á tu compañero el tuerto  
Lores tambien lo mataste;  
¿pero, qué has hecho del muerto?

Aunque yo sé dónde está,  
asigun noticias tengo,  
pero á las tuyas me atengo,  
por ver si hablás la *verdá*  
ó te hacés el *chancho rengo*.

#### EL MELLIZO

Yo, á *Vizcacho* á la verdá,  
causa de sus groserías,  
recien hace cuatro días  
que contra mi voluntá  
lo maté en las *Averías*.<sup>3</sup>

Porque *Lores pesadon*  
en la cara me escupió,  
y en *chanza* le puse yo  
medio de punta el *facon*  
*aonde* él mismo se ensartó.

1--Quiebra: valiente.

2--Coquero: presumido de algo guapo.

3--Averías: lagunas del sur.

Eso fué fatalidá ;  
y pongo á Dños por testigo,  
que es lo cierto esto que digo,  
como tambien es verdá  
que Lores era mi amigo.

Ahora, dónde está el dijunto,  
si quieren los llevaré,  
pues yo mesmo lo arrastré  
á un *bañao*, donde por junto  
con carrizos lo tapé.

En fin, ya me ha *preguntao*  
todo lo que usté ha querido,  
y con lo que he respondido  
bastante hemos platicao :  
con que así... asunto concluido.

En cuanto supo Berdun  
de Luis tal declaracion,  
creyó concluir su mision  
entregando en *Chascomun*  
al asesino y ladron.

Hizo pues montar su gente,  
ordenando que un soldao  
llevase al preso *enancao*,  
cómo provisoriamente  
hasta salir del bañao.

Luego ajuera separó  
tres hombres de su partida,  
y un cabo, al cual en seguida  
al criminal le entregó  
con la órden bien entendida :

Que de allí sin dilacion  
á la *Salada* marchase,  
y que allá luego montase  
al preso en un mancarron ;  
y á Chascomun lo llevase...

Derecho, de las Saladas  
á la villa, y sin ladiarse  
al poniente, ni acercarse  
mucho á las *Encadenadas* ;  
y que al instante marchase.

Esta órden le dió Berdun  
al cabo, por la razon,  
que al darle la comision  
se le dijo en Chascomun  
que esperaban un *malon*.

Así, el teniente quedria  
del saltiador aliviarse,  
para en caso de toparse  
con los Indios ese dia  
con sus doce hombres *floriarse*.

Luego el deseo y la pena  
con que Genaro se hallaba,  
por ir á ver como estaba  
su idolatrada Azucena,  
á otro rumbo lo llevaba.

Finalmente, á la Salada  
el cabo al trote salió,  
al mismo tiempo que vió  
que así á las *Encadenadas*  
Genaro tambien rumbió.

Y el tal cabo se portó  
perfectamente asigun  
las órdenes de Berdun,  
que esa noche á Luis lo halló  
*enjaulao* en Chascomun.

---

## XXIX

LA PROVIDENCIA DE DIOS.—LA DERROTA DE LOS INDIOS.—EL  
ENTREVERO.—EL CHUZAZO.—LA RENDICION DEL CACIQUE.

**A**L ponerse en retirada  
Genaro, medio rumbió  
al poniente, por llegarse  
de paso á su poblacion,  
donde estaria Azucena  
ansiosa esperandoló,  
desde que volver á verla  
su *rubio* le prometió  
sin falta, al dia siguiente  
que de ella se despidió.

Iba al tranco la partida,  
y adelante el rastrador  
con Berdun, que alguna cosa  
á lo lejos distinguió,  
al tiempo que el San-Juanino,  
de la luna al resplandor,  
al cruzar un peladar  
en el suelo conoció  
una rastrillada fresca,  
y de Berdun se ladió  
para apiarse, pretextando  
tener una precision.

Pero no hizo nada de eso,  
pues luego que se abajó  
y anduvo unos cuantos pasos  
á pié, de nuevo montó,  
y apareándose á Genaro,

ya le dijo á media voz:  
«Mi teniente: ¡moros-costas!»

GENARO

Eso he maliciado yo:  
y ya estuve, creamé,  
tiernito á decírselo  
precisamente al instante  
que usted se me separó.

ANSELMO

Entonces: ¿á qué le sirvo,  
si usted es más lince que yo,  
desde que me da á entender  
haber visto? ¿el qué, señor?  
pues los moros están lejos.

GENARO

Pero, los *venados* no,  
y menos los *avestruces*:  
pues ya los he visto yo  
y sigo viendo... Velay!  
allá cruzan, mirelós,  
todos vuelven para afuera;  
y como esos bichos son  
olfatiadores de lejos,  
ya habrán tomao el olor  
á los Indios que vendrán  
muy de atrás arriandolós,  
en *redota* por supuesto,  
juyendo... ¡permita, Dios!  
pues ayer el comendante  
me dijo y me asiguro  
que los iban á sabliar,  
si hoy llegaban.

ANSELMO

Pues, señor:  
cuando más hará hora y media,  
si no me equivoco yo,  
por lo que he visto en el rastro  
todavía frescachon:  
repito, que hará hora y media  
há que han pegado el malon  
en la villa, y han dao güelta,  
porque allí se les volvió  
la *vaca*... *toro*: eso es fijo;  
y que *basuriandolos*,  
viene atrás la Blandengada,  
tambien lo presumo yo;  
como el que ya los tenemos  
encima...

GENARO

Bien: dejelós.  
¿No les parece, muchachos?  
Genaro les preguntó  
á sus soldaos, y toditos  
respondieron á una voz:

— Sí, mi teniente: que vengan,  
les daremos un *rigor*<sup>1</sup>  
de aquellos que con usté  
no es difícil darseló.  
Y, si vienen asustaos,  
entonces... ¡válgales Dios!

GENARO

Ansí creo que vendrán  
mas que apuraos; y si no  
que vengan de cualquier modo.  
Marchemos.— Y enderezó  
á una tapera de adobe,  
donde hizo alto y se emboscó.

1—Dar un rigor: dar un castigo.

Llegado allí, sin apuro,  
echar pié á tierra mandó;  
y viendo junto al tapial  
un gran ombú, le ordenó  
á un soldao que se trepara  
á vichar <sup>1</sup> con atencion,  
al lao por donde la Indiada  
se vendria en borbollon. <sup>2</sup>

Ahora, vean si el teniente  
era hombre de buen humor,  
y conocia los güeyes  
con que araba. Oigamosló.

Refregándose las manos,  
poco despues que se *apió*  
la partida, el comendante  
risueño al frente salió,  
preguntándole al sargento  
si estaban buenos ó no  
los caballos para un lance.

El sargento contestó  
que estaban superiorazos,  
porque no había razon  
para crerlos fatigaos  
desde que don Barceló  
en la Salada les hizo  
ensillar de to mejor.

Genaro, entonces, de chusco,  
por oir la contestacion  
de uno de esos sus soldaos  
muy gaucho y ponderador,  
díjole al sargento: ¿y, cómo  
es que Ramiro ensilló

1—Vichar: vigilar.

2—En borbollon: venir en desórden.

á ese *laucha*<sup>1</sup> malacara<sup>2</sup>  
que al verlo da compasion?

EL SOLDADO

¡Cómo dice, mi teniente!  
¿que ando en *laucha*? ¡Se engañó!  
¡Mirá, maula<sup>3</sup> mi caballo!  
¿Quiere que le agarre al sol,  
ahora, luego en cuanto asome  
la cabeza? Dígalo;  
y verá si de las greñas  
lo traigo...

GENARO

Salí, pintor; <sup>4</sup>  
¡qué ha de ser tu *Malacara*!  
por la facha, quizás pior  
que ese *cebruno* en que Ruiz  
quiere pegar un rigor.  
¿Qué piensa de su *sotreta*; <sup>5</sup>  
dígame, Ruiz? porque yo  
puedo estar equivocado.

RUIZ

Fieramente; sí, señor:  
y escúcheme, mi teniente.  
A mí me ha dicho un dotor  
que la luz en este mundo  
es la cosa mas veloz,  
pues corre ochocientas leguas  
por hora. A eso, digo yo  
el que, si la luz del día

1—Lancha le dicen los gauchos á un caballo delgado de cuerpo.

2—Malacara: caballo alazán ó colorado que tiene la frente blanca.

3—Maula: cosa inservible.

4—Salí, pintor: cállate, fanfarron.

5—Sotreta: el caballo que tiene las manos y las patas estropeadas de viejo.

de alguna yegua nació,  
esa, mesmísima yegua  
á este pingo lo parió;  
pues, al *cerrarle las piernas*,<sup>1</sup>  
cuando anoche se ofreció  
aflojarle en el pajal,  
¡qué luz, ni qué exhalacion!  
si no lo sofreno á tiempo,  
á esta hora estaría ya  
de güelta de Patagones,  
por gala, y para que no  
pudiera naides decir,  
que Ruiz era resertor.

GENARO

¡Barbaridá! y ¿qué me dice  
usté, cabo Centurion?  
¿Por qué está tan *empacao*,<sup>2</sup>  
mostrándose enojadon  
y tieso como si hubiera  
tragao algun asador?

CENTURION

Porque estoy juntando rabia  
para pelear... Pero ¿no  
ha sentido, mi teniente,  
como un tiro de cañon?

GENARO

Dice bien: y siendo así,  
vamos aprontandonós.

Diez minutos pasarian,  
cuándo el vichador gritó:

1—Cerrarle la pierna: espolear el caballo ó golpearlo con los talones para que corra.

2—Empacao: taciturno, enojado, serio.

— ¡Ahí viene la polvadera  
de los Indios, ellos son!  
Y ya empezó en la tapera  
á sentirse el pororó.<sup>1</sup>  
Montaron luego á caballo,  
cuando vino el rastriador  
diciendo: velay, se acerca  
la salvajada, pues yo  
oigo ya hasta el tiroteo  
de lejos: y en dispersion  
los miro venir en trozos  
medio acercandosenós;  
y el mas fornido que viene  
juyendo á esta direccion;  
si la vista no me engaña,  
yo calculeo que son  
lo menos, noventa infieles;  
siguramente...

GENARO

Mejor:  
y en lugar de ser un trozo,  
¡ah, malhaya, sean dos!...  
Á este tiempo, la algazara  
de los Indios se sintió,  
y entonces dijo el teniente:  
— ¡firmes, muchachos! y no  
se *precitripe* ninguno  
á matar, hasta que yo  
no mande pegar la carga.  
¡Silencio, pues, y atencion!

Ahora bien: esa tapera,  
donde Berdun se emboscó,  
les alvertiré que estaba  
por fortuna en situacion

1—Pororó: el maíz, cuando lo ponen á freir en una olla, al reventar los granos hacen un ruido graneado como un tiroteo de fusilería.

que, del naciente al poniente  
se aguantaba un paredon.  
ó tapial de adobe crudo,  
que tendria de largor  
algunas catorce varas,  
y nueve cuartas de altor.

Como venian del norte  
los Indios<sup>1</sup> en dispersion,  
Genaro, naturalmente,  
tras del *tapial* se formó  
en ala con sus Blandengues;  
pero, no se descubrió;  
pues, cuando mas, treinta varas  
de la paré se alejó,  
y dando la espalda al sur  
quedóse en disposicion  
de pegar su carga al sejo;  
ó haciendo una conversion  
á la zurda ó la derecha.

Todo esto lo resolvió  
un instante antes de ver  
que de Indios un nubarron,  
por juntito á la tapera,  
á rebenque y á talon<sup>1</sup>  
quiso pasar apurado,  
cuando los atropelló  
Berdun, y de una descarga  
ocho salvajes voltió;  
y, como allí el adivino  
fué el primero que cayó,  
ya la Indiada perdió el rumbo,  
y á disparar no atinó;  
así es que remolineando  
fieramente se enredó.

1— Los Indios espolean los caballos á talonazos, pues no usan espuelas.

Ya se ve: la salvajada,  
en lo que menos pensó,  
fué en que allí la sujetaran,  
de modo que se espantó;  
y en ese instante Genaro,  
sable en mano la cargó...  
¡Y, qué te cuento mas vale! <sup>1</sup>  
al primer atropellon  
hubo hombre, que cinco Pampas  
solito se difuntió.  
¡Qué matanza, Virgen mia!  
¡qué tenaz persecucion,  
y de ahí, qué casualidá!

Escuchen con atencion.

Ya se sabe, entre los *maulas* <sup>2</sup>  
nunca falta un guapeton;  
ansí es que en ese *entrevero*  
salió un Indio moceton,  
altanero y bien montao,  
en un zaino volador,  
y á reniegos, alaridos,  
furioso, amenazador,  
y dándose aires de ser  
algun salvaje mandon,  
pretendia á todo trance  
contener la dispersion  
á *pechadas* con los Pampas,  
que sin prestarle atencion  
disparaban azoraos,  
porque la persecucion  
era terrible y sangrienta;  
mucho más cuando se unió  
la gente de Chascomun;  
que al momento conoció

1—*¡Qué te cuento mas vale!* de este modo los gauchos se admiran al contar algo heroico.

2—*Maulas*: cobardes, ineptos.



y en ese instante Genaro,  
sable en mano la cargó....



hallarse allí reunida  
al teniente *Vencedor*.

En una de las *sentadas*  
del Indio aquel *quebrallon*,<sup>1</sup>  
que algun *cargo* demostraba,  
con Anselmo se *topó*,  
que andaba en el entrevero  
de recluta y *chapeton*;  
y así mesmo se portaba,  
hasta que se cosquilló  
porque el Pampa bravo aquel  
con la chuza le pinchó,  
la picana al San-Juanino,  
y del pingo lo bajó.

Por casualidá, Berdun  
ese lance presenció,  
y en seguida como fiera  
sobre el Indio se lanzó.

El Pampa, así que Genaro  
cerquita se le arrimó,  
sable en guardia amenazante,  
el salvaje le largó  
con cuerpo y todo un chuzazo  
y atravesarlo pensó;  
cuando de un quite Genaro  
le partió la chuza en dos.

Al mirarse desarmao  
el salvaje disparó:  
creyendo de las *caronas*  
poder sacar el *facon*;<sup>2</sup>  
para lo cual le daría  
tiempo el zaino volador,  
y de ahí volverse furioso  
sobre quien lo desarmó.

1—Quebrallon: valiente, audaz.

2—Facon: sable corto y derecho.

Mesmamente: en la *rompidã*  
el Indio le aventajó  
un trecho largo á Genaro;  
pero, ahora, acordemonós  
que este iba en su doradillo;  
ansí, apenas lo apuró,  
treinta varas adelante  
del salvaje lo sentó  
de una rienda, dióle güelta  
frente al Indio que lo vió  
venísele encima, al tiempo  
que el primer rayo de sol  
que nacia en ese istante,  
majestuoso y brillador,  
sobre el rostro distinguible  
del teniente reflejó.

Entonces el Pampa altivo,  
cuando de frente miró  
la cara de su contrario,  
del caballo se tiró  
al suelo, donde postrado  
de rodillas lo encontró  
Berdun, cuando iba á partirlo  
largándole el *corte dos*.<sup>1</sup>  
Pero le puso las manos  
el salvaje, y exclamó:  
¡NO MATANDO,<sup>2</sup> CHÉ, BERDUN,  
AMICO,<sup>3</sup> QUE MI PARIÓ  
LUNARECA!

— ¡Dios bendito!  
dijo Genaro, y soltó  
el sable, que en la *dragona*  
colgando se le quedó...  
y, viendo que hecho una estauta

1—El segundo de los seis cortes que enseña el manejo del sable.

2—No matando: no me mates, Berdun.

3—Amico: amigo, la Lunareja me parió.

postrado el Pampa siguió,  
el teniente, conmovido,  
del caballo se bajó,  
y le dijo al prisionero :  
— ¡Levante! ¿Quién sós vos?  
— MANUEL, AMICO, PARIENTE  
LUNARECO, LINDO VOS,  
LUNARECA LINDA MESMA,  
HERMANA TUYA. . .

Bastó  
esto para enternecer  
de Berdun el corazón;  
pues sin demorarse mas  
con el Indio se abrazó  
y en ese grato momento  
juntos lloraron los dos. . .

Pasaba en aquel instante  
allí cerca Centurion,  
y al mirar á su teniente  
*á pié*, como lo miró,  
abrazao con un salvaje,  
sospreado se arrimó,  
sin creer lo mesmo que via;  
pero, luego lo creyó,  
cuando el teniente le dijo :

— No se admire, Centurion,  
este es Manuel mi sobrino.  
Vaya pronto por favor,  
se lo mando, y digalés  
á mis soldaos, de que yo  
les pido de, que se vuelvan;  
pues aquí esperandolós  
me quedo, con mi sobrino.  
Vaya pues, digaseló.

En efento, en aquel punto  
la partida no siguió

la matanza, que ese día  
fué tan crecida y atroz,  
como grande la manguiada  
de Indios, que envuelta llegó  
á la orilla del Salao,  
y en el río se *asotó*  
espantada, de manera  
que cuasi toda se ahugó;  
pues hasta allí los Blandengues  
mataron de sol á sol.

Por supuesto, la partida,  
como Berdun lo ordenó,  
allí adonde la esperaba  
vino y se le reunió,  
felicitándose al ver  
que el teniente Vencedor  
abrazaba á su sobriño,  
que era el cacique mayor.

Ahora moralizaré,  
diciendo por conclusión,  
que, si del trozo de Indiada  
que con Berdun se topó,  
algún salvaje con vida  
ese día se escapó,  
fué por quererlo Berdun;  
ó mas bien lo quiso Dios,  
quien allá en sus altos juicios  
desde ese día empezó  
á mostrar como casuales  
los casos que encadenó,  
hasta que de su clemencia  
la medida se llenó;  
y entonces, de aquellos casos  
justiciero se sirvió  
para castigar al fin  
á quien castigar debió.

Eso lo sabrán despues,  
dijo Vega, y se calló.

Luego, al *dir* á levantarse,  
en el Santiagueño vió  
otra estauta, pues estaba  
mudo mirando al fogon,  
lloroso, y con las quijadas  
de una tercia de largor.

Ansí, acongojada Juana,  
redemente se cayó  
de espaldas y convulsiva  
á pataliar empezó:  
porque de haber oido el cuento  
le dió el mal de corazon.

En ese batiburrillo,  
por desgracia del cantor,  
la caldera de agua hirviendo,  
que estaba allí en el fogon,  
de la primera patada  
Juana se la *redamó*  
en las canillas á Vega,  
que zapatiando acudió  
á sujetarle las piernas,  
como que la sujetó  
cuando ya se le quemaban  
las naguas y el camison.

Por supuesto, su marido  
el primero la cojió  
por la cintura y los brazos,  
de suerte que le impidió  
que la enferma se arañase,  
como otra vez se arañó.

Ansí cargaron con Juana  
desmayada, y de ahí los dos  
la llevaron á la cama,

donde cuando la soltó  
el viejo, dijo entre sí:  
« ¡ Ah, piernas! ¡ qué tentacion!  
pero, vamos á dormir,  
porque me apura el calor. »

---

XXX

LA ANGUSTIA.—LOS SOCORROS.—EL CURANDERO.—EL  
DESVELADO.—LAS PULGAS.

**E**N la mañana siguiente,  
guapa Juana amaneció  
aunque medio *trasijada*,<sup>1</sup>  
porque la noche anterior,  
como era su curandero  
Rufo, apenas la tendió  
en la cama acidentada,  
el córpiño le sacó,  
y cuando aflijidamente  
del todo la desnudó,  
con injundia<sup>2</sup> de lagarto  
por encima le atracó  
ciertas friegas, con las cuales  
la moza rompió en sudor.

Ansí, sana al otro dia,  
despues de nacer el sol  
muy bien emperifollada<sup>3</sup>  
vino á sentarse al fogon,  
aonde de la recogida

1.—Trasijada: la cara quebrantada.

2.—Injundia: grasa.

3.—Emperifollada: bien vestida.

Tolosa alegre volvió,  
porque le traiba un peludo <sup>1</sup>  
muerto, que se lo soltó  
en las faldas, y le dijo:  
—Mira si te quiero yo;  
esto es para que almorcés.  
Dame un beso. . . Y la besó.

Entre tanto, Santos Vega  
por lo que vido y palpó,  
la noche del *patatus*,  
quién sabe lo que soñó  
ó qué desvelo tendria;  
pues siendo madrugador,  
esa mañana recien  
sol alto se levantó,  
con la cara como un cuajo, <sup>2</sup>  
pálido y de mal color.

Ansí mesmo, á la cocina  
llegóse de buen humor,  
y de la puerta *nó mas*,  
atándose el ceñidor,  
les dijo á Juana y su esposo,  
medió sorprendiendolós:  
¡Santos y felices dias!  
— ¡Ansina <sup>3</sup> se los dé Dios!  
Adelante, tome asiento;  
que estaba extrañandoló,  
dijo Juana: al mesmo instante  
que un amargo le alcanzó.

RUFO

Pero, amigo, ¿ cómo es esto,  
diaónde acá tan dormilon?  
aunque recuerdo que anoche,

1—Peludo: especie de tortuga campestre.

2—Cuajo: uno de los intestinos de la vaca ó buey.

3—Ansina: así tambien.

en cuánto usted me soltó  
la mano y las güenas noches,  
luego le conocí yo  
calentura en los riñones;  
y estuve, creameló,  
por decirle en ese instante,  
vaya al arroyo, señor,  
y métase hasta el encuentro <sup>1</sup>  
para que largue el calor.

VEGA

¡Qué calentura; no crea!  
lo que anoche tuve yo  
fué que rascarme hasta el día;  
porque vino y se rascó  
su perro sobre mi cama  
y un pulguero me soltó.  
Además de eso, al echarme,  
el sueño se me ahuyentó  
cavilando con la pena,  
que presumo les causó  
anoche mi cuento aquel,  
y lo demás que pasó.

RUFO

No lo dude; pues á mí  
del todo me entristeció;  
y á Juana, ya usted la vido.

JUANA

Es verdá; me enterneció  
eso de cuando Berdun  
con el Pampa se abrazó,  
y que el tío y el sobrino  
lloraron juntos los dos.

I—Hasta el encuentro: hasta la inglé.

VEGA

Entonces, hoy trataré  
de darle otra direcion  
más alegre á mi argumento ;  
aunque seria mejor  
suspenderlo hasta mañana.  
¿Qué les parece?

RUFO

No, no :  
pues mañana, si Dios quiere,  
estoy en la obligacion  
de llevarlo á usted con Juana,  
para que canten los dos  
en la yerra de mi amigo  
Birrinchín, que hoy me rogó  
el que lo llevase á usted.  
¿Con que, iremos?

JUANA

Pero, yo...  
iré solo si me *muenta*  
en las ancas el señor,  
como cuando á las carreras  
en su bragao me llevó.  
Digo, si quiere don Santos  
hacerme el gusto y favor.

VEGA

Desde luego, patroncita,  
quedo á su disposicion,  
porque me gustan las *yerras*.<sup>1</sup>

1—En las estancias ó ganaderías de campaña, todos los años se hace la yerra, ó sea la marcacion de todos los animales vacunos y yeguarizos, á los cuales con una señal ó letra de fierro candente se les planta esa marca en un jamon, y así el animal queda marcado para siempre.

RUFO

Iremos, pues...

VEGA

¡Cómo no!  
Pero, antes de ir á esa fiesta,  
les haré una relacion  
para mostrarles que tengo  
á las yerras aficion.  
Permítame: voy y vuelvo.  
Así fué, se levantó;  
y volviendo al poco rato  
en su lindo se explicó;  
cuando del modo siguiente  
habló de la *marcacion*.

---

## XXXI

JACINTO EL OTRO MELLIZO. — EL NOVILLO ASPAS RUBIAS. — EL  
ENLAZADOR. — LA ARGOLLA ROTA. — LA POSTEMA.

**D**E los trabajos del campo  
ninguno hay tan deleitable,  
para mí, como la *yerra*,  
aunque un dijusto muy grande  
tuve un día en que mi amigo  
Jacinto, aquel apreciable  
mellizo, hermano del otro  
criminal abominable:  
por desgracia, ese mi amigo  
vino á sufrir un contraste,  
del cual en pocas palabras  
voy ahora mesmo á informarles.

Sucedió pues ese día,  
del que no podré olvidarme,



se largó atrás del novillo  
haciendo una armada grande



que un novillo *yaguané*,<sup>1</sup>  
*cuerpo de güey* por lo grande,  
*aspas rubias* y enconosas  
como todo el mundo sabe,  
atropelló del corral  
sin que lo enlazara *naidés*,  
pues todos le abrieron *cancha*  
temiendo que los corniase.

Suelto pues, y enfurecido  
con los ojos centellantes,  
salió el toro del corral,  
y se llevó por delante  
la fila de *pialadores*<sup>2</sup>  
de un costado, sin que *naidés*  
de los otros espantados  
á *echar un pial* alcanzase:  
'ansí, aquel toro furioso  
disparaba á todo escape.

Mi amigo estaba allí cerca  
á caballo, sin mezclarse  
todavía en los trabajos;  
más, viendo al toro escaparse  
Jacinto desató el *lazo*  
de los *tientos*, y al *istante*  
se largó atrás del *novillo*,  
haciendo una *armada*<sup>3</sup> *grande*  
que se la llevó á la rastra,  
hasta que alzando arrogante  
el brazo, y doblando el codo  
en la forma y lo bastante  
para revoliar la *armada*,  
díjole al toro pujante:  
«¡ahora lo verás, *Ternero*,  
si conmigo has de jugarte;

1—Yaguané: color overo negro.

2—Pialadores: enlazadores de á pié.

3—Armada: lazada corrediza por una argolla de hierro que tiene el lazo en una extremidad.

y si de un *tiron* no te hago  
dar dos *güeltas* en el aire,  
si es que no te *descogoto!*»  
y ya resolvió soltarle  
por sobre el lomo la *armada*,  
tan fijo y en sus cabales,  
que al toro se la cerró  
en las *aspas*, sin tocarle  
ni el hocico, ¡ah, cosa linda!  
y despues tan lamentable;...  
porque la *casualidá*  
quiso que al *dir* á pegarle  
aquel *tiron* prometido,  
se partiera en dos mitades  
la *argolla*, en la *mesma armada*  
del *lazo*, que vino á darle,  
de retroceso á Jacinto,  
un *chicotazo* tan grande  
en el costado derecho,  
que allí comenzó á echar sangre,  
hasta *cairse* del caballo,  
pálido como un cadáver.

Desde ese dia Jacinto  
ya comenzó á lamentarse  
de que tenia postema,  
ú otra cosa semejante;  
y aunque allá, de cuando en cuando  
solia hasta desmayarse,  
y su pobre mujercita  
creiba enviudar cada instante,  
Jacinto vivió y vivió,  
hasta que vino mas tarde  
á morir, y así vivió  
con mas salú en adelante.

Ahora, para proseguir,  
dème, amigo Rufó, un mate...  
que se lo dieron; y luego  
dijo: vamos adelante.

## XXXII

LA YERRA.—SANTOS VEGA EN EL CONVENTO:—EL FRAILE SALOMON.—LOS CURIOSOS.—EL APERO.—EL ECLIPSE.

**P**UES, sí, señor; el trabajo  
de campo en que sobresalen  
en agilidad y destreza  
los gauchos de estos parajes,  
es la yerra, en donde suelen  
hacer cosas admirables,  
luciendo allí con primor  
su saber el paisanaje.

¡Eh, pucha! si es un encanto  
ver los diferentes lances  
de prontitú, de sijeza,  
de fuerzas y de coraje  
con que un mozo pialador  
suele en la playa floriarse;  
y el tino y la inteligencia  
con que saben, al instante,  
unos á otros muchas veces  
en un peligro auxiliarse.

¡Que vengan facultativos  
en *cencias*, de todas clases,  
los más profundos! ¡Que vengan  
de Uropa y otras Ciudades  
esos *leídos* y *escrebidos*,  
y en áncas nuestros *manates*  
puebleros!... no digo todos,  
pues todos no son iguales:

hablo tan solo de aquellos  
tan fantásticos, que no hacen  
caso de un pobre paisano,  
sin duda porque no sabe  
como ellos, cuándo la luna  
de un vuelco debe empacarse  
frente al sol, y hacer un *clise*:  
es decir, que nos ataje  
la luz del sol y en tinieblas  
ponga el campo á media tarde.

Y eso ¿qué tiene de raro?  
cualquier triste gaucha sabe  
que esa oscuridá resulta  
de una sombra semejante  
á la que (pongo por caso)  
dentro de un rancho se le hace,  
cuando es preciso, á un enfermo,  
solo con atravesarle  
un cuero ó cualquier carona  
por entre el candil y el catre.

Pues bien; los sabios que explican  
la causa de casos tales  
y que por esa razon  
piensan que todo lo saben,  
ya que son tan entendidos,  
que vengan á estos parajes  
y todas nuestras costumbres  
las miren bien y las palpen,  
y luego que nos expliquen  
de corrido, sin turbarse,  
la cencia de nuestras bolas  
y el poder de nuestros piales,  
para con un tiro á tiempo  
postrar á un toro indomable.

Que vengan, vuelvo á decir,  
de todos los gamonales,  
y miente el mas vanidoso

y llegue sin escaldarse  
á estos campos de un galope;  
y acá, entre los pajonales,  
en una noche nublada  
y oscura, despues de darles  
un par de güeltas á pié,  
que conteste ó que señale  
á qué rumbo se entra el sol  
ó el lado por donde nace...  
¡Y qué acertaba! ¡Nunquita!  
siendo una cosa tan fácil,  
como que cualquier paisano  
tan solo con agacharse  
y medio tantiar las pajas  
secarronas, luego sabe  
que cuando las tuesta el sol,  
siempre caen al marchitarse  
con las puntas al Naciente,  
y no hay cómo equivocarse.

Algunos presumirán  
que estas son barbaridades;  
entre tanto, es la evidencia  
sin ponerle ni quitarle,  
y que no podrán negarlo  
más de cuatro que no saben  
tampoco decir la causa,  
porque no suele la carne  
cocerse de dos hervores;  
pero, luego que la saquen  
de la olla y en la agua fria  
la zopen por un instante,  
dándole un tercer hervor,  
tierna como *choclo sale*.

Lo mesmo es la mazamorra;  
ninguno podrá negarme  
que se cuece, fijamente,  
en una tercera parte  
del tiempo que se precisa,

siempre que acierten á echarle  
una argollita entre la olla,  
ó un clavito, ó tanto vale  
una losita cualquiera,  
para que hierva al instante.

Además, á esos engreidos  
tambien quiero preguntarles:  
¿por qué razon un bagual  
soberbio, alzado, indomable,  
cuando lo bolea un *gaucho*,  
desde el punto que lo agarre  
y le dueble las orejas  
para adentro, y se las ate  
de firme con unas cerdas  
que de la cola le arranque,  
el animal mas *bellaco*  
en pelos deja montarse,  
y el jinete lo endereza  
como oveja á cualquier parte?

Despues de esto, á un avestruz  
es perder tiempo de balde  
correrlo, porque á ese bicho  
ni el demonio que lo ataje:  
pero, lo bolea un gaucho,  
y le impide que dispare  
con cuatro plumas de la ala  
que suelen atravesarle  
por medio de las narices;  
y de ahí lo sueltan á que ande;  
y con las plumas en cruz  
se lo arrear por delante  
y lo arriman á las casas,  
sin temor de que se escape.

Estos prodigios las bolas  
únicamente los hacen;  
pero de esto á los puebleros  
poco les gusta informarse:

hasta que vienen al campo  
donde lo único que saben  
es maltratar mancarrones  
y *charquiar*<sup>1</sup> y desollarse.

Sin embargo, en otras *cencias*  
hay hombres interminables  
en cacúmen y saber,  
y es preciso tributarles  
todo el respeto debido  
por lo que enseñan y saben.

Yo conocí un Franciscano,  
que era ¡un Salomon! el flaire:  
y una ocasion que bajé  
á pasiar á Buenos Aires  
desensillé en el convento,  
y en su misma celda el padre  
me trató unos ocho dias  
con el agrado más grande.

Allí supe muchas cosas;  
porque solian juntarse  
los amigos de Fray Justo,  
ricachones, gamonales,  
y hombres de letra menuda,  
pero todos muy tratables,  
y tan corteses que entre ellos  
solia yo entreverarme  
haciéndome el infeliz,  
siendo capaz de fragarme  
á todo el convento entero;  
pero, dejaba palmiarme  
por tomar las once á gusto,  
pues solian convidarme,  
y luego me divertia  
viéndolos contrapuntarse,  
alegando hasta en latin:

1.—Charquiar: agarrarse de la cabezada de la montura para no caer.

y, siempre antes de largarse,  
se divertían conmigo  
á fuerza de preguntarme  
cómo trajinan los gauchos  
en el campo, y obligarme  
á desatar mi recaó  
para que les amostrase  
las bolas, el lazo, el freno,  
y en fin todo el *cangallaje*.

Luego, como una indireuta  
ó el deseo de enseñarme,  
en cuanto á bolas, solían  
decirme que la mas grande  
es la del mundo que tiene  
(me aseguraban formales)  
algo mas de ocho mil leguas  
en el redor, (y quién sabe  
contadas cuándo y por quién);  
más, ninguna duda cabe  
que cada veinticuatro horas,  
esa bola formidable  
siempre en una mesma güella  
da una güelta sin pararse  
ni perder el equilibrio  
(que es decir, sin balanciarse),  
sino rodando parejo:  
del mesmo modo que lo hace  
en sus regiones la luna,  
que es otra bola notable,  
aunque nos parece un queso  
porque la vemos distante,  
por allá arriba á las güeltas,  
en los *circuleos* que hace  
diariamente hasta que suele  
algun día atravesarse  
por entre el sol y la tierra,  
y entonces es que nos hace  
el clise, en cuanto la luna  
pone el cuerpo por delante.

Con esto, que es la verdá,  
solian embelesarme;  
pero, en lo que me hacian  
de sospresa santiguarme,  
era con la siguranza  
que me daban, al contarme  
que al sol, la luna y el mundo  
Dios los mantiene en el aire  
suspendidós, dando güeltas,  
sin permitirles ladiarse  
del círculo señalao,  
sino que giran costantes,  
con aquella liviandá  
primorosa con que saben  
en el campo muchas veces  
serenamente elevarse,  
dando vuelta suspendidas,  
las finas flores que esparce  
sobre un tostado cardal  
la alcachofa al marchitarse,  
y que á los soplos del viento  
suelta estrellas relumbrantes.

---

### XXXIII

EL CALLEJON DE IBAÑEZ. 1.— LA CÁRCEL DE BUENOS AIRES.—  
LOS PORTALES DEL CABILDO.—LOS ALINAÑAS.—¡QUÉ GENTE  
AQUELLA!

**A**HORA, me dirán ustedes:  
y el Pampa y Luis ¿dónde están?  
¿dónde diablos los llevaron  
despues que los agarraron?

1—Callejon de Ibañez: en el camino de Buenos Aires á San Isidro, había un monte que se pasaba por un camino estrecho ó especie de callejon, donde se emboscaban entonces algunos salteadores; y como ese monte pertenecía á un señor Ibañez, el

Bueno; les voy á contar,  
primero, dónde fué á dar  
el saltador esa vez:  
y del cacique despues  
su fin tambien contaré.  
Tiempo al tiempo . . . escuchenmé.

El dia de su vitoria,  
al entrar con vanagloria  
el valeroso Berdun  
ese tarde en Chascomun,  
en ese instante preciso  
el cabo aquel que al Mellizo  
lo traiba de la Salada,  
hizo en la villa su entrada;  
y en la cárcel lo bajó  
á Luis, y allí lo entregó  
con recibo al carcelero  
que era un otro cancerbero:  
pues apenas olfatiaba  
á un preso, ya lo calaba  
desde la punta del pelo  
hasta el pisar en el suelo.

Ansí cuanto le echó el ojo  
á Luis, con llave y cerrojo  
en un calabozo brete,  
á especie de vericuete,  
luego lo incomunicó;  
y despues que le plantó  
un centinela de vista  
dijo entre sí: Dios te asista!  
despues de la Caridá,<sup>1</sup>  
que pronto te cargará

callejon tomó su nombre: nombre que los chuscos se lo aplicaron en la ciudad á los corredores, ó arcada de la casa del Cabildo, donde andan tropezando unos con otros los alguaciles, los procuradores, los escribanos y los jueces, etc., etc.

1—La Caridad: la cofradía de la Hermandad de la Caridad en aquel tiempo.

del *banco de las pèrdices*,<sup>1</sup>  
cuando su auxilio precisés  
para ponerte en aquel  
cuartito de San Miguel...  
De ahí el alcalde llegó  
á ver al preso; y mandó  
atracarle un par de grillos  
de aquellos que los anillos  
tienen *juntos con pegao*,  
y que los han *bautizao*  
*de las ánimas*, sin mas  
que ser de notemovás,<sup>2</sup>  
pues que solo la chaveta  
pesa una libra completa.

A la mañana siguiente  
dispertó el juez impaciente,  
á causa de haber soñao  
que Luis se habia escapao:  
y, antes que con maniador,  
bozal, estaca y fiador,  
el Mellizo se le fuera,  
á la cárcel, de carrera,  
le dijo á *su escribinista*,  
que fuese á ver por su vista,  
si estaba seguro el preso;  
y que le hiciera el proceso,  
apuntándole toditos  
los crímenes y delitos  
que ese malevo debía:  
pues que (el alcalde) queria  
mandarlo á la brevedá  
escoltao á la ciudá,

1—Banco de las perdices: en la actual plaza del 25 de Mayo había un especie de mercado donde se vendian perdices en el suelo, y las retiraban cuando habia que fusilar á algun reo. Luego desde allí la hermandad de Caridad lo conducía en una tumba azul á depositarlo ó ponerlo en exposicion pública algunas horas en un cuarto enrejado que habia en el pretil de la iglesia de San Miguel, en cuyo campo-santo enterraban á los ajusticiados.

2—No te movás: no te muevas.

antes que Luis se escapase  
y ni el cuento les dejase.

Al otro dia á las siete  
de la mañana, un piquete  
de Blandengues bien armaos  
ya se encontraban formaos  
al frente de la prision,  
puesto á disposicion  
del alcalde que al momento  
vino y le largó al sargento  
del piquete, un envoltijo  
de papeles, y le dijo:  
que ya podia llevarlo  
al saltador y entregarlo  
en la ciudá con aquel  
envoltijo de papel.

Entonces mas que ligero  
abrió el brete el carcelero  
diaonde á Luis lo sacaron  
cargao, y así lo llevaron;  
pues vieron que no podia  
caminar, porque tenia  
por el peso de los grillos  
llagaos hasta los tobillos.

Cargado así lo trujieron  
cuatro hombres y lo tendieron  
en un triste carreton,  
tirao por un *mancarron*  
viejo, *bichoco*<sup>1</sup> y petizo;  
y cuando de allí el Mellizo  
bien escoltado salió,  
el sargento recibió  
del alcalde órden expresa  
de hacerle *humiar* la cabeza  
sin lástima, donde quiera  
que escaparse pretendiera.

1.—Bichoco: enfermo de los vasos.

Media semana trotiaron,  
y á Buenos Aires llegaron  
el día del año nuevo,  
cuando al bajar al malevo  
frente al Cabildo, pasaban  
los colejiales que andaban...  
de paseo (digo yo),  
y casualmente lo vió  
á Luis en aquel instante  
don Angel el estudiante  
que á su colejio llegaba,  
pues el Simenario estaba  
de la cárcel á un ladito.

Por supuesto, el patroncito  
al ver con grillos á Luis  
y en trance tan infeliz,  
luego se puso á llorar;  
y les mandó suplicar  
á sus padres que vinieran  
y al Mellizo socorrieran.

Al instante don Faustino  
con doña Estrella se vino,  
no con tanta voluntá  
como por curiosidá;  
pues ya siete años hacian  
á que de Luis no sabian,  
y á que lo habian sumido  
en el rincon del olvido.

Con todo, se conmovieron  
los patrones, y vinieron  
á la cárcel en un coche;  
pero llegaron de noche  
cuando ya Luis encerrao  
estaba incomunicao.

De ahí, cuatro días siguieron  
viniendo, y no consiguieron

don Faustino ni su esposa  
el saber la menor cosa  
del preso; pues sucedió  
que á Buenos Aires llegó,  
cuando las escribanías  
se lo pasan muchos dias  
sin tomar declaraciones...  
quién sabe por qué razones;  
pero creo que el asunto  
es darles treguas por junto,  
para que los cabildantes  
se lo lleven de pasiantes:  
así es de que todo alcalde  
gana su jornal de balde,  
y lo pasa sin fatiga  
rascándose la barriga.

Luego, al final de ese asunto  
diz que se les abre el punto  
allá por el diez de enero,  
que vuelve el embrolladero  
de los pleitos y custiones  
entre robaos y ladrones,  
que andan allí confundidos,  
y que son tan parecidos  
que no los distinguirá  
nades en la inmensidá  
de jueces, procuradores,  
escribanos y doctores,  
y otra recua de alimañes  
que en el callejon de Ibañez,  
allí bajo los portales  
del Cabildo, por dos riales  
le arman á usted un caramillo  
para sacarle el justillo  
diciendo que lo ha robao,  
aunque usted lo haiga comprao  
ese dia en la Recoba:  
y, como usted se retoba  
al ver que su acusador

es el mesmo vendedor,  
y usté lo trata de vil,  
se le vuelve un aguacil;  
y ahí mesmo en el callejon  
de un soberbio manoton  
lo agarra á usté del cogote,  
y lo lleva al estricote  
á meterlo en las crujías  
donde pasa usté ocho dias,  
y diaonde lo sueltan seco,  
sin fama y sin el chaleco,  
y para colmo de ultraje,  
le hacen pagar carcelaje.  
Esto le pasa á cualquiera  
allá en la cárcel pueblera.

En fin, de ese callejon  
lo espantaron al patron  
don Bejarano, sabiendo  
que el hombre andaba queriendo  
protejer al asesino;  
de modo que don Faustino  
aburrido y petardiao,  
sin haber jamás hablao  
á Luis el mellizo allí,  
dijo pues: « quédate aquí,  
juidor mal agradecido;  
y, aun cuando me has ofendido  
tanto, yo te auxiliaré  
en tu prision, y veré  
si á fuerza de diligencia  
te hago aliviar la sentencia;  
pero desde ahora te alvierto  
que arronjas olor á muerto ».

Hecha esta resolucíon,  
don Faustino la cumplió  
fielmente, y ya no volvió  
á pasar el callejon;  
pero Luis en su prision

tan bien asistido estaba,  
que ya no salir desiaba  
de aquellas cuatro paredes,  
adonde verán ustedes  
la suerte que allí aguardaba.

---

### XXXIV

EL REO.—EL ESCRIBANO SIETE-PELOS.—EL JUEZ DEL CRÍMEN.  
— LA SENTENCIA.—LOS EMPEÑOS.

**M**AS de mes y medio hacia  
ya que el Mellizo encerrao  
y siempre incomunicao  
la cárcel lo consumia:  
hasta que el alcalde un dia,  
sin quitarle las prisiones,  
á un corredor con balcones  
del Cabildo lo llamó;  
y en su cuarto le empezó  
á tomar declaraciones.

Ese alcalde era un marrano  
*llamao* don Judas Meirelos,  
y á un don Tomás Siete-pelos  
tenia por escribano:  
viejo diablon y vaquiano  
para eso de escarmenar,  
y para hacerlo enredar  
en las cuartas <sup>1</sup> á cualquiera,

1—Cuartas: los bueyes, cuando tiran las carretas con sogas que llaman cuartas, si no marchan bien, se enredan á cada paso ó parada en la marcha, y eso se llama enredarse en las cuartas, aludiendo á cualquier otro asunto en que un hombre se turba.

que á Siete-pelos creyera  
que lo podía engañar.

A ese cuarto, pues, entraron  
dos soldaos con el Mellizo,  
y en un banquito petizo  
encogido lo sentaron;  
y allí detrás se quedaron  
los dos soldaos de plantones,  
¡ ojo al cristo! y de mirones  
ni uno ni otro resolló,  
hasta que Luis no acabó  
de dar sus declaraciones.

Allí, á la primer sentada  
leyéronle el envoltijo  
de Chascomun; y le dijo  
el juez, peluca empolvada:  
que no le iba á pasar nada,  
si pronto, con claridá  
y de buena voluntá,  
confesaba de que aquel  
envoltijo de papel  
explicaba la verdá.

Sirviéronle de consuelo  
al preso las expresiones  
del juez, que allí en dos renglones  
las escribió Siete-pelos;  
y ya Luis sin mas recelos  
se dispuso á confesar  
sus mañas, sin ocultar  
ninguna; y por consiguiente,  
confiado y humildemente,  
ansí empezó á declarar:

— Sí, usía, dijo el Mellizo;  
por mi poca edá, confieso  
que he sido medio travieso:  
¡ cómo ha de ser! ¡ Dios lo quiso!

pero ahora hago el compromiso  
de que me voy á enmendar,  
por esta cruz †, y á dejar  
de cometer mas locuras,  
que al fin tantas amarguras  
me están haciendo pasar.

Entre tanto el viejo usía,  
aquello que Luis hablaba  
por una oreja le entraba  
y por la otra le salía;  
de balde el preso ese dia,  
queriendo hacerse el potrillo <sup>1</sup>  
hizo allí un batiburrillo  
de excusas y de promesas:  
el juez oía esas ternezas  
serio, y tomando polvillo.

El alcalde á quien miraba  
era á don Tomás, que á un lao  
iba escribiendo apurao  
todo lo que Luis hablaba;  
y cuando concluida estaba  
la declaracion del preso,  
Siete-pelos dió un bostezo,  
y á Luis lo mandó parar,  
y una cruz le hizo rayar  
con tinta al fin del proceso.

De allí al Mellizo lo echó  
el alcalde á las crujías  
de la cárcel, y ocho dias  
despues de nuevo ordenó  
el subirlo, y le tomó  
la confision sin sentarlo;  
y luego para enmendarlo,  
descargando su conciencia,  
el juez le dió por sentencia  
nada más que ajusticiarlo.

I—Hacerse el potrillo: hacerse inocente.

El trueno de una centella  
no habria aterrado tanto,  
ni causádole el espanto  
con que supo doña Estrella  
la fatal sentencia aquella  
de muerte contra el juidor;  
pues decia: «es deshonor  
para mí el ajusticiar  
á quien le dí de mamar.  
en la Estancia de la Flor...

Pues, aunque se haiga extraviado  
ese muchacho aturdido,  
¡infeliz! yo no me olvido  
que Luis con mi hijo se ha criado».   
Luego, el patron azorado  
con su esposa y Angelito  
á empeñarse á lo infinito  
los tres en coche salieron,  
y á ver al virey se fueron  
todos llenos de conflicto.

Por llegar de priesa al Fuerte  
los patrones se aflijan,  
pues salvar á Luis querian  
á lo menos de la muerte;  
y tuvieron tanta suerte,  
que á la primer diligencia  
los recibió en su presencia  
nada menos que el virey,  
por quien torcía á la ley  
á veces la *Rial Audiencia*.

El virey se enterneció  
del pesar de doña Estrella;  
y al verla llorar tan bella  
el hombre se apichonó,  
tanto, que la consoló  
diciéndole: — Deje estar,  
amiga, no hay que llorar;

vaya, tranquilicesé,  
que yo espero pronto el que  
todo se ha de remediar.

El virey dijo, sin duda:  
«todo se ha de remediar»,  
sin saber ni calcular  
que la cosa era morruda;  
pero, aunque era *peliaguda*,  
del Mellizo la escapada,  
el virey de una *cuartiada*,  
y atendido á que dos testas  
tiran mas que diez carretas,  
cumplió con la remediada.

Gracias á eso, le achicaron  
la sentencia al delincuente,  
y al presidio solamente  
por diez años lo soplaron,  
y allí al entrar le atracaron  
su cadena con grillete,  
que á Luis se le hizo juguete  
dejar que se la prendieran,  
por tal que no lo volvieran  
á las crujías ni al brete.

En el presidio pasaba  
Luis la gran vida en chacota,  
ó en jugar á la pelota,  
pues que nada le faltaba;  
y allí tanto lo cuidaba  
la esposa de don Faustino,  
que hasta le mandaba vino,  
azúcar, yerba, café,  
ropa, tabaco, y lo que  
precisaba el asesino.

Así Luis, bien socorrido,  
los patrones lo tuvieron,  
y á los dos años creyeron

que se hallaba correjido  
ó que estaba arrepentido ;  
pero ; cuando!... si en la vida  
es cosa cierta y sabida  
y á probarla el tiempo viene,  
que, «quien malas mañas tiene,  
tarde ó nunca las olvida.»

---

XXXV

LA VISITA AL PRESIDIO. — DOÑA ESTRELLA. — SUS BONDADES. —  
LA CONMUTACION DE LA PENA. — LA HIPOCRESIA DEL PRESO  
—LA SEMANA SANTA.

**U**NA tarde de febrero  
Luis iba á echarse sestiar,  
cuando lo mandó llamar  
el alcaide carcelero,  
y á su cuarto lo hizo entrar.

La entrada imprevista aquella  
le hizo al Mellizo cosquillas,  
y al ver allí á doña Estrella  
y á su hijo junto con ella,  
Luis se postró de rodillas.

Al crujir de la cadena  
cuando el juidor se postró,  
la señora se espantó,  
y de sorpresa ó de pena  
cuasi allí se desmayó.

De ahí, don Angel el primero  
á llorar grueso empezó,

doña Estrella lo siguió;  
y en fin, hasta el carcelero  
allí también lagrimió.

Mientras, sin dar un sollozo,  
seguía el Mellizo hincado,  
creyendo hacer *demasio*:  
como que el facineroso  
jamás se había postrado.

Desahogada con llorar,  
la señora al carcelero  
le suplicó, lo primero,  
que allí lo hiciera sentar  
un instante al prisionero.

Así fué, Luis se sentó,  
pues la señora llevaba  
un papel que allí mostraba;  
en el cual, presumo yo,  
que, alguien la recomendaba.

Cuando entre ansias manifiestas  
la dama al preso le habló,  
sus palabras fueron estas:  
«Muchas lágrimas nos cuestas»,  
y nuevamente lloró.

Después, menos aflijida,  
le dijo: — No te apensiones;  
pues los buenos corazones  
que te han salvado la vida  
aliviarán tus prisiones.

Aguanta dos años mas,  
desde hoy que hemos conseguido,  
que, el día que haigas cumplido  
veinte años, libre saldrás:  
y esto á decirte he venido.

Ya hemos hecho lo imposible  
al conseguir por clemencia

nuevo alivio á tu sentencia;  
porque tu causa es horrible.  
Sufrió, pues, Luis, con paciencia.

Ya sabes que en la ciudá,  
ó adonde quiera que estemos,  
ni un solo día queremos  
que tengas necesidad,  
sin que te la remedemos.

Bien tratao aqui has de ser,  
como en otra cualquier parte,  
pues no hemos de abandonarte:  
por eso vengo á saber  
si tenés de quien quejarte.

— No, señora, el preso dijo:  
no me quejo aqui de naide,  
pues hasta el señor alcaide  
me hace tratar como un hijo;  
ansí, muy poco me aflijo  
en mi infeliz situacion,  
y sufriré la prision,  
de la cual saldré dichoso,  
si usté y su señor esposo  
me conceden su perdon.

Solamente desearia  
que mi turno se llegara,  
para que ansí me tocara  
ver las calles algun dia;  
pues de aqui á la *preseria*<sup>1</sup>  
siempre la veo salir,  
á trabajar ó pedir  
limosna para los presos;  
y conforme salen esos,  
bien podria yo salir.

1—La preseria: los presos reunidos.

Bueno, Luis, yo voy á ver,  
esperando conseguir  
el que te dejen salir  
la limosna á recojer,  
los dias que hacen poner  
en el pretil de San Juan  
á los Santos, que pondrán <sup>1</sup>  
en esta Semana Santa,  
cuyos dias... alli tanta  
limosna las gentes dan.

Entonces á la señora  
le dijo afable el alcaide:  
—No se empeñe usted con naide,  
supuesto que usted no ignora  
que debo yo desde ahora,  
por la órden que se me da,  
hacer á su voluntad  
lo que pida por el preso,  
sin reserva, menos eso  
de ponerlo en libertá...

Asi le prometo á usted,  
que en esta Semana Santa,  
si don Luis aquí se aguanta,  
sin falta lo mandaré  
á San Juan; y le pondré  
su mesa junto al Jesús  
Nazareno, que su cruz  
al frente mirando está:  
y allí don Luis juntará  
hasta güevos de avestruz.

— ¡Entonces, que mas querés,  
le dijo á Luis la señora,  
si me ofrecen desde ahora  
que el jueves santo saldrés!  
pero ese dia debés

1—Asi en aquel tiempo se ponian los Santos en las calles.

ponerte tu ropa buena;  
aunque ya pienso en la pena  
que me dará el verte allí,  
conforme te veo aquí,  
con grillete y con cadena.

Luego, allí cuando al *juidor*  
un atao le regalaron,  
dos soldaos se lo llevaron  
del presidio al interior.  
De ahí el alcaide mayor  
con su facha pobretona,  
sin sombrero y en persona,  
acompañó á doña Éstrella  
hasta el coche, donde aquella  
le dió una onza narigona. <sup>1</sup>

A tal regalo quedó  
el alcaide agradecido,  
y cumplió lo prometido  
tal cual como lo ofreció:  
pues, el jueves santo, yo,  
en San Juan me acuerdo que  
al ver á Luis me acerqué,  
y echando mano al bolsillo  
cojí un medio *cordoncillo*.  
y en un plato se lo eché.

Muchas limosnas le dieron;  
pues, al verlo allí sentao  
tan joven y encadenao,  
todos lo compadecieron.  
Así, esa tarde tuvieron,  
para disfrutar los presos,  
mucho pan, tortas y quesos,  
güevos, manzanas, membrillos,  
atados de cigarrillos;  
y en plata ¡sesenta pesos!

1—Onza narigona: onza de oro sellada.

Para el alcaide, un encanto  
fué lo que Luis entregó,  
así á San Juan lo volvió  
á mandar el viernes santo:  
y en ese dia otro tanto,  
ó algo más que el anterior,  
trajo el dichoso juidor;  
y desde ya <sup>1</sup> el carcelero  
lo destinó á limosnero  
al astuto saltiador.

---

## XXXVI

EL CACIQUE EN CHASCOMÚS. — INDULTO. — EL COMANDANTE COMPLACIDO. — BERDUN CAPITAN

**Y**A dije antes que Berdun,  
despues que la órden cumplió  
con prender en la Salada  
al Mellizo saltiador  
y dejar muerto á Vizcacho,  
con los Indios se topó  
luego en esa madrugada,  
cuando al cacique rindió.

Ya ustedes saben tambien  
que el teniente regresó  
esa tarde á Chascomun  
á rendir su comision.

Ahora me falta contarles  
que en la villa se encontró

Genaro con su Azucena,  
quien su casa abandonó  
la noche antes que pegaran  
los salvajes su malon;  
pues por fortuna á la moza  
un Blandengue, que pasó,  
trayendô el parte á la villa  
que avanzaba la invasion,  
que disparara á Azucena  
ese hombre le aconsejó.  
Así, asustada esa noche  
Azucena disparó,  
del modo que su marido  
al dejarla le encargó;  
y por eso en Chascomun  
con Genaro se encontró  
en medio de los festejos  
á que el pueblo se entregó,  
despues que la Blandengada  
á los Indios *redotó*.

Bueno pues: voy á contar  
el cómo se presentó  
Genaro con su sobrino,  
á su vuelta, ante el señor  
comandante general;  
y cómo lo recibió  
don La Quintana esa vez  
al teniente Vencedor.

Antes de ver á su esposa,  
Genaro fué y se bajó  
en la Comendencia, adonde  
con su sobrino dentró,  
y en seguida el comandante  
á Manuel le presentó.

Don Quintana, al ver un Indio  
con Berdun, se sosprenió;  
pero este, que la sospresa

del comendante notó,  
para sacarlo de dudas  
de esta manera le habló:

— Vengo á darle parte á usía  
como es de mi obligacion,  
de que ya completamente  
la órden que usía me dió  
he cumplido: y además  
vengo á pedirle, señor,  
que para este Indio aparente  
me conceda su perdon;  
y me permita llevarlo,  
porque no es pampa, sino  
hijo de aquel valeroso  
capitan Sotomayor,  
que ahora más de catorce años  
la Indiada lo asesinó  
en la villa de los Ranchos;  
cuando cautiva cayó  
mi hermana, la Lunareja,  
la única que se salvó  
con este hijo de dos años...

EL COMENDANTE

¡Es posible!

BERDUN

Sí, señor:  
pues ese dia funesto  
hasta mi madre murió  
á chuzazos por los Indios;  
y, como antes dije yo,  
solo mi hermana y este hijo  
de esa matanza salvó,  
gracias á que Cocomel  
el cacique la libró.

EL COMENDANTE

Cierto es, dijo el comendante,  
y hasta ahora lamento yo  
la muerte de ese oficial,  
que indefenso lo mató  
la Indiada, porque postrao,  
por desgracia, lo encontró  
en la cama, de resultas  
que el capitán se quebró  
la pierna en una rodada  
que el caballo lo apretó,  
por una fatalidá...  
¿No fué así?

BERDUN

Es verdá, señor:  
como es cierto que chiquito  
á este solo hijo dejó,  
que es mi sobrino, sin duda;  
y es cristiano como yo;  
pues lo vide bautizar  
poco despues que nació,  
en la iglesia de los Ranchos,  
adonde se cristianó:  
y además, su cara dice  
que es mi sobrino; y si no,  
ahora que aquí está presente  
tan cerquita, mireló  
usía, y verá el retrato  
del finao <sup>1</sup> Sotomayor.

EL COMENDANTE

Sin duda, es muy parecido.

1 -- El finao: el finado.

BERDUN

Además de eso, señor,  
hoy mesmo de mañanita,  
apenas Manuel me vió  
en medio de la pelea,  
al punto me conoció.  
A la cuenta allá mi hermana  
de mí algun dia le habló,  
y de lo que me parezco  
á ella, porque es como yo  
Lunareja, ojos azules,  
muy rubia y de mi color.

Pienso así, porque Manuel  
hoy apenas me miró,  
aunque andaba como furia,  
al acercármele yo,  
tirándose del caballo  
humilde se me postró,  
y más manso que asustao  
por mi nombre me llamó,  
y me dijo: « ¡Lunareco;  
tu hermana á mí me parió! »  
¿Qué mas prueba para creer  
que es mi sobrino?

EL COMENDANTE

¡Pues no!

Esas sensibles palabras  
demasiadas pruebas son  
que este mozo es su sobrino;  
y como tal, llevoló;  
porque de eso y mucho más  
es usted merecedor:  
por tanto, lo felicito;  
y en cuanto á su comision  
usted la ha desempeñado  
muy á mi satisfacion.  
Ahora, quiero prevenirle,

de que hoy mismo supe yo  
que este mozo su sobrino  
és cacique y valenton,  
y quien mandaba la Indiada,  
hoy al venir el malon:  
de manera que ha hecho usté  
una presa superior;  
la cual pudiera servirnos  
si usté aconsejandoló  
lo reduce para que,  
cuando llegue la ocasion,  
tambien nosotros le demos  
á la Indiada un madrugon;  
y entonces de Cocomel,  
que ya está muy vejancon,  
quizá á Rosa la libremos...  
¿Que le parece?

BERDUN

¡ Ah, señor!

Usía en este momento  
dice lo mesmo que yo  
he pensao esta mañana,  
al ver que Manuel lloró  
acordándose de Rosa...  
y creo, que hasta me dió  
á entender lo mesmo que ahora  
pensamos, usía y yo.

EL COMENDANTE

Bueno pues: usté y su esposa,  
vayan preparandoló;  
porque tambien le prevengo  
el que, pronto, espero en Dios,  
les daremos á los *Pampas*  
tal susto y atropellon,  
que al sur de la Cordillera,  
ó del infierno al rincon,  
con su chusma y tolderías

irán del arrempujon.  
Ahora, vaya á descansar,  
porque tiene precision  
de reposo; y sepa usted  
que á mas de su comision  
ha hecho usted otro gran servicio,  
que no he de olvidarlo yo.  
Vaya, pues, con su sobrino.

BERDUN

Mil gracias; adios, señor.

EL COMENDANTE

¡Adios, capitan Berdun!...

Y Genaro comprendió,  
que ese adios del comendante  
no era una equivocacion.

---

## XXXVII

AZUCENA Y SU SOBRINO. — EL ABRAZO. — ¡QUÉ OLOK Á POTRO!

**L**UEGO que se despidió  
Berdun de su comendante,  
con el sobrino al instante  
medio al galope salió;  
porque allí se anotició  
que Azucena se encontraba  
en la villa; y dónde estaba  
le dijeron igualmente,  
y que fuera prontamente  
porque ansiosa lo esperaba.

El teniente se apuró desde que con gusto y pena supo que estaba Azucena ansiosa aguardandoló; pero, de ahí reflexionó que no debía apurar su caballo, á no llegar de carrera y sorprender redemente á su mujer, y fiero hacerla asustar.

Pero esta, apenas sintió que álguien llegaba á caballo á su casa, como un rayo *trastavillando* salió, y por el zaguan corrió pisándose la pollera hasta la misma *vedera*, donde á Genaro abrazó de firme, y se le quedó prendida como collera.

Despues, cuando se calmó de ese arrebató amoroso, recien al Indio garboso lo vido, y se sorprendió tanto, que le preguntó á su esposo, ¿á qué venía ese Pampa, y qué quería? Y entonces al Indio aquel le dijo Berdun: «Manuel, dale un abrazo á tu tía.»

Como era poco ladino el cacique, no entendió lo que Berdun le mandó, hasta que Azucena vino y cariñosa al sobrino un fuerte abrazo le dió, aunque la moza quedó

sin ganas de pegarle otro,  
por el fiero olor á potro <sup>1</sup>  
que al sobrino le tomó.

Luego, en la sala, al mirar  
á Manuel tan lindo mozo,  
y sobrino de su esposo,  
dijo ella, lo he de curar  
sin más que hacerlo sahumar  
con alhucema, y poner  
brotos de álamo á cocer,  
y que de esa agua olorosa  
beba, porque es santa cosa;  
en fin, veremos á ver.

Despues allí lo vistieron  
lindamente á lo paisano,  
y al otro dia temprano  
para la estancia se fueron;  
donde por fortuna vieron  
que no les faltaba nada:  
pues, si por allí la Indiada  
pasó á la juria <sup>2</sup> al malon,  
pior juyó al arrempujon  
que le dió la Blandengada.

Con todo eso le tenía  
Azucena á ese lugar  
tal odio, que sin cesar  
á Genaro le pedia  
seguido, dia por dia,  
que buscase otro rincon  
en cualesquier situacion,  
y fuera como se fuese,  
por tal que la complaciese  
mudando de poblacion.

1—Olor á potro: lo tienen los indios salvajes, porque comen solo potros y yeguas.

2—A la juria: rápidamente.

Finalmente, con Manuel tantos extremos hicieron que muy pronto consiguieron hacerse estimar por él: y nunca amigo más fiel tuvieron, hasta que allá, por una casualidad se hizo el sobrino perdiz; <sup>I</sup> y, de ese caso, un feliz desenlace resultó.

---

### XXXVIII

EL CENTINELA MASRAMON.—LA SEDUCCION ASTUTA.—LOS ABUSOS DEL SÓLDAO.—EL VICIO.

**V**OLVAMOS ahora al presidio, donde el Mellizo quedó recomendao al alcaide don Silvestre Lobaton por doña Estrella en persona, á la cual le prometió ese mesmo don Silvestre, que en adelante al juidor lo mandaría salir, así como lo mandó el jueves y viernes santo, cuando en San Juan recojió tanta plata, de la cual la mitá se bolsiquió el alcaide, porque luego

I—Hacerse perdiz: desaparecer de pronto, sin saber cómo.

esa pascua *pelechó*<sup>1</sup>  
y muy currutacamente  
anduvo de leviton.

Alvierto que don Silvestre  
era un viejo socarron,  
como que fué presidario  
sus seis años de un *tiron*:  
decian que solamente  
por la amorosa razon,  
de que en tres años no más  
cuatro veces se casó  
con diferentes mujeres,  
y de ninguna enviudó...  
¡Háganse cargo, qué *peine*<sup>2</sup>  
sería el tal Lobaton!

Luego, el Mellizo... no piensen  
ustedes que se turbó  
el viernes santo en San Juan;  
pues tambien se solivió  
del plato unos doce riales,  
para cierta operacion  
que esa mesma tarde allí  
astuto la maniobró.

Oigan cómo: el viernes santo,  
cuando el Mellizo salió  
del presidio á limosniar,  
dir al cuidao le tocó  
de un soldao que parecia  
por lo grande un fantasmón  
mata siete, pero en suma  
era todo un bonachón  
maturrango,<sup>3</sup> veterano  
hablantín y pregunton

1—Pelechó: mudó de pelo, ó de modo de vestir mejor que  
antes.

2—Qué peine: qué pillo.

3—Maturrango: hombre que no sabe andar á caballo.

tan sumamente curioso,  
que, al instante que salió  
del presidio, ya al Mellizo  
el soldao se le *aparió*;  
y sin andar con rodeos  
lueguito le preguntó,  
¿por qué siendo tan muchacho  
estaba en esa prision?

Luis, que ni un pelo tenia  
de lerdo,<sup>1</sup> le contestó:

— Me encuentro en este trabajo,  
le asiguro ; como hay Dios!  
por nada más que porque  
me desgracié<sup>2</sup> una ocasion,  
que en el campo lastimé  
á un Portugués pescador,  
el cual muchos rebencazos  
con un torzal me pegó  
porque le comí un pescao;  
y de pura rabia yo  
le dí un tajo en las quijadas:  
y como al hombre le entró  
pasma en la lastimadura,  
esa noche se murió.

De ahí, sin más culpa ninguna,  
la justicia me agarró,  
y el alcalde que era amigo  
del dijunto pescador,  
solo por ese motivo,  
de Chascomun me mandó  
por tres años al presidio,  
adonde ya más de dos  
y medio llevo pasaos,  
sin tener, gracias á Dios,  
la menor necesidad;

.1 — De lerdo: de tonto, imbécil.

2 — Me desgracié: cometí un asesinato, ó un gran crimen.

porque nunca me faltó  
plata, ni buena comida,  
y felizmente, señor,  
cuando más de acá á tres meses  
se acabará mi prision.

MASRAMON

— ¿Y usted tiene quien lo asista  
acá en el pueblo?

EL MELLIZO

¡Pues no;  
si tengo acá á mi padrino,  
que es un hombre ricachon  
y el Gallego mas rumboso  
de cuantos alumbra el sol!

MASRAMON

¿Que es gallego su padrino  
me dice usted? pues, señor;  
entonces es mi paisano.

EL MELLIZO

Me alegro; pues trateló  
en su casa, y cuando guste  
francamente ocupeló  
en cualquier necesidad;  
verá un hombre servidor  
y amigo de sus paisanos:  
sí *aparcerero*, crealó.

En fin, ya platicaremos;  
dijo Luis, cuando llegó  
al punto adonde el alcaide,  
conforme se lo ofreció,  
junto al Jesús Nazareno  
la mesita le plantó;

y allí en una pobre silla  
el Mellizo se sentó  
con su morruda cadena  
y el soldado de planton.

A esa hora precisamente  
ya el gentío principió  
á pasar por esa calle;  
por donde naides pasó  
sin ver al preso tan jóven  
y tenerle compasion.

Ansí fué que á la media hora  
despues que allí se sentó,  
tanta moneda le dieron  
que de ella se *manotió*  
seis pesetas colunarias  
que al soldao se las soltó,  
diciéndole: — Tome, amigo;  
remédiese, pues que Dios  
que amanece para todos  
hoy para usted amaneció.

Sin hacerse de rogar  
el centinela agarró  
el *mono*,<sup>1</sup> y dando las gracias  
agradecido trató  
de hacer buena aparcería  
con Luis, á quien ofreció  
servirlo cuando quisiera  
ocuparlo en la prision  
para cualquier diligencia;  
y para una precision  
le hizo allí saber su nombre,  
diciéndole: — Amigo, yo,  
desde que me cristianaron  
me llamo Cruz Masramon,  
soldado de la primera

1 — El mono: el dinero.

del segundo Batallon  
de fusileros del Fijo.  
Ansí, con satisfacion  
ocúpeme, pues ya sabe  
que soy siempre asistidor  
á las guardias del presidio.

— Ya lo he visto; ¡cómo no!  
dijo el Mellizo; y ya sé  
que usted es hombre servidor,  
desde que una portaviandas  
de comida me alcanzó;  
pues de casa diariamente  
me las traen, y á veces yo,  
por no poder recibirlas,  
no les tomo ni el olor.  
Ansí, cuando usted las vea,  
si acaso, hágame el favor  
de traírmelas, y tendremos  
con qué hacer boca los dos;  
si puede ser, aparcerero.

— ¡Pues no he de poder, señor!  
no solo eso, pues si gusta,  
hasta de vino carlon  
puedo traerle una vejiga,<sup>1</sup>  
con la reserva mayor,  
si es que me fia el pulpero.

— Eso, amigo, dejeló  
á mi cargo; porque siempre  
tengo á mi disposicion  
cuatro pesos que gastar,  
el Mellizo respondió.

Ansí pues, desde ese día,  
siempre que de guardia entró  
en el presidio, las viandas,

1—Vejiga: los presos introducen la bebida ocultamente sirviéndose de vejigas secas.


recibia Masramon,  
y para el vino el Mellizo  
la *cháguara* <sup>1</sup> le aflojó:  
ansí el soldado se puso  
algo más que barrigon,  
porque cerca de tres meses  
la pitanza le duró.

Entre tanto el presidario  
seguía cebandoló  
y dejando trajinarse;  
porque el soldao abusó  
muy mucho de la confianza  
que el preso le dispensó;  
esperando que algun dia  
al confiado Masramon  
le ajustaría las cuentas;  
pues luego que le notó  
que Cruz á empinar el codo <sup>2</sup>  
tenia más que aficion,  
dijo el Mellizo entre sí:  
déjate estar, borrachon,  
que si te gusta chupar  
¡ya chuparás de mi flor!

---

### XXXIX

EL PATRONCITO.—LA VISITA AL PRESIDIO.—LA ÓRDEN DEL TRIBUNAL.—LA ASTUCIA DEL PRESIDARIO.—LA COMICIA DEL ALCALDE.

OMO dos meses despues  
que á la Estancia de la Flor  
doña Estrella y don Faustino  
se fueron juntos los dos,

1—Cháguara: cuerda con que los muchachos hacen bailar el trompo.

2—Empinar el codo: beber mucho.

y que solo el patroncito  
en la ciudad se quedó  
cursiando en el Simenario:  
un domingo que salió  
á *pasar* por la mañana,  
al presidio se *largó*:  
solito, como otras veces,  
allí fué y lo socorrió  
á Luis, dejándole auxilios  
de toda *laya* y valor.

Por supuesto, la visita  
don Silvestre no extrañó:  
así fué que al señorito  
muy cortés lo recibió  
con el bonete en la mano;  
y al instante le ofreció  
una silla, que don Angel  
esa vez no le almitió,  
porque, dijo, que venia  
apurado y alegron. <sup>I</sup>

Así, de la faltriquera,  
luego el mocito sacó  
un papel, y muy contento  
al viejo se lo pasó,  
diciéndole: lea, amigo,  
y alégrese como yo.

Don Silvestre, algo tembleque,  
los antiojos se plantó,  
y en el papel escribida  
la órden siguiente leyó.

« Al alcaide del presidio  
don Silvestre Lobaton.  
—Sáquesele la cadena  
al preso Luis Salvador;»

y con grillete, al trabajo  
de las calles mandeló  
con los demás presidarios,  
cuando hubiese precision.»

—Me alegro, dijo el alcaide,  
con todo mi corazon;  
ansí, mañana temprano  
antes de que salga el sol,  
le haré quitar la cadena;  
porque hoy, usted ve, señor,  
que es domingo y no se puede.

Sí, sí; tiene usted razon:  
pero, si hoy fuere posible,  
he de agradecerle yo,  
le entregue esta encomienda...  
Y al alcaide le soltó  
un paquetito pesao,  
pidiéndole por favor  
de parte de doña Estrella,  
que en persona, Lobaton,  
le diera ese regalito  
como albricias al *juidor*;  
porque, entre dos meses más,  
saldria de esa prision,

—Lo creo, dijo al instante  
el avariento *sobon*:<sup>1</sup>  
pues usted estará seguro...

—Y bien seguro, señor:  
porque el virey, mi padrino,  
en persona hoy me entregó  
la orden esa que usted ha leído:  
y tambien me asiguro  
esta mañana temprano  
lo que á usted le afirmo yo;

cuya noticia padrino  
en el *Fuerte*<sup>1</sup> me la dió,  
cuando le fuí como siempre  
á pedir la bendición.  
Vea usted, pues, don Silvestre,  
si estaré seguro ó no;  
con que, será hasta otra vista,  
me voy; quede usted con Dios.

—Y vaya usted con la Virgen,  
señorito, contestó  
el alcaide, y á don Luis  
á mi cargo dejeló,  
que aquí se lo he de cuidar  
como hasta ahora...

—Bueno; adios:

dijo afable el patroncito  
y del presidio salió.

Luego, la codicia al viejo,  
más que el deber lo tentó,  
á registrar el bultito  
aquel que se le dejó  
para entregarle al Mellizo;  
y al instante Lobaton,  
por el peso y redondel  
del bultito, conoció  
que era unguento de aquel mesmo  
con que la mano le untó  
la señora doña Estrella;  
pero no se contentó  
con esa creencia el alcaide,  
porque luego le raspó  
una orilla al paquetito,  
y al mirar que amarilló  
el ribete del *tortero*,  
tamaños ojos abrió!  
y entre sí, echando sus cuentas,

1—El Fuerte: era el palacio del virey.

dijo ufano: «estas son dos;  
de las cuales una al menos  
voy á trajinarme yo.»<sup>1</sup>

Caliente así con el plan  
del trajin que calculó,  
antes de que se le enfriara  
la cosa, determinó  
que trajieran al Mellizo  
*custodiao*, como llegó  
á presencia del alcaide,  
que á su cuarto lo metió  
entrecerrando la puerta;  
de suerte que se quedó  
en el zaguan el soldao.

Luego á solas, Lobaton,  
risueño le dijo al preso:  
—Ya veo que esta prision  
no le prueba mal, don Luis:  
pues, le afirmo, y créalo,  
que lo miro á usted mas gordo  
que cuando recién entró.  
Ya se ve, usted no trabaja  
ni tiene acá más pension  
que el hallarse detenido;  
pero, ya á su conclusion  
se acerca eso, porque pronto  
saldrá usted, sepaseló;  
por tanto, lo felicito  
con todo mi corazon.

—Se lo agradezco en el alma,  
el Mellizo respondió:  
y ya sé que en libertad  
saldré pronto y...

—¿Quién le dió  
á usted esa buena noticia?  
pues recién la supe yo,  
hace una hora.

—El changador <sup>1</sup>  
ayer con la portaviandas  
me trajo ese noticion,  
de parte del mayordomo  
que en el Simenario habló  
ayer con el patroncito,  
cuando fué allí y le llevó  
las cartas que le llegaron  
de la Estancia de la Flor.

—Pues, que sea enhorabuena,  
don Silvestre repitió;  
y antes de entregarle el mono,  
mañoso le preguntó:  
y ¿de salú cómo está?

—¿De salú? Luis contestó;  
me siento muy de una vez  
atrasao, desde que no  
salgo á ningun ejercicio:  
y eso me tiene triston,  
y así como envaretao. <sup>2</sup>

—Vamos, ésa es aprension,  
dijo el viejo: deje estar,  
que en esta semana yo  
lo mandaré, si usted quiere,  
salir.

—Veremos, señor:  
pues el jueves á la tarde  
la señora y el patron  
llegarán sin falta alguna  
de la Estancia de la Flor;  
y si yo lograra el viernes,

1—Changador: mozo de cordel.

2—Envaretao: medio tullido.

ir á casa ¡santo Dios!  
á mi señora madrina  
le daría un alegrón...

-- ¿Cómo dice usted, don Luis?  
pues, si mal no entiendo yo,  
doña Estrella es su madrina.

-- Y algo más, porque me dió  
de mamar cuando chiquito,  
hasta que me despechó:  
así es que con Angelito  
de hermano me trato yo;  
y hoy, como es día domingo,  
estaba esperandoló.  
¡Quién sabe si estará enfermo!...

-- No está enfermo, crealó:  
pues aquí estuvo hace un rato,  
sintiendo mucho el que no  
tenía tiempo de hablarlo;  
pero, *velay*, me entregó  
para usted este paquetito:  
tome pues, recibaló.

Luis, sin mostrar interés,  
el envoltorito abrió,  
y, al ver que dos onzas de oro  
del papel desenvolvió,  
dijo con indiferencia:

-- No sé para qué, señor,  
me manda acá mi madrina  
tanto dinero al *boton*; <sup>1</sup>  
si aquí nada me hace falta.  
Así es que la plata, yo  
la reparto entre los presos,  
porque me da compasión  
el ver que algunos no tienen

ni con qué comprar *jabon*.  
Por lo tanto, don Silvestre,  
le suplico por favor,  
el que de estas mojíngangas  
tome usted una de las dos,  
siquiera para mostrarle  
cuánto le agradezco yo  
los favores que usted me hace.

—No, amigo, esto si que no  
debo almitirle, porque  
es usted muy regalon,  
y eso puede hacerle falta.

—¡Qué me ha de hacer! no señor;  
mientras tenga á mis padrinos,  
que como mis padres son,  
de nada he de carecer;  
al contrario, y crealó,  
que si salgo alguna vez,  
ya verá usted la porcion  
de monedas y otras cosas  
que le traigo á esta prision.

Eso es si salgo; pues digo  
que no he de salir, señor,  
aunque de ganas me muera;  
no he de salir, crealó,  
desde que se niega usted  
á tomarme por favor  
esta onza, y me desprecea.

Á tal decir, Lobaton,  
haciéndose el *desganao*,  
medio ladio <sup>1</sup> se arrimó  
al costao del presidario;  
de modo que el bolsicon  
de la chapona <sup>2</sup> del viejo

1—Ladio: de costado.

2—Chapona: chaqueton.

quedase en disposicion  
de que el Mellizo *embocara*  
con la onza, como embocó;  
porque sin perder el tino  
ahi no más se la soltó;  
y despues de esa gauchada  
el presidario esperó  
á verlo venir al viejo;  
que al último le vendió  
muy formal esta alcaldada  
á manera de favor:

— Bien pues; el viernes sin falta  
saldrá usted, pero antes yo  
le haré sacar la cadena  
para que usted ande mejor.

Solamente su grillete  
no puedo quitárselo;  
y un soldao con bayoneta  
irá acompañandolo  
hasta las tres de la tarde;  
hora en que por precision  
estará usted aquí de vuelta,  
si quiere que otra ocasion  
le dé licencia mas larga.  
¿Está contento?

— ¡Pues no!  
y agradecido tambien;  
dijo Luis, y se agachó  
callao, hasta que el alcaide  
le dijo:— Vaya con Dios;  
y apróntese para el viernes.

Despues de esto, Luis volvió  
caviloso á la crujía,<sup>1</sup>  
en donde ya principió

1—Crujía: calabozo grande, para muchos presos.

á formar planes horribles,  
propios de su corazon.

.....

Á este tiempo dió un bostezo  
y les dijo el payador:  
— Ahora me permitirán  
suspender aquí mi cuento  
porque ya estoy soñoliento  
conforme ustedes lo están.  
Además, ahora serán  
las doce, presumo yo;  
y desde que oscureció  
he hablao á troche moche;  
y...

Mesmo: era la media noche,  
porque el gallo la cantó.

---

## XL

LA REQUISA Á LOS PRESOS. — EL CARCELERO. — LOS RENIEGOS. —  
LOS PLANES DEL PRESIDARIO.

**P**OR su turno al otro dia,  
que fué lunes, le tocó  
venir de guardia 'al presidio  
al grandote Masramon;  
y esa mañana tambien  
despues de nacer el sol,  
lo mesmo que al patroncito  
don Silvestre le ofreció,  
el herrero del presidio  
al Mellizo le sacó  
la cadena, y un grillete  
livianito le dejó.

En el instante despues  
que el herrero se largó  
con la cadena en la mano,  
ya el Mellizo principió  
á recibir parabienes  
de los presos que al redor  
se le juntaron, y entonces  
Luis allí les afirmó  
que en un mes, á mas tardar,  
salia de la prision:  
sigun promesa formal,  
del tribunal superior.

Al oir esto, un presidario  
que estaba en la reunion  
de los felicitadores:  
¡ché, ché! <sup>I</sup> dijo, y se riyó;  
diciéndole á Luis: — Amigo,  
podrán largarlo, si no  
se les cuaja la memoria  
á sus jueces, porque son  
ó se hacen olvidadizos;  
así es, amigo, que yo  
de esas promesas me rio  
desengañaio; y ya no  
hago caso de ninguna  
desde que se me ofreció  
hace un año el que saldria  
en libertá, y ya van dos  
y ocho meses há que sigo  
*apretao*; y sabe Dios  
si mi juez anda en el mundo  
ó el diablo se lo llevó.

— Dice bien el compañero,  
dijo otro preso *barbon*;  
pues á mí que siempre tuve  
empeños y proteccion,

mesmo, así, me han engañao  
fiero más de una ocasion;  
por lo que estoy convencido  
que todos los jueces son  
¡unos hijos de la gran  
pu-lida que los parió!  
y ¡ah, malhaya, en los infiernos  
los viese ardiendo en monton!

Oyendo tales reniegos  
*motivaos* ó sin razon,  
decia Luis entre sí:  
qué me importa, dejenlós  
á esos diablos que me olviden;  
lo que deseo es que no  
se olvide de mí el alcaide;  
y luego, á los jueces, yo  
les sabré sacar el cuerpo <sup>I</sup>  
el viernes; espero en Dios.

Don Silvestre en ese instante  
á la cruzía dentro,  
otra vez con el herrero;  
y que formase mandó  
en fila á los presidarios:  
mandato que se cumplió  
con la mas pronta y humilde  
obediencia á Lobaton.

Alviertan, que en el presidio  
se hace así una vez ó dos  
por semana, y luego, en esa  
repentina formacion,  
va el herrero registrando  
si están limadas ó no  
las chavetas de los grillos,  
ó grilletes, porque son  
muy diestros los presidarios,

I — Sacar el cuerpo: huir, escaparse.

tocante á esa operacion  
de sacarse las prisiones  
en cualesquier situacion.

Finalmente, don Silvestre,  
la requisa <sup>I</sup> presenció,  
y no hallando novedá,  
para la puerta rumbió  
en retirada; y entonces  
junto al Mellizo pasó,  
á quien solo una mirada  
de autoridá le pegó.

Esa seriedá al instante  
el Mellizo la entendió,  
pues, apenas don Silvestre  
de la cruzía salió,  
Luis decia en sus adentros:  
«Andá, bellaco mandon,  
que no pierdo la esperanza  
de montarte *mansejon*.»

Esa mañana á las siete  
ó algo mas se relevó  
en el presidio la guardia:  
y á las nueve le tocó  
la centinela en un patio  
al soldado Masramon,  
que al ver á Luis sin cadena  
el Gallego se alegró.

El Mellizo que con ansia  
estaba esperandoló,  
para hacerle una *tantiada*,  
luego no más se arrimó  
á Cruz y le dijo: — Amigo,  
como se lo dije yo,  
muy pronto voy á salir

I — Requisa : el registrar la prision y los presos.

en libertá, crealó:  
pues ya me ve sin cadena,  
y el viernes, sepaseló,  
que en compañía de un soldao  
saldré á pasiar, sí, señor:  
sin falta...

—Pues, aparcerero,  
dijo ufano Masramon:  
el viernes, precisamente,  
acá de guardia entro yo;  
de modo, que si usted gusta  
el que salgamos los dos,  
francamente, sin rodeos  
desde *ahora* digameló:  
pues, sin tapujos le alvierto,  
que con esa prevencion  
del cabo <sup>1</sup> del primer cuarto,  
á costa de un rial ó dos,  
ó algo más si es necesario,  
conseguiré, crealó,  
que el viernes cuando usted salga  
vaya en su compañía yo.  
¿Qué le parece mi plan?

—Lindo, amigo; pero no  
permitiré, dijo Luis,  
que gaste usted cuando yo  
siempre tengo algunos riales  
aquí á su disposicion.  
Con que así, permitamé  
aviarlo; y ya le entregó  
una cocorita <sup>2</sup> rubia  
de dos pesos de valor,  
diciéndole: velay, tome  
estos medios, gastelós;  
y si acaso no le alcanzan,

1—Cabo: el cabo de guardia que entrara.

2—Una cocorita: una moneda de oro.

¡qué Cristo! digameló  
al trairme las portaviandas.  
Ahora, separemonós,  
y luego platicaremos;  
si se presenta ocasion.  
Con que, hasta luego, amigazo.  
—Vaya, aparzero, con Dios,  
dijo Cruz; y la comida,  
ya usted sabe de que yo  
se la llevo en el instante  
que la trai el changador.

Dicho esto, se separaron  
el Mellizo y Masramon.

De propósito, luegoito  
Luis enfermo se finjió;  
y, cuando las portaviandas  
trajo Cruz, se las volvió  
el presidario, y le dijo:  
—Vaya, amigo, Masramon,  
y disfrute con su cabo  
de esa comida, pues yo  
acá estoy medio encogido,  
sufriendo un retorcijon  
en las tripas, y no pienso  
comer nada hasta que no  
se me ablande la barriga  
y se me pase el dolor;  
para lo que le suplico  
que me compre un rial de ron,  
y acabando de comer,  
si puede, traigameló.

Velay, tome una *peseta*;  
el otro rial gasteló  
en buen vino, y con su cabo  
á mi salud bebanló.

*Ansí* fué; poco mas tarde  
Cruz con el Mellizo habló  
otro rato, y por la reja  
del presidio le escurrió  
como chispa, ocultamente,  
la vejiga con el ron,  
del cual dos terceras partes  
ya las *traiba* Masramon  
en el buche, pues de veras  
el hombre era chupador.

Ansí en chispa, dijolé  
al Mellizo:—Pues, señor,  
he comido con el cabo  
y me ha *dao* un alegron  
al haberme prometido  
y asegurado que yo,  
el viernes cuando usted salga,  
iré acompañandoló.

Ahora, pues, hasta ese dia  
temprano, creo que no  
le veré á usted por acá,  
por la siguiente razon...

El miércoles á la tarde  
de imaginaria entro yo,  
y en la cuadra del cuartel  
pasaré de velador  
la noche, sin pestañar;  
y el jueves, por precision  
me lo llevaré durmiendo;  
pero el viernes, crealó,  
aquí de guardia estaré:  
no faltaré, no, señor.

Con que así, todo está dicho,  
aparcerero Luis, y adios.

.....

Y ya en no verse hasta el viernes  
se conformaron los dos.

## XLI

LA PULPERIA.—LA SEDUCCION.—LA BORRACHERA DE CRUZ.—LAS  
ENTRAÑAS DEL MELLIZO.

**E**L jueves, la mas inquieta  
noche atariada pasó  
Luis, hasta que se limó  
del grillete la chaveta,  
y despues la asiguro.

Maniobra que es muy sencilla,  
cuando hecha la limadura,  
la chaveta se asigura  
con ponerle una estaquilla  
abajo, en la ojaladura.

Pues toda barra en la punta  
por donde pasa el grillete,  
tiene un ojal, y ahí se mete  
la chaveta, y se le junta  
la estaquilla que la apriete.

Por fin, el viernes llegó,  
y cuando la presería  
salió al trabajo ese dia,  
el alcaide resolvió  
mandar traer de la cruzía

Al nene <sup>1</sup> Luis, y para eso  
pidió á la guardia un soldao

—Nene: chiquillo, inocente.

veterano y *apropiao*,  
como para fiarle un preso  
que iba á salir custodio.

Un cabo, luego, al instante  
le presentó á Lobaton:  
en vez de un hombre, ¡un hombron!  
y el alcaide... ¡qué gigante!  
dijo, al ver á Masramon.

Tan serio, tan bien plantao,  
y que, á mas de ser grandote,  
las patillas y el bigote  
le daban el engestao  
de un temible soldadote.

Así don Silvestre se hizo  
para sí esta reflexion:  
« Este hombre de un manoton  
hecho una plasta al Mellizo  
lo mete entre el alzapon.

Eso, si Luis quiere juir;  
pero ¿qué necesidá  
tiene de juir, cuando está  
de un día á otro por salir  
en completa libertá?

Luego, yo; vamos á ver:  
por la órden que he recebido,  
no dirán que no he cumplido  
ni faltao á mi deber,  
si hoy el Mellizo ha salido.

No hay, pues, por que no dejarlo  
que salga el mozo un ratito;  
y, además, que al patroncito  
es preciso no engañarlo,  
porque es muy buen amiguito.

Sí, sí; lo voy á llamar  
á Luis, pues ya son las diez,  
y desde ahora hasta las tres  
de la tarde, puede andar  
hoy por la primera vez.

Eso sí, de *limosnero*  
con una bolsa en el brazo  
lo mandaré, por si acaso,  
que busque si algun pulpero  
le da aunque sea un *pan bazo*.»<sup>1</sup>

Despues que estas reflexiones  
el alcaide concluyó,  
y que la bolsa dentro  
tambien con sus precauciones,  
desde la puerta llamó...

—¡Cabo de guardia.—Señor!  
contestó un cabo arrogante.  
—Mande usted que en el instante  
al preso Luis Salvador  
me le pongan por delante.

Lueguito se presentó  
Luis, al lao de Masramon,  
y allí el viejo Lobaton  
en la pareja miró,  
á un poste, al lao de un horcon.

Entonces, con altivez  
al soldado le ordenó:  
—Vaya usted, custodiélo  
á este preso, y á las tres  
sin falta traigameló...

—Corriente: señor alcaide,  
dijo Cruz; aquí estaré

1--Pan bazo: pan el más inferior.

á esa hora en punto, porque  
hasta ahora no dirá naide  
que á mi obligacion falté.

Ahora, á usted alvertirle quiero,  
díjole á Luis Lobaton;  
que cumpla su obligacion,  
pues sale de limosnero <sup>1</sup>  
por la primera ocasion.

Tome el *saco*: y salga ya,  
sabiendo que son las diez;  
y que sin falta, á las tres  
de la tarde, aquí estará  
puntualmente: vaya, pues.

Luis con la bolsa salió  
diciendo entre sí: «¡A las tres,  
viejo cochino, querés  
que vuelva á verte! ¡pues no!  
¡hi-juna-pú... ya sabrés!»  
.....

Tan fresco el viernes entró  
Masramon á su servicio,  
que, ni á despuntar el vicio <sup>2</sup>  
con un trago se animó:  
«Pues temprano, dijo, no  
será bueno ni prudente,  
que borracho me presente  
al alcaide, de acá un rato;  
y ese diablo que no es *nato*  
me tome olor á aguardiente...  
Pero, si Cristo clavao  
en la cruz bendita y santa

1—Limosnero: en aquel tiempo, del presidio todos los viernes mandaban uno ó dos presos con grillete que salian á pedir limosna para el presidio, escoltados para ello sin más armas que la bayoneta.

2—Despuntar el vicio: tomar temprano un poco de algun aguardiente.

pidió mojar la garganta,  
¿qué haré yo, pobre soldao,  
estando desgañotao  
como estoy por la *sequía*?<sup>1</sup>  
de la cual me aliviaría,  
si ahora lograrse, por suerte,  
tomar algo chirle y fuerte,  
aun cuando fuera lejía.

O si pudiera largarme  
hasta el boliche, allá en frente,  
con dos dedos de aguardiente  
quizás podría aliviarme;  
pero, no debo meniarne  
de aquí, para no arrear  
á que me mande llamar  
el alcaide redempté,  
y si no voy prontamente  
ponga á otro hombre en mi lugar.»

En esta lamentacion  
triste se hallaba el soldao,  
al tiempo que fué llevao  
delante de Lobaton,  
quien con un tono mandon  
al Mellizo le entregó,  
diciéndole: «Lleveló,  
bajo la conformidá  
de que usted responderá  
por el preso. Entiendaló.»

Cuando apenas se largaron  
del presidio puerta afuera,  
al llegar á la primera  
boca calle, la doblaron;  
y luego se apartaron,  
despues de haber *calculiao*  
Masramon, por decontao.

1 — La sequía: la sed.

en empinar pronto el codo:  
y el Mellizo en pagar todo  
hasta *mamar* al soldao.

Este, cuando se arrimó  
al costado del Mellizo,  
diciendo: « ¡No te preciso! »  
la bayoneta envainó;  
y luego dijo: --- Esto, yo,  
aparcerero, francamente,  
lo hago así, porque la gente  
no crea que voy llevando  
á un preso, sino de que ando  
con un amigo ó pariente.

Luego, usté trai tan cubierto  
su grillete, que no hay Cristo  
que pueda habérselo visto:  
¡por Dios, que me caiga muerto! <sup>1</sup>  
Pero sepà, que ahora alvierto  
á modo de un retorcido  
de tripas, que me ha venido,  
sin duda alguna, porque  
á el alba me levanté,  
y hasta ahora ni agua he bebido.

--- Pero, ¡qué casualidá!  
dijo Luis; porque yo siento  
en este mesmo momento  
igual incomodidá.  
Siendo así, bueno será  
que á una pulpería entremos,  
donde solos nos sentemos  
y como buenos amigos,  
sin mirones ni testigos,  
la mañana tomaremos.

Porque es pesada molienda  
estar frente al mostrador,

1 -- Que me caiga muerto: lo juro por Dios.



— Bueno, pues: dijo impaciente  
el soldado, por chupar;



*de parao*, cuando es mejor  
sentarse en cualquier trastienda;  
aunque el pulpero nos venda  
lo que valga dos, por tres,  
muchísimo mejor es  
en la trastienda sentarse,  
tomar allí sin cansarse  
y salir en paz despues.

— Bueno, pues: dijo impaciente  
el soldado, por chupar;  
sígame, vamos á entrar  
á esa trastienda, allí enfrente,  
donde afortunadamente  
es mi amigazo el pulpero,  
porque fuimos compañeros  
en un mismo regimiento;  
y en su trastienda contento  
nos recibiré, aparcero.

Convenidos, se apuraron  
desde luego á caminar,  
y al instante de llegar  
á la trastienda dentraron;  
y allí al patron lo encontraron,  
el cual, viendo á Masramon:  
— ¡Ché! le dijo, ¡en qué ocasion  
se te ha ocurrido venir!  
pues ahora acabo de abrir  
un barrilito de Ron.

— ¡Qué suerte! Pues, camarada,  
le dijo Cruz al pulpero;  
traime acá un vaso, ligero...  
— Amigo, un vaso no es nada,  
dijo Luis; de una sentada  
yo me lo pienso secar. <sup>1</sup>  
Siendo así, ¿á que hemos de andar

1 — Secar: beberlo todo.

con vueltas? tráigase el frasco,  
patron; pues naides le hace asco  
al ron, cuando es rigular.

El pulpero, ¡qué mas quiso!  
dos vasos luego llenó,  
por los cuales le pagó  
una peseta el Mellizo;  
pero, á Cruz no fué preciso  
decirle: pruebe, aparcerero;  
porque del beso primero  
que á su vaso le pegó,  
en el buche se lo echó  
como en un resumidero.

Despues de eso, Masramon  
le dijo á Luis: — Digamé,  
aparcerito, ¿por qué  
lo veo medio triston?

— Amigo, es por la razon,  
le dijo Luis, de que ayer  
como no lo pude ver,  
ni usted tampoco me vió,  
no pude decirle yo  
lo que ahora le haré saber.

Ayer, como siempre, vino  
trayéndome la comida  
el changador, y en seguida  
me dijo, que mi padrino,  
por estar fiero el camino,  
y pantanoso un bañao,  
el hombre se ha demorao,  
y que solo llegaria  
el domingo á medio día;  
por eso estoy disgustao.

Pues usted se acordará  
que por hoy, si yo salia,

derecho á casa queria  
que fuésemos: ¿no es verdá?  
Pero, hoy ¿á qué? ¡si no está  
allí más que el cocinero  
y otro viejazo portero,  
que nada nos pueden dar!  
Ansí, iremos á pasiar,  
si es de su gusto, aparcerero;

O, al *Güeco de Cabecita*  
vamos, á la pulperia  
que tiene una hermana mia;  
adonde alguna cosita  
nos ha de dar mi hermanita:  
como ser un buen asao,  
güevos fritos ó pescao;  
en fin, allá comeremos,  
y puede ser que logremos  
algun matambre arrollao.

— Pues, justamente, aparcerero,  
dijo Cruz; por ahí cerquita  
al Güeco de Cabecita,  
tengo un pariente chanchero,  
diaonde, si vamos primero  
que á casa de su hermanita,  
yo llevaré otra cosita,  
de lo de mi amigo viejo:  
¿sabe lo qué? ¡un vino añejo  
que á los muertos resucita!

— Pues bien, amigo; rumbiemos,  
si usted quiere, desde acá,  
y comeremos allá,  
aunque dos pesos gastemos  
y allí entonces probaremos  
ese resucitador  
vino añejo superior,  
despues que haigamos pelao  
un costillar adobao,  
que es bocado ¡de mi flor!

— Listo, dijo Masramon,  
vamos; pero necesito  
para abrir el apetito  
otra *cañita*<sup>1</sup> de ron.  
Pues, alcáncele, patron;  
díjole Luis al pulpero,  
que no anduvo tan ligero  
en llenarle á Cruz el vaso,  
como este en doblar el brazo  
y echárselo al tragadero.

Cuando entre los dos vaciaron  
el frasco hasta la mitá,  
dijieron; vámonos ya,  
y la trastienda dejaron:  
desde adonde enderezaron  
de acuerdo á la chanchería;  
y al dejar la pulperia  
para largarse á comer,  
apenas podrian ser  
las once y media del dia.

---

## XLII

EL HUECO DE CABECITA. — LA PLAZA NUEVA. — LA AGONIA DE  
LAS OLLAS. — LA HAMBUNA. — LA CHANCHERIA. — LOS ASE-  
SINATOS. — LA FUGA.

**I**BAN por la Plaza nueva,  
cuando ya Luis maquinó  
encender un cigarrillo  
en un candil que miró

1—Otra cañita: otro vasito.

prendido y relampaguiando,  
arriba del mostrador  
de una de aquellas esquinas,  
á la cual Luis se metió  
con su aparcerero, y le dijo:  
¡Eh, pucha, que hace calor!  
*Ansí*, aquí de buena gana  
tomara un refresco yo,  
si usted gusta acompañarme.

A eso Cruz le contestó:  
—¿Refresco dice? No, amigo:  
tome usted solo; que yo  
tengo por vicio y *virtú*  
el ser hombre *seguidor*  
de lo que empiezo á tomar.

El Mellizo comprendió,  
porque con una *sangría* <sup>1</sup>  
pidió un vasito de ron,  
que, ni bien se lo pusieron  
arriba del mostrador,  
cuando el Gallego, de una *hebra* <sup>2</sup>  
entero se lo embuchó.  
¡La pu...janza! qué garganta,  
tenía el tal Masramon!

Cuando salieron de allí,  
el hambre los apuró,  
porque eran las doce en punto;  
pues San Nicolás <sup>3</sup> tocó  
la agonía de las ollas, <sup>4</sup>  
y ya en *chaucha* Masramon

1—Sangría: refresco que se hace de vino tinto, con agua y azúcar.

2—De una hebra: de un golpe seguido.

3—San Nicolás: es una iglesia parroquial de Buenos Aires.

4—La agonía de las ollas: como en Buenos Aires antiguamente se comía á las doce del día, cuando en las iglesias tocaban esa hora, los vecinos ó el vulgo á ese toque le llamaban la agonía de las ollas.

iba escupiendo unas *babas*,  
á manera de almidon,  
y echándoselas encima  
el mismo, por *distraction*;  
así es que de cuando en cuando  
pegaba su *trompezon*.

Por fin, galguiando el soldao  
y cuasi ciego llegó  
á la esquina del chanchero,  
que era un viejo barrigon,  
llamádose casualmente  
don Cirilo Tinajon.  
Además, era achacoso  
á causa de un burujon  
que sufría en el encuentro,  
desde un golpe que se dió  
al cair en un albañal,  
cierta noche que salió  
de rezar una novena,  
porque era muy santulon.

Por fin, era el don Cirilo  
pariente de Masramon,  
un maturrango infeliz,  
trajinista, bonachon,  
medió sordo ó sordo y medio;  
peró un hombre tan collon  
que de todo se asustaba.

Luego, era muy dormilon,  
pues ya estaba morronguiando  
allí atrás del mostrador,  
y por echarse á dormir,  
al tiempo que Masramon  
conociendo la sordera  
del viejo, se le metió  
á la esquina y de cerquita:  
¡Buenos dias! le gritó.

El chanchero sorprendido  
los ojos se refregó;  
y despues, con buen agrado,  
cuando á Cruz lo conoció  
(como acostumbran los sordos),  
bajito le replicó:  
—¡Qué buenos dias, pariente,  
viene á darmé; si ya son  
las doce y media! Adelante:  
¿Diaónde sale; ya comió?  
--A eso es á lo que venimos  
acá, dijo Masramon,  
con este amigo, que es mozo.  
platudito, y gastador;  
á quien le he dicho que usted  
tiene un vino superior,  
y tambien buenos bocaos...  
—Ya se ve, por el olor,  
dijo Luis tambien é gritos;  
y, si nos deja el patron  
que entremos á la trastienda,  
allá sí, con gusto yo  
estos riales gastaré:  
y encima del mostrador  
le puso dos pesos fuertes,  
diciéndole:—Guárdelos,  
patron viejo, como suyos;  
porque, de su casa yo  
no me he de ir sin redetir <sup>1</sup>  
esos tejos <sup>2</sup> y otros dos  
si es preciso, á fin que usted  
nos quiera hacer el favor  
de darnos para comer  
de lo bueno... lo mejor.  
—¡Dos duros! dijo el chanchero  
entre sí... Muy bien, señor;  
comerán perfectamente:  
entren pues... Y les abrió

1—Sin redetir: sin derretir, sin gastar.

2—Tejos: pesos fuertes.

paso para la trastienda,  
que era un rancho del grandor  
de siete varas en cuadro,  
sin enladrillao, y no  
tenía mas que una puerta  
á la calle, que la abrió  
don Cirilo cuando entraron  
el Mellizo y Masramon,  
por otra puertita chica  
que usaba el viejo patron  
para pasar de la esquina  
al cuarto del *bodegon*.

En ese cuarto, la *yunta*  
de Luis y Cruz se sentó;  
y en una mesa estrechita  
se acomodaron los dos,  
sentándose frente á frente  
en un banco Masramon  
y en otro igual el Mellizo;  
que, ni bien se acomodó,  
cuando muy afable al viejo  
chanchero se dirigió  
á gritos, diciendolé:  
—Vamos á ver, pues, patron:  
para principiár, le pido  
que nos haga por favor,  
una fritada de *güevos*  
con chorizos y jamon:  
luego, un costillar de adobo,  
pan blanco, vino carlon,  
aceitunas, dos chicholos,  
queso fresco... y... Se acabó.

Con esta *balaca* <sup>1</sup> el viejo  
muy contento se largó,  
puso un *anafe* á encender  
con virutas y carbon;

1—Balaca: fanfarronada.

y para no perder tiempo,  
mientras el fuego prendió,  
junto á la mesa el chanchero  
del cuerpo se desató  
su delantar, que tenia  
más cochambre <sup>1</sup> que algodón,  
y á la moda de su tierra  
en la mesa lo tendió.

Luego, sobre el delantar,  
como pudo, acomodó  
dos cucharas de metal,  
la una de cabo *rabon*,  
la otra aujereada en el medio,  
pero nó cosa mayor:  
despues, dos vasos de estaño,  
y de su vino carlon  
medio frasco hasta el gollete,  
y al mesmo tiempo un porron  
de agua fresca, que al mirarlo  
hizo un gesto Masramon;  
pero, que no hizo lo mesmo  
el Mellizo, cuando vió  
que el viejo puso un cuchillo  
de una terciá de largor,  
puntiagudo como alesna,  
aunque medio *gastadon*.

Cuando el viejo todo aquello  
en la mesa colocó,  
á poco rato despues  
que los güevos se friyó,  
se vino con dos hogazas <sup>2</sup>  
y en la mesa las soltó;  
y, echando pringues de grasa,  
al mesmo tiempo plantó  
el sartén con la fritada

1—Cochambre: suciedad, mugre.

2—Dos hogazas: dos panes grandes.

de unos veinte ó veintidos  
güevos, con cuatro chorizos;  
pero, ni bien colocó  
el sartén sobre la mesa,  
cuando ya lo levantó  
más limpio que una patena;  
porque el buitre Masramon  
á cucharadas los *güevos*  
se los tragaba de á dos...  
¡Qué buche! ¡barbaridá!  
y ¡qué pipa! ¡santo Dios!

Ansí, luego el medio frasco  
con los güevos se acabó;  
y, á que le pidieran otro,  
el chanchero no esperó,  
porque lo trujo al instante;  
de lo que Luis se alegró  
reparando que bebia  
ahugándose Masramon.  
Últimamente, el adobo,  
y todo cuanto pidió  
Luis que trujera el chanchero,  
lo trajo, y ahí se quedó  
de parao junto á la mesa  
jipando <sup>1</sup> de cansadon.

Entonces le dijo Luis:  
— Pero, siéntese, patron,  
aquí junto con nosotros,  
y descanse; si es que no  
le debo algo por el gasto.

— Ya estoy pagado, señor,  
si usted no pide otra cosa,  
el chanchero respondió.

— Nada más se nos ofrece,  
el Mellizo replicó;

I—Jipando: respirando con fatiga.

y, si no le molestamos,  
eso sí, permitanós  
acabar nuestra comida,  
y, apenas sean las dos  
de la tarde, nos iremos  
con mi amigo Masramon.  
Con que, vaya á descansar  
á su gusto, y dejenós.

El chanchero, que en su vida  
ni una siesta perdonó  
sin dormir, dijo:—Muy bien:  
voy á sentarme... Y salió  
renguiando <sup>1</sup> para la esquina,  
donde *cansao* se sentó;  
y sigun su maña vieja,  
recostao al mostrador,  
al instante de sentarse,  
como un tronco se quedó.

En el momento que al viejo  
los ronquidos le sintió,  
y al mesmo tiempo que Cruz  
á cabeciar principió,  
bajo las asentaderas <sup>2</sup>  
el Mellizo se escondió  
el cuchillo de la mesa.

A ese tiempo Masramon  
estaba ya como una uva,  
ó lo mesmo que un pichon  
de loro, que la cabeza  
menea bamboleador:  
porque aquel su ponderao  
vino resucitador  
era puro aguardientazo,  
mezclado con ¡que sé yo!...  
de suerte que, á lo infinito,

1—Renguiando: cojeando.

2—Las asentaderas: las nalgas.

el pobre Cruz se apedó  
y á bostezar soñoliento  
por la tranca principió.

A eso de la una y tres cuartos,  
cuando el sueño lo apuró,  
y despues que enteramente  
hasta el buche se llenó,  
el soldao le dijo á Luis,  
en un tono secarron:  
—Aparcero, es tardecito,  
vamos retirandonós.

—¡Qué tarde ha de ser, amigo!  
el Mellizo contestó;  
le parece á usted no más:  
nos iremos á las dos,  
ansí que medio asentemos  
los chorizos...

—No, señor,  
no me parece: que es tarde,  
el soldado replicó;  
y el presidio está lejazos:  
no embrome, pües; vamonós,  
y, por su madre, no me haga  
faltar á mi obligacion...  
Pero se dejaba estar  
en su banco Masramon.

Todo el volcan del infierno  
Luis entre el cuerpo sintió,  
al conocerle al soldao  
la firme resolucion  
de arriarlo para el presidio,  
diciéndole: «vamonós,  
y no me haga, por su madre,  
faltar á mi obligacion.»

Las entrañas al Mellizo,  
cuando ansí Cruz lo apuró,

le comenzaron á hervir,  
y le ardía el corazón  
al fuego de los istintos  
feroces de saltador;  
pero su ira y su despecho  
un instante sofrenó  
para decirle al soldao:

— Bueno, amigo, vamonós;  
déjeme armar un cigarro...  
Pero, ¡ahijuna! lo que armó  
fué medirlo bien á Cruz,  
pues que ni tiempo le dió  
para levantarse nunca,  
porque el tigre le prendió  
una sola puñalada  
tan mortal y tan feroz  
que le rompió dos costillas,  
y al lado del corazón  
¡hasta la mesma virola,<sup>1</sup>  
el cuchillo le sumió!

Ni ¡Jesús! dijo el soldao:  
solo apenas se ladió,  
y allí sin dar un suspiro  
muerto en el suelo quedó.

El chanchero, aunque era sordo  
como un tapial, despertó  
por su desgracia al instante  
en que Masramon cayó,  
muerto allí junto á la mesa,  
adonde se agazapó  
junto al dijunto el Mellizo,  
esperando á que el patron  
se arrimase sin gritar,  
para trajinarselo.

1—Virola: anillo que tienen los cuchillos en el mango.

Ansí fué; el viejo renguiando  
á la mesa se arrimó,  
luego que dos bultos vido  
abajo, y se presumió  
que allí Luis y su pariente  
mamaos estaban los dos,  
sin poderse levantar. . .  
Pero ¡ah, Cristo! cuando vió  
que estaba muerto el soldao,  
el viejo solo exclamó:  
¡Virgen mia del socorro!  
cuando ya Luis lo cazó  
del pecho de la camisa;  
pero el tiempo le faltó  
para matarlo parao;  
pues, tan fiero se asustó  
el viejo, al verle los ojos  
al Tigre, que se cayó  
de espaldas accidentao;  
y en las uñas le dejó  
las tiras de la camisa.

Ansí mesmo el saltiador,  
bajo de un sobaco al viejo  
el cuchillo le enterró:  
puñalada que el chanchero  
entonces no la sintió,  
porque, más muerto que vivo,  
fué que antes se desmayó.

La puerta de la trastienda  
entonces Luis la cerró,  
y saliendo por la esquina,  
de abajo del mostrador,  
donde tenia su cama  
el chanchero, le robó  
el cuchillo, un poncho lindo,  
veinte riales del cajon,  
un buen rebenque, un yesquero;  
y en pago, allí le dejó



ansi no más con bozal,  
en pelo se le sentó



el dijunto y el grillete,  
diciendo: «Ahora, vamonós.»

Era el rigor de la siesta,  
cuando el Mellizo salió  
á la calle apresurao,  
y disierta la encontró,  
de modo que á *bocha-libre*,<sup>1</sup>  
á medio correr, llegó  
luego al *güeco* de los Hornos,  
donde por fortuna vió  
á un caballo *atao á sogá*  
con bozal y maniador,  
cuyo animal se colije  
que seria de algun pion  
que allí estaria durmiendo;  
porque Luis fué y desató  
el caballo, sin que naides  
saliera á impedirseló.

Ansi no más con bozal,  
en pelos se le sentó  
más livianito que un gato;  
y entonces recien salió  
en camisa y calzoncillos  
un hombre que le gritó:  
«¡Suelte, amigo, ese caballo!»  
cuando ya Luis se largó  
sobre el *pingo* echando chispas  
como *cuhete* volador:  
pues, en colmo de su dicha,  
el flete era superior.

1—A bocha libre: sin dificultad ninguna.

---

## XLIII

LOS APUROS.—EL LEGO LIMOSNERO.—LAS COSTILLAS DE SAN ANTON.—LOS DIFUNTOS.—EL SUSTO.—LOS SOCORROS.—LA JUSTICIA.

**A**HORA para no enredarme,  
dijo el viejo payador,  
del Güeco de Cabecita <sup>1</sup>  
no debo salir, sino  
cuando aquí haiga relatao  
todo lo que allí ocurrió,  
despues de muerto el soldao,  
y de que se accidentó,  
boca arriba junto al muerto,  
el chanchero barrigon.  
Luego saltaré al presidio,  
aonde esa tarde se vió  
en grandísimos apuros  
el alcaide Lobaton.

Voy pues, por la chanchería  
á empezar... Y *ansí* empezó.

Como á las tres esa tarde  
por allí se apareció  
un donao de San Francisco,  
que en ese dia salió  
á recojer la limosna:  
y el chanchero Tinajon  
los viernes, para el convento  
tenia la devocion

1—Hueco de Cabecita: una de las plazas actuales en Buenos Aires.

de darle una longaniza;  
y allí sobre el mostrador  
solia darle al donao  
una gutifarra ó dos,  
junto con una limeta  
de aquel su ñejo carlon.

Todo esto le daba al flaire  
don Cirilo el bonachon,  
en pago de las reliquias  
que el donao nunca cesó  
de trairle á su amigo viejo  
el chanchero santulon;  
á quien el flaire engañaba  
tanto, que un dia cogió  
unas costillas de oveja  
que en la basura encontró,  
y envueltas en tres papeles,  
sucias no más se las dió,  
diciéndole de rodillas  
á su amigo Tinajon:  
— Tome, hermano, rece-les  
á estas costillas, que son  
las reliquias milagrosas  
del glorioso san Anton,  
que fué como usted chanchero;  
y hasta ahora, con su lechon  
está el santo en un altar  
de San Roque... <sup>1</sup> Crealó:  
y don Cirilo le creiba  
todo al lego trapalon.

Pues bien, ese mesmo flaire  
con sus alforjas se entró  
á la esquina del chanchero,  
pero no encontrandoló  
como siempre lo encontraba  
allí atrás del mostrador,

1.—San Roque: capilla contigua al convento de San Francisco.

como tenia confianza  
con el viejo, se coló  
á la trastienda á buscarlo;  
pero, ni tres pasos dió  
adentro del cuarto aquel,  
cuando pegó un refalon  
y con alforjas y todo  
de costao luego cayó  
sobre la panza del viejo  
chanchero, que relinchó  
al golpe de aquella carga;  
y nada más, pues siguió  
medio muerto en su desmayo.

El lego, apenas se alzó  
con las manos embarradas  
de sangre y de cosa pior,  
siempre refalandosé,  
fué todo asustao y abrió  
la puerta de la trastienda,  
porque ya se presumió  
que habia gato encerrao  
adentro del bodegon.

Pero, ¡ah, Cristo! al darse güelta,  
y que difuntos miró  
dos cristianos en el suelo,  
tal julepe se pegó  
el flaire, que apresurao  
ahi no mas se arremangó  
el hábito hasta el cogote,  
y las alforjas dejó  
para salir á la calle,  
*aonde* á gritar comenzó:  
¡Socorro! ¡Misericordia!  
vengau, hermanos, ¡por Dios!  
¡que aquí hay dos muertos juntos  
y mataos sin confision!  
¡Auxilio, Virgen del Cármen!

Cuasi se desgañotó  
pidiendo auxilio el donao:  
hasta que luego llegó  
puntiando <sup>1</sup> el teniente alcalde,  
y el boticario doctor  
médico del vecindario,  
que al chanchero principió  
por echarle en las narices  
agua juerte, ó qué sé yo;  
y entonces que estaba vivo  
el viejo gordo se vió.

Por último, la justicia,  
registrando allí, encontró  
el grillete del Mellizo;  
y entonces se conoció  
que el asesino era un preso.

Finalmente, resultó  
muerto del todo el soldao;  
de suerte que á la oracion  
ya estaba en San Nicolás <sup>2</sup>  
enterrado Masramon,  
y en el hospital tambien  
el chanchero Tinajon.

Al sonar las cuatro en punto  
tocadas por el reló  
de la torre del Cabildo,  
y que el preso no volvió  
al presidio, ni el soldao:  
á don Silvestre le entró  
mucho inquietú, y la barriga  
del todo se le aflojó.

Ansí, lleno de suicidio, <sup>3</sup>  
á calculiar empezó

1—Puntiando: adelante de todos.

2—San Nicolás: iglesia parroquial de Buenos Aires, en la cual,  
como en todas, habia cementerios entonces.

3—Suicidio: sobresalto, inquietud.

qué podía sucederle  
si se le iba el saltiador,  
y entonces sobre su tema  
de esa mañana volvió:  
— pero... ¿por qué me han de hacer  
nada, dijo, cuando yo  
creo que en nada he faltao  
tampoco á mi obligacion?  
Sí, pues; y vamos á ver...  
Y de la mesa agarró,  
para leer de nuevo, aquella  
órden que se le mandó  
y le trajo el patroncito,  
la cual, renglon por renglon  
para tomarle sustancia,  
sin apuro, así leyó...

« Al alcaide del presidio  
don Silvestre Lobaton... »

Ese soy yo.  
« Sáquesele... la cadena...  
al preso... Luis Salvador... »

Se le sacó...  
« y con grillete al trabajo... »

Se le dejó.  
« de las calles mandeló... »

Estornudó...  
« con... los demás presi... » Cacá...  
cacá, dijo Lobaton;  
ya veo que la embarré,  
porque el Mellizo salió  
solo como limosnero,  
y no con la reunion  
de los demás presidarios,  
que hoy á trabajar salió  
por las calles, ¡ mire el diablo!

¿Qué haré pues? ¡Válgame Dios!  
¡Cómo me fuí á descuidar!  
¿Por qué no lo mandé yo  
junto con la presería  
que esta mañana salió  
á tapar ese pantano,  
aonde ayer cuasi se ahugó  
el virey en carricoche?...  
cuando de San Juan salió  
y apenas la plaza grande <sup>1</sup>  
por entre un barrial cruzó  
causado por las carretas  
que allí están siempre en monton  
con los güeyes desuñidos;  
y cuando de allí tomó  
el virey para el Retiro, <sup>2</sup>  
ni tres cuadras caminó,  
porque frente á la Mercé <sup>3</sup>  
ahi no mas se empantanó;  
y gracias á que la guardia  
del Piquete <sup>4</sup> lo auxilió  
y lo sacaron de allí,  
que por eso se salvó.

Pero, eso ¿á mí qué me importa?  
lo que ahora pienso es que yo  
me voy á ver en trabajos,  
si se me va el saltiador,  
por bruto no mas que he si...

1—La plaza grande: llamábase entonces la actual Plaza de la Victoria, donde en aquel tiempo se paraba un enjambre de carretas de campaña tiradas hasta por seis bueyes cada una, y así pasaban varios días en la plaza cargando y descargando, pero con los bueyes atados á las ruedas de la carreta.

2—El Retiro: la actual plaza de Marte.

3—La Mercé: la iglesia que existe hoy y que entonces era un convento.

4—El Piquete se llamaba á un edificio de ladrillo, pero de una sola pieza larga como para acuartelar un piquete de soldados de caballería que allí estaban, y ese edificio se hallaba situado en la plaza del 25 de Mayo, frente á la puerta lateral del teatro de Colon.

En esta meditacion  
hallábase don Silvestre,  
cuando el cabo se le entró  
trompezando en la alcaldía,  
y ahí mesmo, de sopeton  
le dijo:—¡Malas noticias!  
oiga, y no dude, señor,  
que el Mellizo se ha escapao,  
y lo ha muerto á Masramon  
y á otro viejo...

—¡Jesucristo!  
dijo asustao Lobaton;  
pero... ya... si... deje estar,  
y espere, cabo, que yo,  
voy ligero... Y olvidando  
las botas y el leviton,  
echó á correr del presidio,  
y hasta ahora esperandolo  
está el cabo; pues se dijo,  
que esa tarde se embarcó  
el alcaide, y puede ser;  
pero, ni el cuento dejó;  
y hasta hoy, naides ha sabido  
para dónde se largó.

---

## XLIV

EL PARANÁ.—SIXTO BERON EL CHANÁ.—EL ROBO DE LA MONTURA.  
—LA CHINA MELCHORA.—EL RASTRO DEL LADRON.—LA ISLETA  
DEL TALAR.

**C**OMO una hora ó poco más,  
antes de ponerse el sol,  
la justicia en la *ciudad*  
con espanto se informó  
de aquellos asesinatos,  
y fuga del malhechor.

Al vuelo la Polecia  
á *raja cinchas*<sup>I</sup> mandó  
chasques y requisitorios  
á la campaña, y soltó  
partidas á todo rumbo.

Luego, el Cabildo ordenó  
que de todo el vireinato  
no se dejase un rincon  
sin escribirle, diciendo:  
que aonde quiera al saltiador  
vivo ó muerto lo prendieran:  
órdenes que las llevó  
el correo á las provincias,  
con el nombre y filiacion  
del asesino; y tambien,  
la órden decia el color  
del caballo en que se fué.

Ahora, Luis que disparó  
el viernes á media tarde,  
al otro dia pasó  
á las seis de la mañana  
el arroyo de Pabon.  
¡Vaya unas asentaderas  
de gaucho disparador!

Entonces, del Paraná  
á la costa se arrimó,  
conociendo que ya estaba  
su caballo pesadon;  
pues mas de sesenta leguas  
en quince horas, se tragó,  
hasta que frente á la güelta  
de Montiel se le aplastó.

No habia en aquel entonces,  
por allí, mas poblacion

I — A raja-cinchas: á carrera de caballo.

que una estancia en San Vicente,  
aonde hacé el campo un rincon  
á este lao del Paraná  
que corre allí en un cajon  
de barrancas, y las cuales,  
ya se sabe de que son  
á *pique* como tapiales  
de á nueve brazas de altor.

Allí pues, en ese campo,  
á la entrada del rincon,  
estaba entonces la estancia  
del *chaná*<sup>1</sup> Sixto Beron;  
hombre gaucho, alegre, guapo,  
*mano abierta* y servidor;  
ansí todos le tenian  
respeto y estimacion,  
porque en aquellos parajes  
no tan solo era Beron  
el alcalde del partido,  
sino diablo y rastriador.

Pues, en esa rinconada  
fué donde Luis se metió  
en el monte, y cuatro dias  
*matreriendo* se aguantó,  
hasta que una nohecita  
á la estancia se allegó  
á pié no más, y de allí  
el apero le robó,  
quien sabe de qué manera,  
nada menos que á Beron.

Al rato despues que Luis  
con el recaó se largó,  
una china de la casa  
vino á mostrarle al patron,  
que de por allí cerquita

le traiba un *sobrepellon*<sup>1</sup>  
que le parecia el suyo.

— ¡Barajo! dijo Beron;  
esto quiere decir algo.  
Y así fué, porque buscó  
su apero en donde solia  
dejarlo, y no lo encontró.

Entonces dijo el chaná:  
— Me lo han robao, sí, señor;  
¿pero, quién? Vamos á ver.

Y á la cocina rumbió,  
adonde estaban sus piones  
en rueda junto al fogon  
platicando sosegaos.

Allí pues, se convenció  
el chaná de que, sin duda,  
era foráneo<sup>2</sup> el ladron.

Con esa siguridad,  
de la cocina llamó  
á sus piones, y les dijo:  
— Vengan, muchachos, que yo  
preciso coger á un zorro,  
y para eso del galpon  
vayan á traime tres cueros,  
aunque es bastante con dos,  
como sean de novillo.  
Vayan, pues, traiganmelós,  
y con ellos busquenmé  
por ahí atrás del galpon,  
adonde me encontrarán.

1 — Sobrepellon: cierta pieza de la montura que se coloca sobre el asiento del recado para adornarlo y ablandarlo; al sobrepellon se le llama tambien sobrepuesto.

2 — Foráneo: forastero.

Luego á la china llamó  
y le dijo:—Andá, Melchora,  
á trairme pronto el farol  
encendido, y te vendrás  
lueguito, para que vos  
me amostrés en qué lugar  
alzaste el sobrepellon.

Habia ya oscurecido  
cuando la china volvió;  
y alumbrándole al chaná  
hasta pasar del galpon,  
como á diez ó doce varas,  
dijo Melchora:—Patron,  
velay, es acá mesmito  
*donde* alcé el sobrepellon.

—Bueno, pues, dejate estar  
quietita, dijo Beron;  
dame la luz, eso sí.  
Y apenas con el farol  
dió una *güeltita* el chaná  
*agachao*, luego pidió  
que le alcanzaran los cueros,  
con los cuales, solo á un *peon*,  
le dijo que le ayudase  
á tapar, como tapó,  
solamente el retacito  
del suelo aquel, donde vió  
el rastro de un hombre á pié;  
y luego se enderezó,  
diciéndoles á sus piones  
riyéndose:—Pues, señor:  
en cuanto salga la luna,  
que ha de ser como á las dos,  
bien *montaos*<sup>1</sup> de acá saldremos  
á *rastriar* en el rincon  
al zorro ese que les dije;

I—Bien *montaos*: en buenos caballos.

que es un *foráneo* ladrón,  
que me ha robao el *apero*  
anoche: sepanseló.

Y no es ningun *camilucho*; <sup>1</sup>  
pues, por lo que he visto yo,  
no debe ni ser roto,so,  
ni tampoco *pisador*  
de barro para ladrillos,  
porque no es gaucho *paton*;  
pues, por el rastro, sus pieses,  
puedo asigurar que son  
mas grandes los de Melchora

¡Habrás visto, bribón!  
¿Dónde demonios será  
ese alarife? <sup>2</sup>

— Señor,  
le diré ahora que me acuerdo,  
díjole entonces un pion;  
el sábado de mañana,  
cuando ya picaba el sol,  
de lejos vide á un jinete  
en pelos que se metió  
en la isleta al tranco largo,  
pero, al verlo pensé yo  
que fuese algun *montaraz*  
de aquellos que hacen carbon,  
y que andaria buscando  
en el talar del rincón  
leña buena y...

— ¡Las botijas!  
el chaná le respondió;  
te engañaste, Rudesindo:  
¡qué leña ni que carbon,  
ni montaraz ha de ser

1—Camilucho: gaucho despreciable.

2—Alarife: picato.

el que viste en el rincon,  
el sábado de mañana  
cuando te picaba el sol!

Nada de eso: y ¡voto á cristas!  
ahora, recién caigo yo,  
sigun la orden que ayer mesmo  
del Rosario <sup>1</sup> me mandó  
el alcalde don Cipriano;  
que, el hombre á quien visteis vos  
es, sin duda, un presidario  
que el viernes se difuntió,  
á la siesta en Buenos Aires,  
al soldao que lo sacó  
del presidio, y á un pulpero:  
y que luego se escapó  
en pelos, en un caballo  
con bozal y maniador.

Por eso en pelos lo visteis,  
Rudesindo, creemeló;  
y respóndeme tambien:  
¿No era zaino el mancarron,  
y pingo de buena laya? <sup>2</sup>

Mesmamente, dijo el pion;  
aunque de lejos lo vide  
cuasi al tiempo que se entró  
en la isleta, á la derecha  
de la entrada del rincon.

—Pues, velay, dijo el chaná;  
ese mesmo saltiador  
me ha robao aquí el apero,  
á pié, porque acá llegó  
con el caballo cansao,

1—El Rosario: entonces era un pueblito, y hoy es una ciudad  
en la costa del Río Paraná.

2—De buena laya: caballo de linda presencia.

y en pelos, como salió  
juyendo de Buenos Aires,  
apurando el mancarron,  
hasta que aquí al otro día  
el rocin se le aplastó;  
de suerte que acá no más  
debo agarrarlo: ¡pues no!  
si tengo orden de matarlo  
como á perro cimarron,  
porque tiene mas delitos  
que Judas y el mal ladron;  
ansí es que pienso mandarlo  
á que le dé cuenta á Dios  
mañana, por la mañana.  
Ahora, retiremonós  
vayan á aprontar sus armas;  
porque, á la una y media, yo  
tendré el caballo ensillao.  
¿Han oido bien?

— Sí, señor:  
á la una en punto estaremos  
prontos, esperandoló,  
los seis piones respondieron...  
Y el chaná se retiró.

.....

Ansí, con perdon de ustedes;  
díjoles el payador,  
me voy á echar á dormir;  
pues que ya las doce son.  
Con que, será hasta mañana.  
— Si Dios quiere, contestó  
Juana Petrona; y luego  
apagaron el fogon.

---

## XLV

EL MATURRANGO.—EL CAZADOR.—LA CERRAZON.—LAS ILUSIONES.—EL JABALÍ.—EL ZORRILLO.—EL PARANÁ.—EL DESESPERADO.

**L**A costa del Paraná,  
donde vivia Beron,  
era solo barrancosa  
y sin montes, pues que no  
tenia mas que una isleta  
ó *talar*, donde se entró,  
con su caballo cansao,  
á esconderse el saltiador.  
El talar era tupido,  
y cuando se entra al ricon  
queda á la mano derecha:  
despues, las barrancas son  
llanuras como la pampa,  
con uno que otro albardon;  
pero escasonas de monte,  
hasta allá, á la inmediacion  
del rio *Colastiné*,<sup>1</sup>  
donde ya las costas son  
hasta el *Chaco*, sigun dicen,  
montes, sin ponderacion,  
que empiezan por el Naciente  
y acaban donde entra el sol;  
pues así lo aseguraba  
el capitan Pascualon,  
que no sabia mentir  
aunque mamando aprendió.

I—Colastiné: rio de la provincia de Santa-Fé.

Pero, dejando eso á lado  
y volviendo al saltiador,  
vamos á ver cómo y donde  
le echó las mansas Beron  
con toda la inteligencia  
de un gaucho buen rastriador.

Esa noche que el chaná  
á dormitar se tendió,  
tan cuajao estaba el cielo  
de estrellas, que el resplandor  
era como el de la luna  
en menguante, que empezó  
á subir á la una larga,  
y medio turbia subió  
al tiempo que el viento sur  
enteramente calmó,  
y una especie de ñeblina  
á levantarse empezó:  
la misma que á poco rato  
se volvió una cerrazon  
de aquellas que no permiten  
á veces ver un galpon  
á una cuadra de distancia.

Ahora: ¿como es, digo yo,  
que en esas mismas ñeblinas  
se ve una contradiccion  
tan notable? Pues si un hombre  
no alcanza á ver un galpon  
á distancia de una cuadra,  
sucede alguna ocasion  
que al mesmo hombre lo alucina  
esa mesma cerrazon,  
que á una distancia cortita  
aumenta tanto el grandor  
de los bultos en el campo,  
donde cualquier chapeton  
suele ver en ocasiones,  
pongo por caso, á un raton

y lo toma por carnero,  
ó á un venao por mancarron  
ó á un cuervo por avestruz;  
ansí, á mí me sucedió,  
cierto dia de ñeblina,  
que la vista me engañó,  
pues fuí á cojer un peludo  
y en sapo se me trocó.

El santiagueño Tolosa  
la carcajada soltó;  
y Juana tambien de risa  
cuasi se descostilló;  
pero, ahí no mas Santos Vega  
les dijo de buen humor:  
¿Se rien?... pues, oigan esta  
más fiera equivocacion  
á causa de la ñeblina.

Por la primera ocasion,  
sin conocer la campaña  
de Buenos Aires, salió  
á cazar un maturrango  
por esos laos de Moron,  
á *pata* y con garabina;  
cinco leguas caminó  
matando algunas gaviotas  
y chimangos que encontró,  
hasta que, medio empapao,  
una espesa cerrazon  
redemente al *Uropeo*  
en el campo lo agarró.

No sabiendo aónde rumbiar,  
en el suelo se sentó  
con su garabina al lao;  
y en esto, el hombre creyó  
á una distancia cortita  
ver á un chancho cimarron,  
del tamaño de un ternero.

¡Cómo! dijo el chapeton:  
¡Un jabalí! ¡qué fortuna!...  
Y en el instante agarró  
su garabina, á la cual  
tres balines <sup>1</sup> le metió,  
porque solamente estaba  
cargada con municion:  
y ¡zas, tras! al jabalí  
un tiro le cerrajó.

El animal en seguida  
dando saltitos juyó,  
y viendo eso el maturrango,  
á la cuenta presumió  
haberle quebrao las patas  
al chancho y ya se *largó*  
á cogerlo; pero, cuando  
al animal se acercó,  
dijo el hombre: ¡cómo es esto,  
que el chancho que he visto yo  
aquí se ha vuelto conejo...!  
pero, en fin, no es de lo pior  
para hacer un buen guisao;  
y en seguida se agachó  
á levantar al conejo,  
y ahí mesmo se le volvió  
un zorrillo, que del chorro  
de orines que le soltó,  
desde la punta del pelo  
hasta el cuadril lo banó  
de pestilencia insufrible,  
y tal que lo atolondró;  
y á revolcarse en el suelo  
el Uropeo empezó  
hasta quedarse desnudo,  
porque allí mesmo tiró  
la montera, la *chapona*, <sup>2</sup>

1—Balines: balas de plomo pequeñas.  
2—Chapona: el chaqueton.

la camisa, el pantalon,  
los calzoncillos, las botas...  
y desnudo se quedó.  
Despues, más de siete dias  
lo tuvo enfermo el *jedor*;  
hasta que para soltarlo,  
el hombre se *rasquetió*.

Vean, pues, todos los chascos  
que causa una cerrazon.

Ahora, voy á proseguir,  
dijo Vega el payador,  
como les iba diciendo  
del chaná Sixto Beron.

A eso de la una y tres cuartos,  
cuando el caballo ensilló,  
era espesa la ñeblina,  
pero, ansí mesmo el patron  
al ratito dijolés.  
á sus pionos: Vamonós;  
y luego cuando me traigan  
difuntiao al saltiador  
y mi *recao*, les prometo  
que á gusto les daré yo  
á ustedes para los seis,  
un novillo, ó su valor  
que son nueve riales justos;  
y allá repartanselós  
de á rial y medio cada uno.  
Ya saben pues: vamonós;  
pero no se me retiren  
de atrás, por la cerrazon  
que nos viene de perilla.

De ahí, viendo al suelo siguió,  
porque era como de gato  
la vista del rastriador.

Ansí marchaban al tranco  
hasta que el chaná llegó  
á un arroyo pantanoso,  
que atraviesa aquel rincon  
de costa á costa, y no da  
paso á ningun chapeton  
sin que deje allí enterrao  
en el barro al mancarron,  
no yendo al paso preciso  
que es adonde fué Beron.

Echaron pié á tierra allí,  
y apenas vió el rastriador  
la orilla de la barranca  
del arroyo ese, llamó  
á sus piones y les dijo:  
— Vean; aquí se sentó  
á descansar ese diablo  
que el recaó me manotió:  
velay, adonde lo puso  
hasta que se levantó  
para pasar el arroyo,  
dejando como dejó  
esta rayita en la arena:  
y esta raya la formó  
con la argollita que tiene  
en la punta mi cinchon;  
porque, desde aquí el recaó  
en los brazos lo llevó;  
pero, luego, á la cabeza  
al pasar se lo cargó.  
Y este arroyo, ésto siguro  
lo conoce el saltiador,  
como cualquiera de ustedes,  
ó quizá mucho mejor.

Ahora, muenten, y pasemos  
el arroyo, y luego yo  
les diré cómo y adónde  
se ha dirijido el ladron.

Así fué; inmediatamente  
que el arroyo atravesó,  
bajándose del caballo  
en el suelo se fijó,  
y á los piones dijóles:  
— Ayer tarde ese bribon  
hasta aquí vino con botas;  
pero acá se las sacó,  
para pasar el arroyo  
á pié, y descalzo siguió  
hasta casa, cuando fué  
y el *apevo* me robó.  
Luego anoche, tardecito,  
acá vino y repasó  
el arroyo, y al talar <sup>1</sup>  
siempre descalzo siguió,  
pues las puntas de sus pieses  
miran á la direcion  
de la isleta; no me engaño,  
allí debe estar, creanló.  
Ahora les digo tambien;  
que de aquí no se apuró  
á caminar, pues primero  
con cuchillo se raspó  
el barro de las canillas.  
y así se desembarró,  
dejando como virutás  
el barro que se sacó;  
en esto no tengo duda,  
velay está, veanló.  
En fin, vamos á pillarlo...

Dijo el *chaná*, y ya *surquió* <sup>2</sup>  
ojo fijo sobre el rastro,  
aun cuando la cerrazon  
seguia, pues ni por esas  
al gaucho se le apartó

1—Talar: Monte de árboles de tala.

2—Surquió: marchó, abrió camino.

de la vista un solo instante  
el rastro del saltador.

Serian como las tres  
cuando á la isleta enfrentó  
el chaná, y cuando la luz  
de la luna se mezcló  
con la que á soltar la aurora  
á ese tiempo principió.

El rastriador bien sabia  
aonde estaba, aunque no vió  
de tres cuadras al *talar*,  
causa de la cerrazon;  
pero, así mesmo á su gente  
hacer alto le mandó,  
y al punto que se pararon  
serio, les dijo Beron:  
—De aquí no se muéva naides,  
hasta que no vuelva yo  
con Rudesindo... Y allí  
el chaná se desmontó,  
y que se apiara tambien  
ahi mesmo le dijo al pion.

Dejando allí los caballos,  
á pié rumbieron los dos  
para el talar, donde anduvo  
algunas cuadras Beron  
por la orilla de la isleta  
que mira para el rincon,  
á lo largo, nada más;  
y por allí se agachó  
unas tres ó cuatro veces  
hasta que le dijo al pion:  
—Ya he visto lo suficiente,  
Rudesindo, vamonós.

Por supuesto, se volvieron,  
y al llegar el rastriador

adonde estaba su gente,  
en el instante montó  
á caballo y dijolés:  
—¿No se lo decia yo?  
no ha salido del talar  
todavía ese ladron;  
pero pronto va á salir  
de por fuerza, creanló:  
como el que saldrá rumbiando  
á la entrada del rincon  
para pasar el arroyo  
por donde anoche pasó,  
si no quiere empantanarse  
junto con su mancarron.  
En seguida, si pasara  
el arroyo ese bribon,  
y se escapara de que  
las bolas le prienda yo,  
ó cualesquiera de ustedes,  
rumbiará por precision  
para el Chaco, <sup>1</sup> sin remedio  
ni más escape, pues no  
ha de volver para ádentro,  
donde persiguiendoló  
ya andarán por todas partes.  
Con que, así, espéremosló  
abajo de la barranca  
del arroyo, porque no  
tiene otro paso por donde  
salirse de este rincon,  
y ahí se nos ha de acercar  
mucho por la cerrazon.  
Vamonos pues, que ya viene  
el dia apurandonós...  
Y apenas se dieron vuelta,  
cuando de atrás *retinchó*  
á lo lejos un caballo.

1—El Chaco: el gran bosque que habitan los indios salvajes.

Entonces dijo Beron:  
—Ahi viene; ¿no se los dije?  
pero, por la cerrazon  
no nos ha visto; sigamos  
á emboscarnos, dejenl<sup>o</sup>  
y hagan lo que yo les mande.

Lueguito no mas llegó  
al arroyo con sus piones  
y la barra ca bajó,  
adonde se apeñuscaron  
esperando al saltiador.

Allí, más formal que nunca  
volvió á decirles Beron:  
—Aquí estamos, bien lo saben,  
en el centro del rincon;  
y, como va á disparar  
cuanto nos vea el ladron,  
no lo dejen arrimarse  
á la isleta, cortenl<sup>o</sup>  
los que están más bien montaos;  
por ejemplo, ustedes dos  
Salazar y Barrionuevo.

Usté Gil, y Calderon,  
sálganle por la derecha,  
mientras Rudesindo y yo  
con Almansa lo apuramos  
por el centro; y dejenl<sup>o</sup>  
que se embolse en la manguera;  
pero les pido que no  
le tengan lástima alguna:  
el que pueda... *mateló*  
apenas lo agarre á tiro.

Ni bien el chaná acabó  
allí de darle á su gente  
las órdenes que les dió,  
cuando el Mellizo á la orilla

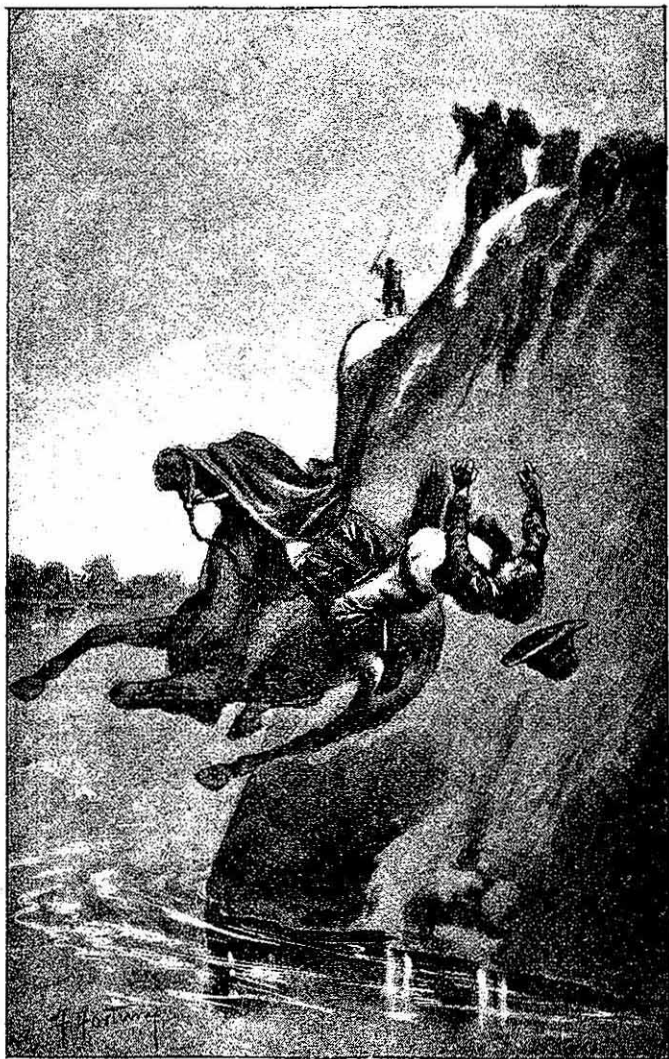
de la barranca llegó,  
y luego como avispero  
redemente le salió  
la emboscada del arroyo.

Sosprendido el saltiador,  
dió güelta el pingo al instante  
para juir, y se ofuscó  
entonces tan fieramente,  
que, al primer hombre que vió,  
dijo: ¡Es Berdun!... y furioso  
maldiciéndolo juyó.

Salazar y Barrionuevo,  
como el chaná les mandó,  
le ganaron la derecha,  
porque el malevo intentó  
arrecostarse al talar;  
pero, cuando se encontró  
atajao por la derecha,  
á la zurda se ladió,  
donde tambien lo cortaron  
listos Gil con Almiron.

No teniendo mas escape,  
por el centro del rincon  
corriendo Luis se embolsaba,  
y en esto, de atrás Beron...  
tumb! tumb! tumb! á un mesmo tiempo  
tres tiros le cerrajó,  
de los cuales una bala  
al Mellizo le llevó  
con media oreja el sombrero.

Entonces Luis se creyó  
cuasi del todo perdido,  
y dijo entre sí: «¡valor!  
el hombre cruje y no llora;  
aquí no me rindo yo,  
aunque me arranquen de raiz



ciego se desbarrancó  
de quince varas de altura



los bofes y el corazon;  
y finalmente ¡qué Cristo!  
mi vida y mi salvacion  
voy á fiársela á un abismo.

Con esta resolucion,  
antes de rendirse allí,  
para el fondo del rincon  
lo mesmo que una centella  
al caballo enderezó;  
y en el trance postrimero  
de su desesperacion,  
quando á tiros lo quemaban,  
y quando al borde llegó  
de la barranca, al caballo  
con el poncho le tapó  
la cabeza hasta el hocico,  
de modo que lo cegó,  
y el animal infeliz.  
ciego se desbarrancó  
de quince varas de altura  
y en el Paraná se hundió,  
sin salir más sobre el agua;  
pero el Mellizo salió,  
nadando corriente abajo;  
y así mesmo le largó  
otros tiros la partida;  
y al último el saltiador  
pegando una zambullida  
se les desapareció,  
sea porque el Paraná  
torrentoso lo llevó  
al recodo que hace el rio  
en la punta del rincon,  
diaonde el Mellizo no estaba  
lejos quando zambulló  
herido, ó sea porque  
duraba la cerrazon.

A pocos dias despues  
que al Paraná se azotó  
el Mellizo, una chalana <sup>1</sup>  
de montaraces halló  
en las islas de San Pedro,  
mucho antes de la oracion,  
á un ahugao, solo con botas;  
que naides lo conoció  
con siguranza, porque  
desnudo se le encontró  
allí entre los ñapindaces, <sup>2</sup>  
aonde el ahugao se prendió;  
porque esos árboles tienen  
unas espinas que son  
como anzuelos, ó mas bien  
como las uñas de un lion.

Ansí fué que al muerto allí  
ni una hilacha le quedó  
en el cuerpo; y además,  
era tanta la hinchazon,  
la desnudez, los araños,  
y la desfiguracion  
del ahugao, que al verlo allí  
naides lo reconoció:  
y aunque muchos se creyeron  
que el muerto era el saltador  
escapado del presidio,  
otros decian que no.

Con todo eso, á los tres dias  
en Buenos Aires salió  
una Gaceta diciendo:  
«Luis el Mellizo se ahugó  
en el Paraná juyendo,  
cuando el alcalde Beron

1 — Chalana: chalupa, lanchon chato.

2 — Ñapindaces: grandes arbustos que nacen á orilla de los rios, y cuyas ramas y raíces que flotan en el agua están cubiertas de espinas corvas y muy agudas.

en la vuelta de Montiel  
á perseguirlo salió,  
el día que ese asesino  
al Paraná se lanzó ».

Entonces, ya en la provincia  
ninguna duda quedó  
de la muerte del Mellizo:  
noticia que la creyó  
aun la mesma doña Estrella,  
y una misa le mandó  
decir en Santo Domingo,  
aunque tanto la ofendió.

---

## XLVI

EL DESAPARECIDO. — EL GRAN MALON. — EL TERROR. — LOS INCENDIOS. — LOS FUGITIVOS. — LAS APRETURAS.

**Q**UE Dios lo haiga perdonao  
debemos desiarle á Luis,  
supuesto que el infeliz  
se dice que murió ahugao:  
mientras sigo yo enredao  
para concluir mi argumento;  
pero, no dudo un momento  
que lo desenredaré,  
y feliz me contaré  
si al fin les gusta mi cuento.

Para esto, voy desde acá  
á volverme á Chascomun  
donde lo dejé á Berdun  
lleno de felicidad;  
voy, pues, á buscarlo allá,

y no he de perder el tino;  
pues con Berdun, el sobrino  
y la Lunareja, espero  
probar que fué justiciero  
de Dios el poder divino.

Á que agarró en la Salada  
Berdun al finao Mellizo,  
y de más hazañas que hizo  
esa mesma madrugada,  
hasta hoy, van de una tirada  
cuasi tres años; ¡pues no!  
como há que Berdun tomó  
prisionero á su sobrino;  
y ahora verán el destino  
con que ese mozo nació.

Entonces fué la sabliada  
y aquella *redota* fiera  
que junto á la cordillera  
obligó á juir á la Indiada:  
y como allí sosegada  
tres años se dejó estar,  
ya naides volvió á pensar  
que los Indios, ni soñaran,  
*cuanti-mas* el que pensaran  
con los cristianos peliar.

Esa crencia ilusionó  
á alguno que otro hacendao  
que del norte del Salao  
pasó al sur y se pobló:  
y uno de estos le ofreció  
á Genaro un buen campito,  
que le gustó, y que luego  
con Azucena arregló  
el mudarse, y se mudó  
al rincon del Cardalito. <sup>1</sup>

1—Cardalito: campo inmediato al Rio Salado,

Genaro, naturalmente,  
llevó á su lao al sobrino  
que ya era mozo ladino,  
como atento y complaciente;  
y además inteligente  
que hasta escrebir aprendia;  
y así mesmo no podia,  
por mas que disimulaba,  
ocultar de que abrigaba  
alguna melancolía.

Así, una ocasion llegó  
á decir: «mi madre ha muerto  
de pesar en el desierto,  
luego que le falté yo».  
Y Berdun le dijo: —No  
te desesperés, Manuel;  
pues se acerca el dia aquel  
en que iremos á buscarla,  
siguros de libertarla  
del cacique Cocomel.

Prepárate, pues, sobrino;  
porque pronto, espero en Dios,  
para el desierto los dos  
estaremos en camino:  
pues conmigo así convino  
el general La Quintana,  
hace mas de una semana,  
que en la expedicion vendrás,  
y que nos ayudarás  
á libertar á mi hermana.

Esa fortuna esperó  
Manuel sus dos años largos  
y muchos ratos amargos  
esperándola sufrió;  
así mesmo, se aguantó,  
como un hombre agradecido,  
sin juirse, habiendo podido;

pero apreciaba á su tia,  
y á Genaro ho queria  
dejarlo comprometido.

Sigueros de esa lealtá,  
en la casa lo querian  
y cada vez le tenian  
más cariñosa amistá:  
y fué una felicitá  
para Berdun, el primero,  
haber hecho prisionero  
á un caudillo en quien halló,  
cuando el caso se ofreció,  
un amigo verdadero.

Como al año de poblarse  
Genaro aonde se mudó,  
redepenente comenzó  
la cosa medio á enturbiarse; <sup>1</sup>  
pues principió á susurrarse  
por allí entre los paisanos  
que unos malditos cristianos  
que con los Pampas andában,  
de hacerlos unir trataban  
con los indios Araucanos.

Y mientras otros decian  
«ya no vuelven los infieles»,  
hasta los indios Ranqueles  
con los Pampas se entendian:  
pero en Chascomun no hacian  
caso las autoridades,  
diciendo: «Esas novedades  
son mentiras, y más nada;  
porque, ni sueña la Indiada  
en esas barbaridades.»

Pero, bien suelen decir,  
que tiene resultas crueles

1—Enturbiarse: trastornarse la tranquilidad de la campaña.

el soldao que, en sus laureles primeros, se hecha á dormir, cuando debe proseguir batallando sin fatiga, hasta el dia en que consiga á su enemigo ultimarle, y no entrar á despreciarlo, echándose de barriga.

En fin; llegó una forzosa necesidá en que Berdun tuyo que ir á Chascomun acompaño de su esposa; y, creyendo demorosa su vuelta del pueblo aquel, dejó en su estancia á Manuel como haciendo de patron; pues, con sobrada razon, tenian confianza en él.

A los tres dias de estar allí en la villa Berdun, el jefe de Chascomun de priesa lo hizo llamar, y apenas lo vido entrar le dijo: — Me han informao que los Indios han lanzao ayer á la madrugada una partida avanzada á esta banda del Salao.

Esta es una novedá, capitan, algo alarmante; y que yo estaba distante de tenerla por acá; pero hoy no dudo que ya la Indiada está reunida y á pasar tan decidida, que ayer mesmo tempranito al rincon del Cardalito lanzó su primer partida.

Y por allí han corretiao <sup>1</sup>  
á muchos que dispararon,  
y no sé á quien se llevaron  
al repasar el Salao.  
Esto me han participao  
en un parte mal escrito:  
y por eso necesito  
que esta tarde marche usted  
con diez hombres, á ver qué  
sucedió en el Cardalito.

Luego, al toque de oraciones,  
he mandao que estén montadas  
otras partidas, formadas  
de Blandengues y Dragones,  
que á distintas direcciones  
para el Salao marcharán;  
y si los Indios nos dan  
de tregua tan solamente  
cuatro días, ciertamente  
muy pocos escaparán.

Pero, esta vez se engañó  
el general, y muy fiero;  
porque en su triunfo postrero  
haber concluido creyó  
con la Indiada, y despreció  
los rumores que corrieron,  
y á gauchos que le dijeron  
que la Indiada se venía,  
«no lo crean» respondió,  
hasta que lo sorprendieron.

Pues la gente que mandó  
para atajarle á la Indiada  
los pasos, <sup>2</sup> de disparada  
á Chascomun se volvió;  
en donde luego trató

1—Corretiao: corrido y perseguido.

2—Los pasos: los puntos para vadear el Salao.

todo vicho el guarecerse  
en un fuerte, y defenderse  
cuatro dias sin comer,  
pues, ni pudieron meter  
carne para mantenerse.

Solo Berdun consiguió  
hasta su casa llegar,  
adonde tuvo el pesar  
que el solo pion que encontró  
sollozando le contó  
que allí los Pampas vinieron,  
y en cuanto lo conocieron  
á don Manuel, lo abrazaron  
y luego se lo llevaron;  
pero, que daño, no hicieron.

—Por último, dijo el pion;  
don Manuel aquí me dió  
un abrazo, y me encargó  
el decirle á usted, patron,  
que siempre en el corazon  
su sobrino llevaria  
á su tío y á su tia:  
para quienes dejó aquí  
su *vincha*<sup>1</sup> y su *quillapí*<sup>2</sup>  
hasta volver, algun dia.

Genaro desconsolao,  
al ponerse en retirada,  
le dió una triste mirada  
á la costa del Salao;  
y al ver de polvo un ñublao,  
que en la costa se extendia,  
conoció que ya venia  
la salvajada avanzando;

1—*Vincha*: ancha cinta de lana con la cual los indios se fajan el pelo.

2—*Quillapí*: manta cuadrilonga hecha de pieles de guanaco que les sirve de abrigo á los Indios.

y fué en ese instante cuando  
Berdun al pion le decia:

«Nos vamos á retirar;  
venga conmigo, Roballo;  
vaya pues, miente á caballo,  
y vámonos á poblar  
aonde Dios nos dé lugar.  
Miente, no cierre la puerta;  
déjela no mas abierta,  
que así mesmo, si usted pasa  
mañana junto á esta casa,  
ni con la tapera acierta.

Como el Cardalito estaba  
retirao de Chascomun,  
la partida de Berdun  
fué la última que llegaba,  
cuando allí tambien entraba  
el vecindario juyendo;  
pues los Indios destruyendo  
á sangre y fuego venian,  
y de Chascomun se vian  
al sur los ranchos ardiendo.

Dos mil Indios solamente  
á Chascomun *circuliaron*,  
y tres mil más avanzaron  
al norte como un torrente.  
Así es que por San Vicente  
y la Guardia de Lujan,  
hasta ahora se acordarán  
de esa funesta invasion,  
y su horrible destruccion  
en la vida olvidarán.

Tres dias solo duró  
de los Indios ese arrojó;  
pues pronto y como *rastrojo*  
media campaña arrasó,  
y al desierto se volvió

por distancias separadas,  
llevando inmensas arriadas  
yeguarizas y vacunas:  
y cautivas, como algunas  
ciento treinta desgraciadas.

Pues, cuando mil veteranos  
que por acá reunieron  
y tras los Indios salieron  
con trescientos milicianos,  
ya los Pampas y Araucanos  
como los indios Ranqueles,  
sin dormirse entre laureles,  
trotiaban al otro lao  
de la costa del Salao  
al son de sus cascabeles. <sup>1</sup>

Por fin, dijo el payador;  
en esa invasion terrible  
fué la destruccion sensible  
de la Estancia de la Flor:  
¡con qué furia y qué rigor  
los salvajes la incendiaron,  
cuasi entera, y la robaron!...  
sin estar por suerte en ella  
el patron ni doña Estrella  
que con tiempo se salvaron.

Ansí, humiando una por una,  
las poblaciones halló  
Genaro cuando volvió  
á su estancia, sin ninguna  
esperanza de que alguna  
casa por allí existiera,  
y que entonces no estuviera  
completamente robada,  
y finalmente quemada  
desde el suelo á la *cumbre*.

<sup>1</sup> — Cascabeles: los Indios se ponen cascabeles en los brazos y piernas, y se los ponen tambien á sus caballos en la frente.

Cenizas solo encontró  
Berdun por donde pasaba;  
pero cuando se acercaba  
á sus campos, se almiró,  
y á su pion le preguntó  
desconfiando: — Digamé,  
Roballo, ¿eso que se ve  
son ranchos, ó es ilusion?  
Y entonces díjole el pion:  
— ¡Esa es la éstancia de usté!

A pesar de eso dudó  
Berdun, hasta que llegaron  
á su casa y la encontraron  
lo mesmo que él la dejó;  
pero, en una cruz miró  
que al pié tenia un papel  
donde, escribidas, Manuel  
estas palabras dejó:  
¡DIOS ME AYUDARÁ, PUES YO  
LLEVO UNA ESPERANZA EN EL!

---

## XLVII

LA VITEL.<sup>(1)</sup> — LOS ASILADOS. — EL TERROR. — LA POBREZA DE  
BERDUN. — EL CUPIDO. — EL RAMO FATAL.

**D**ESPUES de aquella avanzada  
horrible de los salvajes,  
las gentes de esos parajes  
del sur, aterrorizadas,  
dejaron abandonadas  
ardiendo sus poblaciones,  
y en distintas direcciones  
al norte se guarecieron,

I—La Vitel: nombre de una laguna de la campaña del sur.

donde así mesmo vivieron  
llenas de tribulaciones.

Porque la ensoberbeció  
tanto ese triunfo á la Indiada,  
que un año envalentonada  
dando malones siguió;  
de suerte que se llevó  
hasta el último ternero:  
siendo á Berdun el primero  
que las vacas le robaron,  
y hasta la cruz le quemarón  
sin dejarle otro lebrero.

Y gracias á que escaparon  
de allí Azucena y Berdun,  
á pesar que á Chascomun  
cuasi desnudos llegaron;  
pues tal madrugon pegaron  
y juyeron tan de prisa,  
que salieron en camisa;  
y, cuando Berdun volvió  
á su casa, no encontró  
más que un monton de ceniza.

Sólo su *marca* encontró  
y el pobre cargó con ella:  
siendo esta la marca aquella,  
que al verla se santiguó  
Santos Vega, cuando habló  
con Rufo la vez primera  
que le topó en la tapera,  
donde se dieron la mano,  
y le vido al rabicano  
fresquita esa marca entera.

Despues del contraste aquel,  
con su Azucena Berdun  
muy cerca de Chascomun  
se guareció en la Vitel:  
y del sobrino Manuel

poco ó nada se acordó;  
pues solamente pensó  
en reparar sus quebrantos;  
y á pesar que fueron tantos  
no se descorazonó.

Tan atrasao <sup>1</sup> se escapó  
Genaro del Cardalito,  
que en un estrecho ranchito  
en la Vitel se metió;  
y medio se acomodó  
con *trastes* que le prestaron;  
pues los suyos los quemaron  
los Indios, con casa y todo,  
robándolos de tal modo,  
que en pelota <sup>2</sup> lo dejaron.

En la Vitel, Azucena  
únicamente tenía  
la siguiente trastería:  
dos sillas, una alacena,  
una mesa medio buena,  
una tinaja rajada,  
una olla *pata quebrada*, <sup>3</sup>  
un asador, un mortero,  
un catrecito de cuero,  
una batea... y más nada.

Con todo, nunca quejosa  
de la suerte se mostró:  
al contrario, prosiguió  
con Berdun más cariñosa;  
y estaba tan linda moza,  
que todos cuantos la vian  
tan bonita, se *lambian*  
por decirle, tan siquiera:  
¡Ay, mi alma! ¡quién mereciera!  
pero, no se le atrevian.

1—Atrasao: pobre, arruinado.

2—En pelota: sin camisa, desnudo del todo.

3—Pata quebrada: una pierna rota.

Mas, un refran muy formal  
dice, que « en el campo, al fin  
siempre la oveja mas ruin  
es la que ruempe el corral;»  
así un mocito fatal,  
de quien luego trataré,  
tuvo gran parte en lo que,  
con muchísimo pesar,  
aquí les voy á contar  
ahora no más: oiganmé.

Berdun tambien soportaba  
la vida penosa aquella  
en que estaba, y salir de ella  
de un dia al otro esperaba;  
pero, para eso faltaba  
asigurar la frontera,  
á fin que se contuviera  
de los Indios la arrogancia;  
pues al sur no habia estancia  
que repoblarse quisiera.

Pero, en vano se afanaban  
acá en reunir soldaos;  
pues estos, de resabaios,  
cuando á diez acuartelaban,  
catorce se resertaban;  
es verdá que eran los piores,  
mientras que de los mejores  
solo en los campos se vian  
las partidas que salian  
á perseguir resertores.

Más de un año se pasó  
en esas preparaciones;  
y la Indiada sus malones  
entre tanto menudeó:  
y cuando se consiguió  
el volverla á escarmentar,  
Azucena, de un pesar

terrible que la asaltó,  
loca de atar se volvió  
y la tuvieron que atar.

Celos que fingidamente  
Genaro le dió á su esposa,  
de esa locura furiosa  
fueron un antecedente  
y á la moza infelizmente  
tantas penas le acarriaron,  
que á lo último le costaron  
el estar encarcelada  
inocente y desgraciada,  
porque un crimen le achacaron.

Fué por broma, y no otra cosa,  
que Berdun se le fingió  
celoso, pues no dudó  
nunca de su fiel esposa:  
cuando Azucena preciosa  
seguia cada vez más;  
y ningun hombre jamás  
al respeto le faltó;  
hasta que á eso se atrevió  
un mocito muy audaz.

Pues si mentao fué Genaro  
por guapazo y generoso,  
de *Cupido*<sup>1</sup> y de tramposo  
más fama tuvo un Alfaro,  
el mozo de más descaro  
que en ese tiempo privaba;  
porque ese no respetaba  
ni casada ni soltera,  
á quien no se le atreviera  
sin tener ningun reparo.

De la Vitel donde estaba  
el ranchito de Berdun,

1—Cupido: de enamorado.

la villa de Chascomun  
tan cerquita se encontraba,  
que con frecuencia bajaba  
Genaro con su mujer,  
á ese pueblito, por ver  
y visitar á una tia,  
que nunca le permitia  
salir de allí sin comer.

Allí tambien visitaba  
ese trapalon Alfaro,  
y allí tambien con Genaro  
cuasi siempre se encontraba  
de intento, pues lo esperaba;  
y en cuanto Berdun venia,  
allí Alfaro se metia;  
y de Azucena al costao  
se estaba como pegao  
sin moverse todo el dia.

Genaro disimuló  
esa pesadez cargosa,  
y hasta un dia que á su esposa  
Alfaro un ramo le dió:  
que Azucena lo tomó  
sin ver que allí acomodao  
venia en papel picao,  
con muchísimo primor,  
una décima de amor  
en tono desvergonzao.

En la décima decia  
Alfaro, muy claramente:  
«que á Azucena ciegame  
apasionao la queria,  
y que ya le parecia  
el que la moza pudiera,  
ó más claro, el que quisiera,  
por cariño ó compasion  
buscar alguna ocasion  
en que lo correspondiera.»

Azucena ni miró  
la bestial décima aquella;  
pero, luego dió con ella  
su marido y la leyó.  
En seguida resolvió  
sin agraviarse el guardarla,  
solo pensando *jalarla*,<sup>1</sup>  
sin tener otra intencion  
que en chanza y por diversion  
á su mujer embromarla.

La tarde esa que salió  
Berdun de lo de su tia,  
se vino á una pulperia  
con Azucena, y compró  
yerba,<sup>2</sup> que se la envolvió  
el pulpero en un retazo  
de Gaceta... Y es del caso  
que pronto les cuente yo,  
en cuanto contribuyó  
á una desgracia ese acaso.

La ante-víspera del dia  
último en que á Chascomun  
con su mujer fué Berdun  
á visitar á su tia,  
la viejita los habia  
en la Vitel visitao:  
y sufrió un trance *pesao*,  
pues ahí se le defondó  
la silla en que se sentó,  
sin haberla calentao.

Ahi no más la veterana,  
por desdicha y suerte, á gatas  
boca abajo, en cuatro patas  
cayó en figura de rana:

1—Jalearla: darle broma, finjirle celos.

2—Yerba: el té que produce el país, con el cual se toma el mate.

ansí la alzarón sin gana  
de sentarse en la otra silla;  
porque viendo la polilla  
que la primera soltó,  
diría: «No quiero yo  
romperme aquí una costilla...»

De allí quien la levantó  
fué Azucena, que al momento  
como no había otro asiento  
en su cama la sentó,  
pero la anciana sintió  
tal dureza en el colchon,  
que en constanza, y con razón,  
dijole á su sobrinita:  
— ¡Qué colchon tan flaco, hijita!  
más lana tiene un *pellon*.<sup>1</sup>

Esto me da mucha pena;  
ansí, al fin de esta semana,  
yo voy á mandarte lana  
y lienzo, cosa muy buena,  
para que hagás, Azucena,  
un colchon, no te aflijás,  
pues también recibirás  
entonces otra cosita:  
y, Dios sabe, sobrinita,  
que no puedo darte más.

... Ahora, dijo el pâyador,  
no piensén que he *paroliao*  
al ñudo, y descaminao  
dél asunto: no, señor;  
no he dicho aquí la menor  
palabrita y circunstancia,  
que no tenga concordancia  
con esta parte del cuento;  
y ahora, dentro de un momento,  
verán la concomitancia.

1—Pellon: cuero seco de carnero sin haberle cortado la lana.

## XLVIII

LOS CELOS.—LA GACETA ATRASADA.—DON PEDRO CORBATA.—  
DON DOMINGO PANIQUESO.—EL ABOGADO.—LOS RECUERDOS.—  
LA ENTRISTECIDA.

**A** la media hora despues  
que Vega se levantó,  
vino á proseguir su cuento;  
pero al instante que entró,  
antes que tomara asiento,  
Juana Petrona *codió*<sup>1</sup>  
al Santiagueño; y le dijo  
que venia el payador  
desalentao y que traiba  
el semblante muy triston.

Tolosá, viendo lo mesmo  
que Juana, le preguntó  
al viejito si sentia  
alguna indisposicion.

Santos Vega, sin rodeos,  
su congoja confesó,  
diciéndoles al sentarse:

—Siempre que relato yo  
lo que ahora voy á contarles  
con amargo sin sabor;  
desde que recapacito  
sobre aquello que pasó  
de afligente en aquel tiempo,

I—Codió: le tocó con el codo.

reciamente al corazón  
me estrujan esos recuerdos;  
y de allí creo que son  
las lágrimas con que mezclo  
esta triste narracion,  
que, á pesar de ser memorias  
de un siglo que ya pasó,  
no hay dia en que no me sean  
una mortificacion  
de pesadumbre, y por eso  
ahora estoy medio triston.

Ansí mesmo, á continuar  
voy, para hacer relacion  
de aquello que en la Vitel  
infaustamente ocurrió,  
esa noche en que Azucena  
del todo se enloqueció.

Pues, como dije endenantes,  
cuando la moza volvió  
con Genaro aquella tarde,  
la última en que visitó  
á su tia en Chascomun,  
antes de ponerse el sol  
vino á su rancho, y entonces  
en un jarro colocó  
con agua fresca las flores  
que Alfaro le regaló.

Despues que ansí puso el ramo,  
sin tomarle ni el olor  
al poco rato Berdun  
entre las flores miró  
el papelito *pícao*,  
y al instante presumió  
fuese algun atrevimiento  
del Cupido trapalon.

Por ese pensar, Genaro  
el papelito sacó  
de entre el ramo; y ya sabemos  
la décima que leyó,  
como ya saben que luego  
al bolsico se la echó,  
para finjirse celoso,  
y despues por diversion  
embromar á su mujer  
sin ninguna otra intencion.

Como á su casa llegaron  
temprano, allí se trató  
de tomar mate, y al punto  
que la agua se calentó,  
Genaro trajo el cartucho  
de yerba y se lo pasó  
á su mujer, que en un tarro  
de hojalata lo vació;  
y el pedazo de Gaceta,  
en que esa yerba envolvió  
el pulpero en Chascomun,  
Azucena lo guardó.

Al concluir de tomar mate  
era más de la oracion,  
y como estaba escurito  
luego la moza encendió  
una vela, que en la mesa  
la puso, y ahí se sentó  
enfrente de su marido,  
que al sentarse le soltó  
desdeñoso una mirada  
y ni palabra le habló;  
desden en el que Azucena  
poco ó nada se fijó,  
porque Genaro tenía  
sus ratos de mal humor,  
como debia tenerlos  
un hombre en su situacion.

Fué pues, en ese momento,  
que Azucena se acordó  
del pedazo de Gaceta,  
que allí lo desarrugó  
para leerlo, no teniendo  
más medios de distraccion.

La Gaceta era viejaza,  
y el pedazo que leyó  
la moza, era de la cola,  
en donde solo encontró  
unos cuatro ó cinco avisos,  
siendo los primeros dos  
graciosamente *imprentaos*  
por el siguiente tenor:

*Año de mil ochocien...*  
Buenos Aires... Marzo dos...

*Aviso risible.*

... Ayer

diez y nueve, se escapó  
del hospital de Belermos,  
*aonde* estaba en curacion,  
don Pedro Corbata, el loco,  
quien saltando el paredon  
del fondo del campo-santo,  
desde el bajo disparó  
hasta el güeco de la Yegua,  
adonde lo desnudó,  
como á las diez de la noche,  
un pillo que le dejó  
solamente la corbata;  
y así en pelota lo halló,  
á las opce, una patrulla  
que al hospital lo volvió  
tapado con una estera,  
pero con su *corbaton*.

*Y va de locos.*

... El jueves  
diez y siete, se salió  
don Domingo Paniqueso,  
poco antes de la oracion,  
de la Cuna <sup>I</sup> en donde estaba,  
y desde allí enderezó  
apurao por el Retiro;  
mas, luego se le ocurrió  
irse al Treato, adonde fué  
á sentarse en el porton,  
poco antes que comenzara  
la comedia que se dió  
del *Licenciado Vidriera*:  
y como no consiguió  
don Domingo entrar de balde,  
allí afuera se quedó  
mirando entrar á la gente  
por la cochera ó porton,  
que es la entrada principal  
del Treato, donde miró  
que, abajo de la escalera  
de las mujeres, metió  
toda su fruta el *puestero*  
que vende allí en el porton  
sandías, duraznos, naranjas:  
todo lo que arrinconó  
al empezar la comedia.

Entonces se *solivió*  
muy fresco, el tal Paniqueso,  
el más morrudo melon,  
que lo menos tres cuartillos  
era su justo valor.

« Pero, dijo don Domingo,  
me lo voy á chupar yo  
á la salud del *puestero* ».

I — La Cuna: nombre de la casa de detenidos por deudas ó pequeños delitos.

Así se lo manotió,  
y á la *Zanja de Matorras*  
fué á dar á comerseló;  
pero, de la mesma zanja  
el puestero lo sacó  
á tirones de la *leva*,<sup>1</sup>  
y despues que le atracó  
una rigular paliza,  
don Domingo se escapó  
por la calle del Correo<sup>2</sup>  
que toda se alborotó:  
pues hasta la *Ranchería*<sup>3</sup>  
todo el mundo disparó  
y las puertas se cerraron,  
porque un muchacho gritó:  
¡Ahi viene un perro rabioso,  
disparen, que es mordedor!

« ¡Pobre don Domingo! » dijo  
Azucena; y prosiguió  
dando güelta la *Gaceta*  
al otro lado, aonde vió  
con letra gorda imprintao:

*Aviso oficial.*

... Llegó  
de San Pedro, ayer temprano,  
un oficio que mandó  
el alcalde de aquel punto,  
diciendo, que allí salió  
en una isla frente al pueblo  
un ahugao, que se encontró,  
despues de reconocerlo,  
no ser como se pensó  
que fuese el jóven Alfaro,

1— Leva: la levita ó leviton.

2— Calle del Correo se llamaba la actual calle del Perú.

3— La *Ranchería*: el mercado actual.

pues luego se averiguó  
que Alfaro está en Chascomun  
con salud y de emprendedor.

El muerto es un presidiario  
llamado Luis Salvador,  
por otro nombre el Mellizo  
de la Estancia de la Flor;  
el que, al juirse del presidio  
la otra semana, mató  
á un soldado y á un chanchero  
ese dia, y se escapó  
á la siesta, en un caballo  
famoso que lo robó  
en el Güeco de los Hornos.

Ese Luis fué el saltador  
más terrible de estos tiempos,  
y era jóven, porque no  
tenia veinte y cuatro años  
cumplidos, cuando se *ahugó*  
á los cuatro ó cinco dias  
que del presidio juyó,  
y fué á dar junto al Rosario;  
*aonde* el alcalde Beron  
en la vuelta de Montiel <sup>I</sup>  
con siete hombres le salió  
á prenderlo, y el Mellizo  
en su desesperacion  
por no poder escaparse,  
herido, determinó  
antes de rendirse allí  
perecer, y se lanzó  
á caballo al Paraná,  
siendo allí donde se ahugó  
y á las islas de San Pedro  
la corriente lo arrastró.

I—Montiel: gran monte, ó bosque de la provincia de Entre-rios.

Habiendo leído este aviso  
Azucena se quedó  
sumamente enternecida;  
y despues que *redamó*  
algunas lágrimas dijo :

— ¡Alabado sea Dios!  
¡cómo se nos pasa el tiempo!  
pues, solo pensaba yo  
que hiciera, á lo más un año  
á que el pobre Luis murió;  
y según esta Gaceta,  
veo que hacen mas de dos,  
y que fué en los mismos dias  
en que Manuel nos dejó.

Entonces Berdun le dijo  
de un modo medio burlon:  
— No te aflijas, Azucena,  
mientras no te deje yo,  
ó que me dejes á mí;  
porque, ya creo que vos  
estás algo fastidiada  
de tu rubio, y con razon;  
pues que los hombres sin plata  
tienen siempre mal olor.

— ¿Te has vuelto loco, Genaro?  
Azucena replicó.  
¿Qué quieres darme á entender  
con ese modo gauchon  
de explicarte? ¿Estás borracho?

— No, ingrata, lo que estoy yo  
es viendo que en mi pobreza  
ha venido á verte Dios,  
trayéndote en mi lugar  
un auxilio superior  
en Alfaro, que ya tiene  
cabida en tu corazon...

-- ¡Jesús! ¡Qué barbaridá,  
ó qué maldita ilusion!  
dijo la moza agraviada...

Y de allí se levantó  
para acostarse á dormir,  
como luego se acostó  
callada hasta el otro dia.  
Así esa noche no habló  
con Berdun ni una palabra;  
ni Genaro le volvió  
á decir cosa ninguna,  
pero continuar pensó  
su broma al dia siguiente...  
y bien caro le costó.

---

## XLIX

EL HURACAN. — EL RANCHO SIN PUERTA. — LA OLLA PATA-QUE-  
BRADA. — LA MAZAMORRA. — LA SEPARACION.

**E**RA de otoño á la entrada,  
esa noche que Azucena  
se acostó con mucha pena  
por los celos disgustada;  
ansí, triste y desvelada  
algunas horas pasó,  
pero por fin se durmió;  
y, no siendo rencorosa,  
al otro dia la moza  
tranquila se levantó.

Entre su rancho hizo fuego,  
pues ni cocina tenian,  
ni levantarla querian  
pensando en mudarse luego,  
y por no tenerle apego

á ese lugar donde estaban,  
como que allí lo pasaban  
con mucha incomodidá:  
pero por necesidá  
las molestias soportaban.

Luego, entonces ya no habia  
de Chascomun al redor  
donde anidarse mejor,  
pues la gente que acudia  
á ese punto, no cabia;  
y hubo familia completa,  
que con solo una maleta  
y algunas gergas<sup>1</sup> pasó,  
el tiempo que allí vivió,  
adentro de una carreta.

Despues de esa disgustada  
noche, que pasó Azucena,  
muy fresquita y muy serena  
fué la nueva madrugada:  
no habiendo en el cielo nada  
que una tempestá anunciase,  
ni temor de que se alzase  
redepente una tormenta,  
tan furiosa y tan violenta  
que los ranchos arrancase.

Pero, á las nueve del dia  
poco más, ó poco menos,  
fué cuando se oyeron truenos;  
y que al poniente se via  
un nubarron que subia  
el horizonte cubriendo  
de oscuridá, pareciendo  
lo mesmo que resultó,  
pues luego eso reventó  
en un huracan tremendo.

1 — Gergas: mantas de lana que dobladas se ponen sobre el lomo del caballo abajo de la silla ó montura.

Media hora no mas duró  
la furia del ventarron,  
que árboles y una porcion  
de ranchos arrebató;  
pero Berdun consiguió  
de que al suyo bamboleando  
le dejase el viento, aun cuando  
al principio le arrancó  
la puerta, y se la llevó  
muy lejos revoletiando.

Cuando sin puerta se vió  
Genaro, con un hjar  
esa noche el remediar  
aquella falta logró;  
*ansí* en el marco amarró  
el cuero con unos tientos,  
lo que hizo pocos momentos  
antes de echarse cansao:  
porque habia trajinao  
á quedarse sin alientos.

Entre tanto, su mujer,  
pasao el primer conflicto,  
á las tres un asadito  
solo hizo para comer:  
y gracias que pudo hacer  
eso la pobre Azucena,  
despues que tuvo la pena  
en su triste situacion  
de mirar que el ventarron  
le maltrató su alacena.

Cuando el huracan pasó,  
esa tarde hasta las tres  
llovizó, pero despues  
muy lindo el tiempo siguió:  
porque de nuevo salió  
el sol, y esa tardecita  
ni una sola nubecita

en todo el cielo quedó;  
de suerte que continuó  
la tarde muy serenita.

Estando pronto el asao,  
junto al fogon se pusieron  
á comerlo, y lo comieron  
en el asador clavao;  
luego el asador pelao  
ahi quedó junto al fogon,  
que hacian por precision  
en el rancho aonde dormian,  
desde que allí no tenian  
más cocina ni galpon.

Ya estaban por levantarse  
al acabar de comer,  
porque debian hacer  
algo para resguardarse  
del frio, cuando allegarse  
miraron á un carreton;  
que le traiba una porcion  
de cosas para Azucena,  
con la prometida y buena  
lana para otro colchon.

Entró pues á descargar  
el pion las cosas aquellas;  
siendo la primera de ellas  
un buen sobrecostillar  
con cuero: además, un par  
de gallinas, y un *atao*,  
aonde habia maiz pisao,  
yerba, azucar, y á más de eso  
un hermosísimo queso  
perfeutamente amasao.

Su tia, en fin, se portó  
muy lindo en esa ocasion;  
pues para el nuevo colchon

ni del lienzo se olvidó;  
y para el fuego mandó  
unos postes recortaos  
en tres trozos bien rajaos:  
cosa que necesitaban,  
pues ya de leña se hallaban  
en la Vitel apuraos.

Al ver Azucena al pion  
que entró al rancho con su lana,  
le dijo: «Aquí, hasta mañana  
déjela en este rincon;  
retirada del fogon  
póngamela desatada;  
pero bien arrinconada,  
que luego yo la ataré;  
y al volverse llevélé  
á mi tia su frezada.»

Despues que allí concluyó  
el pion su descarga aquella,  
se fué por la mesma güella,  
que hasta la Vitel surquió,  
adonde algo churrasquió,  
porque estaba sin comer;  
y como él tuvo que hacer  
su churrasco, retardó  
la vuelta y cuando salió  
las nueve debian ser.

Antes de la retirada  
del pion para Chascomun,  
ya la mujer de Berdun  
andaba algo acoquinada  
por el frio de una helada  
que se habia descolgao  
estando el tiempo templao,  
cuando naides la esperó,  
y esa noche los pilló  
con el rancho algo estropiao.

Ansí apurada Azucena  
por el frio, se acordó  
del maiz pisao que guardó  
poco antes en la alacena,  
y dijo: «con leña buena  
como tengo en la ocasion,  
puedo dejar el fogon  
ardiendo, y de mañanita  
de mazamorra <sup>1</sup> tiernita  
tener una provision.»

Para eso determinada,  
entró la moza á pensar,  
cómo podria parar  
á su olla pata-quebrada,  
no teniendo allí más nada  
por lo pronto en que poner  
su mazamorra á cocer;  
pero luego se amañó  
y el pié á la olla le suplió  
como lo van á saber.

Las ollas que los Ingleses  
nos train, para en los fogones  
meterles fuego en tizonas  
abajo, tienen tres *pieses*  
que hacen de *trebes* <sup>2</sup> las veces;  
pero, en llegando á faltarle  
una pata, para hallarle  
acomodo en el fogon,  
debajo, por precision,  
una piedra hay que atracarle.

Pero Azucena no usó  
de piedra ni de ladrillo,  
encontrando más sencillo  
el modo con que pensó  
para la olla; cuando vió

1—Mazamorra: maiz pisado que se pone á hervir hasta que se hace jaletina.

2—Trebes: trébedes, utensilio de cocina.

su marca que estaba allí,  
cuya marca era una Y,  
con la cual la olla calzó  
por el fondo, y la dejó  
firme, y bien parada así.

Entre tanto, su marido  
trajinando continuó,  
hasta que medio tapó  
ciertas rendijas que vido  
entre el rancho, sacudido  
ese día como fué,  
con tanta violencia, que  
cuando paró el ventarrón  
les hizo allí una porción  
de agujeros en la paré.

Cuando Genaro acabó  
su tarea, muy cansao  
vino al fogón y sentao  
callado un rato pasó,  
hasta que se le ocurrió  
por broma, viendo el montón  
de lana, allí en el rincón,  
el decir:—¿Quién será el mozo  
bien querido y muy dichoso  
que estrenará ese colchón... ?

—Debe ser el aturdido,  
dijo Azucena impaciente,  
el grosero, el imprudente,  
ó el loco de mi marido,  
el que, cuando esté concluido  
mi colchón, lo estrenará;  
pero, desde ahora hasta allá,  
¡le juro, que no ha de ver  
á su lao á su mujer,  
y que solo dormirá!...

Luego, dejando el fogón,  
un poncho blanco agarró

Azucena, y se envolvió  
marchando para el rincón:  
donde encima del montón  
de lana, toda encogida,  
se acostó tan resentida,  
que, aunque Genaro trató  
de acariciarla, lo echó,  
y al fin se quedó dormida.

Genaro desengaño  
de lo inútil que sería  
rogarle á quien no quería  
pasar la noche á su lado,  
como estaba tan cansado  
y era tarde se acostó;  
pero en el fuego dejó  
á la mazamorra hervir,  
y en cuanto se echó á dormir  
como un tronco se quedó.

.....

Ya no puedo proseguir  
por ahora, dijo el cantor;  
y les pido por favor  
que me permitan dormir;  
porque principio á sentir  
una triste desazón,  
que, siempre en toda ocasión,  
en esta parte del cuento,  
me causa tal sentimiento  
que me duele el corazón.

---

**E**N esa separacion  
 como tres horas pasaron;  
 de ahí dormidos se quedaron  
 cada cual en su rincon,  
 y de todo se olvidaron.

Por supuesto, allí dejó  
 Azucena, abandonada  
 su mazamorra desiadada,  
 que al fin se le *redamó*  
 allá al ser de madrugada:

Cuando ya estaba en sazón,  
 riquísima, porque hirvió  
 hasta el alba que duró  
 sin apagarse el fogón,  
 y hecho ascuas amaneció.

Pero á el alba ya era escasa  
 la llama que el fuego hacia,  
 pues la ceniza cubria  
 de cada tizon la brasa,  
 que ardiendo siempre seguia.

De manera, que el fogón  
 á esa hora solo soltaba  
 la llama que se escapaba  
 de alguno que otro tizon,  
 que el fuego reconcentraba.

Mucho despues de la una  
de la noche, apareció  
resplandeciente y subió  
á medio cielo. la luna,  
y la pampa iluminó.

El campo en tranquilidad  
por la Vitel todo estaba;  
pero, á el alba se escuchaba  
de cuando en cuando á un chajá,  
que lejos al sur grazniaba.

Lo mesmo á los *teruteros*  
apeñas se les oia  
de lejos la gritería;  
pero son tan noveleros,  
que eso poco suponía.

Las tres Marias á esa hora,  
algo separadamente  
una de la otra, al poniente  
antes de nacer la aurora  
bajaban lucidamente.

Mientras que con desconsuelo,  
entonces, todas aquellas  
tan luminosas estrellas  
del Naciente, ya en el cielo  
no brilla ninguna de ellas:

Cuando la luz refulgente  
del sol antes de nacer  
las viene á empalidecer,  
y luego completamente  
las hace desaparecer:

A esa hora pues, sin ningún  
ruido, un gaucho se bajó  
del caballo, y se arrimó  
al ranchito de Berdun  
y sin puerta lo encontró.

Con curiosidá prolija  
luego el gaucho procuró  
por donde *vichar*, y halló  
en la puerta una rendija  
que el *cuero* abierta dejó.

Y aunque adentro de la casa  
no habia candil prendido,  
seguia el fuego encendido;  
y por esa luz escasa  
el gaucho en un catre vido:

Durmiendo profundamente  
al hombre que iba á buscar;  
y en el momento al hijar  
le cortó muy suavemente  
los tientos para dentrar;

Pero antes de eso metió  
la cabeza solamente,  
á ver si habia más gente,  
y como á naides más vió,  
entróse resueltamente.

Y al catre se dirigió  
lo más pausado que pudo;  
pero iracundo y ceñudo,  
cuando á la cama llegó  
llevaba un puñal desnudo.

Esa tarde por casual,  
Genaro para abrigarse  
del frio, y por no resfriarse,  
su chaqueta de oficial  
tenia hasta al acostarse.

Ansí, el infeliz, cansao,  
se habia acostao vestido,  
y boca arriba dormido  
estaba despechugao,  
cuando el gaucho forajido...

Con una furia infernal  
en cuanto se le arrimó,  
en el pecho le enterró  
cuasi entero su puñal,  
y allí al juir se lo dejó:

Pues cuando quiso el bandido  
sacarle el puñal, sintió  
que del brazo lo agarró  
como tenaza el herido,  
y un rato lo sujetó.

Antes, una exclamacion  
tan fuerte Berdun soltó  
cuando la herida sintió,  
que Azucena en su rincon  
confusa se despertó:

Y el poncho en esa sentada  
se lo metió por el cuello,  
cuando del fuego á un destello  
fugaz, en una mirada  
vió la infeliz todo aquello.

Y le fué tan comprensible  
todo lo que entonces vió,  
que al instante resolvió  
una venganza terrible;  
pero el furor la cegó:

Pues, cuando gatiando vino  
al fogon para agarrar  
el asador y ensartar  
por la espalda al asesino,  
solo atinó á levantar...

La marca que habia puesto  
al dejar apuntalada  
á su holla pata-quebrada;  
y la marca, por supuesto,  
se mantenía caldiada.

Ansí, al sacarla volcó  
la olla encima del fogon;  
y, entre el vapor y el monton  
de ceniza que se alzó,  
una fantasma ó vision

Vió el gaucho tan sorprendido,  
cuando Berdun lo soltó,  
que para juir procuró  
la puerta despavorido...  
por la fantasma que vió:

Y, en ese oscuro camino,  
en la espalda al ir saliendo  
del rancho, de un modo horrendo,  
Azucena al asesino  
le plantó la marca ardiendo.

Cuando el fierro lo quemó  
al gaucho, dió un alarido  
y disparó persuadido  
que la fantasma que vió  
¡el demonio habria sido!

Ansí, espantado juyó;  
y al fin, la espalda completa  
del justillo y la chaqueta  
la marca allí le arrancó,  
al quemarlo en la paleta.

---



Azucena al asesino  
le plantó la marea ardiendo.



## LI

LA LOCA ENSANGRENTADA. — EL PUÑAL. — EL SARGENTO  
ASUSTADO. — EL MALON. — EL INCENDIO.

**A**L disparar el bandido,  
recien Azucena vió  
que habia agarrao su marca  
por coger el asador;  
y despues de maldecir  
esa su equivocacion,  
una vaga y triste idea  
solamente le quedó  
de haber sentido chirriar  
la espalda del malhechor.

Como el rancho quedó oscuro,  
porque el fuego se apagó  
en cuanto la mazamorra  
encima se le volcó,  
una vela, ansiosamente,  
medio temblando encendió,  
y á socorrer á su esposo  
llorando á gritos corrió.

Genaro estaba dijunto  
asigun le pareció  
á la desolada esposa  
cuando el puñal le arrancó,  
y la sangre á borbollones  
por la herida le saltó.

Al ver eso, atribulada  
Azucena se sacó

una media, y dobladita  
con una faja la ató  
sobre la herida, y entonces  
la sangre se le estancó;  
pero Genaro no hablaba,  
ni Azucena consiguió  
el hacerle abrir los ojos;  
y cuando allí lo besó  
en la cara, el frío helao  
de la muerte le sintió.

Entonces desesperada  
y fuera de su razón,  
con el puñal en la mano  
ensangrentada salió  
al campo á pedir socorro:  
cuando errante se encontró  
casualmente á una patrulla  
que pasaba la sazón  
por allí cerca del rancho,  
y andaba en persecucion  
de unos soldaos *resertores*.  
por aquella imediacion.

De esa patrulla, el sargento  
al instante se avanzó  
á la viuda, cuando daba  
fuertes gritos de clamor.  
Naturalmente, el sargento  
lueguito le preguntó,  
lleno de curiosidá,  
¿diadónde y por qué razón,  
vestida á la madrugada,  
tan llena de confusion  
salía con un puñal?

Azucena contestó  
fuera de sí:— ¡Porque han muerto  
á Berdun!...

— ¡Cómo! exclamó  
el sargento. ¿A qué Berdun?  
— A mi esposo, respondió  
la viuda, temblando de ira;  
y al sargento se acercó.  
— Pero, ¿dónde está el dijuto?  
venga usted á mostrarmelo.  
— Ahí está; en ese ranchito,  
bien cerquita; vealó.  
— Y ¿quién ha muerto á su esposo?  
— ¡El demonio! ó qué sé yo  
si no habrá sido usted mesmo  
el maldito matador...  
Sí, sí; ya no tengo duda,  
usted ha sido el malhechor.  
— ¡Cómo dice!. . ¿Está borracha?  
— Es usted el muy borrachon,  
y asesino...

— ¡Voto al diablo!  
dijo el sargento... Y mandó  
amarrarla en el momento:  
lo que apenas se logró;  
porque, furiosa Azucena,  
á un soldao que se arrimó  
para agarrarla del brazo,  
con el puñal lo embistió  
al tiempo que otro soldao  
de atrás vino y la abrazó,  
y entonces con mucho riesgo  
el puñal se le quitó.

El dia estaba naciendo  
al tiempo que esto ocurrió,  
y cuando al rancho el sargento,  
con dos soldaos se metió  
lo vido muerto á Berdun;  
pero, naides lo tocó,  
porque en ese mesmo instante  
otra patrulla pasó,

disparando á media rienda  
y gritando: «¡Vamonós  
á reunir, que ya viene  
la Indiada *cercandonós!*»

Ansí, al alba los *chajases*  
anunciaban el *malon* ;  
y tambien los terureros  
gritaban en confusion,  
pues de lejos les tomaron  
á los Indios el olor:  
y eso fué precisamente  
cuando la aurora apuntó.

Mesmamente; á poco rato  
ya la algazara se oyó  
tan cerca de la Vitel,  
que la patrulla juyó  
con Azucena en las *aucas*  
de un soldao que la cargó,  
y de allí hasta San Vicente<sup>1</sup>  
el sargento la llevó,  
adonde al juez del partido  
al instante la entregó  
atadá, y con el puñal  
que al prenderla le quitó.

A las cuatro, esa mañana,  
en la Vitel no quedó  
del ranchito de Berdun,  
mas que un escaso monton  
de ceniza, y nada más:  
ni siquiera un chicharron  
de Genaro pudo hallarse,  
por más que se registró.

Ansí, al dijunto, decian  
que el fuego lo consumió;

y su muerte todo el sur  
mucho tiempo lamentó,  
sin poderse averiguar  
nunca quién lo asesinó:  
pues, no se pudo *rastriar*  
á naides, porque dejó  
una infinidá de rastros  
la Indiada, cuando quemó  
los ranchos en la Vitel,  
y de allí se retiró  
arriándose como siempre  
todo el ganao que pilló.

Por fin, como iba diciendo,  
la partida disparó,  
y esa tarde á San Vicente,  
poco despues de las dos,  
vino á entregar á Azucena;  
y, al punto que la entregó  
al alcalde y que le vido  
el ceño amenazador  
á la moza, y como estaba  
de ensangrentada, mandó  
ponerla en el calabozo,  
en incomunicación,  
pero que la desataran  
al mesmo tiempo ordenó.

Luego, el alcalde al sargento  
á declarar le obligó,  
el cómo, el cuándo y adónde  
á la mujer agarró.

El sargento, como es ley,  
antes de todo juró  
que diria la verdá,  
y á declarar principió  
diciendo: Que, muy al alba,  
esa mañana topó  
con Azucena en el campo,

juyendo; y que la encontró vestida, y con el puñal con que á la cuenta mató ella mesma á su marido; pues que el sargento lo vió, recién muerto en *su ranchito*; y que su gente rondió por allí toda esa noche, y que á naides se miró junto al rancho del finao, hasta la hora en que salió como á escaparse Azucena: cosa que no consiguió, porque parecia estar borracha cuando cayó en medio de la patrulla, y al sargento le achacó la muerte de su marido; y que, cuando se trató de asigurarla, á un soldao con el puñal lo embistió, felizmente al mismo tiempo que otro soldao la abrazó por detrás, hasta quitarle el puñal, que lo soltó á fuerza de *tironiarla*; y que entonces se finjió la loca para entregarse.

Por último declaró el sargento, que la Indiada allí cuasi lo agarró, y que á Chascomun no pudo meterse, por la razon que lós Indios lo cortaron cuando á ese lao disparó.

Y despues de ese chorizo de mentiras que ensartó con verdades y apariencias, su declaracion firmó.

Dos soldaos de la partida  
tambien su declaracion  
hicieron ante el alcalde,  
más ó menos al tenor  
de aquella que dió el sargento:  
que esa tarde se *largó*  
á Cañuelas <sup>I</sup> con su gente;  
y Azucena se quedó  
tirada en el calabozo,  
diaonde luego la llamó  
el alcalde á que le diese  
tambien su declaracion.  
Para eso, descoyuntada  
la infeliz se presentó,  
loca rematadamente,  
cosa que el juez no creyó.

.....

Santos Vega iba á seguir  
hablando, pero alvirtió  
que estaban Juana Petrona  
y su marido, los dos,  
lagrimando tristemente;  
y temiendo el payador  
que á la moza allí le diera  
otro mal de corazon  
y empezara á *pataliar*,  
á Vega le pareció  
prudente el no proseguir  
el cuento; y lo supendió  
al instante en que por suerte  
ó casualidad cuadró  
que el gallo *medio-nochero*  
las doce en punto cantó.

## LII

LA VILLA DE SAN VICENTE. — LA PRISIONERA. — EL CALABOZO. —  
EL JUZGADO DE CAMPAÑA. — EL ALCALDE TILINGO. — EL INTER-  
ROGATORIO. — LA REYERTA.

**A**HORA verán la reyerta  
que en esa triste ocasion  
entre el alcalde *tilingo*<sup>1</sup>  
y Azucena se *trenzó*,  
la tarde que en San Vicente  
el sargento la entregó.

Era alcalde en esa villa  
un Montañés fanfarron  
muy porro, y cuasi redondo  
como bala de cañon,  
desasio en su persona,  
pero medio bonachon.

Yo lo conocí, y me acuerdo  
que, cuando se festejó  
la jura de Carlos cuarto  
en Buenos Aires, se armó  
una comedia, de puros  
comediantes de aficion;  
en la cual á dicho alcalde  
hacer de Rey le tocó,  
mostrándose enamorao  
de una *Turca*, ó qué sé yo.

1—Tilingo: tonto, torpe.

El mestros <sup>1</sup> de la comedia  
tres semanas trabajó,  
lidiando con el alcalde  
dia á dia con teson,  
para enseñarle á poner  
la manó en el corazon,  
y así decirle á la Turca  
al mostrarle una pasion:  
¡Tengo en el pecho un volcan!

Mas, cuando el caso llegó  
de que saliese al tablao,  
las liciones olvidó,  
ó no sabiendo el Monarca  
lo que era un volcan, salió  
su *saca-rial-magestá*  
medio azorao, y gritó  
con la mano en el *gañote*:  
¡Tengo en el pecho un *balcon!*...

La Turca soltó la risa  
y de babas le llenó  
la cara al Rey *pescuecero*, <sup>2</sup>  
y el auditorio salió  
á la calle á carcajadas,  
y el primero que *puntió* <sup>3</sup>  
entonces fué don Faustino,  
que de reirse se enfermó  
lo mesmo que otros puebleros;  
de suerte que se acabó  
la comedia el empezarse,  
y solito se quedó  
su *majestá* en el tablao  
como piedra de mojon.

Pues bien, ese fué el alcalde  
*mulita* <sup>4</sup> que le tomó

1—El mestros: el maestro director.

2—Pescuecero: caballo que tirando mucho del pescuezo arrastra otro con la collera.

3—Puntió: salió adelante, en la punta.

4—Mulita: torpe, ignorante.

á la infeliz Azucena  
su primer declaracion.

Para eso, del calabozo  
un soldao se le llevó  
en ayunas, como estaba,  
porque allí no se le dió  
ni agua á beber ese día  
que hizo un terrible calor.  
Ansí, sumamente débil,  
el tal soldao la obligó  
á ir al cuarto del alcalde,  
adonde Azucena entró  
sollozando, y desconfiada  
con la vista registró  
del lugar en que se hallaba  
hasta el último rincon.

Luego, con gestos y muecas  
de extrañeza, reparó  
que atrás de una mesa grande  
parecida á mostrador  
estaba sentao el juez,  
muy tieso, y con su baston,  
en una silla de suela  
adonde cabrian dos.

Al mirar eso, Azucena  
en su delirio creyó  
que aquel hombre era barbero,  
ó á lo menos pescador,  
porque tenia una caña  
de tres varas por baston.

Una triste risotada  
con esa crencia soltó ;  
pero, otra vez lagrimiendo  
Azucena se agachó  
para ver bajo la mesa,  
donde con asco miró

que el juez estaba en chancletas  
y con medias de *pison*.<sup>1</sup>  
De ahí, frunciendo las narices,  
dijustada se sentó.

El alcalde, que en silencio  
estuvo desde que entró  
la loca, á quien él miraba  
con muy prolija atencion,  
esperando verle así  
el fondo del corazon,  
cuando la vido sentarse  
tan confiada, le gritó:  
— ¡Cómo es eso! paresé  
ligero, porque aquí no  
se sienta preso ninguno...

Azucena se riyó,  
y altiva díjole al juez:  
- Pues, aquí me siento yo,  
y no quiero levantarme  
ni entrar en conversacion  
con usté señó barbero  
chancletudo, sepaló;  
pues no me gusta su traza,  
y le tomo fiero olor,  
porque usté nunca se lava  
los pieses. Laveselós,  
y hágase cortar los vasos:<sup>2</sup>  
eso le será mejor  
que encerrar á una mujer  
desdichada como yo,  
despues de ser usté el mesmo  
que á mi esposo asesinó.

1— Medias de pison: calcetas de lana ordinarias.

2— Los vasos: las uñas, á las cuales por ironía, los gauchos los llaman vasos.

— ¡Esta, sí, que es taculona! <sup>1</sup>  
¿si estará loca?... Aunque, no:  
dijo el alcalde entre sí.  
Esta gaucha veo yo  
que es una desorejada, <sup>2</sup>  
astuta de profesion,  
que pretende hacerme *crer*  
que ha perdido la razon,  
haciéndome comulgar  
con ruedas de carretón.

No me equivoco, y consiento  
en mostrarme bonachón,  
hasta ver á donde van  
sus maquinas: veamosló...

Bueno, pues: déjese estar  
sentada, el juez replicó;  
pero, á decir la verdá  
prepárese, porque no  
le han de valer fingimientos,  
ni muecas, ni esa porcion  
de suspiros, lagrimeos  
y gestos, que todos son  
maquinas; y nada más.  
Aquí lo que quiero yo  
es que hable usted la verdá  
como delante de Dios,  
¡porque yo soy la justicia!

— Pues, oiga, le contestó  
Azucena; yo lo creiba  
un barbero, ó pescador;  
pero ahora veo que tiene  
facha de ajusticiador,  
ó verdugo, que es lo mesmo;  
por eso usted me amarró

1—Es taculona: esta si que es gran osadía, ó atrevimiento inesperado.

2—Desorejada: prostituta.

hoy, cuasi á descoyuntarme,  
y hasta que me desató  
al meterme en ese cuarto  
jediondo, <sup>1</sup> aonde me encerró...  
Pero... deje estar no más:  
todo se lo diré yo  
á Gena... Y en ese instante  
la lengua se le anudó.

-- Esta es cómica..., entre sí  
dijo el Juez, y la dejó  
proseguir la pantomina,  
que el Montañés presumió  
que estaba haciendo Azucena;  
pero cuando se paró  
pálida, desmelenada  
y convulsiva, temió  
el juez no hallarse seguro:  
y de miedo, á precaucion,  
el puñal que estaba encima  
de la mesa, lo agarró  
á un descuido de Azucena  
y con llave lo guardó.

Luego, en seguida el alcalde  
suavemente le mandó  
que tranquila y sin recelo  
diera su declaracion,  
para mandarla á su casa  
esa tarde á la oracion

Azucena, á tal oferta  
algo se tranquilizó;  
pero, siempre sollozando,  
nuevamente se sentó.

En ese momento el juez,  
lo primero que le habló

fué preguntarle su nombre.

— Isabel, le contestó.

— Vamos, vamos, dijo el juez;

no es ese su nombre, no,  
mire que aquí la conocen.

Hable la verdá: si no,  
tendrá usted que padecer;  
y eso no deseo yo.

Usted se llama Azucena.

¿No es verdá esto?

— No, señor:

eso no es cierto, *velahi*;

á mí se me bautizó  
con el nombre de Isabel  
en Chascomun: crealó.

— Bueno: y ¿dónde viene usted?

— Del cuarto aonde me encerró  
usted mesmo, ¿no se acuerda?

Y, ¿por qué así me trató,  
supuesto que me conoce?

— Vamos, eso ya pasó.

Ahora la voy á tratar,  
creo que mucho mejor,  
si usted me contesta bien.

Azucena se cubrió  
la cara para llorar,  
y sus lágrimas secó  
sirviéndole de pañuelo  
la manga del camison.

— Dígame, dijo el alcalde:

¿en qué parte la prendió  
hoy al alba la partida?

— ¡Qué prender, ni prendedor!

A mí naides me ha prendido;  
fuí, por mi desdicha, yo  
que topé á esos malhechores  
en mi desesperacion.

— Y ¿díaónde venia usted  
cuando á esos hombres topó?  
— ¡Díaónde vine! de mi rancho,  
donde muerto se quedó  
mi desgraciado marido...  
— Pero; allí, ¿quién lo mató?  
— Eso ha de saberlo usted  
que es tan averiguador.  
— Ya lo sabré; deje estar,  
el alcalde replicó;  
pero, siga respondiendo:  
¿á qué horas se recogió  
usted anoche?...

— No me acuerdo.

— ¿Ni de con quién se acostó  
no quiere acordarse aquí?  
— Con naides me acosté yo.  
— Entonces, ¿durmió solita?  
— Dormí sola, sí señor,  
— ¿Y, por qué durmió solita?  
— ¡Qué! ¿es usted mi confesor?  
No sea tan majadero:  
¡vaya un hombre pregunton!  
cuando ya siento que aquí  
me duele hasta el corazón.  
— ¿Por qué, pues, durmió solita?  
— Porque la gana me dió;  
y no sea fastidioso...  
ya basta; porque, si no,  
ahí lo dejaré sentao  
detrás de su mostrador,  
y me mandaré mudar:  
de otro modo, á la oracion  
no podré estar en mi casa,  
pues ya va á ponerse el sol:  
y si piensa entretenerme  
usted, con mala intencion,  
puede dirse á los infiernos,  
y al diablo entretengaló.

-- ¡No sea de vergonzada!  
el alcalde le gritó  
con tal furia, que Azucena  
del grito se intimidó,  
mucho más cuando el alcalde,  
levantando su baston,  
le dijo: ¡Respetemé,  
como debe! pues, si no,  
vuelvo á mandarla encerrar  
sin más consideracion.  
Respuesta atenta, si quiere  
que la suelte á la oracion;  
pero, diga la verdá:  
¿á qué hora se levantó,  
esta madrugada, ustedé,  
vestida como salió  
y armada á pedir socorro?

Azucena recordó  
aquel aciago momento,  
y llorando contestó:  
— ¿Qué quiere que le respuesta?  
¡Cómo pude saber yo  
á qué hora me levanté,  
ó más bien me despertó  
el doloroso quejido  
que mi Genaro lanzó!  
¡ay de mí! cuando á la aurora  
al lado mio espiró...  
— Y, ¿cómo estaba vestida  
ustedé? y ¿por qué madrugó  
á oscuras? respúndamé.  
— Pero, por amor de Dios:  
yo estaba vestida así,  
como el dia me agarró:  
con mis medias, la camisa,  
las naguas y el camison.  
— Y ¿por qué para acostarse  
ustedé no se desnudó?  
y, ¿por qué de su marido  
anoche ustedé se apartó?

— ¿Qué le importa eso por que...?  
No quiero decirselo  
á usted ni á naide; y tampoco  
quiero mas conversacion:  
lo que quiero es irme á casa...

Y á salir se preparó.

— Pues basta, dijo el alcalde,  
que de esa separacion,  
que hizo usted de su marido  
cuando solita durmió,  
no declare aquí el por qué:  
claro lo comprendo yo,  
desde que al amanecer,  
cuando su esposo espiró,  
usted, queriendo escaparse,  
así vestida salió  
con el puñal en la mano...  
¿no es verdá? confieselo.  
— ¡Qué puñal! yo nunca tuve  
puñal ninguno, ¡por Dios!  
-- ¡Cómo es eso! dijo el juez:  
¿y niega usted que se le halló  
este puñal en la mano?...  
Y el juez se lo presentó  
ensangrentao hasta el cabo,  
diciéndole: ¡vealo!  
y mírese usted esa sangre  
que tiene en el camison:  
sangre con la que su esposo  
el vestido le manchó,  
cuando usted... sin duda alguna,  
este punal le clavó.

— ¡Ah, pícaro! dijolé  
Azucena... y se lanzó  
como tigre sobre el juez;  
pero, al vuelo, la agarró  
el soldao que estaba atrás,

á quien furiosa mordió  
la infeliz: y convulsiva.  
desmayada se cayó.

Así mesmo, desmayada,  
el juez de nuevo mandó  
meterla en el calabozo.  
Luego, el alcalde escribió,  
hasta tarde de la noche,  
con otro que le ayudó  
á cumplir esa tarea,  
y despues que reunió  
todas las declaraciones,  
hizo un lio y lo pegó  
con miga de pan *mascao*.

Despues, á un cabo llamó  
y le dijo: -- Aprontesé  
para salir á las dos  
de la mañana, sin falta,  
con tres soldaos: busquelós  
entre los de más confianza;  
porque irá usted en comision  
á Buenos Aires derecho,  
llevando con precaucion  
á una mujer criminal  
que esta mañana mató  
al marido en la Vitel.

Estos los papeles son  
con que usted la entregará;  
pero, entonces, hagalo  
despues de tomar recibo,  
y el recibo traigalo.  
¡Cuidao con estos papeles!  
no los pierda: tomelós.  
Á la presa llevelá  
desde acá en el carreton  
livianito, que ahi está  
debajo de mi galpon;

pero, mande que le pongan  
en el lecho una porcion  
de paja, ó de pasto seco.  
Ninguna conversacion  
le permita en el camino  
con naides: entiendaló;  
y con cerrojo y candao  
cierre bien el carreton.  
Ensillen buenos caballos,  
y mañana á la oracion  
estará usted en Buenos Aires  
sin falta. Vaya con Dios.

Estas órdenes el cabo  
puntualmente las cumplió;  
así fué, que á la ciudad  
al otro día llegó  
á las siete de la noche,  
y en la cárcel entregó  
á la infeliz Azucena:  
tan loca, que, cuando entró,  
el alcaide compasivo  
al verla se conmovió;  
y al instante, el que le dieran  
algo que comer mandó.

---

### LIII

LA ENCÁRCELADA. — EL MÉDICO GAFARÓ. — PICA-PICA. —  
LA RASQUINA.

**T**REINTA y un años cumplió  
la viuda en el mes aquel,  
que Berdun en la Vitel  
asesinado murió;

y poco desmereció  
Azucena en su hermosura,  
hasta que al fin la locura  
en algo la quebrantó,  
y así mesmo conservó  
cuasi toda su *lindura*.

En la mesma tarde aquella,  
que á Buenos Aires llegó  
Azucena, recibió  
la noticia doña Estrella;  
y don Faustino con ella,  
de su casa, sorprendidos,  
en el momento aflijidos  
á la cárcel se vinieron,  
donde en la alcaidía fueron  
cortesmente recibidos.

La señora, atribulada,  
al alcaide en cuánto entró  
temblando le preguntó:  
¿si era su querida abijada  
la presa recién llegada?  
Y el alcaide, por no errar,  
se redujo á contestar:  
— Señora, yo he recibido  
una presa que ha venido  
del campo, y loca de atar:

Y, aunque me ha dicho un soldao  
que acá el juez la ha remitido  
porque mató á su marido,  
tanta lástima me ha dao,  
que en un cuarto separao  
ya está con toda asistencia;  
pues creo en Dios y en conciencia,  
que, si llega á recobrar  
la razon, ha de probar  
su más completa inocencia.

Mucho trabajo costó  
para hacerla entrar aquí;  
pero, delante de mí  
la furia se le calmó:  
es verdá que entónces yo  
tan cariñoso le hablé,  
que cuando le pregunté:  
¿ cómo se llama, amiguita?  
llorando la pobrecita  
dijo: Me llamo Azucé.

Y el alcaide no acabó  
el nombre, ó palabra aquella,  
cuando, al suelo doña Estrella  
acidentada cayó;  
y don Faustino salió  
gritándole á su cochero:  
« ¡Andá, Juan, traime ligero  
al médico Gafaró! »  
quien tan ligero asistió,  
que se vino sin sombrero.

En cuanto vió á la señora,  
dijo el médico; « A sangrarla  
voy al instante, y dejarla  
que descanse aquí media hora:  
pongámosla por ahora  
aquí en este canapé:  
pues cuasi no dudo que  
esto pronto pasará;  
luego, á su casa de acá  
yo con ustedes iré. »

Ansí lo hizo; la sangró  
al instante á la señora,  
y esperando su mejora  
allí el dotor se quedó;  
entre tanto, le rogó  
el patron que ¿ si podia,  
y el alcaide consentia,

el médico allí *de paso*  
darle á Azucena un vistazo,  
á ver qué le parecia?

Como el alcaide *ecedió*,  
imediatamente fueron  
con el médico, y abrieron  
una prision, aonde entró  
el dotor y se encontró  
con Azucena en cuclillas,  
los codos en las rodillas,  
muy arrinconadita,  
y con las manos quietita  
puestas sobre las mejillas.

— Buenas noches, paisanita,  
díjole con voz serena  
el dotor; pero Azucena  
lo miró muy tristecita.  
¿No me conoce, amiguita?  
le repitió conmovido  
el médico. — ¡Sí! usted ha sido,  
contestó la loca, al que  
en la espalda lo marqué,  
cuando mató á mi marido...

Y furiosa se paró,  
amenazando lanzarse  
al dotor, pero al pararse  
como muerta se cayó.  
Así la reconoció  
el dotor calmadamente,  
y dijo:— Ya es suficiente,  
señor alcaide. Estoy cierto  
de que esta loca no ha muerto  
á naides, y está inocente.

Pongámosla en su camita,  
que pronto se dormirá:

y la luz llevémoslá,  
porque no la necesita;  
y luego, la pobrecita,  
si con luz se levantase  
disvariando, y se pasiase,  
no seria cosa rara,  
que á la vela se arrimara  
la infeliz, y se quemase.

De allí al instante volvió  
el médico á la alcaidía,  
y doña Estrella seguía  
cuasi como la dejó;  
entonces se resolvió  
el que seria acertao,  
el llevarla con cuidao,  
bien abrigada en el coche,  
á su casa, aonde esa noche  
pasó el dotor á su lao.

De la cárcel, al marchar  
en el coche, á don Faustino  
el médico le previno,  
que un instante iba á bajar:  
y así fué que, al enfrentar  
á una botica, se apió;  
pero, como algo extrañó,  
allí le dijo al cochero:  
—Préstame, Juan, tu sombrero,  
y andá no más, ya voy yo.

El dotor en la botica  
apurao compró un frasquillo  
de agua de olor á zorrillo<sup>1</sup>  
y un papel de *pica-pica*:  
polvo que á quien se le aplica,  
aunque sea en un talon,

1 —Zorrillo: cuadrúpedo silvestre del tamaño de un conejo, pero muy pestilente cuando orina.

luego le da comezon,  
y le causa un rascadero  
que se pasa el dia entero  
en aquella diversion.

De ahi, el médico corrió  
con la medicina aquella,  
y sin habla á doña Estrella  
estirada la encontró;  
pero, en cuanto le arrimó  
el frasquito á la nariz,  
á manera de lumbriz  
la señora se encogió;  
y desde ya principió  
su mejoría feliz.

Volvió el dotor á arrimarse  
y en las sienas la pulsó,  
y la señora empezó  
las orejas á rascarse...  
¡Bueno! ya va á mejorarse,  
dijo el dotor muy ufano;  
y al agarrar de la mano  
al patron para sentarse  
á su lao, luego á rascarse  
principió don Bejarano.

— ¡Qué diablo dé rascadero,  
dijo el patron, nos ha entrao!  
A la cuenta hemos sacao  
de la cárcel un pulguero:  
¡sea por la Virgen! Pero,  
¿qué piensa usted de mi ahijada?  
— Que está loca rematada,  
dijo el dotor tristemente,  
y tambien que es inocente  
de lo que viene acusada:

Y que es de necesidá  
la más precisa y urgente,

sacarla inmediatamente  
del lugar en donde está:  
mudanza que ordenará  
en justicia el tribunal,  
si el médico principal  
reconoce la locura,  
y pidiere con premura  
la manden al hospital.

—No, amigo: eso no se hará,  
dijo el patron; si Azucena  
fuese al hospital, de pena  
mi esposa se morirá.  
A nuestra casa vendrá,  
y eso lo conseguiremos;  
y en casa la cuidaremos  
con esmerada asistencia;  
pues tambien de su inocencia  
ninguna duda tenemos.

Lo que es necesario hacer,  
y ya debemos tratar,  
es, amigo, de engañar  
á mi afligida mujer,  
haciéndole comprender  
por ahora, tan solamente,  
que Azucena está demente;  
y que en cuanto á su marido,  
de quién lo ha muerto ó herido  
no se sabe hasta el presente.

Ansí mesmito lo hicieron:  
en cuanto se mejoró  
la señora, se creyó  
todo lo que le dijeron;  
y en ancas le prometieron,  
que en su casa la tendria  
á su ahijada en ese dia,  
lo más tarde á la oracion:  
diligencia que el patron  
hacerla solo debia.

Mas, á pesar de que el juez,  
con la mayor y más buena  
voluntá por Azucena,  
tomó en su alivio interés,  
solo tres dias despues  
de que á la cárcel entró,  
su locura se probó;  
y entonces, de aquel destino  
á su casa don Faustino  
llevar su ahijada logró.

Larguísimo, y cosa dura  
ahora sería el contar  
los trabajos sin cesar,  
los sustos y la amargura  
que en dos años de locura  
Azucena allí le dió;  
hasta que al fin consiguió,  
siempre á cariños con ella,  
la señora doña Estrella  
su deseo, y la curó.

Entre tanto, del marido  
de Azucena, ni se hablaba;  
pues medio mundo afirmaba  
que Berdun habia sido  
por el fuego consumido,  
el dia que lo mataron,  
y los Pampas le quemaron  
su pobre ranchito, aquel  
en la laguna Vitel,  
aonde el difunto no hallaron.

.....

Ahora, yo debo dejar  
las cosas en este estao...  
dijo el payador cansao  
ó con ganas de pitar;  
porque voy á refrescar  
un instante la memoria,

sin tener escapatoria,  
no queriéndome turbar  
cuando estoy al rematar  
de los Mellizos la historia.

---

## LIV

EL PACTO CON LOS INDIOS.—EL VIREY SOBREMONTÉ.—LOS MISIO-  
NEROS.—LAS CRUCES DE PALO.—LOS CAMBALACHES.—LA PAZ.

**E**N aquel malon funesto,  
cuando al infeliz Genaro  
su estancia del Cardalito  
los Ranqueles le quemaron,  
tambien á la de la Flor  
solamente le dejaron  
las taperas y el ombú.

Era allí tanto el ganado  
que tenia don Faustino,  
que todo no se lo arriaron  
esa ocasion los salvajes;  
porque disparó asustado  
á esconderse el novillaje  
en las costas del Salado.

Luego, como las Indiadas  
por espacio de dos años  
siguieron dando malones,  
el patron don Bejarano  
en repoblar á la Flor  
no pensó, pues asustado  
dispuso mudarse al norte,  
donde tenia otro campo.

A esa mudanza resuelto,  
trató de traer el ganado  
que pudieran recojerle  
en la costa del Salado,  
adonde de juramento <sup>1</sup>  
debería andar alzado, <sup>2</sup>  
pues á no cair al rodeo  
ya se habría acostumbrado.

Como era hombre tan platudo  
el patron don Bejarano  
todo lo facilitaba;  
ansí, con plata y mandando  
trujo su ganado aquel,  
y consiguió aquerenciarlo  
muy cerca del Pergamino  
en las puntas de Ramayo, <sup>3</sup>  
y fué allí que se pobló  
á inmediacion del curato,  
donde estaba el patroncito  
de cura hacian tres años.

De allí á tres cuartos de legua,  
siempre enfermo y atrasado  
vivía el otro Mellizo,  
Jacinto, el apostemado,  
por el golpe que en el pecho  
le dió la argolla del lazo,  
aquel dia que en la yerra  
enlazó un novillo bravo  
y se le rompió la armada  
al tiempo de sujetarlo.

Desde esa ocasion, el pobre  
Jacinto tuvo un atraso  
infeliz en su salud,

1—De juramento: precisamente.

2—Alzado: huyendo de la gente.

3—Ramayo: nombre de un arroyo inmediato al pueblo del Pergamino.

y quedó inutilizado  
para seguir su trajín  
de acarriador de ganado,  
con el cual mucho agenciaba  
porque estaba acreditado.

Ya dije, y creo que ustedes  
quizás no habrán olvidado,  
que Jacinto y el curita  
de un mismo pecho mamaron,  
y ese fué el de doña Estrella  
cuando güerfanos quedaron  
los Mellizos en la Flor,  
y á su cargo los tomaron  
don Faustino y la señora  
y como á hijos los trataron.

Luego: como allí Azucena  
era muchachita cuando  
Luis, Jacinto y el curita  
á caminar empezaron,  
al ser algo grandecitos  
ya se trataban de hermanos  
con Azucena tambien,  
la más linda de los cuatro,  
y la que les enseñaba  
á rezar á sus seis años.

Por estos antecedentes,  
cuando infeliz y postrado  
de salú se vió Jacinto,  
era en un todo auxiliado  
por don Angel el curita,  
y el patron don Bejarano;  
pero, así mesmo el enfermo  
siempre trajinaba en algo,  
y sin salir de su casa  
se entretenia sembrando,  
ayudao por su mujer  
y su hijita de cinco años,

perla que se la envidiaba  
¡Alma bendita! Genaro,  
á quien no le dió Azucena,  
en el tiempo de casado,  
más que dos hijos varones;  
pero los dos no pasaron  
del mal de los siete días:  
y ya no tuvo más parto.

Ahora, dejaré á Jacinto  
en su chacra trajinando,  
donde pronto volveré  
por necesidá á buscarlo;  
pero, antes de eso preciso  
todavía decir algo  
de la loca en Buenos Aires,  
para seguir mi relato.

Por supuesto, á doña Estrella,  
en su casa el primer año,  
de su locura Azucena  
le dió sustos y trabajo,  
hasta que á los trece meses  
la loca empezó despacio  
á recobrar su razon;  
pero, allí de cuando en cuando,  
de golpe se le aflojaba  
la chaveta; y, sin embargo  
no era cosa de temerle,  
sino que por el contrario  
el oirla desatinar  
divertia en ciertos casos.

Siendo el señor Faustino  
un hombre hasta emparentado  
en la ciudá con la gente  
mas copetuda y de rango,  
visitaban en su casa  
los médicos y abogados,  
los oidores, el obispo,

y el virey recién nombrado  
en ese tiempo, que fué  
en mil ochocientos cuatro:  
cuando al marqués Sobremonte  
el rey de España ese cargo  
le mandó y la facultá  
(se dijo) de hacer un *pato*  
de convenio con los Indios,  
para comprarles los campos  
que sin plata pretendían  
trajinarles los cristianos:  
enviándoles misioneros  
con cruces y escapularios,  
bendiciones, estampitas  
y ofertas de bautizarlos.

A eso, en tropillas los padres,  
aunque bien intencionados,  
se largaban al desierto;  
y como en un campo-santo  
en las tierras de los Indios  
plantaban cruces de palo,  
y con bendecirlas creían  
el negocio terminado.

Pero los Indios querían  
cruces de pesos cortados,<sup>1</sup>  
que había muchos entonces,  
porque venían *situados*  
de pura plata cortada  
y de pesos colonarios.

Eso querían los Indios,  
no santitos ni rosarios,  
prendas que no conocían.  
¡Pata en tierra, plata en mano!  
por sus terrenos, decían;  
ó al menos cambalacharlos,

1—Pesos cortados: piezas de moneda de plata hechas rústicamente con grandes cruces en una faz.

proponian los salvajes,  
por aguardiente y tabaco;  
ú otras cosas, como ser,  
bayeta, liencillo y paño:  
que es lo que les dió el virey,  
pero ¡plata! ni un otavo.

Pues bien, así consiguió  
tan de una vez contentarlos,  
que luego en puntas los Indios,  
apenas se firmó el pato  
de la paz, confiadamente  
con sus chinas<sup>1</sup> principiaron  
á venirse de sus toldos  
con mancarrones cargados  
de jergas y ponchos pampas,  
quillapices de guanacos,  
plumas de avestruces, chuspas,  
cuero de gama y venado,  
cargas de sal en zurrones,  
vendiendo ó cambalachando  
todo eso, hasta en Buenos Aires,  
adonde muy sosegados  
venian á sus trajines,  
que hacian con los cristianos  
en esa paz que duró  
felizmente un tiempo largo;  
y por eso las estancias  
en el sur se repoblaron,  
y algunas se establecieron  
al otro lao del Salado.

Pues bien, á esa paz dichosa  
sucedió luego un milagro  
portentoso (dijo Vega);  
y muchos que desgraciados  
para siempre se contaban,  
fueron muy afortunados,

I—Sus chinas: sus mujeres á hijas.

y felices de la vida  
que hasta hoy están disfrutando.

Eso lo sabrán despues,  
porque ahora estoy en el caso  
de darle otro giro al cuento,  
pues hablar es necesario  
de un truquiflor muy reñido,  
que en cierta noche jugaron  
cuatro personas en casa  
del patron don Bejarano.

---

## LV

EL TRUQUIFLOR.—EL OBISPO.—EL OIDOR.—EL PATRON.—LOS  
GRITONES.—EL GATO ASUSTADO.—EL PRELADO.—EL VALE CUA-  
TRO.—LOS REPROCHES.

**P**UES que de un partido al truco  
ahora voy á contar algo,  
dijo el viejo Santos Vega,  
empezaré recordando  
un refran gaucho, que dice:  
¡No hay hombre cuerdo á caballo!  
A lo que yo añadiré...  
¡No hay hombre serio jugando  
al truquiflor! esto es cierto;  
y ahora voy á demostrarlo.

Cuasi todos los parientes  
del patron don Bejarano,

I.—El truquiflor: juego español al naipé, sumamente divertido  
y picante,

en el invierno de noche  
venían de tortulianos  
y en su casa á la baraja  
se entretenían jugando  
á la biscambra, al tresiete,  
y al truco de cuando en cuando:  
juego en el que eran capaces  
de asustar al mismo diablo,  
con los gritos que se daban  
al calentarse trucando,  
ó al echarse un contraflor:  
por supuesto, jaraneando,  
pues, allí todos los que iban  
eran de don Bejarano  
(como se suele decir)  
amigos de rancho y gancho,  
y unos á otros se decían  
bromas de todo tamaño.

A las siete, noche á noche,  
y otras veces mas temprano,  
los *tahures*<sup>1</sup> de la partida  
ya estaban allí orejiando  
las cartas: pero, á las nueve,  
apenas el campanario  
tocaba en Santo Domingo  
la agonía, bostezando  
ya se iban los jugadores  
á sus nidos trompezando.

El obispo y un oidor  
eran muy aficionados  
al truquiflor, y por eso  
se venían muy temprano  
á fin de hallar en la mesa  
asientos desocupados.

I—Tahures: los jugadores y á veces los fulleros.

Estos dos mismos señores,  
una noche que dentraron  
á casa de don Faustino,  
á la oracion, lo encontraron  
tan solo con doña Estrella  
en la sala platicando.

Su ilustrísima el obispo,  
luego que le dió la mano  
á besar á la señora,  
preguntó por el estado  
en que se hallaba Azucena,  
y en su salú interesado,  
pues que la apreciaba mucho  
por haberla él confirmado.

El patron y la patrona  
lueguito le contestaron  
que ya estaba cuasi buena,  
como iba á verla el prelado,  
porque Azucena venia  
á la sala á cada rato.

—Pues, señor, dijo el obispo,  
me alegro; y vamos armando  
entre los cuatro un partido  
al truco...

—Sí, señor, vamos,  
dijo el patron; y en seguida  
en la mesa se cruzaron  
doña Estrella y don Faustino  
contra el oidor y el prelado,  
quien siempre jugando al truco  
gritaba á puño cerrado.  
Para no olvidar el vicio,  
cuando estuvieron sentados,  
se tomó una narigada  
de polvillo colorado  
el obispo, y preguntó:

—¿Hasta qué pieza jugamos,  
hasta el siete?...

—No, hasta el dos,  
contestó don Bejarano.

—Me gusta, dijo el obispo.

—Pero bien ¿cuánto paramos?  
doña Estrella preguntó  
con su bolsita en la mano.

—¡Dos riales! dijo el oidor,  
una peseta sacando  
del bolsico, siendo un viejo  
platudo y acaudalado.

—¡Dos riales! ¿tenes valor,  
primo? No seas tacaño,  
doña Estrella replicó;  
al menos, juguemos cuatro.

¡Cállate, mujer! ¿no sabes  
que el dinero anda á caballo  
hoy dia? dijo el oidor.  
No, prima mia, no paso  
de dos riales. Aquí están  
los mios...

De ahí, bolsiquiando  
el obispo, don Faustino  
y la señora, juntaron  
la *parada*,<sup>1</sup> y la pusieron  
en un platito dorado.

Debo advertir que el obispo  
allí se habia sentado  
á la zurda del patron;  
quien de un naípe empaquetado

1—La parada: el dinero de apuesta reunido.

sacó los ochos y nueves,  
y despues de barajarlo  
dió las cartas, y de muestra  
echo el *Perico*<sup>1</sup> de bastos.

En esa primera dada,  
el patron, sin ser extraño,  
le dió al obispo una flor  
con la *Perica*<sup>2</sup> y el cuatro,  
y de yapa la espadilla  
que es truco superiorazo.  
En esa dada tambien  
el mesmo don Bejarano  
se dió otra flor infeliz  
compuesta del rey de bastos,  
que es decir, con el *Perico*,  
un cinco y un cuatro falsos.

Luego que vido sus cartas  
el obispo, siendo mano,  
como que estaba á la zurda  
de don Faustino sentado,  
cantó... ¡Flor!

— Como la mia,  
díjole don Bejarano,  
al tiempo que doña Estrella  
le hizo seña, que en la mano  
el dos de triunfos tenia  
felizmente asegurado.

— Flor chica, dijo el obispo.

— Pues críela con cuidado,  
contestóle don Faustino,  
con intencion de agarrarlo

1—El perico: es el caballo de triunfo. El rey sirve para cambiárle por los triunfos de muestra.

2—La perica: en el juego del truco, á la sota de triunfo le llaman la perica.

en el truco y presumiendo  
atraccarle un vale cuatro,  
ó un retruco por lo menos.

Despues de que se achicaron,  
por delante la espadilla  
jugó á su vez el prelado.

Como tenia el perico,  
le trucó don Bejarano.

El obispo que guardaba  
la perica con el cuatro  
todavía de reserva:  
— ¡Quiero! dijo, 'esperanzado  
en que la espadilla es triunfo.

Entonces con el caballo  
le hizo la primera baza  
el patron, y... ¡háganse cargo!  
con qué intenciones saldria  
jugando su cinco falso...

A esta carta con un tres  
salió el oidor apretando,  
y al tres con el siete de oros<sup>1</sup>  
la señora le dió palo.

Su ilustrísima que estaba  
con dos triunfos en la mano,  
á pesar que la señora  
le venia forcejiando:  
— ¡Retruco! dijo el obispo,  
dándole tal puñetazo  
á la mesa, que del susto  
echó á disparar el gato.

1— Siete de oros y el de espadas son cartas que matan á los treses en el juego del Truco.

—No me lo asuste al morrongo<sup>1</sup>  
ni á mi mujer... ¡Vale cuatro!  
Y del grito que pegó  
don Faustino, disparando  
con la cola entre las piernas,  
el pelao<sup>2</sup> salió ladrando.

—¡Quiérole...! largó el obispo  
lo mesmo que un cañonazo;  
y al siete de doña Estrella  
le metió ahí mesmo el prelado  
su perica, y muy garifo  
jugó en seguida su cuatro,  
que al truquiflor, ya se sabe,  
es un triunfo soberano.

Al ver tal triunfo en la mesa,  
y que el patron Bejarano,  
que fué el de la flor, no pudo  
apretarla, y no contando  
con su prima para nada,  
gritó el oidor muy ufano:  
—¡Que viva mi compañero!

—Primo, te has equivocado  
y yo quiero corregirte,  
díjole con mucho garbo  
doña Estrella. Decí, primo:  
¡que viva este dos de bastos!...  
Y como una tapadera  
lo puso encima del cuatro,  
dejándolo á su pariente  
con las quijadas colgando.

Al mirar así al oidor,  
le dijo serio el prelado:

1—Morrongo: así llaman á los gatos.

2—Pelao: perro de la raza ó tamaño de los podencos, pero que  
nace sin un solo pelo en la piel y así vive siempre.


—No me siga haciendo señas;  
usté, amigo, me ha engañado,  
y me ha hecho perder el truco  
causa de haberme mirado,  
abriendo ¡tamaños ojos! <sup>1</sup>  
pues yo retruqué confiado  
en que usté tenía el dos...

—¡Qué abiertos ni qué cerrados!  
respondió luego el oidor:  
no, señor; no hay que negarlo:  
¡El truco lo hemos perdido,  
porque no lo hemos ganado!

---

## LVI

UN ACCESO DE LOCURA.—LOS ULTRAJES.—LA MANSEDUMBRE DEL  
OBISPO.—LAS VISITAS.—EL BERGANTIN VOLADOR.—NOTICIAS DE  
BONAPARTE.

OMO sucede en el truco:  
cuando el obispo perdió,  
sin pensar el *vale-cuatro*, <sup>2</sup>  
al instante se quedó  
sin ganas de jugar más,  
y un poco de mal humor;  
pero, al ver que entró la loca,  
su ilustrísima esperó  
divertirse á costa ajena.

1—Abrir y cerrar rápidamente los ojos es el modo ó señal con que al truco se le indica al compañero el tener la primer carta de triunfo.

2—Vale cuatro: lance en que se ganan ó se pierden cuatro fichas.

No fué así; la viuda entró  
de luto muy rigoroso,  
como que se lo estrenó  
por primer vez ese día,  
y eso la destornilló  
á la cuenta, pues de entrada  
á ninguno saludó,  
y al lado de su madrina,  
medio inquieta se sentó,  
apenas un instantito,  
porque luego se paró  
y á mirar de arriba abajo  
al obispo principió  
gruñendo medio entre dientes.

El prelado la miró,  
y como le conocia  
las viarazas, sonrió  
diciendo con mansedumbre:  
«Creo que esta noche yo  
seré irremediabilmente  
*el pavo de la funcion;*  
pero sufriré, y que sea  
todo por amor de Dios.»

Al decir esto el obispo...  
— ¡Qué suerte, dijo el oidor,  
será que á mí no me saque  
á bailar el pericon  
esta loca, que me da  
tantísima compasion!

La pobre loca seguia  
de firme mirandoló  
al obispo, y con los ojos  
quería comerseló.

A pesar de eso, y siguro  
completamente el patron  
que Azucena les daría

un rato de diversion...  
—Díme, Azucena, le dijo,  
¿no conoces al señor?...  
señalándole al obispo.

—Sí; la loca contestó  
con impaciencia notable:  
sí mi padrino, ¡pues no!  
lo conozco y lo aborrezco  
á este viejo saltiador,  
aunque como mojjanga  
se ha disfrazao de intencion,  
poniéndose la camisa  
encima del leviton.  
¡Condenao! ¡Maldito sea!  
este brujo asesinó  
á Berdun en la Vitel...

—No, Azucena: no fuí yo,  
dijo el obispo riyendo:  
pues todo el mundo se echó  
á reir como reventando,  
mientras la loca siguió  
con su tema; hasta que allí  
doña Estrella la sentó  
muy cariñosa á su lado,  
diciéndole: — Es un error  
ese en que estás, Azucena:  
porque te asiguero yo  
que este es el señor obispo  
que á la Estancia de la Flor  
fué, á las fiestas que allá hicimos  
cuando Angel se bautizó  
en Chascomun. ¿No te acuerdas,  
que tambien te confirmó  
el señor obispo allí,  
y luego te regaló  
un cartucho de confites...?

Azucena se quedó  
como en dudas, por un rato;  
y, al verla en tal suspension;  
—No dudes más, ahijadita,  
la señora repitió;  
porque si dudas me agravias,  
cuando bien sabes que yo  
te quiero, y nunca te engaño.  
Puede ser que el matador  
de tu marido esté aquí  
en la sala; pero no  
ha sido el señor obispo.  
A ver; míralo al señor;  
dijo en broma doña Estrella  
señalándole al oidor.

—¡Por la Virgen! no le digas  
nada más, le suplicó  
el primo...

Pero Azucena  
dijo:—Ni preciso yo  
que me digan nada más;  
porque (díjole al oidor)  
ahora, sí, ya estoy segura  
que es usted el gaucho ladrón  
que asesinó á mi marido.  
¡So pícaro, malhechor!  
de balde anda de casaca.  
A ver; desnudenmeló,  
y sáquente la camisa:  
verán la marca que yo  
le puse cuando pensé  
ensartarle el asador.  
Ahora lo verán si es él:  
que no se escape ¡por Dios!...  
Y llorando les pedia  
al obispo y al patron  
le ayudasen allí mesmo  
á desnudar al oidor.

Estando en ese delirio,  
aletargada cayó  
en brazos de doña Estrella,  
que tristemente lloró.

Felizmente en ese instante  
el médico Gafaró  
con otros tres caballeros  
entraron de buen humor  
á la sala, sin saber  
nada de lo que ocurrió  
antes de que ellos entraran;  
y nada se les contó.

Cuando entraron, don Faustino  
en general preguntó:  
— ¿Qué traen ustedes de nuevo?

— Algo traímos: respondió  
el menos viejo de aquellos  
llegados con el doctor.

— Vamos á ver, ¿qué nos cuentan  
ustedes? dijo el oidor.

— En las gacetas que ha traido  
el bergantin Volador,  
que con ciento ochenta dias  
de feliz navegacion  
desde Cadiz hasta acá  
esta mañana llegó,  
por ser barco muy velero,  
nos dicen: que Napolion  
Bonaparte es un tirano  
hereje, y usurpador  
horroroso, á quien la Uropa  
le ha tomado un odio atroz,  
porque se la va tragando  
con insaciable ambicion,  
ahora que lo han coronao

haciéndolo emperador.  
Ahí tienen lo que se dice  
del franchutí sabliador.

— Pues eso, dijo el obispo,  
es poco en comparacion  
de lo que me han dicho á mí,  
no hace mucho. Escuchenlo.  
Me han dicho, claro, en mi cara,  
que yo soy un saltiador,  
una mojiganga, un brujo  
y un condenao matador...

— ¡Virjen santa! ¿Quién ha dicho,  
ilustrísimo señor,  
todos esos sacrilegios?  
preguntaron á una voz.

— No está muy lejos de aquí,  
el obispo respondió;  
bien cerca está: que lo diga  
mi compañero el oidor,  
á quien le han dicho también  
que es un gaúcho malhechor,  
aunque viste de casaca,  
siendo asesino, ladrón,  
y marcao en las espaldas...

— Vamos: ya conozco yo  
á la infeliz que esas bromas  
ha dicho, dijo el doctor,  
riyéndose á su pesar.

A este tiempo levantó  
Azucena la cabeza,  
y al primer hombre que vió  
de los que estaban allí,  
fué al médico Gafaró.

— ¿Cómo se halla usted, amiguita?  
el doctor le preguntó.

A eso, con triste sonrisa  
Azucena respondió,  
dándole afable la mano:

— Cuanto me alegro, señor,  
de verlo, y poder decirle  
que sigo mucho mejor  
día por día: á pesar  
que hoy he tenido dolor  
en la cabeza y modorra;  
pero ya se me pasó  
con dormir: aunque he soñado  
cosas que quisiera yo  
no recordarlas ni en sueños,  
porque me causan horror:  
y, no sé, no sé, Dios mio!...

En ese instante el patron,  
por distraerla, dijolé:  
— Azucena, miraló,  
aquí está el señor obispo.

— Ya lo veo, sí, señor:  
y á besarle la sortija  
al obispo se acercó.

El prelado conmovido  
echóle su bendicion,  
despues que humilde la viuda  
el anillo le besó:  
y luego muy expresiva  
dióle la mano al oidor.

En seguida, atentamente  
de todos se despidió,  
y con su amable madrina  
de la sala se marchó  
abatida, pero linda  
en todo, á la perfeccion.

## LVII

LA ARENGA DEL PATRON.—LOS OIDORES RONCADORES.—LA RABIETA DE DON FAUSTINO.—CUATRO VERDADES.

**C**OMO dije antes que de algo le sirvieron á Azucena sus locuras, á probarlo ahora voy á la evidencia. Váyanme, pues, escuchando: dijo Vega á sus oyentes.

Despues que se retiraron de la sala doña Estrella y su ahijada, se quedaron, lo menos media hora larga, sin jugar los *tortulianos*; <sup>1</sup> porque allí se les volvió el patron, gauchi-abogado; y les soltó en una arenga todos *los rollos* del lazo. <sup>2</sup>

Quedáronse, como he dicho, sin jugar los *tortulianos* divididos en dos grupos, compadeciendo y hablando

1—Tortulianos: tertulianos.

2—Todos los rollos del lazo: un buen enlazador recoge su lazo de 15 brazas lo menos de largo, y lo reduce á muchos rollos que los toma con la mano izquierda, en la cual lleva tambien las riendas del caballo: pero al tirar el lazo para enlazar alguna bestia, con la mano derecha revolea la *armada* del lazo que es gran lazada, y entonces es cuando por fantasía, de la mano izquierda suelta uno por uno todos los rollos del lazo á la distancia antes dicha.

de la infeliz Azucena,  
y de lo muy intrincado  
que era probarle el delito...

— ¡Qué es eso que están hablando!  
no digan barbaridades.  
¿Qué delito, ni qué diablos,  
(con permiso del Obispo),  
dijo el patron Bejarano,  
piesan ustedes probar...?  
ustedes, digo, porque hablo  
delante de tres oidores  
por mi primo principiando,  
que oye poco y ronca mucho  
en el tribunal sentado,  
donde duerme á pierna suelta:  
á lo que están habituados  
tambien el que tengo al frente  
y este otro que esta á mi lado:  
á quienes yo los he visto  
que se largan bostezando  
del tribunal, sin saber  
de lo que allí se ha tratado,  
y sin hacer más, por fin,  
que escrebir un garabato:  
cosa que hacen, cuando más,  
dos ó tres veces por año.  
Esta es verdá: como es cierto,  
que el preludeo que he largado  
es propio de mi caráuter:  
no se anden pues cosquillando,  
tengan paciencia y aguanten,  
porque yo soy campuzano,  
pero, al clavar el rejon,  
ya sé los güeyes con que aro.

Siendo así, escuchen con calma,  
conforme yo he aguantado  
el que ustedes, en la causa  
de Azucena, haigan lerdiado

para declarar que no hay  
tal delito ni intrincado :  
y hacen ya veintidos meses  
á que siguen mañeriando  
y aburriéndonos á todos.

No hay pues, tal enmarañado  
en ese brutal proceso  
que el alcalde embalconado,  
á quien todos conocemos  
por hombre precipitado  
á decir barbaridades,  
como nos lo ha demostrado  
en público, y ya sabemos  
que ese hombre destornillado  
en San Vicente á mi ahijada  
le hizo alzar, mal informado  
por un funesto sargento,  
que los Indios espantaron  
en la Vitel, al instante  
en que hirieron á Genaro.

El sargento ese fatal,  
esa mañana asustado,  
se encontró con Azucena,  
por desgracia en un estado  
de delirio ó de locura  
y dolor desesperado  
por la muerte de su esposo :  
ahi tienen el intrincado.

Mi ahijada no estaba en sí  
en aquel momento aciago ;  
y, porque al torpe sargento  
de un modo desatinado  
le dijo Azucena allí  
lo que le ha dicho al prelado  
y á mi primo, hace un momento,  
el sargento atropellado  
la hizo amarrar como á un Cristo,

sin conocer el estado  
en que mi ahijada se hallaba  
en aquel instante amargo.

Despues, amarrada ansí,  
en las ancas de un caballo  
la hizo montar, y de allí  
salió el hombre disparando  
á llevarla á San Vicente,  
donde la entregó azorado:  
y el alcalde del balcon  
remachó por fin el clavo  
de la locura en mi ahijada...  
despues de haberla encerrado  
en un calabozo inmundo,  
y de allí haberla sacado  
más loca que cuando entró,  
para hacerle el sainetazo  
que hizo, levantandolé  
el proceso que ha formado,  
solamente porque allí  
el sargento y dos soldados  
de la partida asustada  
por los Indios, declararon  
diciendo: «Que en la Vitel  
quedaba muerto Genaro,»  
sin más averiguacion;  
porque, ni se le arrimaron  
para ver si estaba muerto  
ó tan solo lastimado.

Me han dicho que únicamente  
en eso que declararon  
los dos soldaos y el sargento,  
el alcalde se ha fundado  
para achacarle á mi ahijada  
el crimen de asesinato;  
y tambien en que fué presa  
con un puñal en la mano;  
y además, en que tenia  
todo el vestido manchado

con la sangre del marido  
poco antes apuñaliado:  
y que con tales indicios  
estaba cuasi probado  
que la viuda debe ser  
quien lo habia asesinado...  
á juicio del Montañes.

Pero ¡por Dios soberano!  
esos no pasan de indicios,  
y yo, sin ser abogado,  
digo: que eso no es bastante  
para que se le haga un cargo  
tan infamante á mi ahijada:  
porque no seria extraño  
que el pobrecito Berdun  
que fué siempre desgraciado,  
y no pudo adelantar  
en quince años de trabajo,  
infatigable, juicioso  
y completamente honrado,  
hallándose reducido  
al más pobrísimo estado,  
despues de que los salvajes  
su propiedá le quemaron,  
y que ni un solo ternero  
en su estancia le dejaron:  
y siendo además un hombre  
puntilloso y delicado,  
pues vivió toda su vida  
del sudor de su trabajo,  
y que á naides molestaba,  
pues á mí, siendo mi ahijado,  
ahora poco en su infortunio  
muchas veces se ha negado  
á recibir mis socorros;  
¿qué tendria pues de extraño,  
que en su triste situacion.  
demente ó desesperado,  
en un momento fatal

él se hubiera suicidado  
con ese mismo puñal  
que á mi ahijada le encontraron?  
ó, ¿quién sabe si ese día  
los salvajes no mandaron  
algun Indio de bombero, <sup>1</sup>  
y ese Indio mató á „Genaro“?  
porque en ese mismo instante  
de su muerte atropellaron  
los Pampas á la Vitel  
y su rancho le quemaron.

Puede esto haber sucedido,  
y yo me siento inclinado  
á creerlo; porque Azucena  
se acuerda de haber quemado  
con su marca al asesino:  
y es un tema continuado  
que, hoy mesmo, acá la infeliz  
furiosa lo ha recordado  
en presencia de mi primo  
y delante del prelado.

Últimamente, señores:  
yo, Faustino Bejarano,  
asiguro por mi honor,  
y con mi fortuna afianzo,  
que mi ahijada está inocente:  
pues, habiéndola educado  
en nuestra casa, sabemos  
sin duda, que hemos formado  
una virtuosa mujer,  
y una esposa que no ha dado  
jamás el menor disgusto  
á su esposo infortunado.

Y digo más: ¡oiganló!  
pues voy á explicarme claro,  
aunque les haga cosquillas:

I.—Bombero: espía de vanguardia.

si hasta hoy no se ha declarado  
de Azucena la inocencia  
es porque siguen *lerdiando* <sup>1</sup>  
los jueces en ver su causa,  
como están acostumbrados  
á dormir sobre las otras;  
pero, no tengan cuidado,  
déjense no más andar,  
porque yo hago poco caso  
de las mañas de los jueces:  
así es que, en este verano...  
dígoles (entre parientes)  
me mando mudar al campo  
con mi mujer y mi ahijada,  
si no me ponen atajo <sup>2</sup>  
los chochos del tribunal,  
y voy del todo confiado  
en que curaré á mi ahijada;  
y si la curo, me encargo  
de trairla adonde me ordenen,  
si así fuere necesario.  
No tengo más que decirles.

—Sí: Faustino, andate al campo,  
el dia que se te antoje,  
luego allí le contestaron  
los tres oidores que estaban:  
pero, esta noche aguardamos  
que acá nos des chocolate,  
pues ya lo ves: cabeciendo  
nos ha dejao tu discurso,  
y ya queremos *largarnos*  
diciéndote al despedirnos:  
andate, Faustino, al campo,  
y por allá nos veremos,  
si Dios quiere, este verano.

1—Lerdiando: calmosamente.

2—Atajo: impedimento

## LVIII

LA VILLA DEL PERGAMINO.—EL VERANEO.—EL CURATO.—LOS  
RECUERDOS DE «LA FLOR».

**E**N Buenos Aires andaba  
el rumor acreditao  
que las pases, ó el tratao  
con las Indiadas, ya estaba  
cuasi, cuasi terminao.

Y eso mesmo se pensaba  
del campo en las poblaciones,  
viendo ya los mansejones  
que en sus toldos se aguantaban  
los Indios sin dar malones.

El verano principiaba,  
cuando salió don Faustino  
con su familia en camino  
para su estancia, que estaba  
cerquita del Pergamino.

Pero, ni apurando el coche,  
no era posible el llegar  
á la villa, sin pasar  
en el camino una noche  
para medio descansar.

Ansí fué, en Giles <sup>1</sup> pasaron  
la noche cómodamente;  
y de allí al dia siguiente

1—Giles: pueblito de campaña.

al Pergamino llegaron  
con zozobra solamente:

Fijándose en que Azucena,  
cuanti-más se mejoraba,  
tanto más se acongojaba  
día por día, y más pena  
en su semblante amostraba.

Todo lo que era debido  
á que la infeliz perdió  
el juicio, al punto que vió  
asesinar al marido;  
y, como se enloqueció...

Aunque luego fué acusada  
del crimen, á esa ocasion,  
ofuscada en su razon  
dos años vivió privada  
de saber su acusacion.

Pero, luego que se vido  
en estao de comprender  
su situacion, y al saber  
que acusada habia sido,  
pricipió á desfallecer;

Y, no queriendo afligir  
á sus padrinos, sufría  
su pena, y se consumía;  
deseando pronto concluir  
la vida que aborrecía.

A la muerte de Berdun  
dos años y un mes hacian;  
y cada vez lo sentian  
más y más en Chascomun,  
donde tanto lo querian:

Pero, ninguna noticia  
tocante á quien lo mató,

hasta entonces no llegó  
con certeza á la justicia  
por más que la procuró.

Solo el juez de San Vicente  
fué el único que mandó  
aquel enriedo que armó,  
cuando como delincuente  
á la viuda procesó.

Mas, desde su *mocedá*  
ese juez fué sin agüelo  
de cantimpla, <sup>1</sup> y bajo el pelo  
tenia la enfermedad  
*de pajaritos* al vuelo. <sup>2</sup>

Pues, ni debió suponer  
que Azucena habia sido  
criminal, siendo sabido  
que esa virtuosa mujer  
adoraba á su marido.

Pensando así, el rastriador  
Anselmo, aquel San-Juanino,  
decia: «Que el asesino  
del capitan Vencedor,  
era su mesmo sobrino»:

El caciquillo Manuel,  
que agraviao se le escapó  
á Berdun, que lo agarró  
prisionero, «el dia aquel  
en que herido salí yo...»

Así, Anselmo se expresaba  
al *nudo* y de alabancioso,  
muy *trompeta* <sup>3</sup> y rencoroso:

1—Cantimpla: tonto, ignorante.

2—Pajaritos al vuelo: accesos de locura.

3—Trompeta: hombre ruin, despreciable.

cuando un crimen le achacaba  
por venganza á un guapo mozo.

Siendo de advertir al caso,  
que *en regla peliandoló*,<sup>1</sup>  
ese Manuel le prendió  
al San-Juanino un chuzazo,  
y esto nunca lo olvidó.

Pero, voy perdiendo el tino:  
dijo Vega el payador,  
y por moralizador,  
el viaje de don Faustino  
he cortao á lo mejor.

Dispensen, pues la memoria  
ya me va medio flaquiando;  
bien que por fortuna es cuando  
al remate de esta historia  
mucho me voy acercando.

Prosigo, pues. — El patron,  
cuando de Giles salió  
ese dia, se apuró;  
y despues de la oracion  
cuasi loco se volvió.

Porque tuvo un arrebató  
de alegría repentino,  
cuando con su esposa vino  
á bajarse en el curato  
de su hijo en el Pergamino.

¿Y Azucena? Háganse cargo  
del gozo que sentiria,  
cuando á ver feliz volvia,  
despues de un tiempo tan largo,  
á quien tanto la queria:

I—Peliandoló: combatiéndolo.

Pues Angel nació en la estancia  
de la Flor, donde se criaba  
Azucena, y lo cargaba  
al patroncito en su infancia,  
y en la cuna lo arrullaba.

¡Cuánta sorpresa esa noche  
de placer tuvo el curita,  
y su familia todita!  
luego, al bajarse del coche,  
¡qué extremos! ¡Virgen bendita!

¡Qué de abrazos se pegaron!  
¡qué de cariños se hicieron  
unos á otros! ¡cómo fueron  
recibidos, y gozaron  
los dias que allí estuvieron!

Pero, complacencia y pena  
tuvo el bondoso curita,  
cuando abrazó á su amiguita  
la inconsolable Azucena,  
¡y la miró tan marchita!...

— No te aflijas, le decia:  
pues Dios es justo y clemente,  
y su poder no consiente,  
que la calunia ó falsía  
mortifique á un inocente.

Consolate, pues ya estás  
con nosotros, hermanita.  
Aquí serás cuidadita  
y todo lo olvidarás:  
espero en Dios, amiguita.

— ¡Angel! Quizá olvidaré  
la muerte de mi marido,  
pues así Dios lo ha querido;  
pero, en vida, no podré  
jamás echar en olvido...

Dijo llorando Azucena,  
que de esa muerte ¡acusada  
he sido yo!... ¡La enlutada!  
esa amarguísima pena  
podré olvidarla... enterrada!

A eso el cura repetía  
lleno de esperanza y fe:  
—No, por Dios: consuelaté.  
Ya no está lejos el día  
en que feliz te veré:

Pues tengo el presentimiento  
de que muy pronto serás  
dichosa, como jamás,  
porque Dios hará un portento  
para eso: ya lo verás.

—Si eso esperas, hermanito,  
también debo esperar yo,  
Azucena respondió;  
porque tú eres un bendito...  
Y las manos le besó.

En esta conformidad  
religiosa, se apartaron  
á esperar, y no esperaron  
mucho á la felicidad  
tan completa á que llegaron.  
.....

Ahora, pues, permitanmé,  
dijo Vega, el levantarme;  
voy á medio refrescarme  
y al momento volveré.

---

## LIX

LA ESTANCIA DE LOS MILAGROS.—LA FONDA DE LOS MOGOLLO-  
NES.—LAS BUENAS NOTICIAS.—LA PAZ ARREGLADA.

**D**ON Faustino y su familia  
dos días no mas pararon  
en la villa, con el cura,  
sin moverse del curato:  
donde, por supuesto, fueron  
diariamente visitados  
por toda la gente honrada  
que había en el vecindario;  
y tambien por la familia  
del Mellizo apostemado,  
á cuya hijita el patron  
allí le hizo un buen regalo.

Al tercer día despues  
que en el curato almorzaron,  
contentos y cariñosos  
del cura se separaron,  
prometiéndole volver  
de continuo á visitarlo:  
y á las diez de la mañana  
al Pergamino dejaron.

La nueva estancia que al norte  
pobló el patron Bejarano,  
se hallaba sobre una loma  
en las puntas de Ramayo;  
y por nombre le pusieron  
« la Estancia de los Milagros. »

No estaba del Pergamino  
sino á dos leguas y cuarto,  
de manera que de allí,  
por paseo hasta el curato,  
siempre dia de por medio  
de mañana en el verano,  
el patron y las señoras  
se venian á caballo,  
pues que para un galopito  
era delicioso el campo,  
y el trébol <sup>1</sup> recién nacido  
soltaba olor delicado  
luego que lo reventaban  
las patas de los caballos.

El caserío en aquella  
estancia de los Milagros,  
era, sin ponderacion,  
una especie de palacio...  
digo yo, como el mejor  
de los que he visto pintados  
en esos *titiilmundis*  
que amuestran los Italianos  
de noche, en la vereda ancha, <sup>2</sup>  
en cajones alumbrados,  
y con vidrios por afuera,  
cada vidrio como un plato.

Todas las comodidades  
á que estaba acostumbrado,  
tenia allí don Faustino:  
porque era hombre acaudalado

1—Trébol: planta silvestre muy olorosa y abundante en la campaña de Buenos Aires.

2—La vereda ancha: en aquel tiempo la formaba toda la cuadra ó acera en donde hoy está la recoba nueva en la plaza de la Victoria. Entonces los edificios de esa cuadra eran todos de techos de teja, y la vereda ancha era de ladrillo y de cinco varas de ancho, en cuya orilla exterior se colocaban multitud de tendejones ó *bandolas* en las cuales se vendian infinidad de cachivaches; y entre ellos hasta la *bula*. Allí pues se mostraban tambien esos *titiilmundis*, ó pequeños panoramas.

y tan voraz <sup>1</sup> de rumboso,  
que, habian averiguado,  
que él solo con su familia,  
para vivir regalado,  
gastaba tanto en un día  
como el virey en un año.

Alviértase que la estancia  
tenia, por decontado,  
buena chacra, linda quinta,  
un jardín que era un encanto,  
árboles de todas layas,  
especialmente paráisos,  
y esos fragantes aromos <sup>2</sup>  
que dan botones dorados:  
ricas frutas y verduras,  
aves de todo tamaño,  
corderos gordos, lechones,  
conejos, y hasta pescado  
se agenciaba algunas veces:  
y, como con mucho agrado  
recebia á los amigos  
que iban allí á visitarlo,  
era su estancia una fonda  
de mogollas <sup>3</sup> en verano.

En fin: dejemos por ahora  
la paja, y vamos al grano.

El veintiocho de diciembre  
de mil ochocientos cuatro,  
hacia ya dos semanas  
á que el patron Bejarano

1--Voraz: se le llama en la campaña al que gasta ó derrocha mucho dinero por lujo ó fantasía.

2--Aromos: se les llama á los árboles de *Espinillo*, los cuales producen unas flores como botones de oro que las damas argentinas las mezclan con azahares, y entonces esa mistura produce la fragancia mas suave y mas deliciosa que puede desearse.

3--Mogollas ó mogollones les llaman á las personas que buscan siempre el comer de balde en casa ajena, sin gastar nada.

con su familia habitaban  
la estancia de los Milagros.

Ese día doña Estrella  
y el patrón se levantaron  
muy tempranito, pero antes  
había ya madrugado  
alegrecita Azucena.

Al verla así, se alegraron  
la señora y don Faustino,  
y quisieron á caballo  
sacarla á pasear viniendo  
á la misa del curato,  
que se decía á las ocho;  
y, como estaban á un paso  
de la iglesia, muy á tiempo  
de un galopito llegaron;  
oyeron misa, y después  
con el curita almorzaron,  
quien les dió unos *chunchulines* <sup>1</sup>  
que los dedos se chuparon,  
y unos pichones de loro <sup>2</sup>  
perfectamente guisados.

De la mesa todavía  
no se habían levantado,  
al tiempo que el sacristán,  
con un papel imprentado,  
que acababa de llegar  
del pueblo, <sup>3</sup> entró muy ufano  
diciéndoles: — ¡Caballeros!  
Buenas noticias les traigo...  
y, para que las leyera,  
se las dió á don Bejarano.

1.—Chunchulines: son los intestinos ó las tripas mas finas de una vaca ó novillo, pues son muy sabrosas.

2.—Pichones de loro: riquísimos son los pichones de los loros barranqueros de la campaña de Buenos Aires, donde los comen guisados de un modo especial y apetitoso.

3.—Del pueblo: de la ciudad de Buenos Aires.

El tal papel se llamaba entonces: *El Telebrajo*,<sup>1</sup> el cual decía esa vez, que, de las paces el *pato* ó convenio con los Indios, lo había el virey firmado el veinticinco en el Fuerte,<sup>2</sup> adonde se lo aprobaron muy conformes seis caciques de aquellos mas respetados por los Indios: y que, ya en esas paces confiados, (decía el mismo papel) deberían los cristianos como amigos á los Indios recibirlos y tratarlos: como ir á sus tolderías sin recelo ni cuidado de que allá los agarrasen: pues, también rezaba el *pato* del referido convenio, que, á partir del día cuatro de enero del año entrante, los cautivos que agarraron los Indios, y estén entre ellos siendo cautivos cristianos... sin quedarse con ninguno, debían ser entregados por los Pampas, y en los puntos adonde los cautivaron en cualquier tiempo y edá, y fueran hembras ó machos.

— ¡Bendita sea la paz,  
y el Señor sea alabado!  
dijo el curita gozoso  
y á todos felicitando.

1—El Telebrajo: el Telégrafo, era el título del periódico único que en ese tiempo se publicaba en Buenos Aires.

2—El Fuerte: el palacio del virey entonces era el fuerte en donde hoy reside el presidente de la República.

-- ¡Y que la Virgen permita,  
dijo Azucena llorando,  
que yo vea á mi cuñada  
la Lunareja, que tanto  
la queria y se acordaba  
de ella mi pobre Genaro!

— Y, tambien permita el cielo,  
dijo el patron Bejarano,  
que yo vea lo que espero  
en su justicia confiando...

A su ahijada doña Estrella  
entonces le dió un abrazo,  
y besándola en la frente  
le dijo:— Anoche he soñado  
que vas á ser muy feliz  
el dia menos pensado.

.....

A las doce, en ese dia,  
habian ya regresado  
muy contentos á la estancia,  
por las noticias del *pato*  
y las paces con los Indios:  
así es que determinaron  
don Faustino y su señora  
el montar siempre á caballo,  
y desde el dia siguiente,  
dia por dia temprano,  
seguir yendo al Pergamino  
á oír la misa del curato,  
hasta la pascua de Reyes  
que se venia acercando:  
y, ahora verán esas misas,  
al fin en lo qué pararon...<sup>1</sup>

1 — ¿En qué pararán esas misas? Así dice un antiguo refran español.

## LX

LA INVOCACION GAUCHA.—EL LINDO NACIMIENTO.—LA ESTRELLA DE LOS MAGOS.—EL LUJO DEL PESEBRE.—LA MALDICION Á LA MULA.

«¡**M**ÍRGEN Santa de Lujan!  
¡madre de Dios soberano!  
que sois en nuestra campaña  
la abogada de los gauchos.

«¡Y vos tambien, madre mia  
y señora del Rosario!  
abogada de imposibles  
y de los desamparados:  
dénmele á mi pecho voces  
y expresiones á mis labios,  
ahora, al fin, que esplicar debó  
los prodigiosos milagros  
que tan repetidas veces  
ha hecho Dios en estos campos.

«¡Señor de la Redencion!  
que fuistes crucificado  
hasta morir en la cruz:  
y en gloria resucitado  
á la diestra de Dios padre  
y del Espíritu Santo,  
para *insecula* sin fin  
sereis de genero humano  
juez, y eterno protetor  
misericordioso y sabio.

«Por vuestra pasion y muerte,  
yo, mal coplero y negado,  
á causa de la inorancia

con que he vivido en el campo:  
que ilumineis mi memoria,  
Dios mio, os pido postrado:  
y tambien que á mis palabras,  
de expresivas les deis algo,  
porque no podré explicarme  
sino como un rudo gaucho,  
ahora que de tu clemencia  
voy á contar los milagros.»

Despues de su invocacion,  
sentándose el gaucho Santos  
recorrió su pensamiento  
en el semblante amostrando,  
que iba á contar con placer  
sucesos afortunados ;  
y seguidamente dijo  
en tono alegre y pausado...

El primer dia de pascua  
de Reyes al Pergamino,  
á las diez de la mañana,  
aun no habia aparecido,  
y ya quasi no esperaban  
que viniese algun cautivo  
de los que soltar debieron,  
el dia cuatro, los Indios.

Deseosos de ver algunos,  
el dia seis tempranito,  
despues de nacer el sol,  
doña Estrella, don Faustino,  
y Azucena madrugaron  
y salieron en camino  
desde la Estancia al curato  
antes que fueran las cinco;  
y una preciosa mañana  
en ese dia les hizo.

¡Qué fragancia la de aquellos  
árboles del paraiso!  
¡la del jardin y del campo!

¡Qué cantar los pajaritos;  
y qué jugar saltando  
las cabras y los cabritos!

¡Qué celajes al Naciente,  
de topacios y rubizos,  
hizo el sol cuando empezaba  
á nacer! ¡y qué fresquito  
tan delicioso soltaba  
del sur un viento blandito!

¡Qué brillar el pastizal  
con las gotas del rocío,  
donde el sol se reflejaba  
lo mesmo que en espejitos!  
pero, en aquella mañana,  
lo maravilloso y lindo,  
ó para mejor decir,  
lo celestial y divino,  
era ver en todo el cielo  
azul celeste purísimo  
millares de nubecitas  
todas de igual tamaño,  
tan blancas que parecian  
majadas de *corderitos*  
que de los campos al cielo  
á echarse habian subido:  
celajes que por acá  
muchas veces hemos visto.

Pues bien, como iba diciendo:  
poco despues de las cinco,  
con las señoras llegó  
al curato don Faustino,  
y al llegar, en la capilla  
ya el cura habia concluido  
de arreglar para la fiesta  
un nacimiento muy lindo,  
que para la adoracion  
de los Reyes, fué preciso  
agregarle muchas cosas.

Así fué, tres reyecitos,  
del altor de una *limeta*  
cada uno, estaban juntitos,  
recien llegaos de sus tierras,  
un blanco, un negro y un indio:  
á cual de ellos mas garboso  
y ricamente vestido,  
hincados junto al pesebre  
de Jesús recien nacido  
en el portal de Belen,  
que era un *galpon peladito*.<sup>1</sup>

Ahí estaban los tres Reyes  
de rodillas, como he dicho,  
adorándolo á Jesús;  
y queriendo allí mesmito  
entregarle de regalo  
prendas de precio infinito,  
que le hacian mucha falta  
al pobre niño bendito,  
que estaba allí tiritando  
en pelota desnudito,  
porque nació sin tener  
ni camisa el pobrecito,  
pues por toda vestimenta  
tenia un *chiripacito*.

Pero, entre tanto, el pesebre  
era de ¡hilo de oro fino!  
porque así lo mandó hacer  
el cura del Pergamino,  
en lugar de que lo hicieran  
de pura paja de trigo.

En fin, como era el curita  
el hijo de don Faustino,  
todo lo podia hacer  
y todo lo hizo muy lindo.

1.—Peladito: pobre, sin muebles.

¡Qué aperos y qué *chapiaos* <sup>1</sup>  
traiban los tres caballitos  
de los Magos! un *cebruno*, <sup>2</sup>  
un alazan y un tordillo.

Luego, adentro del portal,  
á más de los Reyecitos,  
tambien San José y la Virgen  
estaban cuidando al niño,  
el uno junto á una mula,  
la otra junto á un buey barcino  
que con su resuello estaba  
calentando al angelito:  
mientras la mula al pesebre,  
como era paja de trigo,  
se lo empezaba á comer;  
y por eso la maldijo  
la Virgen, diciendolé:  
¡No parirás! y así ha sido,  
que desde entonces hasta hoy  
ninguna mula ha parido.

Pero lo más asombroso  
que en ese portal se vido,  
(se entiende, en el nacimiento  
que se hizo en el Pergamino  
para esa pascua de Reyes,  
en mil ochocientos cinco),  
fué la Estrella de los Magos.  
Dejuramente, un prodigio  
de resplandor debió ser  
esa estrella, porque la hizo  
otra estrella la patrona  
con los mejores zarcillos  
de diamantes que tenia,  
del tamaño de un cuartillo

1—Chapiaos: pretales con ricas chapas de plata y oro, con que los americanos adornan el pecho y pescuezo de sus caballos.

2—Cebruno: caballo color algo oscuro.

el más chiquito de todos:  
siendo ochenta cabalitos  
con los que armó ese lucero  
la esposa de don Faustino.

Ansí, á la luz de esa estrella  
era un encanto divino,  
almirable, celestial,  
ver la nube de angelitos  
que le cantaban gloriosos  
y al vuelo al recién nacido.

Luego, afuera del portal,  
era todo un laberinto  
de puras preciosidades,  
como casitas, ranchitos,  
arboledas, gramillales,<sup>1</sup>  
sembrados y jardincitos:  
bailarines y pastoras  
que bailaban el *cielito*<sup>2</sup>  
con guitarra y pandereta:  
y las viejas ¡ojo al Cristo!  
en la pastizal sentadas,  
sin querer tomar polvillo,  
por *vichar* cada una á su hija  
cuando entregaba el cuerpito  
para que se le prendiese  
y valsar el pastorcito.

De ahí, el campo estaba lleno  
de albardones, y arroyitos  
y lagunas, donde andaban  
gansos, cisnes y patitos:  
y en el gramillal se vian  
vacas lindas y toritos,  
y yeguitas retozando  
con baguales *clinuditos*.

1 — Gramillales: pastizales de gramilla como se llama cierta calidad del pasto americano.

2 — El cielito: baile de la campaña argentina.

Ansí fué la preciosura  
del nacimiento divino,  
con que celebró en su iglesia  
el cura del Pergamino  
á la pascua de los Reyes,  
en mil ochocientos cinco.

. . . . .


Finalmente, Santos Vega  
sintió que era tardecito,  
porque empezó á bostezar,  
y soñoliento les dijo  
á Rufo y Juana Petrona:  
me estoy quedando dormido  
y lo mesmo están ustedes  
desiando *meniar ojito*.<sup>1</sup>

Por lo que les aconsejo  
que se vayan á su nido,  
y yo, con perdon de ustedes,  
me largo á mi rinconcito.

---

## LXI

EL OIDOR DE LLEGADA. — LA MISA CANTADA. — LA SORPRESA DE  
LOS REPIQUES.—EL APARECIDO.—LA LUNAREJA.—EL VOLIDO DE  
AZUCENA. — EL GRUPO DE LOS CINCO.

OMO tres horas despues  
que llegaron don Faustino  
y su familia al curato,

1 — Meniar ojito: dormir.

*cata-aquí*<sup>1</sup> que el señor primo  
de doña Estrella, el oidor,  
allí se hizo aparecido,  
y en la sala se metió  
luego de golpe y zumbido,  
diciéndoles: — ¡Buenas Pascuas!  
Aquí estoy, porque he venido;  
y con esto digo todo.  
¡Vaya un abrazo, sobrino!  
¡otro á mi prima! ¡otro á tí,  
regañon viejo Faustino!  
y á mi amiguita Azucena  
un amable apretoncito  
de manos y parabienes,  
pues que tan guapa la miró.

Por supuesto, alegremente  
el oidor fué recibido  
y allí no mas, de parao,  
le dijo al cura: — Sobrino,  
mándame dar chocolate  
pronto, espeso y bien batido,  
que aunque vengo desganao  
tomar algo necesito.

— Sí, sí, dijo doña Estrella.  
— Muy bien, repitió el sobrino:  
chocolate con bizcochos,  
tráinganle pronto á mi tío,  
aunque viene desganao.

— ¡No, no! dijo don Faustino;  
porque eso será exponerlo  
á que le dé un tabardillo.  
Déjenlo que se repose,  
y ansí, que beba enterito  
un balde de agua del pozo

1 — *Cata-aquí*: ved aquí, hé aquí.

que le abrirá el apetito:  
pero...

— Aquí está el chocolate,  
velay, tómelo, mi tío,  
díjole el cura: porque  
aprontarme necesito  
para la misa cantada...  
¿que oirá usted?

— Sí, sobrinito,  
dijo el oidor: y de un soplo  
se despabiló el pocillo  
con ocho ó diez bizcochuelos;  
y entonces dijo: Estoy listo;  
iremos pues á la iglesia  
cuando gustes, Angelito.

Al momento repicaron  
las campanas, y al ratito,  
con dos padres forasteros  
amigos del padrecito,  
se hizo una misa cantada,  
grandiosa en el Pergamino,  
con música y *camaretas*<sup>1</sup>  
y cubetes como es de estilo.

Acabada la funcion,  
el cura con sus amigos,  
los otros dos sacerdotes,  
y tragaldabas su tío,  
Azucena, doña Estrella  
y el rumboso don Faustino  
se pusieron á almorzar...  
¡háganse cargo! á lo ricos.

1—Camaretas: cañoncitos de bronce, de un pié de largo y una pulgada de espesor con los cuales hacen estruendos en la iglesia el día de sus fiestas religiosas.

Cuasi acabando el almuerzo,  
oyeron que en el pueblito  
con música y cohetería <sup>1</sup>  
daban vivas repetidos  
cerca de la comendancia,  
donde estaban reunidos  
en muy alegre algazara  
cuasi todos los vecinos.

Por supuesto, en el curato,  
á ese sonar tan festivo  
todos *pararon la oreja*, <sup>2</sup>  
sin saber á qué atribuirlo;  
hasta que dijo el oidor:  
— Quizás se habrán recibido  
grandes noticias de España,  
y estas acá habrán venido...

A este tiempo el sacristan  
que dentro sin ser sentido,  
medio loco de contento,  
por su cuenta y sin permiso  
del curita, y sin tener  
fundamento conocido,  
se les prendió á las campanas  
de la iglesia, y... ¡Cristo mio!  
empezó un repicadero,  
que salieron aturdidos  
todos, menos el oidor,  
que se quedó á dos carrillos  
comiendo un pastel de *choclo* <sup>3</sup>  
y se lo engulló él solito.

Salieron, pues, el patron  
y el cura muy afligidos,  
creyendo que el sacristan

1— Cohetería: quemar muchos cohetes juntos.

2— Pararon la oreja: poner atencion con el oido.

3— Choclo: el maíz tiernísimo aun en la planta.

hubiera perdido el juicio,  
ó se hubiera emborrachao.

El cura, en cuanto lo vido,  
le preguntó al sacristan:  
—¿Qué es esto, don Celestino?  
¿Está usted loco ó *mamao*?  
Respuesta!...

Pero el bendito  
y entusiasmao sacristan  
se hacia el desentendido,  
y *déle guasca*,<sup>1</sup> seguia  
á las campanas prendido,  
repicando y repicando  
como á sacarles el quilo,  
sin hacer caso del cura.

Serio entonces don Faustino,  
díjole allí:—¿Qué demonio  
es el que se le ha metido  
á usted? ¿Díganos por qué  
repica?...

—¿Por qué repico?  
¡por un milagro de Dios!  
pues por mis ojos he visto  
llegar á la comendancia  
¡sano y bueno! ahora mesmito,  
al capitan don BERDUN  
con su hermana y su sobrino.  
¡Velay están! ¿No los ven  
apiándose?

—¡Jesucristo!  
exclamó don Bejarano;  
y corrió llamando á gritos:  
¡Azucena! ¡Estrella! corran,

I—Díle *guasca*: continuar, seguir haciendo algo con empeño.

vengan, ¡Genaro ha venido bueno y sano! ¡Y acá está con su hermana y su sobrino! ¡Gracias á Dios! ¡veanlós!

No fué correr, fué un *volido* con el que salió Azucena á encontrar á su marido, y de placer en sus brazos se le quedó sin sentido.

Allí mesmo doña Estrella, el curita y don Faustino, sobre Azucena y Genero un grupo hicieron de cinco, abrazaos unos sobre otros: y de gozo sosprendidos riyendo y llorando á un tiempo se encontraban confundidos, ya creyendo, ya dudando de ver al APARECIDO.

Cuando Azucena volvió á recobrar el sentido, en los brazos de su esposo, dudaba de verlo vivo; pero, así mesmo mostraba un inmenso regocijo.

En igual caso se hallaban doña Estrella y su marido; lo que no le sucedia al cura don Angelito, porque, con fe y esperanza, de Dios esperó un prodigio que salvara la inocencia de Azucena; y que el castigo tambien Dios se lo daría algun día al asesino.

Pasao el primer momento  
de goces tan repentinos,  
de allí á Genaro á la sala  
con su hermana y su sobrino,  
entre mil demostraciones  
de placer y de cariño,  
los llevaron, al instante  
que en el patio se deshizo,  
donde mesmo se formó,  
aquel grupo de los cinco ;  
pero Azucena siguió  
abrazada á su marido.

Entraron, pues, á la sala,  
todavía sosprendidos  
por el gozo que tuvieron  
al ver al recien venido,  
y al conocer á su hermana,  
pues nunca la habian visto ;  
pero que de su belleza,  
eso sí, habian sabido ;  
y tocante á esa *lindura* <sup>1</sup>  
voy á decir lo preciso.

Treinta y nueve años tendria  
la Lunareja cumplidos,  
cuando con su hijo Manuel  
de los disiertos se vino  
en compañía de Berdun,  
aquel su hermano querido,  
que no murió en la Vitel  
por serle tan parecido.

Esta hermana de Genaro,  
á pesar de haber sufrido  
cautiva de Cocomel  
diez y nueve años cumplidos,  
al fin de su cautiverio

1—Lindura: belleza.

muy poco habia perdido  
de su garbo y donosura:  
ansí llegó al Pergamino  
en el día seis de Enero  
de mil ochocientos cinco,  
siendo Rosa todavía  
de preciosura un prodigio.

¡Qué cabeza y qué garganta!  
¡qué cuerpo tan redondito!  
¡qué brazos como torneos!  
¡qué *pieses*<sup>1</sup> tan arquiaditos!

Hebras de oro eran sus trenzas  
de rubios cabellos finos,  
que en sus espaldas brillaban  
naturalmente esparcidos.

Eran de carmin sus labios,  
y en su sonrisa, al abrirlos,  
entre su preciosa boca  
amostraba dos cintillos  
de dientes como de nacar.

El rosado morenito  
de su rostro era un esmalte,  
donde estaban embutidos  
como luceros sus ojos,  
color celeste subido;  
que á quien se los dirigia  
era como darle un tiro  
de aquellos que el corazon  
le ponen á uno blandito  
para entregarse al amor...

En fin, de los atractivos  
tenia Rosa el conjunto:  
pero, el adorno más lindo  
de su cara era el lunar,

1—Qué pieses: qué piés.

tan crespo y tan renegrado  
y de tan preciosa forma,  
que tenia en un carrillo  
como una flor de azabache :  
y, á ese lunar fué debido  
el que, al fin y para siempre,  
felices hubieran sido,  
ella, su hermano Berdun  
y Manuel el caciquillo.

Luego que estuvieron todos  
en la sala reunidos,  
tomaron asiento en rueda ;  
y mirando de hito en hito  
á Berdun, como dudando  
doña Estrella y don Faustino,  
desconfiaban todavía  
de que allí estuviera vivo,  
aquel hombre á quien sin duda  
muerto lo habian creido :  
y sobre qué le dirian  
se encontraban indecisos.

Genaro les conoció  
ese dudar, y les dijo  
con una voz conmovida :

—No tengan dudas, padrinos :  
yo soy Genaro Berdun,  
gracias á Dios que estoy vivo ;  
y despues de Dios, le debo  
estar aquí... á mi sobrino.

El me salvó en la Vitel,  
el dia que un asesino  
creyó de una puñalada  
haber mi vida concluido ;  
y hasta ahora, quién fué ese aleve  
averiguar no he podido :  
pero ya le he perdonao,

sea quien hubiere sido:  
porque nunca la venganza  
encontró en mi pecho abrigo.

Lo único que en el desierto  
me hizo saber mi sobrino,  
fué, de que los Araucanos  
quemaron el Cardalito,  
por no encontrarse él allí,  
pues que lo habria impedido.

Bien pues, esa madrugada,  
cuando yo fuí mal herido,  
y quedé como un dijunto  
desangrado, y sin sentido,  
mudo, sin habla y sin vista,  
solo en mi catre tendido,  
allí me habría quemao  
adentro de mi ranchito,  
porque ya empezaba á arder,  
cuando á Manuel mi sobrino  
que ni sabia el que yo  
me hallara en ese destino,  
la Providencia lo trajo  
allí, á mi rancho mesmito,  
de adonde un Indio salió  
con mi chaqueta, y le dijo:  
¡OFICIAL BLANDENGUE MUERTO,  
ACÁ ADENTRO, MOZO LINDO!

Al oír al Pampa, Manuel  
entró, y en cuanto me vido  
me conoció, y, de sorpresa  
ó de pesar dando gritos,  
mandó que entraran sus Pampas  
y les dijo: «¡Este es mi tío!  
Genaro Berdun, de quien  
tantas veces les he dicho,  
que para mí en este mundo  
es el hombre más querido:

vamos á llevarlo pronto,  
¡con cuidao, porque está vivo!»...

Manuel, que está aquí presente,  
hasta ahora jamás me ha dicho  
cómo fué que me llevó  
de allí á su toldos consigo.

Yo solo sé que allá estuve  
veinte meses asistido  
por el mismo Cocomel,  
por mi hermana y mi sobrino,  
y dos buenos curanderos  
de los que tienen los Indios.

Despues de esos veinte meses  
enderezarme he podido,  
hasta hoy gracias á Dios,  
del todo restablecido,  
tengo la felicidad  
de hallarme aquí reunido  
á mi adorada Azucena,  
á mis amados padrinos;  
y para alabar á Dios  
al cura del Pergamino.

Ahora por fin les diré:  
que para siempre venimos  
á vivir cerca de ustedes,  
sin recelo de los Indios,  
ni haber agraviao á naides;  
pues Cocomel nos ha dicho,  
abrazándonos á todos  
al tiempo de despedirnos,  
que siempre y en todas partes  
será nuestro buen amigo;  
y que nos hará querer  
y respetar por los Indios.

Cuando Genaro acabó  
su relacion, don Faustino  
á Manuel le dió un abrazo  
muy apretao, y le dijo:  
— ¡Ya lo quiero á usted de veras!  
porque es hombre agradecido.  
Disponga usted pues de mí,  
para siempre, como amigo.

A este tiempo á festejar  
á los que habian venido  
libres de su cautiverio  
y llegao al Pergamino,  
el comendante, el alcalde  
con otros varios vecinos  
y seis músicos, allí  
en el curato mesmito  
tocaron *musiquería*;  
y se alborotó el corrillo  
hasta las seis de la tarde  
que se fueron *divertidos*<sup>1</sup>  
todos los festejadores,  
á costa de don Faustino.

---

## LXII

LA ANEURISMA. — EL MATASANOS. — EL GAUCHO FORASTERO. — EL  
MUERTO REPENTINO. — LA VELADA. — EL VIAJE AL CEMENTERIO.

**L**ENOS de júbilo estaban  
esa noche en el curato,  
sin saber que llorarian,

I — Divertidos: medio ebrios.

al otro día temprano,  
la muerte del infeliz  
Jacinto, el apostemado,  
que esa noche, el día seis,  
espiró sin mas amparo  
que el de Rita su mujer  
y su hijita de cinco años.

De como fué esa desgracia  
voy á referir el caso.

Jacinto, en lugar de un pion,  
tenia solo á un muchacho  
que le ayudaba á sembrar  
y le hacia los mandados,  
con la mejor voluntá  
y por un corto salario.

Como era pascua de Reyes  
ese día infortunado,  
Jacinto, para pasiar,  
le dió licencia al muchacho  
por día y medio, en razon  
que el mocito iba á un *fandango* <sup>1</sup>  
allá cerca de *Arrecifes*, <sup>2</sup>  
en casa de su cuñado  
que se llamaba Pascual,  
y vivia retirado  
de la casa de Jacinto.

Ello es que montó á caballo  
el mocito, y se largó  
despues de haber almorzado.

A las ocho de la noche  
todavía estaba claro  
y como hacia calor,  
Jacinto andaba pasiendo

1 — Fandango: á un baile.

2 — Arrecifes: pueblito de campaña,

muy contento en su quintita,  
y sintiéndose cansado  
quiso, sin duda, sentarse;  
pero allí trompezó en algo  
que lo hizo cair al istante,  
por desdicha boca abajo,  
y con el pecho acertó  
sobre la punta del banco  
en que solia sentarse;  
y en el suelo, largo á largo,  
sin poderse levantar,  
quedó el pobre vomitando  
sangre por boca y narices,  
y mortalmente postrado.

Apenas cayó lo vido  
su hijita, y corrió llorando  
á donde estaba su madre  
y le dió cuenta del caso.

La pobre Rita al istante,  
asustada, disparando  
á socorrer á Jacinto  
fué, y lo encontró boca abajo,  
inmóvil como un dijunto,  
y de sangre sobre un charco.

Poderlo dar vuelta allí,  
le costó tanto trabajo  
como lágrimas y susto;  
pues la infeliz, apurando  
todas sus fuerzas, apenas  
consiguió medio sentarlo  
en el suelo, y sostenerlo  
como muerto entre los brazos;  
mientras le dijo á su hijita  
que se fuera disparando  
á trairle un poncho de abrigo  
y agua del pozo en un jarro.

La niña por fortuna,  
ó por desgracia, á caballo  
vió llegar á un forastero  
formalote, y muy *asiado*; <sup>1</sup>  
pidiendo, porque venia  
con su mancarron cansado,  
que por plata, ó por favor  
le prestasen un caballo,  
para ir á ver á un enfermo  
que tenia que curarlo.

¡Un médico! ¡qué fortuna!  
dijo la niña llorando,  
y le rogó se acercara  
á ver en el triste estado  
en que su padre se hallaba  
en la quinta accidentado.

Era médico el viajero,  
ó mas bien un matasanos  
de mala ciencia y conciencia,  
de aquellos que *faroliando* <sup>2</sup>  
la echan acá en la campaña  
de doctores afamados,  
siendo capaz de matar  
á Cristo resucitado.

El tal médico, al mirar  
que estaba un rocin atado  
á sogá junto á la quinta,  
le dijo á la niña: — Vamos,  
vamos, hijita, al instante,  
porque yo vengo apurado

La niña corrió adelante  
naturalmente, gritando:  
— ¡Mamita, acá está un doctor

1 — *Asiado*: bien vestido.

2 — *Faroliando*: aparentado alguna ciencia á fuerza de charlatanismo.

que por fortuna ha llegado!  
aquí viene á ver á tata;  
consuélese, va á curarlo.

Fué el dotór, y vió á Jacinto  
todavía entre los brazos  
de su esposa inconsolable;  
y el médico sin pulsarlo,  
nada más que al ver la sangre  
que Jacinto vomitando  
había echado del pecho,  
dijo el dotór... ¡Malo, malo!

Luego medio lo pulsó;  
y Rita anegada en llanto  
entonces le preguntó:  
— Señor ¿qué remedio le hago?  
aconséjeme, por Dios...

— Señora, yo soy muy claro,  
dijo el dotór, y no encuentro  
más remedio que enterrarlo,  
pues su marido está muerto,  
y no hay cómo remediarlo.

— ¡Misericordia de Dios!  
exclamó Rita llorando.  
¡Muerto mi pobre marido!  
¡y yo aquí tan sin amparo!  
¡Ah, señor! Por caridá,  
ayúdeme usted á llevarlo  
hasta la cama, pues yo  
sola no podré cargarlo.

— Eso sí puedo hacer yo,  
dijo el dotór apurado;  
y también le ayudaré  
si usted quiere amortajarlo,  
porque no me queda duda  
que su marido ha espirado

á causa de una *norisma*  
que ahora se le ha reventado,  
y eso no tiene remedio.  
Ansí, vamos á llevarlo.

A Rita en ese momento  
los alientos le faltaron  
para cargar el dijunto:  
y fué en ese instante, cuando  
otro hombre desconocido  
se abajó allí del caballo,  
y al ver que en la quinta estaban  
afligidas y llorando  
una mujer y una niña,  
sin alientos, y tratando  
de cargar, al parecer,  
á un hombre muy lastimado...  
allá fué el recien venido  
con el sombrero en la mano  
(y puede ser que sabiendo  
adonde se habia apiado),  
y le suplicó á la viuda,  
mostrándose apensionado,  
le permitiera cargar  
á su enfermo hasta acostarlo.

—¡Qué enfermo! dijo el dotor:  
este es un muerto, paisano,  
y es hombre á quien yo queria  
mucho, por ser un ahijado  
de mi compadre y amigo  
don Faustino Bejarano,  
Y este muerto á quien conozco  
hacen ya más de siete años,  
es Jacinto Salvador...

—Es verdá, dijo llorando  
la triste viuda; es Jacinto,  
el mesmo que usted ha nombrado,  
señor dotor: es mi esposo;  
vamos, vamos á llevarlo.

Después de esto, los dos hombres,  
solos, de allí lo cargaron  
al dijunto hasta su cama,  
y ya estaba frío helado.

Ahora bien: aquel doctor  
que allí se había alabado  
de tener con don Faustino  
mucho amistad y compadrazco,  
á pocos días después  
se supo de un modo claro  
que había sido el cochero  
más ruin de don Bejarano.  
Así fué que de la casa  
de la viuda, muy callado,  
se largó sin despedirse;  
pero desató el caballo  
del dijunto, lo ensilló,  
y dejó el suyo cansado.

A esa hora completamente  
la noche había cerrado,  
y el hombre desconocido  
no se había separado  
de la cama de Jacinto.

Allí lo estaba mirando  
fijamente y conmovido;  
y allí por fin balbuciendo  
á la viuda le rogó,  
de un modo muy contristado,  
le permitiera el velar  
en esa noche al finado,  
y servirle á la familia  
en todo lo necesario.

—Sí, señor, díjole Rita  
agradecida y llorando:  
ahora mesmo puede usted  
desensillar su caballo,

y un grandísimo favor  
nos hará en acompañarnos,  
pues de buena voluntad  
confío en que usted, paisano,  
también nos ayudará  
de madrugada á cargarlo  
al dijunto en la carreta,  
en que iremos á enterrarlo  
en la villa, pues no está  
por desdicha mi muchacho,  
que acostumbra á uñir los güeyes  
del *castillo* <sup>1</sup> y...

—No hay cuidado,  
le dijo el desconocido,  
de todo eso yo me encargo;  
y de *picar la carreta*. <sup>2</sup>  
Aquí estoy á su mandado  
con toda mi voluntá,  
mándeme usted sin reparo,  
se lo suplico, señora.

—Dios se lo pague, paisano,  
díjole Rita; y de allí  
se fué á cortar de un atado  
cuatro velas, que, encendidas,  
vino y las puso al costado  
de la cama del dijunto,  
junto á la cual vió al *foráneo* <sup>3</sup>  
sentao á la cabecera,  
medio ansí como rezando.

Entonces, recien la viuda  
un instante hizo reparo  
en la cara de aquel hombre,  
y vido que era un extraño  
desconocido para ella;

1—Castillo: carreta de campo, sin toldo ni cubierta ninguna.

2—Picar la carreta: conducirla picando á lós bueyes.

3—Al foráneo: al gaucho forastero.

porque era tan *picotiado*  
de virgüelas como *arnero*,  
y además tenía un tajo  
desde la frente á la barba,  
el cual le habia vaciado  
el ojo de la derecha:  
despues, le habia cortado  
la boca, dejandolé  
como *horquetas* los dos labios:  
y *traiba* además el hombre  
los cabellos desgreñados,  
y las barbas cuasi, cuasi,  
de media vara de largo.

Con todo, ningun recelo  
le tuvo Rita al paisano;  
porque le dió á conocer  
que estaba determinado  
para servirla en un todo  
en aquel momento amargo.

Cuasi toda aquella noche  
tristísima se pasaron,  
la viuda y su muchachita,  
angustiadas hilvanando  
ó cosiendo una mortaja  
humilde, de lienzo blanco;  
con la cual de madrugada  
al muerto lo-amortajaron.

A las tres apunta el dia,  
ya se sabe, en el verano;  
por eso, á las tres y media,  
Rita le rogó al paisano  
que saliera á uñir los güeyes  
del castillo, en que cargado  
debían llevar al muerto,  
al Pergamino á enterrarlo:  
y le alvirtió que los güeyes  
deberia de encontrarlos

allí no más, muy cerquita  
de la quinta pastoriando.

Jacinto tenía solos  
tres güeyes para el trabajo,  
que no era mucho en su chacra,  
sino arar de cuando en cuando:  
pero entre los tres había  
uno recién descornado,  
el que á tirar en el yugo  
estaba ya acostumbrado,  
á pesar que se solía  
espantar en ciertos casos.

El paisano fué y cogió  
los que *vido* más á mano;  
y de aquellos que agarró,  
uno era aquel descornado:  
pero así mesmo lo ñó  
sin que le diera trabajo,  
porque al ñirlo, el *toruno*<sup>1</sup>  
entró al yugo voluntario.

Luego que acabó de ñir,  
*trujo* la carreta al patio,  
y la toldó con dos colchas  
que le habían preparado.

Al rato la triste viuda,  
rompiendo en copioso llanto,  
díjole al recién venido:  
— ¡Carguémoslo!... son las cuatro;  
y se dispuso parada  
para ayudar al paisano.

*¡Díaónde* poder la infeliz  
cargar al amortajado,  
viéndose desfallecida  
de llorar y de quebranto!

1—Toruno: buey recién amansado.

Al ver eso, el forastero  
solito cargó al finado,  
y lo puso en la carreta  
lo mejor acomodado,  
sobre un colchon con *almuada*,  
y con los brazos cruzados,  
porque el muerto los tenia  
en ese instante muy blandos.  
Luego, aquel desconocido,  
despues que llevó cargado  
á Jacinto hasta el castillo,  
se quedó tan contristado  
como la infeliz esposa  
de el que estaba amortajado.

Antes de marchar, la viuda  
allí le rogó al paisano  
la dejase adelantar  
con su hijita hasta el curato,  
que se hallaba muy cerquita,  
para hacer que sin retardo  
cavasen la sepultura,  
mientras seguía el paisano  
más atrás con la carreta  
y en el pértigo picando.

— Sí, señora; así lo haré:  
vayan no más sin cuidado,  
contestó el desconocido;  
pues ya sé que el campo santo  
está cerquita de acá:  
vayan no más caminando...

Así fué: Rita salió  
con su hijita lagrimando;  
y de ahí siguió el forastero  
sobre el pértigo picando  
los güeyes de aquel castillo,  
adonde iba amortajado

un hombre á quien no pensó  
nunca en su vida el paisano,  
en una pobre carreta,  
conducirlo al campo santo.

### LXIII

LA JUSTICIA DEL CIELO. -- EL AMORTAJADO. -- EL PICADOR TACTURNO. -- EL RESUCITADO. -- EL ACCIDENTE. -- EL BUEY ARISCO. -- EL REVENTADO.

**A**HORITA, dijo Santos Vega,  
necesito el informarlos  
de todo lo que pasó  
esa vez en el curato,  
antes de llegar el muerto,  
y al momento en que llegaron  
la viuda con su niñita.

Las dos dolientes entraron  
á la casa del curita  
á eso de las cinco y cuarto:  
hora en que todos allí  
aun estaban acostados;  
así, solamente el cura  
se encontraba levantado.

Naturalmente, á los gritos,  
á los lamentos y llantos  
de la viuda y de la niña,  
toditos se levantaron,  
y apenas vieron á Rita,  
su viudedá adivinaron,

pues sabian que su esposo  
estaba cuasi postrado.

¡Qué confusion se hizo entonces!  
¡Qué momento tan amargo  
les dió la fatal noticia!  
¡qué desasosiego y llanto,  
y qué sorpresa tuvieron  
todos allí en el curato!...  
mucho más cuando supieron  
que lo traiban ya á enterrarlo  
sobre un castillo á Jacinto  
dijunto y amortajado:  
y que ya estaba cerquita.

El cura, entonces, llamando  
al sacristan, dijolé:

— Don Celestino, le encargo  
que sin excusa ninguna  
haga usted lo que yo mando.  
Oigame, pues, y ya ve  
cómo estoy de atribulado.  
¡Ahi viene muerto Jacinto!  
á quien lo consideramos  
como de nuestra familia;  
ahora vamos á enterrarlo:  
lo train en una carreta,  
pues no nos han avisado  
para hacerlo traír mejor;  
ahora, pues, es necesario  
que usted procure dos piones  
y les mande sin retardo  
que caven la sepultura  
para enterrar á mi hermano,  
el pobrecito Jacinto  
á quién usted quiso tanto.

— Sí, señor cura, es verdá;  
yo lo estimaba al finado,  
respondió don Celestino.

— Pues bien, cumpla mi mandato,  
repitió el triste curita,  
después de haberlo informado,  
delante de don Faustino,  
al sacristan del curato  
de todo lo acontecido  
completamente y despacio.

Don Celestino salió  
lo mejor intencionado  
para cumplir lo que el cura  
allí le había ordenado;  
así fué que en el instante  
el hombre se fué apurado  
á buscar los cavadores,  
y echar de camino un trago,  
venirse luego á la iglesia,  
mandar cavar sin retardo  
la sepultura, y después  
estarse en su campanario  
á espera de la carreta  
que traiba al muerto cargado.

Ocho cuabras le faltaban,  
para llegar al curato,  
al picador que venia  
sobre el pértigo<sup>1</sup> picando,  
taciturno, pensativo,  
y al parecer abismado...  
Dios sabe en qué; pero el hombre  
venia muy contristado,  
al tiempo que por la espalda  
le dijo el amortajado  
con una voz sepulcral:  
« ¡Adónde me lleva, hermano! »

<sup>1</sup> — Sobre el pértigo: dando la espalda á los bueyes es como se sientan los picadores de carretas en la campaña de Buenos Aires.

A esa voz, al picador  
los pelos se le pararon  
de terror, y al darse vuelta,  
viéndolo vivo y sentado  
al dijunto en la carreta,  
el picador espantado,  
entre el pértigo y los güeyes  
cayó al suelo accidentado.

Entonces, aquel *toruno*  
ariscón y descornado,  
al sentir entre las patas  
algún bulto atravesado,  
pegó el güey una tendida  
que hizo la carreta á un lado,  
sacándola de la güella  
por donde iba caminando,  
y entonces allí una rueda  
al picador desdichado  
le pasó por medio cuerpo,  
y el pecho le hizo pedazos.

Sin sentido, cuasi muerto,  
ahí no más quedó el paisano,  
de suerte que del castillo  
se bajó el amortajado;  
y comprendiendo toditas  
las circunstancias del caso,  
dijo: «¿Acá, qué puedo hacer?»  
Nada más, sino llevarlo,  
donde él me llevaba á mí.  
Vamos, pues, al campo-santo».

Pero, no teniendo allí  
quien lo ayudase á cargarlo  
en la carreta, esperó...  
después de haberse sacado  
á tirones la mortaja  
y haberse solo quedado  
en camisa y calzoncillos.

A ese tiempo, á dos paisanos,  
que pasaban por allí,  
los llamó, y se le arrimaron  
de muy buena voluntá;  
y por ellos ayudado,  
cargó luego en el castillo  
al picador reventado,  
y, creyéndolo dijunto,  
enderezó al campo-santo  
sobre el pértigo tambien,  
á los güeyes picaniando.

De noveleros, sin duda,  
luego aquellos dos paisanos  
salieron al galopito  
para la villa rumbiando;  
y, á la cuenta, allá en la orilla  
del pueblito, platicaron  
con algunos conocidos,  
á los cuales les contaron  
el milagroso suceso  
del muerto resucitado.

Así debió ser; porque  
los curiosos, informados  
de semejante suceso,  
estuvieron esperando  
hasta que llegó el castillo,  
y todo lo averiguaron:  
de manera que á Jacinto  
lo detuvieron un rato.

A esa hora, en tristes apuros  
estaban en el curato;  
y viendo que la carreta  
en llegar tardaba tanto,  
se le antojó al sacristán  
salir á dar un vistazo  
á ver si la divisaba,  
pues que ya habian cavado  
la sepultura los piones,

Salió pues, medio apurado  
 el sacristan, y tres cuadras  
 solamente habia andado,  
 y vido ya que al castillo  
 lo habian cuasi cercado  
 los curiosos, que le estaban  
 á Jacinto preguntando  
 ¿cómo tan dichosamente  
 habia resucitado?

El sacristan al instante,  
 que vió á Jacinto alentado,  
 volvió corriendo á la iglesia,  
 enderezó al campanario.  
 y en vez de doblar se puso  
 á repicar muy ufano.

Allá fué el cura otra vez  
 junto con don Bejarano,  
 quien le dijo al sacristan  
 furiosamente enojado:  
 —¡Ah, pícaro! ¿usté repica  
 porque se ha muerto mi ahijado,  
 y se lo hemos advertido...?

—¡Qué muerto ni qué carancho!  
 contestó don Celestino:  
 usté está mal informado.  
 Jacinto se murió anoche,  
 pero hoy ha resucitado  
 adentro de una carreta.  
 ¿No le ve? ahí entra muy guapo.  
 Conque así, no me eche roncás  
*al botón*. Yo sé lo que hago...  
 Y ¡déle guasca! siguió  
 el sacristan repicando.

—¡Es cierto! dijo el patron;  
 y otra vez corrió gritando:  
 ¡No lloren, alegrénsé!

Jacinto ha resucitado.  
¡Démosle gracias á Dios  
por este nuevo milagro!

A la voz de don Faustino  
salieron todos al patio;  
y despues que allí á Jacinto  
mil abrazos le pegaron,  
este, en muy pocas palabras,  
lo que le habia pasado  
les contó diciendolés  
que allí traiba agonizando  
al pobre desconocido...  
que era preciso auxiliarlo.

Al instante á recibirlo  
todos allí se aprontaron;  
y entre el cura, don Faustino,  
el caciquillo y Genaro,  
con la mayor prontitú,  
compasivos lo bajaron  
al infeliz forastero,  
y allí mesmo en el curato  
doña Estrella y Azucena  
una cama le arreglaron,  
para poder asistirlo  
en el más bonito cuarto;  
y al médico de la villa,  
que era un hombre acreditado  
como buen facultativo,  
al instante lo llamaron.

---

## LXIV

EL ACONIZANTE.—EL ARREPENTIMIENTO.—LA REVELACION.—  
EL ESPANTO.—LA ABSOLUCION.—LA MUERTE DEL BANDIDO.

**V**INO el médico á la priesa, <sup>1</sup>  
y ya estaba el lastimado  
en la cama, adonde el habla  
medio habia recobrado,  
y la vista: pues, á todos  
los que le estaban rodiando;  
á uno por uno los vido  
lánguidamente, y llorando,  
pero sin hablar palabra:  
únicamente á Genaro,  
que estaba al lao de la cama,  
le apretó apenas la mano,  
como si lo conociera  
ó quisiese pedirle algo.

Sin perder tiempo, el doctor  
le descubrió con cuidado  
el pecho, y lo registró  
del modo más esmerado;  
y, despues que lo pulsó,  
aparte, á don Bejarano  
le dijo: que era imposible  
salvar aquel desdichado,  
porque debia espirar,  
sin duda dentro del plazo  
de tres horas, cuando más;  
pues que ya le iba faltando

<sup>1</sup>—A la priesa: de prisa, inmediatamente.

hasta la respiracion,  
por lo cual, ni confesarlo  
quizá podria el curita...  
que allí se estaba pegado  
á la cama del enfermo:  
como estaban en el cuarto  
todas, todas las personas,  
por el oidor empezando,  
que en esa triste mañana  
se hallaban en el curato.

El médico, finalmente,  
como fué muy necesario,  
tambien registró á Jacinto,  
de quien dijo: que un letargo  
fué el que tuvo, por motivo  
de habérsele reventado  
una postema, que habia  
felicemente vomitado,  
y que ya no era difícil  
en adelante el curarlo.

Dicho esto, se despidió  
el dotor; asgurando  
de nuevo que el forastero  
moriria al poco rato.

Con semejante alvertencia,  
todos muy desconsolados,  
en el cuarto del enfermo  
inmóviles se quedaron:  
especialmente el curita,  
que en confesar al paisano  
pensó luego, para que  
muriese como cristiano

Pero todos allí estaban  
completamente inorando  
quién podria ser aquel  
forastero infortunado;



hacerle tomar siquiera  
algunas gotas de caldo;



pues naides lo conocia,  
y les era tan extraño  
como si del otro mundo  
el hombre hubiera llegado.  
Naides, pues, lo conocia:  
y aun cuando le preguntaron  
por su nombre algunas veces,  
el forastero callado  
los miraba tristemente,  
sin responder y llorando.

Pegada á la cabecera  
del moribundo foráneo,  
estaba la compasiva  
Azucena, procurando  
hacerle tomar siquiera  
algunas gotas de caldo:  
y la taza la tenia  
como enfermero Genaro;  
pero, ni una sola gota  
pasaba ya el desgraciado.

El curita, al ver aquello,  
como que estaba allí al lado  
de la cama del paciente  
sin querer desampararlo,  
conmovido dijolé,  
tomándolo de la mano  
y lleno de mansedumbre:  
—Yo quisiera confesarlo,  
querido amigo, eso es bueno;  
y tambien sacramentarlo,  
para que pronto se alivie.  
¿No le parece, paisano?

A esa voz tan persuasiva,  
á esas palabras de un santo,  
el enfermo que hasta entonces  
estuve siempre callado,  
suavemente abrió los ojos,

y, humildemente mirando  
al cura, le respondió,  
apenas articulando  
débilmente estas palabras,  
cuando estaba agonizando:

— ¡Ah! señor, por Dios le pido  
un momento de descanso,  
porque ya apenas respiro:  
tal estoy de fatigado.  
Además de esto, señor,  
son tan muchos mis pecados  
y delitos, que la vida  
tiempo para confesarlos  
creo que no me dará:  
pues siento que ya pisando  
estoy á mi sepultura,  
y tristemente dudando  
merecer perdon de Dios...

— ¡De eso, no, no dude, hermano!  
Tenga usted fe y esperanza  
en que será perdonado,  
le contestó el padrecito;  
porque Dios nunca ha negado  
misericordia y perdon  
á quien, como buen cristiano,  
se lo pide arrepentido.  
Ahora convengo en dejarlo  
hasta que se alivie un poco,  
pero aquí estaré á su lado,  
como es de mi obligacion.

En seguida lo dejaron  
descansar solo media hora,  
teniendo cuenta del plazo  
que el médico señaló  
al marcharse del curato;  
pero, de los que allí estaban,  
naides quiso abandonarlo,  
y todos para asistirlo

se estuvieron en el cuarto  
sin separarse ninguno.

Las siete y media sonaron  
cuando el curita trató  
otra vez de confesarlo,  
pero entonces conoció  
que el enfermo agonizaba,  
y solo se limitó  
á preguntarle si estaba  
con todo su corazon  
humilde y arrepentido,  
de haber ofendido á Dios  
y á los hombres en el mundo.

— ¡Con toda mi alma, señor!  
me confieso arrepentido,  
llorando le respondió  
el agonizante al cura ;  
y al mesmo le suplicó  
que á Genaro y su mujer,  
para pedirles perdon,  
los acercase á su lado:  
y el cura los acercó.

Despues de eso, á doña Estrella  
y su esposo les pidió,  
que allí, á la hora de la muerte,  
le tuvieran compasion,  
perdonándolo tambien.

Y por fin le preguntó  
al curita, si podria  
echarle la asolucion,  
para morir descansao.

El padre le contestó:  
— Sí, amigo, lo asolveré,  
pues la clemencia de Dios  
á todo el que muere así  
le da su gracia y perdon.

Silenciosos en el cuarto,  
con atenta devocion  
escuchaban los oyentes,  
hasta que el caso llegó  
en que el cura al moribundo  
su nombre le preguntó,  
para poderlo asolver.

Con ansiedá y atencion  
allí todos esperaban  
aquella contestacion  
del criminal misterioso,  
que alguna revelacion  
terrible debia ser...

Pero, entonces le faltó  
el habla al desconocido,  
y muerto se le creyó.  
Penosas fueron las dudas,  
el deseo y la afliccion  
con que á todos los del cuarto  
el criminal los dejó,  
cuando, sin nombrarse al fin,  
mortalmente enmudació.

Mas, como allí era preciso  
que la JUSTICIA DE DIOS  
se viese clara y patente,  
la providencia le dió  
alientos al moribundo,  
para pedirles perdon  
á todos sus ofendidos  
que estaban rodiandoló.

Así fué: el agonizante,  
trémulo y mirandoló  
al padrecito, le dijo,  
esforzando algo la voz,  
estas últimas palabras,  
que á toda una confesion  
aterrante equivalieron:

— Apenas tengo valor  
en este instante mortal,  
cuando es preciso, señor,  
volverle á decir que he sido  
tan ingrato y malhechor  
desde mis primeros años,  
como asesino y ladrón.  
Por eso fui presidario,  
pena á que me destinó  
la justicia; despues que  
la vida me perdonó...  
Y no está lejos de aquí  
quien entonces me salvó.

Del presidio me escapé,  
gracias á un crimen atroz  
que para eso cometí;  
y entonces me persiguió  
la justicia en todas partes,  
hasta que al fin me creyó  
ahugao en el Paraná,  
adonde por nadador  
me salvé de perecer,  
y entonces ya se olvidó  
hasta mi nombre en el mundo.  
Despues de eso, continuó  
mi vida de delincuente,  
y por último, fui yo  
el criminal alevoso  
que á Genaro le clavó  
un puñal, en la Vitel,  
y ese día me marcó  
¡un fantasma en las espaldas!

— ¡Misericordia de Dios!  
exclamaron los oyentes  
estremecidos de horror.

— Y ¿cómo se llama usted?  
Azucena preguntó.

— ¡Ah! dijo el agonizante;  
¡mi nombre es aterrador,  
maldecido, aborrecible!  
me llamo... LUIS SALVADOR.  
Soy hermano de Jacinto  
el Mellizo de la Flor.

Ni bien el agonizante  
á nombrarse principi6,  
de rodillas en el suelo  
aterraos y en confusion,  
todos cayeron postrados.

Solo allí en pié se quedó  
el angelical curita,  
quien sobre el pecho cruzó  
los brazos, y humildemente  
los ojos al cielo alzó,  
lleno de fe y caridá;  
y pidiéndole al Señor:  
¡Misericordia! en su nombre,  
al moribundo asolvió...

Y en ese instante supremo  
LUIS el MELLIZO espiró.

Entonces, don Celestino  
de allí llorando sali6:  
fué al campanario y piadoso  
por el Mellizo dobló.

. . . . .

Finalmente, la mortaja  
de Jacinto le sirvió  
á su desdichado hermano,  
para quien se destinó;  
y, cuando lo amortajaban,  
todo el mundo allí le vió  
la MARCA con que Azucena  
en la Vitel lo marcó.

Así pues, la Providencia  
del cielo justificó  
la inocencia de Azucena;  
y así Manuel exclamó:  
— ¡No hay deuda que no se pague!  
A lo que añadió el patron:  
— ¡Ni plazo que no se cumpla!  
— ¡Es verdá! dijo el oidor.

A las nueve de ese dia,  
en un modesto cajon  
lo pusieron al finado,  
y á las diez se le rezó  
una misa en la capilla,  
á la que naides faltó  
de los que estaban presentes  
cuando el Mellizo espiró;  
y todos en esa misa  
lo encomendaron á Dios:  
y allí mesmo en el curato  
el cadáver se enterró.

---

## EPÍLOGO

LOS DONES GENEROSOS.—PREMIO Á LA VIRTUD.—LOS AGRADECIDOS.—LA FELICIDAD DE TODOS.

**D**E aquella Pascua dichosa,  
el patron don Bejarano  
con su esposa doña Estrella,  
dos dias más se quedaron  
con el curita; y despues  
la Estancia de los Milagros  
se volvió un pueblo chiquito,  
cuando á Azucena y Genaro,  
la Lunareja, Manuel,  
Jacinto el resucitado,  
su familia, y el oidor,  
les pidió don Bejarano  
fuesen á pasar con él  
una parte del verano.

Es de advertir que el patron  
ya tenia un plan formado,  
y con su señora esposa  
perfectamente acordado.  
Fuéronse, pues, á la estancia,  
donde ocho dias pasaron  
en festejos de alegría;  
y una mañana temprano,  
á su sala, don Faustino  
mandó á llamar á Genaro  
y á su mujer, á quien le hizo  
que tomara asiento al lado  
de doña Estrella; despues  
llamó á Manuel, y á su ahijado  
Jacinto con su familia.

Luego que allí se sentaron,  
muy afable y muy contento,  
refregándose las manos,  
don Faustino dijolés:

— Amigos míos, los llamo  
para que oigan mis deseos,  
y voy á decirles claro  
lo que quiero y lo que haré,  
á mi gusto y bien pensado  
con mi mujer. Oiganmé.

Yo soy muy afortunado,  
¡gracias á Dios! y muy rico;  
y á ustedes los quiero tanto  
como los quiere mi esposa.

Por esto, los dos pensamos  
hacer poco con hacerlos  
á ustedes afortunados.

En esta conformidá,  
sin el menor embarazo,  
yo quiero desde este día  
como á hijos míos tratarlos;  
y en prueba de mis deseos  
tengo ya determinado,  
que la Estancia de la Flor,  
ya que por fortuna estamos  
en buena paz con los Indios,  
vayan Jacinto y Genaro  
y la repueblen, pues hoy  
de regalo se la damos  
Á LOS DOS: entiendan bien...  
á Jacinto y á Genaro;  
y para eso, ya dispongan  
de la mitá del ganado,  
que aquí tengo en esta estancia,  
y además, del que anda alzado  
con mi marca, que anda mucho  
en la costa del Salado.

Esta estancia en la que estoy,  
para Angel se la dejamos,  
porque le queda á nuestro hijo  
muy cerca de su curato.

La estancia del Cardalito,  
que es propiedad de Genaro,  
yo quiero que se la dé  
á Manuel, pues le ha salvado  
la vida despues de Dios,  
y es justo recompensarlo.

A tí, Jacinto, tambien  
con mucho interés te encargo  
le regales tu chacrita  
al sacristan del curato,  
que nos aturdió á repiques  
al verte resucitado.  
Ahora, tocante á la Flor,  
me falta decirles algo.

Para esa repoblacion,  
yo bien sé que es necesario  
mucho dinero, y yo tengo  
¡gracias á Dios! demasiado,  
y les daré muy á gusto  
la plata para esos gastos:  
solo con la condicion  
de no hacerles ningun cargo  
ahora, nunca, ni jamás,  
pues quedaré bien pagado  
con que trabajen ustedes  
y sean afortunados.

No tengo más que decirles...  
Ahora, démen un abrazo,  
y los tres arreglensé  
tratándose como hermanos,  
y como que ya son hijos  
del Andaluz Bejarano.

Vámonos, pues, á almorzar :  
y váyanse preparando  
á ver si pueden salir  
antes que acabe el verano.

.....

Al mes y medio despues  
todo estaba ya aprontado ;  
ansí, muy agradecidos  
Manuel, Jacinto y Genaro  
salieron con sus familias,  
llevando lo necesario  
para cumplir los deseos  
del patron don Bejarano.

Ese dia, allí el curita  
les dió á cada uno un abrazo,  
y les echó al despedirse  
su bendicion como á hermanos.

Luego á los campos del sur  
los tres amigos marcharon,  
en mil ochocientos cinco,  
muy al principio del año ;  
y en mil ochocientos ocho,  
en la costa del Salado, ¿  
los hombres más servidores,  
los más ricos hacendados,  
y en suma, los más felices  
como los más respetados,  
fueron, y son hasta el dia  
Manuel, Jacinto y Genaro.

Por fin, dijo Santos Vega,  
velay mi cuento acabado ;  
y mañana, si Dios quiere,  
me vuelvo para mi *pago*,  
de esta casa agradecido  
por lo bien que me han tratado.

.....

Ansí fué; al dia siguiente  
con su *bragao* ensillado  
estaba ya el payador,  
y al despedirse, un regalo  
le hizo su amigo Tolosa,  
dándole el mejor caballo  
parejero que tenía:  
sin haberse descuidado  
tampoco Juana Petrona  
pues ya le habia *cribado*<sup>1</sup>  
los más lindos calzoncillos  
que se puso el gaucho Santos,  
desde que nació cantor  
hasta que murió cantando.

I--Cribado: bordado á la aguja.

FIN

# ÍNDICE

|  | PÁG. |
|--|------|
| PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN.....               | V    |
| Á DON JORGE ATUCHA.....                    | VII  |
| PRÓLOGO DEL EDITOR.....                    | IX   |
| NOTAS BIOGRÁFICAS DE HILARIO ASCASUBI..... | XXIX |
| AL LECTOR.....                             | XXXV |

|   |    |
|---|----|
| I.—La Tapera.—Santos Vega el Payador.—Rufo el curandero.—El solazo.—El miraje.—El rubicano.....               | 1  |
| II.—El diálogo.—La marca fatal.—La amistad.—El chille.—Las ofertas.....                                       | 6  |
| III.—San Borombón.—Juana Petrona.—El rancho.—Carne con cuero.—El fogón.....                                   | 9  |
| IV.—La laguna.—El pajonal.—Los mirasoles.—Las cigüeñas.—Las nutrias.....                                      | 12 |
| V.—El natalicio.—La Estancia de la Flor.—Los forasteros.—Los aprestos.—El vecindario.—Los parabienes.....     | 15 |
| VI.—El bautismo.—Chascomús.—Los padrinos.—Las damas de copete.—Los caballeros galanes.—El patroncito.....     | 18 |
| VII.—El baile.—La cola de la madrina.—El paspié.....  | 21 |
| VIII.—La cema.—Los manjares.—Los alegrones.—Los mosqueteros.....  | 23 |
| IX.—La Estancia de la Flor.—El ombú.—El pampero.—El río Salado.....   | 26 |
| X.—La madrugada.—La ramada.—El sol naciente.—Los gauchos recogedores.—El rodeo.—El venteveo.—El chimango..... | 33 |
| XI.—El Santiagueño.—A tragimar.—Las carreras.—La enançada.....  | 37 |
| XII.—Los Mellizos.—El niño perverso.—El mordisco.—El descuadrillado.—La fuga.....                             | 40 |

|   | PÁG. |
|---|------|
| XIII.—La Indiada.—El malon.—El adivino.—Los pichigotones.—Las reparticiones.—Las cautivas.  | 44   |
| XIV.—La tristonía.—La gauchada.—El indio borracho.—La vieja cautiva.—El espantado.—La vizcachera.                                     | 49   |
| XV.—Rosa la Lunareja.—Los parecidos   | 52   |
| XVI.—El tigrero Monsalbo.—El cadáver.—Los cuervos y caranchos.—Los mastines fieles.—Gauchos antiguoallos.—El bautismo de las lagunas. | 54   |
| XVII.—De gaucha ú gaucha.—La borrachera.—Adios, diablos.—Los dicharachos.—El contrapunto.—La malicia.                                 | 64   |
| XVIII.—Juana Petrona.—Su disgusto.—Sus comparaciones.—Los burros.—Genaro Berdun.—El forzado.—Los Blandengues.                         | 77   |
| XIX.—La citacion.—Los presagios de un malon.—La tristeza de Azucena.—La despedida.—El caballo doradillo.                              | 87   |
| XX.—El estudiante.—El convento.—El Seminario.—Los cursos.—La teología.  | 97   |
| XXI.—El almuerzo gaucha.—El comedido.—El atracón.—La cuajada.—El desengrase.  | 99   |
| XXII.—La comision militar.—Los salteadores.—Las dudas.—La partida de Blandengues.—El pescador asesinado                               | 102  |
| XXIII.—El viaje de don Faustino.—La pascana en la Salada.—Don Fausto Barceló.   | 106  |
| XXIV.—El madrugon de las ánimas.—Los sacristanes.—La partida en marcha.—Los nutrieros.  | 109  |
| XXV.—La Salada.—Los auxilios.—El churrasquero.—Los padrinos.—El abijado Berdun.—La despedida  | III  |
| XXVI.—El rastreador.—El difunto.—La laguna Tablilla.—La pista del asesino   | 115  |
| XXVII.—El salteador.—El pajonal.—El bramido de un tigre.—Las precauciones.—El encuentro con el bandido.—Las boleadoras.—La rendicion. | 122  |
| XXVIII.—La confesion del bandido.—El alcalde fingido.—Las astucias.—La comision cumplida.—La entrega en Chascomús.                    | 129  |
| XXIX.—La Providencia de Dios.—La derrota de los Indios.—El entrevero.—El chuzazo.—La rendicion del cacique.                           | 136  |

|  | PÁG. |
|--|------|
| XXX.—La angustia.—Los socorros.—El curandero.—<br>El desvelado.—Las pulgas.....  | 150  |
| XXXI.—Jacinto el otro Mellizo.—El novillo aspas rubias.<br>—El calzador.—La argolla rota.—La pos-<br>tama.....                               | 154  |
| XXXII.—La yerra.—Santos Vega en el convento.—El<br>fraile Salomon.—Los curiosos.—El apero.—El<br>eclipse.....                                | 157  |
| XXXIII.—El callejon de Ibañez.—La cárcel de Buenos<br>Aires.—Los portales del Cabildo.—Los ali-<br>mañas.—¡Qué gente aquella!.....           | 163  |
| XXXIV.—El reo.—El escribano Siete-pelos.—El juez del<br>crimen.—La sentencia.—Los empeños.....   | 170  |
| XXXV.—La visita al presidio.—Doña Estrella.—Sus bon-<br>dades.—La conmutacion de la pena.—La hi-<br>pocresia del preso.—La Semana Santa..... | 175  |
| XXXVI.—El cacique en Chascomús.—El indulto.—El co-<br>mandante complacido.—Berduñ capitan.....   | 180  |
| XXXVII.—Azucena y su sobrino.—El abrazo.—¡Qué olor á<br>potro!.....  | 186  |
| XXXVIII.—El centinela Masramon.—La seducccion astuta.—<br>Los abusos del soldado.—El vicio.....  | 189  |
| XXXIX.—El patroncito.—La visita al presidio.—La órden<br>del tribunal.—La astucia del presidiario.—La<br>codicia del alcaide.....            | 195  |
| XL.—La requisita á los presos.—El carcelero.—Los<br>reniegos.—Los planes del presidiario.....  | 204  |
| XLI.—La pulperia.—La seducccion.—La borrachera de<br>Cruz.—Las entrañas del Mellizo.....   | 211  |
| XLII.—El hueco de cabecita.—La plaza nueva.—La<br>agonia de las ollas.—La hambruna.—La chan-<br>cheria.—Los asesinatos.—La fuga.....         | 220  |
| XLIII.—Los apuros.—El lego limosnero.—Las costillas<br>de San Anton.—Los difuntos.—El susto.—Los<br>socorros.—La justicia.....               | 232  |
| XLIV.—El Paraná.—Sixto Beron el chaná.—El robo de<br>la montura.—La china Melchora.—El rastro<br>del ladron.—La isleta del talar.....        | 238  |
| XLV.—El maturrango.—El cazador.—La cerrazon.—<br>Las ilusiones.—El jabalí.—El zorrillo.—El Pa-<br>raná.—El desesperado.....                  | 246  |
| XLVI.—El desaparecido.—El gran malon.—El espanto.—<br>Los incendios.—Los fugitivos.—Las apreturas.....                                       | 259  |

|   | PÁG. |
|---|------|
| XLVII.—La Vitel.—Los asilados.—El terror.—La pobreza de Berdan.—El Cupido.—El ramo fatal...   | 268  |
| XLVIII.—Los celos.—La gaceta atrasada.—Don Pedro Corbata.—Don Domingo Paniquero.—El ahogado.—Los recuerdos.—La entristecida...                      | 276  |
| XLIX.—El huracan.—El rancho sin puerta.—La olla pata quebrada.—La mazamorra.—La separacion.....   | 284  |
| I.—El asesino.—La fantasma.—El hombre marcado.—La fuga.....   | 292  |
| II.—La loca ensangrentada.—El puñal.—El sargento asustado.—El malon.—El incendio.....   | 297  |
| III.—La villa de San Vicente.—La prisionera.—El calabozo.—El juzgado de campaña.—El alcalde tilingo.—El interrogatorio.—La reyerta.                 | 304  |
| IV.—La encarcelada.—El médico Gafaró.—Pica-pica.—La rasquiña.....   | 315  |
| V.—El pacto con los Indios.—El virey Sobremonte.—Los misioneros.—Las cruces de palo.—Los cambalaches.—La paz.....                                   | 323  |
| VI.—El truquiflor.—El obispo.—El oidor.—El patron.—Los gritones.—El gato asustado.—El pelado.—El vale cuatro.—Los reproches.....                    | 329  |
| VII.—Un acceso de locura.—Los ultrajes.—La masedumbre del obispo.—Las visitas.—El bergantín Volador.—Noticias de Bonaparte.....                     | 336  |
| VIII.—La arenga del patron.—Los odores roncadores.—La rabieta de D. Faustino.—Cuatro verdades   | 343  |
| IX.—La villa del Pergamino.—El veraneo.—El curato.—Los recuerdos de la Flor.....  | 350  |
| X.—La Estancia de los Milagros.—La fonda de los mogollones.—Las buenas noticias.—La paz arreglada.....  | 356  |
| XI.—La invocacion gaucha.—El lindo nacimiento.—La estrella de los Magos.—El lujo del pesebre.—La maldicion á la mula.....                           | 362  |
| XII.—El oidor de llegada.—La misa cantada.—La sorpresa de los repiques.—El aparecido.—La Lunareja.—El volido de Azucena.—El grupo de los cinco..... | 368  |
| XIII.—La ancurisma.—El matasanos.—El gaucho forastero.—El muerto repentino.—La velada.—El viaje al cementerio.....                                  | 379  |

|  | <u>PÁG.</u> |
|--|-------------|
| LXIII.—La justicia del cielo.—El amortajado.—El picador taciturno.—El resucitado.—El accidente.—El buey arisco.—El reventado ..... | 390         |
| LXIV.—El agonizante.—El arrepentimiento.—La revelacion.—El horror.—La absolucion.—La muerte del bandido .. .. .                    | 397         |

---

|   |     |
|---|-----|
| EPÍLOGO.—Los dones generosos.—Premio á la virtud.—Los agradecidos.—La felicidad de todos..... | 406 |
|---|-----|

---

